

JORGE HERRALDE

*Un día en la vida
de un editor*

y otras informaciones fundamentales

PRÓLOGO DE SILVIA SESÉ



ANAGRAMA
Biblioteca de la memoria

UN DÍA EN LA VIDA DE UN EDITOR

Y OTRAS INFORMACIONES FUNDAMENTALES

JORGE HERRALDE GRAU



ANAGRAMA
Biblioteca de la memoria

Edición en formato digital: marzo de 2019

© Jorge Herralde, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

© Consuelo Bautista

ISBN: 978-84-339-4007-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Le dur désir de durer.

PAUL ÉLUARD

Somos el olvido que seremos.

JORGE LUIS BORGES

Todos iremos al olvido, pero los
mediocres más aprisa.

JORGE LUIS BORGES

Como bien pudo haberle dicho Rick a
Ilsa en *Casablanca*: «Siempre nos quedará

The Paris Review.»
RODRIGO FRESÁN

AGRADECIMIENTOS

Para Silvia Sesé, a quien conocí en «la pecera» de Anagrama preparando la edición club para Círculo de Lectores, donde trabajaba, de *Opiniones mohicanas*, mi primer *patchwork* de textos. Allí aprecié sus cualidades (no fue difícil), y cuando me planteé un prudente relevo en Anagrama, le sugerí su incorporación y tuve la suerte de que aceptara, decisión corroborada sin vacilar por Feltrinelli. Asumió la dirección literaria en 2017, y hemos compartido el día a día editorial con gran complicidad. Así, le pedí que se hiciera cargo de la última puesta a punto de este libro.

Para Teresa Ariño, en cuyo escritorio aterrizan desde hace treinta años *todos* los originales que vamos a publicar: no escapan a su sabio y severo escrutinio ningún error gramatical, ninguna coma omitida o inoportuna, ningún desafuero sintáctico perpetrado por autores novatos o consagrados y todos ellos le han estado muy agradecidos, incluso los más discutidores, empezando por Roberto Bolaño, finalmente rendidos a la evidencia.

Para Pepi Bauló, una incorporación más reciente pero imprescindible para transcribir en su ordenador mis textos escritos, dictados o farfullados, con indicaciones siempre acertadas y una paciencia digna de mejor causa. Para la espídica Johanna Marghella, rastreadora de los textos incorporados y de tantos otros descartados, eficaz espeleóloga de ordenadores, una eficaz contribución a un *draft* provisional del libro.

Y desde luego para Lali, coprotagonista, como es sabido, de tantos viajes, encuentros y peripecias, cuya colaboración con autores y colegas, así como en tantas otras cosas que se producen sin parar en la vida editorial, ha resultado gozosamente imprescindible.

Se preguntará probablemente el lector por qué con tan magníficas colaboradoras el libro no haya resultado mejor: el factor materia prima no

puede descartarse, y los caprichos tampoco.

PRÓLOGO

Esta introducción tenía un propósito inicial: dar cuenta de las decisiones técnicas en la configuración del libro, pero estas cuestiones dejaron muy pronto de estar en mi mesa para hacerse un hueco inevitable en la icónica y atiborrada mesa de trabajo de Jorge Herralde. Y por tanto estas palabras ya no son la nota prevista sino un prefacio a uno de los editores de referencia internacional, cuyo catálogo es sustancial para tantos lectores (como yo misma) y objeto de admiración de tantos editores (como yo misma).

A menudo hemos conversado con esos colegas sobre la peculiaridad del caso Anagrama, en qué se cifra su incuestionable atractivo. Intentaré traer aquí algunas reflexiones que pueden ser también una sucinta guía de lo que encontrará el lector en este libro.

Un editor con radar

Anagrama surge en 1969, con la acuciante necesidad de paliar numerosas carencias culturales, con problemas continuos con la censura, en un momento en el que decaen por causas diversas las casas literarias tradicionales y en el que se vive una agitación ideológica entre los lectores -siempre una minoría pero una minoría entonces muy ávida-. Como se narra en la primera parte del libro, Anagrama sintoniza con su tiempo y se enfoca de entrada en el ensayo con «Argumentos», «Documentos» y los «Cuadernos», colecciones inaugurales de la editorial.

Con la misma precisión, el radar advirtió en los ochenta de la oportunidad, y la necesidad, de ampliar el campo de interés a la literatura, con «Panorama de narrativas» y «Narrativas hispánicas», colecciones que se sumaron y más

tarde prácticamente absorbieron las «Contraseñas» de los Wolfe, Copi, Bukowski, Adams y tantos otros, que desde 1977 constituían la versión narrativa de la pertinencia y la osadía de las colecciones de ensayo.

Lo destacable de ese radar permanentemente conectado es la «coherencia en los virajes», según expresión de alerta del propio Herralde, virajes que mantienen la excelencia con provocación, el rigor sin gravedad, la diversión que trata con inteligencia a los lectores.

Intuición, olfato para percibir lo que sucede sí, pero antes de que le suceda a todo el mundo, un radar que además actúa en el largo plazo, con una maniática perseverancia en la política de autor. Es muy concluyente en ese sentido que autores como Richard Ford, Julian Barnes, Emmanuel Carrère, Kazuo Ishiguro, Antonio Tabucchi, Alessandro Baricco, Jean Echenoz y tantos otros hayan celebrado la tenacidad de Anagrama en la publicación de prácticamente toda su obra, en algunos casos incluso con más títulos que la editorial habitual en sus propios países.

Y, por supuesto, el radar funciona también y de forma decisiva en la selección de los autores en español, con ejemplos bien notorios mencionados en estos textos: Rafael Chirbes, Roberto Bolaño, Ricardo Piglia... Podría decirse, a la luz de tantísimos casos, que Herralde ha sido capaz de despertar un interés generalizado por sus propios entusiasmos lectores a golpe de admirable insistencia, incansable.

Un editor ubicuo y con un afilado encanto

Los viajes dan cuenta de la naturaleza ubicua de Jorge Herralde, acompañado en esa infatigable omnipresencia por Lali Gubern. A las citas anuales de la Feria de Frankfurt, el Salon du Livre en París, la Feria de Londres, los viajes a Milán o a Turín, se suman los viajes americanos, México y la Feria de Guadalajara, Buenos Aires..., y Estados Unidos. Los encuentros con autores y colegas, las conversaciones, las recomendaciones, las risas y complicidades, la curiosidad por lo siguiente, por los jóvenes autores y por los nuevos editores, por las librerías y por los periodistas culturales constituyen el hábitat natural de un carácter marcado por un encanto cuidadosamente afilado, una simpatía cálida en el guiño humorístico que no excluye el aguijonazo puntual, y que desborda generosidad en cuanto percibe

que se comparte un código común.

Herralde pregunta, escucha, animado por la pulsión de estar en todas partes, quiere saberlo todo de su interlocutor. No valen las vaguedades ni los resúmenes, hay que dar nombres y descripciones y contexto con todo detalle, lo que se dijo y cómo se dijo.

(Quizás por ello es un gran lector de dietarios y memorias, a lo que dedica un texto extraordinario en este volumen, que recrea en extenso y como gran *connoisseur* esta faceta más privada de su día a día).

Y de la misma forma trabaja el catálogo: revelando parentescos, posibilitando relaciones entre los autores, armando un entramado de referencias cruzadas entre las que los debutantes encuentran apoyo y los autores ya establecidos el estímulo de estar en un lugar sin óxido ni enmohecimiento.

En ese sentido sorprende felizmente la abrumadora lista de reediciones del fondo editorial, un fondo muy vivo, muy leído, muy citado por lectores jóvenes, y parte insustituible de tantas bibliotecas personales. Como diría el inolvidable Ignatius de *La conjura de los necioscitando* a Milton, «Un buen libro es la sangre vital, preciosa, de un maestro espiritual, conservada y atesorada con el propósito de dar más vida a una vida futura».

Una editorial como campo magnético

Jorge Herralde ha hecho de Anagrama algo parecido a un campo magnético, donde las corrientes eléctricas macroscópicas (los autores y las líneas maestras del programa) y las microscópicas (el cuidado artesanal en la edición, la comunicación y la comercialización) se suceden en perfecta tensión para conformar ese campo de atracción irresistible.

Conseguir esa atracción exige un mantenimiento de alto nivel, pero al leer las páginas de este volumen pareciera que para el editor semejante dedicación es lo natural, una acción sostenida pero sin esforzadas gesticulaciones.

Y así se puede definir también el catálogo, como un desafío a favor del conocimiento con irreverencias inesperadas, insistiendo en proponer miradas más lúcidas que ayuden a construir acaso una sociedad más justa. Y sobre todo provocando la difusión constante de autores que han protagonizado ya medio siglo de edición literaria. El catálogo, Anagrama, como una identidad fluida,

la gran ilusión de la materia viva, la de haber comprendido el mundo, tocándose lo ya hecho con lo por venir.

Un día en la vida de un editor sintetiza con el estilo preciso y poco enfático de Jorge Herralde cincuenta años de un oficio vivido con dedicación plena, en la que «los trabajos y los días» podrían también reformularse como «los placeres y los días», por una suerte de alegría programática y contagiosa que, aun sin eludir menciones a las dificultades y turbulencias del mundo del libro, transmite página a página el editor.

Silvia Sesé

NOTA PREVIA

En 2009 publiqué mi último libro, *Optimismo de la voluntad. Experiencias editoriales en América Latina*. Había seguido escribiendo, casi siempre «bajo pedido» de periódicos, revistas, ponencias y otros interesados. Con motivo de los 50 años de Anagrama, decidí recuperar textos varios y añadir otros inéditos, con la idea de poner énfasis en determinados aspectos de su trayectoria. Como en otras ocasiones, el libro lo conforman, en general, textos breves, en forma de «virutas editoriales», que serían algo así como la cara B del catálogo editorial.

La mayoría de ellos son inéditos en forma de libro, excepto algunos publicados, hace años, en América Latina con escasa distribución, ya que, para repetir una frase que he utilizado otras veces: «los libros de editores o sobre la edición interesan *muchísimo a poquísimas personas*», una regla que carece casi de excepciones. Por ello, el subtítulo de *Un día en la vida de un editor*, con sus pretendidas «informaciones fundamentales», hay que leerlo, obvio es decirlo, *tongue-in-cheek*.

En estos textos se mencionan algunos de los demasiados galardones recibidos por mi actividad editorial. Eso resulta un tanto embarazoso, aunque, por una parte, en realidad se los han otorgado a los escritores que conforman nuestro catálogo. Y me ha permitido, además, rendir homenaje a aquellos autores publicados en los respectivos países donde se han otorgado los premios.

Jorge Herralde

TRAYECTORIAS EDITORIALES (1969-2000)

UN DÍA EN LA VIDA DE UN EDITOR¹

Este editor se despierta en general a las nueve y media. Aunque -no por justificarme, sino para situar el tema- casi nunca apago la luz antes de las tres o las cuatro de la madrugada. Ya en pie, dientes, ducha, desayuno líquido - zumo de naranja y café-, lectura más o menos rápida de dos periódicos, y en Anagrama -a doce minutos a pie desde casa, a tres o cuatro en coche- alrededor de las diez y media.

La organización de Anagrama es, en gran medida, radial: despacho bilateralmente con las personas responsables de área. Cuando entro, Marta, en la recepción, me informa de las llamadas, saludo a la gente de administración -Noemí, Josep Maria, Paula, Emma y mi asistente Cristina-, voy a mi despacho, Noemí me trae los e-mails, los faxes, el libro de firmas con cosas urgentes.

Después de un repaso rápido, primera parada en la «sala de máquinas», la habitación donde están Izaskun, la responsable de producción, con la que comentamos decisiones más urgentes, y luego despacho con Teresa, que está en Anagrama desde finales de los ochenta ocupándose de la redacción, es decir, de preparar y hacer el seguimiento de los manuscritos en lengua española y de encargar las traducciones; todo el proceso hasta fotolitos. Con el tiempo se ha formado un equipo bastante estable de colaboradores externos (aunque uno de ellos, Francisco, con frecuencia se encarga de sus tareas en la propia editorial) para llevar a cabo las correcciones de estilo y de pruebas. Mientras los libros están en proceso de impresión, Izaskun paralelamente ha puesto en marcha el proceso de portadas -grafista, grabador, plastificador- que confluyen con la «tripa» en el encuadernador. Trabajamos con los mismos proveedores desde hace mucho tiempo -por ejemplo, con Grafos, el impresor de las portadas, desde casi los inicios, treinta años-, lo que facilita mucho las

cosas; conocen nuestras exigencias, nuestras «manías».

Regreso a mi despacho. Llamadas casi diarias con nuestros dos distribuidores: Miguel, de Antonio Machado Libros, de Madrid, y Celia, de Enlace. Y sigue el carrusel de llamadas -autores, agentes, colegas, varios-, la correspondencia, las citas. Lali, en la otra punta de la editorial, me informa de las novedades de contratación extranjera, de la que se ocupa, de sus conversaciones con autores.

Revisión periódica con Josep Maria de la lista actualizada de ejemplares que no se han podido servir por falta de existencias: además de los envíos a Machado, que distribuye en Madrid, y a Enlace, que lo hace en Cataluña y el resto de España, Anagrama exporta directamente a América Latina, Europa y Estados Unidos. Cada mes se cruzan las listas de reediciones sugeridas por Machado y Enlace y las carencias en América Latina. Germán, el jefe de almacén, nos informa del estado de las existencias, y se deciden las reediciones.

Cristina y Paula tienen un trabajo adicional progresivo: descifrar mis muchos textos (cartas, contraportadas, fajas, artículos, etc.) escritos a mano. Me quedé en la era del bolígrafo.

En algún momento, despacho con Ana, la jefa de prensa: llamadas, repaso de prensa, envíos de prepublicaciones, calendario de ruedas de prensa, visitas de autores y otros aspectos de nuestra atareadísima actividad promocional. También con Lluís, responsable de la contabilidad, un histórico casi desde el inicio de la editorial.

Antes de irme, reunión (como todas, breve) con nuestra lectora matutina, Susana. Los escasos manuscritos que pasan la primera y severa criba se envían a nuestros lectores, también escasos.

Y si (por casualidad) no hay ninguna comida de trabajo, almuerzo con Lali en casa. Por la tarde, si no hay ninguna reunión fuera de la editorial, sigue el curso habitual de las mil y una cosas que conforman el trabajo diario.

Una variante nada inusual: los días con rueda de prensa, casi una semanal de promedio. El formato estándar: a las doce en el salón del Hotel Condes de Barcelona, Ana y yo estamos algo antes, van llegando los periodistas y fotógrafos, los autores posan (sentados, escalera, al aire libre), se hace el recuento, algunas llamadas de recordatorio de última hora (sí, sí, aunque ya sea tarde *La Vanguardia* vendrá; *El Mundo* está muy fallón últimamente). Y

empieza la rueda de prensa con notable puntualidad. Nos sentamos en torno a una mesa larga y ancha, sin jerarquía, disposición horizontal, el autor en el centro de uno de los lados largos, y yo, a su izquierda, leo una cuartilla, escasa, de introducción: un recordatorio del escritor, o nueva información, o posibles vías de enfoque a la obra. Después, *speech* del autor y empiezan las preguntas.

A las ruedas de prensa asisten en principio todos los periódicos, y también radios, agencias españolas y latinoamericanas, alguna revista literaria. Muchas veces acuden los mismos periodistas; con tanta continuidad durante años, conformamos todos una especie de familia, un *teatro stabile*, con un alto grado de interés, con los libros casi siempre leídos (otra cosa es la cancha que les concedan los «desbordados» jefes de Cultura de los periódicos). Una atención acogida con cierta sorpresa por muchos autores, poco habituados a tanta avidez (aquí no falta algún comentario desfavorable respecto a la prensa madrileña, más correosa y escéptica, se dice). La ceremonia dura hora, hora y media, excepto en algún caso como el de José Antonio Marina, que podría embobar, y de hecho emboba, al auditorio todo el rato que quiera.

Luego, nos vamos con el autor a la librería La Central, muy próxima. Los autores no barceloneses se quedan estupefactos ante la cuidadísima selección de los títulos, con gran abundancia de ediciones en otras lenguas: todo libro de cierta importancia literaria y cultural que aparece en los suplementos literarios extranjeros, al poco tiempo ya está en la librería. Varios de los autores visitantes, como Roberto Calasso o Sergio Pitol, se han convertido luego en clientes asiduos de La Central, vía internet.

Después, almuerzo en el restaurante Tragaluz, también muy cerca, al que se une Lali, que ha bajado de la editorial. Cuando el autor es maño la comida es más gregaria, se unen paisanos y amigos. Pongamos que se trata de Félix Romeo: el acompañamiento óptimo lo formarían Pisón, Tomeo y Vila-Matas, y si están en Barcelona, David Trueba y Luis Alegre. También latinoamericanos: si el presentado es Roberto Bolaño, no andarán lejos Rodrigo Fresán e Ignacio Echevarría.

Después del almuerzo, siguen las entrevistas individuales con el autor, mientras nosotros regresamos a la editorial. A las siete nos marchamos y si no hay ninguno de los muchos compromisos -presentaciones, cócteles, cenas-, me recluyo en casa. Ocupaciones habituales: lectura de la prensa cultural

española y extranjera (Anagrama está suscrita, como es natural, a numerosas publicaciones), atención más o menos flotante (o muy atenta en los partidos de fútbol) a la televisión, que actúa a modo de túnel de lavado tras tanta letra, y en algún momento, después de cenar, lectura para la editorial o para exclusivo placer personal (en dicho caso, ensayos y textos memorialísticos casi sin excepción).

En las muchas invitaciones que cursamos conjuntamente con el Instituto Francés y el Británico, las ruedas de prensa tienen lugar en el propio instituto. Luego, por la tarde, la conferencia del autor y antes la búsqueda del presentador -repassando reseñas, recordando afinidades electivas-. Tras las conferencias, las cenas: en el piso del director del Instituto Francés o en el restaurante Olivé, sede habitual en dichos casos del director del Instituto Británico.

Este es el menú de los días laborables. Los fines de semana, si logro eludir compromisos, no salgo de casa. Como máximo algún sábado por la mañana paseo por librerías y salas de exposiciones. Entonces es cuando leo manuscritos, bolígrafo en mano y con todo el tiempo por delante. A menudo no almuerzo hasta las cuatro o las cinco de la tarde, cuando he terminado el texto; otras veces, si no es posible acabarlo pero tengo ganas de seguir, un almuerzo ligero -ensalada, fruta- para que la digestión no estorbe. Y también, cada vez más a menudo, escribo artículos, como este mismo.

BARCELONA, AÑOS SESENTA: EL DESPERTAR DE LA CULTURA EN ESPAÑA²

Ayer Luis Goytisolo delimitó muy bien los tres aspectos más característicos de la década: el político, el cambio de costumbres personales, mucho más libres, y el cultural y literario, en su entramado barcelonés.

Siguiendo este esquema, en efecto, el partido comunista, llamado PC en España y PSUC en Cataluña, fue el partido básico de la oposición antifranquista al que muchos se alistaron o con el que colaboraron en acciones puntuales (como yo mismo, en calidad de compañero de viaje o tonto útil, según terminología de la época), mientras que en la segunda mitad de los sesenta, tras los ecos de la Guerra de Vietnam, el Mayo del 68, la contracultura, etc., la agitación universitaria en especial provocó la creación de muchos grupos o grupúsculos muy a la izquierda de los comunistas. Partidos trotskistas, maoístas, el Felipe, Bandera Roja, grupúsculos situacionistas, autónomos, Acción Comunista, una colosal ensalada de siglas. Recuerdo que en el 76 o 77 publiqué un libro llamado *Los partidos marxistas. Sus dirigentes, sus programas* en el que aparecían veintitantos partidos (propiciados por la opacidad informativa de toda dictadura). Luego, con las primeras elecciones y el desencanto que siguió, el panorama se clarificó a la europea. Pero esto ya corresponde a los setenta.

El cambio de costumbres sexuales, que como dijo Luis ya existía en pequeños grupos, alcanzó en los sesenta una expansión masiva, con grandes placeres y no pocos percances ocasionados por el «juego de la verdad» o la presunta ausencia de celos en los intercambios de parejas.

En el ámbito cultural y literario el cambio fue espectacular. En el mundo editorial está muy marcado: desde principios de los sesenta hasta el final de la década la hegemonía perteneció a la Seix Barral de Carlos Barral, acompañado del sabio Joan Petit, de Jaime Salinas y del famoso comité de lectura.

Pero en la década aparecieron, entre otras, tres editoriales muy en línea, cada una a su manera, con este espíritu inquieto, renovador, en pos de la excelencia y del import-export respecto a otras culturas. A principios de los sesenta surgió Lumen, y a finales, Anagrama y Tusquets. Entretanto, Carlos Barral se peleó con la familia Seix y fundó en el 70, creo, Barral Editores. Y también, y muy importante, ocho editores nos unimos en una distribuidora, Distribuciones de Enlace, y en una colección de bolsillo común.

Pienso que hicimos una gran labor, muy de compinches y amigos, mucho más cómplices que competidores, bajo el signo de la vanguardia cultural y literaria y del progresismo y el antifranquismo. Así, aparte de las más específicamente culturales y literarias, como Barral, Lumen y Tusquets, las otras nos repartíamos en cierto modo el territorio: aquella Cuadernos para el Diálogo, de Pedro Altares y Rafael Martínez Alés (la única editorial no barcelonesa), la democracia cristiana y el socialismo; Laia, con Alfonso Carlos Comín, el eurocomunismo y el diálogo entre cristianismo y marxismo; Fontanella, con Paco Fortuny, era de izquierda inequívoca con rasgos obreristas, si bien recuerdo; Edicions 62 de Castellet, exploraba el catalanismo y el marxismo, y Anagrama se dedicaba preferentemente a la izquierda heterodoxa, con autores como Trotski, Rosa Luxemburg, Mao, Bakunin, Che Guevara o los situacionistas franceses: tal como la definió un crítico, todo el pantone de la contestación. Pero esto también corresponde a los setenta.

Hay que subrayar que la nueva Ley de Prensa del 66 o 67, conocida como la Ley Fraga, pese a sus insuficiencias y arbitrariedades supuso un estímulo para las editoriales antifranquistas. A través de sus fisuras se pudieron «colar» libros impensables, aunque con el riesgo de su secuestro, que en Anagrama sufrimos en no pocas ocasiones.

Y desde luego proseguía la brutal represión contra Comisiones Obreras y militantes de partidos políticos clandestinos, muy en especial comunistas.

También hay que destacar, a finales de los sesenta, la fundación de varias

librerías, con una dedicación acorde con los tiempos, como Leteradura, Viceversa, Ántropos y Trilce. La que duró más, unos diez años, a trancas y barrancas, fue Leteradura, fundada por Lali Gubern y Elvira Cobos.

Ayer Castellet afirmó que los sesenta empezaron en los cincuenta y algo en los cuarenta. Y es cierto, nada nace *ex nihilo*, también podríamos recordar periodos de los años treinta y, por ejemplo, el espíritu lúdico y descarado, del llamado Grup de Sabadell, con Pere Quart y Francesc Trabal, etcétera.

Pero mi opinión es que lo más significativo culturalmente de los sesenta en Barcelona se fraguó del 65 al 70, mientras nos íbamos encontrando, conociendo y reconociendo grupitos e individuos aún sueltos con ganas de cambiar las cosas. En este periodo, por ejemplo, despuntaron o empezaron a consolidarse cuatro grupos profesionales de gran nivel:

- los arquitectos, con los jóvenes maestros Bohigas, Correa o Milá y los incipientes Bofill, Tusquets o Clotet, entre los que cabría agrupar nombres del diseño como Cirici Pellicer y escuelas CIFC, así como Ràfols-Casamada y la escuela Eina, toda una institución, y la tienda Vinçon, otra institución.

- los fotógrafos, con nombres como Pomés, Maspons, Ubiña, Miserachs o Colita.

- el desembarco del *boom*, con sus novelas, que dejaron boquiabiertos a tantos colegas españoles, y con la presencia de varios autores que se instalaron a finales de los sesenta en Barcelona, como, entre los más conocidos, García Márquez y Vargas Llosa, que vivían en Sarrià (muy cerca de la neonata Anagrama), José Donoso, un Sergio Pitol poco conocido entonces y que después se reveló como un maestro y, unos años después, Jorge Edwards.

Cabe destacar su activa presencia, muy en especial de Vargas Llosa y Pitol, en la vida cultural y social de Barcelona. Así, Pitol formó parte del comité de lectura de Barral y dirigió una sensacional colección, «Los heterodoxos», en Tusquets. Nos hicimos amigos y ya a partir de los ochenta publiqué todas sus obras.

En cuanto a Vargas Llosa, fue miembro durante varios años del jurado del Barral de Novela y también del Anagrama de Ensayo, del que fue fundador. Recuerdo una tarde en casa de Luis Goytisolo, que tanto me animó en los primerísimos setenta, casi recién fundada la editorial (apenas dos años de existencia), con Vargas Llosa y Salvador Clotas para redactar las bases del

premio, entre ellos la fundamental, que decía: «El jurado preferirá los trabajos de imaginación crítica a los de carácter estrictamente erudito o científico.» El mensaje era claro: nada de latosísimas tesis o tesinas sino ensayos originales, creativos, críticos como los de los ensayistas que nos gustaban, como Lionel Trilling, Octavio Paz o dos que incorporamos al primer jurado como Juan Benet o Hans Magnus Enzensberger, traductor de Vallejo y Neruda y asiduo viajero a Cuba y España.

Quiero destacar el papel de Luis Goytisolo como enlace entre escritores del *boom* y el ambiente cultural barcelonés, como corrobora Donoso en *Historia personal del boom*, donde describe una fiesta de fin de año (del 70 o 71) en la que están, aparte de amigos barceloneses, García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar y Donoso, además de Pitol. Si hubiera caído una bomba, qué desastre para la literatura.

Y también la figura de Salvador Clotas, en aquella época incansable agitador cultural, finísimo crítico literario, experto en jurados. Fue miembro del Biblioteca Breve, del Barral y del Anagrama de Ensayo, y después de una larga etapa en la editorial Labor, colaborador del Taller de Arquitectura de Ricardo Bofill. Clotas fue también autor de un libro muy polémico: *Treinta años de literatura en España*, publicado por la Kairós de Salvador Pániker, otra editorial muy significativa de la época.

En cuarto lugar destacaría a los cineastas que fundaron a mitad de los setenta la llamada Escuela de Barcelona, con Joaquín Jordá, Jacinto Esteva y Carlos Durán al frente, con la productora Films Contacto, del muy acomodado padre de Jacinto, y que dirigió Ricardo Muñoz Suay, tras su bronca con el PC y la productora Uninci en Madrid. Se produjeron unas interesantes y muy minoritarias películas, entre ellas *Dante no es únicamente severo*, dirigida por Jordá y Esteva, un film críptico, lúdico y neodadaísta, bajo el lema de Jordá: «Ya que no podemos hacer Victor Hugo haremos Mallarmé.» Es decir, ya que no se puede sortear la censura como quisiéramos, en vez de hacer el nuevo cine español, cautelosamente crítico y posibilista, elegimos una vía distinta, la vía digamos del Gran Rechazo. Como Films Contacto decidió dedicarse solo a las películas de Jacinto Esteva, se formó una productora, Films de Formentera, que tuvo su sede en Anagrama, en la que nos asociamos Jordá, Durán, Gubern, Bofill, Amorós y yo mismo, para apoyar proyectos de los otros directores de la Escuela de Barcelona. La aventura duró unos pocos

años. Jacinto, después de un tiempo como cazador en África, donde rodó una masa ingente de material documental, murió alcoholizado; Durán tuvo una larga carrera profesional como productor de cine, a menudo con Vicente Aranda como director, y Jordá se fue a Italia para realizar cine militante, regresó a España dedicado a la militancia de extrema izquierda en la OIC (Organización de Izquierda Comunista), a la traducción (especialmente para Anagrama) y a la escritura de guiones. Hacia el final de su vida, tras superar un ictus, filmó algunos documentales excepcionales como *El encargo del cazador* (sobre Jacinto Esteva) o *De niños*.

Con Jordá proyectamos un libro sobre arquitectos y fotógrafos y al final dos libros de conversaciones (no publicados) con Castellet y Alfonso Sastre como intelectuales imprescindibles en Barcelona y Madrid. Después de grabar muchos casetes, Jordá se fue a Italia. Se transcribieron cientos de folios, pero Joaquín ya estaba en otra onda, con Lotta Continua, con Autonomia Operaia y el cine militante.

Hay que subrayar que los sesenta fueron la década cinéfila por excelencia, la de la Nouvelle Vague y *Cahiers du Cinéma*, la del mejor cine italiano, de la Escuela de Nueva York de John Cassavetes y Jonas Mekas, del Free Cinema inglés, entre otros. Y Barcelona tuvo un peso considerable con sus festivales de cine, los enfervorizados cineclubs, los cines de arte y ensayo. El cine penetró en todo el ambiente intelectual. Como ejemplos, tantas vocaciones cinematográficas, algunas frustradas como la del joven Jaime Salinas, luego tan gran editor, o los futuros novelistas Manuel Puig o Terenci Moix. O los pinitos de Bofill con un corto, *Cercles* (con Clotas como protagonista), y con *Esquizo*.

Toda esta agitación cultural, social y política se vio propiciada por una topografía de puntos de encuentro, de espacios de sociabilidad. Para mí los más destacados fueron los siguientes: el restaurante l'Estevet, más conocido como la Mariona, y su mesa del fondo, al estilo camarote de los hermanos Marx, el Jamboree, un local de jazz en la Plaza Real, el Whisky Club y el Stork, dos bares que fueron espléndidamente glosados por Gil de Biedma y recogidos en su libro *Al pie de la letra* (en el Stork aludía a «un ingeniero con una indeclinable pasión por las letras» que resultaba ser yo), el Pub Tuset y finalmente el Bocaccio.

Como anécdota personal, la primera presentación de un libro de Anagrama

en 1970, o más exactamente de un Cuaderno Anagrama, *Filosofía y Carnaval*, de Eugenio Trías, tuvo lugar en el Pub Tuset, con Castellet oficiando de presentador detrás del mostrador, al lado del autor, y que acabó en una borrachera memorable: la única bebida fueron las entonces desconocidas margaritas, básicamente un tequila de efectos desconocidos y devastadores para muchos de los presentes.

Bocaccio, que fundamos unos cuarenta socios y que dirigía Oriol Regàs, con Xavier Miserachs como responsable de la música, ya ha sido muy glosado. Destacaría que se inició con un desfile de Mary Quant y sus minifaldas, todo un síntoma, y que su sabia disposición prosperó: la planta baja, con su larga barra y sus mesas, para intercambiar ideas, proyectos o pareja, y el sótano para el baile y el desmadre más explícito. Y allí confluíamos todos. Y así como años más tarde todos seguíamos más monográficamente por nuestro raíl profesional, el intercambio de ideas y proyectos de los primeros años de Bocaccio fue muy fructífero y excitante.

Otra anécdota personal: en 1970, estando en la barra con Román Gubern y un infatigable conspirador del PSUC, Octavi Pellissa, empezamos a hablar de la «caza de brujas» contra los cineastas progresistas de Hollywood organizada por el senador McCarthy y al cabo de un rato la conclusión era obvia: ¿por qué no encargaba un «Cuaderno Anagrama» sobre el tema a Román Gubern, que ya era entonces una enciclopedia andante? Dicho y hecho, al poco tiempo tenía el manuscrito, se publicó y todavía hoy, algo ampliado, figura en nuestro catálogo en la colección «Crónicas».

Respecto a la *gauche divine*: así denominó Joan de Sagarra a un grupo de amigos o un centenar de personas con ambiciones creativas, de perfil progresista y antifranquista, acompañados por los o las correspondientes *groupies*, amigos que seguían la estela. Nunca hubo conciencia de grupo organizado, ni ningunas ganas de serlo, solo había una sintonía personal, y, por decirlo a la manera de Gabriel Ferrater, nos sentíamos «partidarios de la felicidad», quizá demasiado visiblemente para espíritus pacatos (de derecha y de izquierda), por lo que fuimos convenientemente criticados. Aunque éramos casi todos catalanes, teníamos escaso o nulo espíritu nacionalista (por ejemplo, con la excepción de Edicions 62, las editoriales que he mencionado publicábamos en castellano, nuestra lengua de cultura tras la guerra civil).

No tuvimos ningún tipo de reconocimiento oficial, que nos hubiera

horrorizado. Al revés que la Movida, por ejemplo, que fue convenientemente adoptada por el alcalde Tierno Galván. En palabras de Oscar Tusquets, «si la *gauche divine* hubiera surgido en Francia, en Italia o Inglaterra habría docenas de libros sobre ella».

Pero yo pienso que no los hay ni tiene por qué haberlos.³ Sí existen estudios sobre aquellos profesionales de la cultura ocasionalmente catalogados como de la *gauche divine*.

Este periodo de los años sesenta y de la *gauche divine* fue protagonizado por gente nacida entre 1925 y 1940. Así, Castellet, Barral, Bohigas, Correa, Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, entre el 25 y el 28. Y en 1935 Luis Goytisolo, Xavier Corberó y yo mismo, Román Gubern en 1934, Esther Tusquets en 1936 o Ricardo Bofill, Salvador Clotas y Oscar Tusquets en el 38 o 39.

Gil de Biedma afirmó (en *Infame Turba*) que la idea de grupo, de pandilla, dura hasta los treinta años, luego los amigos se dispersan. En esa Barcelona de los sesenta, esa amplia pandilla duró bastante más tiempo, síntoma, quizá preocupante, de juventud demasiado prolongada.

Conclusiones nada enfáticas

Entre 1965 y 1970 se produjo en Barcelona una oleada de creatividad en muy diversos ámbitos culturales, moviéndose en un espacio entre la vanguardia y el antifranquismo, con total desenvoltura y libertad de costumbres. Todo ello propiciado por un mayor bienestar económico, después del Plan de Estabilización, las divisas de los emigrantes y del turismo, etc.

Destacaría, en el ámbito editorial, la colección Biblioteca Breve en la Seix Barral de Carlos Barral y los premios Formentor, por sí mismos y por lo que supusieron de estímulo para nuevos editores, aunque luego, en los años setenta, al romper Carlos con la familia Seix y crear Barral Editores, el nuevo proyecto naufragó en poco tiempo, con el triste despilfarro de su «capital simbólico»; la ley de Prensa que propició nuestro atrevimiento para ganar «espacios de libertad», según terminología de la época; y la sacudida literaria que supuso la explosión del *boom* latinoamericano, con varios de sus más destacados miembros con residencia en Barcelona.

Destacaría a los arquitectos, fotógrafos y diseñadores que se han ido

convirtiendo en figuras indiscutibles en sus respectivas disciplinas. También la pasión por el cine que atravesó a gran parte de la *intelligentsia* de la época. Y una larga convivencia de creadores nacidos entre 1925 y 1940, intercambiando ideas, experiencias, proyectos: una alegre, osada y perdurable banda de compinches. Una convivencia propiciada por una serie de lugares de encuentro, sin cita previa, simbolizados por Bocaccio.

La fiesta duró unos años, lo que ya fue un milagro en la España franquista para una franja privilegiada por su origen o su talento, sin olvidar su capacidad de trabajo. Hay cierta coincidencia en afirmar que el cambio se produjo tras el encierro de trescientos intelectuales en Montserrat en 1970, durante tres días, hasta ser conminados a desalojar el monasterio. Fue un acto de protesta contra cinco penas de muerte. En cualquier caso, muchos tomaron una deriva ya más encuadrada en diversas opciones políticas o más inmersa en las respectivas sendas profesionales.

Al igual que durante una época París fue *A Moveable Feast* para Hemingway, según uno de sus títulos, recuerdo, y creo que muchos recordamos, aquellos tiempos en que Barcelona era también una fiesta en continuo movimiento.

NOTAS SOBRE LUIS GOYTISOLO, COMPAÑERO DE COLEGIO⁴

Voy a hacer un travelling sintético, pero no muy breve, recorriendo la larguísima trayectoria literaria de Luis y también mi relación con él, desde 1947 hasta ahora, es decir, desde nuestros doce años. Y también su imbricación con Anagrama en diversas ocasiones.

Nos conocimos en el colegio La Salle Bonanova, de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, cuando estábamos en segundo de bachillerato C y enseguida nos hicimos amigos. Citaré unos ejemplos de nuestra amistad y afinidades.

- En dicho colegio, los jueves había una misa obligatoria para todos los alumnos en la gran capilla. En el momento de la comunión algunos centenares de alumnos se levantaban religiosamente (y nunca mejor dicho) de sus filas para ir a comulgar excepto de una en la que Goytisoló, otro alumno llamado Ángel Gamboa y yo, desde los trece o catorce años, permanecíamos sentados. A veces se añadía algún otro. Y así hasta acabar el bachillerato. En dos novelas autobiográficas Luis ha aludido a estos episodios. Debo decir que no fuimos penalizados por ello, los Hermanos tenían una manga más ancha que los temibles jesuitas, así que el nuestro fue un «heroísmo» discreto.

- A lo largo del bachillerato, en dos ocasiones nos llevaban a Manresa, para una semana de ejercicios espirituales, con una escenografía bastante terrorífica, truculenta, pero sobre todo latosísima. Creo que fue en la segunda ocasión, a los quince o dieciséis años, cuando Luis y yo estábamos en celdas contiguas y una noche me pasó un ejemplar de *Santuario* de William Faulkner, una novela particularmente escabrosa, muy oportunamente desintoxicadora.

- En séptimo de bachillerato, el curso final, se nos ofreció a la hora del

recreo, en lugar del fútbol habitual, la posibilidad de montar a caballo (gracias al Picadero Bonanova, que estaba muy cerca del colegio). Luis y yo nos aficionamos mucho y a menudo los domingos íbamos a galopar a la Carretera de las Aguas, en la montaña al norte de Barcelona. Yo seguí con la afición y estuve unos tres años participando activamente en concursos hípicas de saltos.

- En 1954, a los diecinueve años, leí *Juegos de manos* de Juan Goytisolo, que fue también alumno del colegio, y luego había decidido exiliarse a París. Esta novela sobre la insumisión de un grupo de jóvenes estudiantes rebeldes y bohemios en Madrid fue para mí una sacudida, aunque luego el autor la haya desautorizado. Otra forma de vida.

- Luego, Luis estudió derecho y yo ingeniería y durante unos años nos vimos muy episódicamente. Leí *Las afueras*, su primera novela, que escribié apenas veinteañero y fue el primer premio del Biblioteca Breve, inaugurando el galardón por excelencia en lengua española, en la época de Carlos Barral, que otorgaba la editorial Seix Barral, y me quedé deslumbrado, tanto es así que, en una efímera vocación cinematográfica, empecé a escribir, alrededor de 1960, el guión de *Los geranios*, uno de los relatos o textos de *Las afueras*, que quedó inacabado y abandonado, aunque durante décadas persistió la cinefilia.

- Durante los años sesenta nos fuimos encontrando o conociendo muchos jóvenes «inquietos» de Barcelona, y empezamos a vernos Luis y yo cada vez con mayor frecuencia. Eran los tiempos de la llamada *gauche divine*, del ramalazo de libertad sexual, de creatividad, de rechazo del orden burgués y de la politización antifranquista. Tiempos que se evocan con énfasis en *El sueño de San Luis*.

- Mientras Luis estaba inmerso (creo que durante diecisiete años) en la redacción de *Antagonía*, una auténtica catedral de la literatura contemporánea, yo empezaba a planear desde octubre del 67 la editorial Anagrama, cuyos primeros títulos salieron en abril de 1969. El primer libro de la editorial que físicamente tuve en mis manos fue la traducción de *Il mestiere di vivere*, de Cesare Pavese, autor fundamental en aquella época, también valorado así por Luis en su ensayo, y especialmente los diarios que componen dicho volumen.

- A modo de descanso en su ambiciosísima empresa, Luis escribe la primera de sus fábulas, *Ojos, círculos, búhos*, que publicó en Anagrama en

1970, con dibujos de Joan Ponç, el gran pintor y fundador del grupo Dau al Set (con Antoni Tàpies, Modest Cuixart o el poeta Joan Brossa). Un breve texto extraordinario, absolutamente atípico y desconcertante, a modo de agudo y corrosivo retrato de la sociedad de aquellos tiempos, con un sentido del humor negrísimo, lacónico y eficaz. Una versión destilada de lo que el gran Pere Gimferrer denominó «la ironía impasible» que impregna la *opera omnia* de Luis. Aunque tanto en *Ojos, círculos, búhos* como en las otras tres fábulas que ha escrito la ironía no es tan impasible como restallante.

- A principios de los setenta tengo la idea de fundar un premio de ensayo, se lo comento a Luis, a quien le entusiasma la idea. Y convocamos en su casa una primera reunión con Mario Vargas Llosa y Salvador Clotas (gran amigo, crítico muy fino y experto jurado en los premios de Barral). Elaboramos las bases y se añadieron al jurado del primer año Hans Magnus Enzensberger y Juan Benet. Un jurado, pues, rutilante para un premio de una editorial casi recién nacida, con unos pocos años de actividad. Un premio ahora muy longevo, con 43 convocatorias, y del que Luis fue jurado durante los primeros años.

- Época del *boom*: Luis fue uno de los escritores barceloneses que ejercieron una sólida conexión entre los escritores latinoamericanos y el entorno cultural barcelonés. Un ejemplo vistoso: en la noche de fin de año de 1970 organizó una famosa fiesta a la que asistieron, como figuras estelares, García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar y Donoso con sus respectivas parejas (si hubiera caído una bomba en casa de Luis, se acababa el *boom*). Una fiesta glosada brillantemente por Donoso en *Historia personal del boom*, a la que se fueron añadiendo durante la madrugada otros noctámbulos. Allí conocí al mexicano Sergio Pitol, que se convirtió en un grandísimo escritor y en uno de mis mejores amigos.

- Aparición de *Recuento* (creo que en el 75, primero en México por razones de la censura), el primer volumen de *Antagonía*, recibido como una obra maestra, tan esperada. Yo había sido uno de los privilegiados que leyó unas cien primeras páginas del manuscrito, que me pareció extraordinario, sin ninguna conexión con lo que se estaba escribiendo entonces en España. Luego, espaciadamente, se fueron publicando a lo largo de varios años los tres tomos siguientes, lo que no facilitó poder hacerse una idea cabal de su enorme importancia. Y además el último tomo, *Teoría del conocimiento*, se publicó en

plena explosión de la llamada «nueva narrativa española», con la que la obra de Luis, tan ambiciosa y exigente, tenía muy poco que ver.

- Publiqué su novela siguiente, *Estela del fuego que se aleja*, que ganó el Premio de la Crítica en 1984, en la colección «Narrativas hispánicas», cuyos tres primeros autores fueron Álvaro Pombo, Sergio Pitol y Luis Goytisolo, con dicho título. Luego siguió escribiendo una serie de valiosas novelas a contracorriente de la llamada «nueva narrativa española», tan aupada: algo así como un educado lobo estepario, nada mediático. Ingresa en la Real Academia Española, de la que es miembro muy activo desde el inicio.

- Y para resumir, un gran salto adelante (como se decía en el dialecto maoísta). Anagrama publicó, hace unos pocos años, en 2012, los cuatro tomos de *Antagonía* por primera vez en un solo volumen, tal como siempre fueron pensados, como una obra única férreamente trabada. Fue descubierta (o redescubierta) con un estupor maravillado. Finalmente se reconoció ampliamente lo que muchos estudiosos y expertos ya sabían: *Antagonía* es una de las cumbres de la novela del siglo XX. Así lo califican los mejores críticos españoles y anglosajones, está en vías de traducción en Estados Unidos, donde desde hace décadas, la obra de Luis es muy estudiada y valorada por los más avezados hispanistas, con Gonzalo Sobejano a la cabeza. Y además del reconocimiento de los críticos fueron apareciendo textos extraordinariamente favorables de otros escritores, desde Mario Vargas Llosa hasta uno recientísimo de Juan Goytisolo, con quien Luis ha tenido una relación personal con ciertos altibajos, que quedaron cancelados con tan rendido homenaje.

- Tuvimos la suerte de que Luis Goytisolo se presentara y ganara el Premio Anagrama de Ensayo en 2013 con *Naturaleza de la novela*, rescatamos *Estela del fuego que se aleja* y tenemos aún algunos proyectos pendientes. Pero ahora me alegra estar en la Biblioteca Nacional, presentando junto a su directora Ana Santos Aramburo y Darío Villanueva, director de la Real Academia, *El sueño de San Luis*, un breve, incisivo e importante ensayo de Luis Goytisolo y que, indagando en su subconsciente tras una relectura completa de su obra novelística, es una suerte de «caja negra» de su obra. Un libro desde ahora imprescindible.

Enhorabuena, querido Luis.

EXPERIENCIAS DE UN EDITOR DURANTE LA TRANSICIÓN (1973- 1982)⁵

Los apuntes que voy a leer están escritos, en buena medida, confiando en la memoria, por lo que me excuso de antemano por posibles errores y olvidos significativos. Por otra parte, he observado disciplinadamente las fechas entre las que los organizadores del evento han enmarcado la Transición.

Dichas fechas difieren para otros estudiosos, como Josep M. Colomer, quien afirma en la primera página de un estudio fundamental, *La transición a la democracia: el modelo español*, que «tuvo lugar en España durante los años 1976-1981». Por su parte, Adolfo Suárez, con un sentido algo patrimonial y megalómano de la cuestión, en sus *Apuntes sobre la transición política* escribe: «El periodo que se conoce como transición política está integrado por tres años que cambian políticamente a España: 1976, 1977, 1978. El primero fue el año de la Reforma Política; el segundo, el de las primeras elecciones generales libres después de 40 años; el tercero, el año de la Constitución.»

La férrea censura que gobernó durante las primeras décadas de la posguerra empezó a mostrar fisuras, en 1966, con la Ley de Prensa que suprimió la censura previa, la llamada Ley Fraga. A pesar de las arbitrariedades, procesos y secuestros correspondientes, se elevó el techo de la libertad de expresión y pudieron publicarse, tanto en la prensa como en forma de libro, textos absolutamente impensables hasta entonces. Y se produjo un proceso de emulación editorial y multiplicación de mensajes hostiles al

régimen. A medida que nos adentrábamos en los setenta, en el llamado «tardofranquismo», crecía la certeza de que el franquismo estaba próximo a desaparecer, certeza que se corroboró tras el atentado a Carrero Blanco.

En el ámbito de la edición, un grupo de ocho editores políticamente progresistas y culturalmente de vanguardia (digamos, para simplificar, cada uno en sus dosis correspondientes) nos unimos, en 1970, para montar una distribuidora, Enlace, y también una colección de bolsillo conjunta, Ediciones de Bolsillo. Por orden alfabético eran Anagrama, Barral, Cuadernos para el Diálogo, Edicions 62 (con Península como sello en castellano), Estela (que luego, por imperativos de censura, se rebautizó y camufló como Laia), Fontanella, Lumen y Tusquets. Y en 1973 estábamos más vivos y entusiastas que nunca. El mayor énfasis político posiblemente estaba en Cuadernos para el Diálogo (vertiente socialista y democristiana de izquierdas), Laia (comunista con progresiva tendencia eurocomunista y tendencia al diálogo entre comunistas y cristianos, impulsado por su director Alfonso Carlos Comín) y Anagrama (plataforma de heterodoxos de izquierdas: trotskismo, maoísmo, anarquismo, guevarismo, Internacional Situacionista).

También debe destacarse, en este registro político, otra editorial barcelonesa, Ariel, así como Crítica, fundada a mediados de los setenta por Xavier Folch y Gonzalo Pontón, procedentes de Ariel, y bajo el amparo de Grijalbo.

En Madrid, en el ámbito progresista, aparte de Cuadernos para el Diálogo, destacaban editores como Javier Pradera en Alianza, Faustino Lastra en Siglo XXI, Jesús Aguirre en Taurus, y las ediciones de Alberto Corazón.

Aunque la censura propiamente dicha había ido aflojando durante esos años, se producía otro tipo de censura: la de los grupos ultras que asaltaban las librerías progresistas, grupos ultras fomentados o desde luego amparados por la policía, que jamás hizo ninguna detención. El atentado más sonado, el más importante, fue el incendio, en 1974, de los almacenes de Distribuciones de Enlace, que reunía los fondos de los ocho editores antes mencionados. Por parte de los ultras fue un objetivo acertado: atacar al capital simbólico más visible y concentrado de la edición progresista de la época.

El catálogo de Anagrama, entre 1973 y 1980, refleja las dos etapas más diferenciadas del proceso de la Transición. Por una parte, el entusiasmo desatado ante la inminencia del final del franquismo y la llegada de la

democracia, pero no solo la «democracia formal» o «democracia burguesa», según etiqueta de la época, sino el deseo de un cambio mucho más radical. O, dicho según la fórmula también de la época, Ruptura y no Reforma. Un entusiasmo revolucionario que sufre un brusco frenazo con las elecciones de junio de 1977 y la victoria de Suárez y los centristas. Un frenazo que, unido a resacas varias en el horizonte internacional -desde la del Mayo francés hasta los interrogantes, como mínimo, que planteaban las experiencias cubana y china-, provocó, entre otras cosas, el desinterés respecto a la política de muchos de los lectores más radicales -el célebre «desencanto»- y también la desorientación, y mutismo, de no pocos teóricos de la izquierda.

Dos etapas, en suma, bien marcadas: la euforia hasta el 77 y el desencanto posterior. Anagrama publicó 30 novedades en el 73, 43 en el 74, 56 en el 75, 57 en el 76 y 61 en el 77. Y a partir de ahí empieza el trienio negro, tres años de gravísimas dificultades económicas, que se reflejan ilustrativamente en la cifra de novedades anuales: 29 en el 78, 25 en el 79 y 19 en el 80. Y en 1981 empieza la recuperación.

A la «huida» de los lectores de libros políticos se une una serie de factores negativos, como la crisis de Distribuciones de Enlace y las dificultades de casi todos sus socios. En poco tiempo desaparecen Barral y Cuadernos para el Diálogo, mientras que Tusquets y Laia buscan otros distribuidores.

Antes de la diáspora, los editores de Enlace impulsamos un libro conjunto, *Diez años de represión cultural. La censura de libros durante la ley de Prensa (1966-1976)*, a cargo de tres jóvenes periodistas, Georgina Cisquella, José Luis Erviti y José A. Sorolla, que se publicó en julio de 1977. Y también un libro colectivo, *La cultura bajo el franquismo*, que se editó, también en el 77, para conmemorar el número 500 de la colección de Ediciones de Bolsillo, que tan pronto iba a desaparecer.

1973-1974

En las publicaciones del 73 y el 74, la mitad de los títulos corresponden a «Cuadernos Anagrama», iniciada en 1970 y que publicó 117 títulos hasta 1977. Eran textos breves, no solían sobrepasar las cien páginas, de formato reducido, cubierta tipográfica a una tinta, impresos en un papel más bien

deplorable, pero como consecuencia muy baratos: los primeros oscilaban entre las 30 y las 40 pesetas. Los objetivos de la colección eran, a grandes rasgos, suplir la práctica inexistencia de revistas teóricas españolas, incorporar a autores que parecían imprescindibles en el ámbito del pensamiento, publicar los clásicos revolucionarios, analizar las problemáticas más contemporáneas y urgentes, estimular textos de autores españoles. En esos dos años, aparecen los primeros textos situacionistas en Anagrama, ensayos sobre América Latina, textos de Noam Chomsky, Pierre Vilar, Samir Amin, Wilhelm Reich, y también, en el ámbito literario, dos subversivos, dos suicidas: Jacques Vaché y Jacques Rigaut.

En 1975 tuvo lugar una publicación significativa, con notable repercusión: *Cuatro tesis filosóficas*, de Mao Tsetung, la primera edición legal del autor en España, con su cara bien presente en la portada, que provocó más de un incidente. Por ejemplo: en nuestra caseta de la Feria del Libro de Madrid, según me comentaron nuestros distribuidores, un paseante con el típico bigotillo falangista se inmoviliza frente al libro con el impensable Mao, lo coge, se persuade de su realidad, lo arroja furioso al fondo de la caseta y se aleja resoplando.

Dicha edición tiene su recámara. Unos meses antes Ricardo de la Cierva había sido nombrado director general del Libro, e inesperadamente (teniendo en cuenta su pasado, que tanto concuerda con el futuro posterior a este breve interludio) empieza a emitir proclamas aperturistas. Así, en un discurso que los editores escuchamos con particular atención, declaró que por qué se iba a prohibir a Lenin, que era un clásico del pensamiento occidental. Y, como consecuencia, al poco tiempo aparecieron tres ediciones simultáneas de *Materialismo y empiriocriticismo*, el libro de Lenin más indigesto y por tanto menos conflictivo. Entonces, y enterado de la puesta en marcha de una de esas ediciones, la de Laia, opté por intentar publicar a otro «clásico», más oriental: Mao Tse-tung, con una breve presentación de uno de los líderes del maoísta Partido del Trabajo, el científico Joan Senent-Josa, colaborador de Anagrama. El libro pasó la censura sin problemas y se convirtió en el primer bestseller de la editorial, propiciado también por un precio bajo, un precio político: 100 pesetas.

El breve talante aperturista de Ricardo de la Cierva fue, naturalmente, muy celebrado por los editores. El Gremio de Cataluña le dedicó una cena de

homenaje en la Font dels Ocellets que finalizó con un diálogo público esperanzador. Al día siguiente, De la Cierva fue recibiendo de uno en uno, en la sede del Gremio, a los editores con posibles problemas de censura. Estuve haciendo antecámara con Alfonso Carlos Comín, y después de él pasé yo. Anagrama estaba a punto de publicar *Septiembre Negro* de Gilbert Mury, un libro a propósito del grupo palestino que protagonizó un sonado atentado en los Juegos Olímpicos de Múnich. El autor, sin justificar a los terroristas palestinos, denunciaba en un texto muy combativo, apoyado en una extensa parte documental, el terrorismo sionista y desenmascaraba el pseudohumanitarismo occidental que se había mostrado bien ajeno respecto a la larga opresión del pueblo palestino. Como se ve, poco ha variado el panorama desde entonces, aparte de los problemas de escala: en Múnich murieron solo once israelitas, un alemán y cinco palestinos. Ricardo de la Cierva me dijo, en síntesis, que el litigio entre árabes e israelíes poco nos concernía en ese momento y que no me preocupara. Y, en efecto, el libro pasó la censura sin problemas.

1975, 1976, 1977

Ante la inminente desaparición del franquismo, se fuerza la máquina; de las 35 novedades promedio de los años anteriores se pasa a 59. Se pone un énfasis todavía mayor en los «Cuadernos Anagrama», con 75 títulos publicados en esos tres años, y se inician cinco nuevas colecciones, con características muy marcadas: en 1976, «Ibérica» y «Debates», y en 1977, «Elementos Críticos», «La educación sentimental» y «Contraseñas».

La colección «Ibérica» tenía el mismo diseño que «Argumentos» y «Documentos», pero se jugaba solo con tres colores en todas las portadas, los de la bandera republicana. En ella se publicaron, entre otros, dos célebres textos de Joaquín Maurín, *Los hombres de la Dictadura* y *La revolución española*, así como un riguroso estudio biográfico de Francesc Bonamusa sobre Andreu Nin, el líder del POUM, asesinado por los agentes estalinistas durante la guerra civil. Es decir, se celebró y se estudió a dos marxistas heterodoxos y perseguidos, Maurín y Nin. Otro título, *Libertad, Libertad, Libertad*, la conocida estrofa del himno de Riego, reunía los ensayos políticos más combativos de Juan Goytisolo. En *Programas económicos en la*

alternativa democrática se recogían seis conferencias de un ciclo organizado por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona, a cargo de seis representantes de la oposición antifranquista, desde la democracia cristiana hasta la izquierda, con el comunista Manuel Azcárate y el maoísta Nazario Aguado, pasando por Francisco Fernández Ordóñez y el entonces socialista Miguel Boyer. Como anécdota, fue la primera vez que se publicó legalmente un texto de un líder maoísta dando la cara. Se organizó la típica presentación en Madrid, con toda la llamada «clase política» en pleno.

Y en la misma colección, un título muy curioso y significativo de aquellos tiempos. En 1977, los periodistas Fernando Ruiz y Joaquín Romero publicaron el libro *Los partidos marxistas (Sus dirigentes/Sus programas)*, con amplias entrevistas con dichos dirigentes. Los partidos marxistas censados fueron nada menos que 22. Todo un síntoma de las exaltaciones de la época.

Los títulos de la colección «Debates» se ajustaban perfectamente al rótulo de la colección en dos vertientes. En algunos volúmenes se tomaba un texto sagrado revolucionario, como *El Estado y la revolución* de Lenin, *Las raíces de la socialdemocracia* de Rosa Luxemburg o *El marxismo y la cuestión nacional* de Stalin, acompañado de comentarios de autores de la izquierda contemporánea. En otros, se recogían debates sobre China, el Tercer Mundo, la discusión antiautoritaria, muy presente entonces en Alemania (con el debate Marx-Bakunin al fondo), o la crítica al bolchevismo de los consejistas holandeses, Korsch, Mattick, Pannekoek, que luego inspiraron en parte a la Internacional Situacionista.

En cuanto a la colección «Elementos Críticos», podría definirse como una hermana políticamente combativa de la colección «Argumentos». Mientras que en «Argumentos» el abanico era amplio -con textos dedicados a la lingüística, la crítica literaria o el psicoanálisis, aparte de los más combativos en ciencias sociales-, en «Elementos Críticos» todos los títulos eran marcadamente izquierdosos, con autores tan inequívocos como Gunder Frank, Yves Lacoste, Perry Anderson o Robert Castel.

Si estas tres colecciones se caracterizaban, como se ha visto, por una fuerte angulación política, las otras dos, «La educación sentimental» y «Contraseñas», reflejaban otras inquietudes.

Un autor afirmó que «La educación sentimental» era un título tan magnífico que Flaubert se lo había «robado» a todos los escritores posteriores, y decidí

«robárselo» a Flaubert para una colección dedicada a temas de vida cotidiana, feminismo y sexualidades llamadas heterodoxas. En los veinte títulos publicados figuraban textos de feministas tan conocidas como Juliet Mitchell, Sheila Rowbotham, Carla Lonzi, y textos tan radicales como *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*, del situacionista Raoul Vaneigem, *Elementos de crítica homosexual*, de Mario Mieli, que me recomendó el amigo Armand de Fluvià, que lleva décadas en primera línea de las reivindicaciones gay, *Álbum sistemático de la infancia*, un sulfuroso texto sobre el amor a los niños de Guy Hocquenghem y René Schérer. O un libro que gozó de gran predicamento: *El nuevo desorden amoroso*, con el que debutaron dos jóvenes y entonces descarados filósofos, Pascal Bruckner y Alain Finkielkraut.

Fueron años de gran efervescencia feminista, en los que se celebraron las primeras «Jornades Catalanes de la Dona», en la Universidad Central de Barcelona. Algunas de las impulsoras, feministas históricas, fueron Laura Tremosa, Núria Pompeia y Mireia Bofill, grandes amigas mías. Con ellas organizamos muchos actos y presentaciones de libros de la colección. Otra feminista, Amparo Moreno, publicó en «La educación sentimental», en 1977, *Mujeres en luchas (El movimiento feminista en España)*, un trabajo excelente.

Y por último, «Contraseñas», una colección que se inició en 1977 y que es la única que ha sobrevivido de las cinco iniciadas en este periodo. En el texto de nuestro catálogo histórico de los 25 años, la describí así: «“Contraseñas” apareció en 1977, una época en la que aún resonaban los ecos libertarios despertados tras la muerte de Franco, pero ya empezaba a despuntar un escéptico rechazo hacia las insípidas peripecias de la previsible *Realpolitik* española. Quizá por ello, cierto tipo de lectores sintonizaron de inmediato con el descaro, la insolencia y el temible humor de la propuesta de “Contraseñas”, una colección singular de difícil paralelismo incluso en el ámbito internacional. En sus inicios se simultanearon narradores de las características de Bukowski o Copi con una nutrida representación de textos del Nuevo Periodismo, con Tom Wolfe, Hunter S. Thompson y los *Despachos de guerra* de Michael Herr a la cabeza, y aparecieron títulos tan expresivos como *A la rica marihuana y otros sabores*, *Filosofías del underground*, *La pornografía y otros entusiasmos* y *El Libro de la Yerba*. El territorio queda claramente

marcado.»

Últimos coletazos de la censura

¿Qué había pasado entretanto con la censura? Muy sencillo: desde las primeras elecciones generales, pura y simplemente había desaparecido. Con un típico bandazo, los quioscos quedaron tapizados por desnudos, en el cine se impuso el destape, la revista *Interviú*, con un hábil cóctel de erotismo y periodismo de investigación, se impuso en el mercado a raíz del desnudo de Marisol, en uno de sus primeros números. Y como anécdota, cuando visité a Bukowski en Los Ángeles, me comentó su sorpresa ante las portadas de Anagrama de sus libros, las más audaces de todas. Una de ellas, con el expresivo título de *Erecciones, eyaculaciones y exhibiciones*, exhibía precisamente un monigote en forma de falo peleón, rodeado de un *pass-partout* ornamentado con manchas que podían atribuirse a gotas de semen sin posibilidad de error.

Pero antes de este vendaval libertario, durante el nefasto gobierno de Arias Navarro Anagrama -que había tenido varios encontronazos con la censura, cuatro secuestros, en los primerísimos años setenta- tuvo su periodo más problemático. Véase el capítulo siguiente: La censura.

1978-1980

El desencanto resultó muy duro para las editoriales que dedicaban buena parte de sus publicaciones a los libros políticos. Muchos títulos del catálogo quedaron, de golpe, obsoletos, así como libros contratados para publicar en un futuro próximo. Dicho desencanto resultó directamente letal para las revistas progresistas. Así, desaparecieron revistas antifranquistas con un historial tan importante como *Triunfo* y *Cuadernos para el Diálogo*, y también *La Calle*, que se había desgajado de *Triunfo*. Una editorial tiene más registros, más colecciones, y la posibilidad de que uno o varios bestsellers enderecen una situación complicada. Por el contrario, la imagen de una revista es mucho más monolítica, su margen de maniobra más estrecho.

Aunque sea de pasada, no puede dejar de mencionarse el impacto cultural que produjo la aparición de *El País*. Un proyecto que se asentó con gran

rapidez y que, en el ámbito de los libros, tuvo funciones de mandarinato. Y que -por razones de difusión y prestigio- colaboró, involuntaria pero inevitablemente, en la desaparición o arrinconamiento de semanarios o mensuales con estructuras en precario. Además de las revistas más políticas, también desaparecieron en poco tiempo otras más contraculturales como *Ajoblanco* y *Ozono*.

La situación económica de Anagrama, débil desde sus inicios, se hizo progresivamente angustiosa, como refleja el número de novedades de cada uno de esos años: 29, 25 y un escuálido 19. Una crisis que apenas paliaba la colección «Contraseñas», con Bukowski al frente, de la que se publicaron 23 títulos, la aportación más importante. Como síntoma, de la combativa «Cuadernos Anagrama» se publicó un solo título en 1980 y tres más en los años siguientes, hasta desaparecer. Finalmente nuestra distribuidora, Enlace, logró estabilizarse y pagar sus deudas -o, mejor dicho, las pagamos los editores socios-, mientras que yo, para paliar la situación, entre otras iniciativas de emergencia, vendí mis acciones de Bocaccio, valoradas en 1.200.000 pesetas, al amigo José Manuel Lara Bosch.

1981-1982

El desencanto de los lectores respecto a la política me había alcanzado también a mí, por lo que regresé a mis primeros amores anteriores a la política, regresé a la literatura. Y así, además de la dedicación a «Contraseñas», la colección dedicada a un tipo de literatura calificada como salvaje, marginal, forajida, cañera, etc., empecé en el 80 a preparar una nueva colección, «Panorama de narrativas», dedicada a la buena literatura contemporánea, sin adjetivar.

La situación económica había pasado de catastrófica a tan solo maltrecha, por lo que los anticipos posibles debían ser modestos, lo que estimulaba la labor de investigación, de búsqueda de autores ocultos, o al menos ocultos para otros colegas.

En 1981, de un total de 35 novedades, 8 correspondieron a «Panorama de narrativas» y 9 a «Contraseñas», mientras que en 1982, de 44 novedades, 14 eran de «Panorama de narrativas» y 7 de «Contraseñas», es decir, desde ese año «Panorama de narrativas» se convierte en una colección fundamental de

Anagrama. La colección se inició con tres títulos simultáneos: *Dos damas muy serias*, una singular novela de Jane Bowles, una *outsider*; *Parodia*, una rareza de Ruggero Guarini, el primero de los muchos autores italianos de la colección; y *Batallas de amor*, un libro de relatos de la estupenda escritora norteamericana Grace Paley. Para mi satisfacción, a pesar de tratarse de autores completamente desconocidos, la colección tuvo una acogida muy aceptable. Para ciertos lectores, «Contraseñas» había sido una especie de banderín de enganche, por lo que los primeros tomos de esa colección de portadas vainilla -la «peste amarilla», como la bautizó más tarde José Manuel Lara Hernández- despertó expectación.

A esos primeros títulos siguieron otros de Mircea Eliade, de escritores en lengua alemana como Joseph Roth y Thomas Bernhard, luego bien presentes en nuestro catálogo, y en especial los dos primeros libros de Patricia Highsmith protagonizados por Tom Ripley: *A pleno sol* y *La máscara de Ripley*. Esta autora era casi desconocida en España, apenas algún título suyo estaba publicado en alguna colección del gueto policiaco, mientras que en «Panorama de narrativas» figuraba como gran escritora literaria, sin etiqueta de género. Organicé en Madrid una presentación a cargo de tres de sus fans, cineastas, Gonzalo Suárez, Fernando Trueba y Óscar Ladoire, que congregó mucha prensa, y se instaló un duradero «culto Highsmith» que se fue alimentando con *El amigo americano* y dos títulos más en 1982 y luego hasta veinte. Recuerdo que en la Feria del Libro de Madrid el responsable de nuestra caseta me comentó: «Hay gente que se los lleva de tres en tres», los tres Ripley disponibles.

Y también en 1981 publicamos una novela, *La conjura de los necios* de John Kennedy Toole, de historia bien conocida, que tras un despegue perfectamente describable, como diría Josep Pla, después del verano se convirtió en un bestseller y luego en un longseller que no cesa. Entre *La conjura de los necios* y la «Armada Highsmith» se puso fin a las zozobras económicas y se preparó el camino para el paso siguiente: la colección «Narrativas hispánicas», que se inició en diciembre de 1983, y por tanto es otra historia. Sin embargo, cabe apuntar que fue una colección que colaboró decididamente en el lanzamiento de la llamada «nueva narrativa española» que había empezado a despuntar.

A modo de colofón: dos premios

Quisiera subrayar la creación de un galardón, el Premio Anagrama de Ensayo, lo cual, aunque entraba en la lógica evidentísima de la editorial, era bien inusual en nuestro país. Se otorgó por primera vez, en 1973, a *La estética sin herejías*, obra de un joven y brillante filósofo barcelonés, Xavier Rubert de Ventós. Pero la historia llevaba un retraso de dos años. En aquel entonces, para convocar el premio se precisaba el permiso del Ministerio de Información General y Turismo, y, habida cuenta del breve pero intenso historial antifranquista de Anagrama, estuvo en suspenso durante un año, hasta que por azares un tanto rocambolescos, típicos de aquellos tiempos, se desbloqueó la situación. Se pudo convocar finalmente para el 72, pero un jurado insigne -compuesto por Juan Benet, Salvador Clotas, Hans Magnus Enzensberger, Luis Goytisolo, Mario Vargas Llosa y el editor, entonces virtuosamente sin voto y casi sin voz- puso el listón muy alto y lo declaró desierto.

Pese al descorazonador inicio, el premio solo se declaró desierto en otra ocasión, en la séptima convocatoria, y los resultados pienso que son muy satisfactorios. Cuando celebramos el 25 aniversario del Premio, en la librería Happy Books de Barcelona, con la asistencia de los ganadores del mismo, uno de ellos, Antonio Elorza, dijo una frase exagerada pero que hizo fortuna mediática: «Aquí está reunida buena parte de la materia gris de la Transición.» Y, en efecto, allí estaban Savater, Escohotado, Gil Calvo, Colomer, Trías, Rubert de Ventós o Verdú, por citar algunos de los nombres más conocidos o más activos de dicho periodo.

En 1975 un grupo de editores europeos -cuyo núcleo fundacional estaba compuesto por el alemán Klaus Wagenbach, el francés Christian Bourgois, la italiana Inge Feltrinelli y el británico John Calder- decidió crear un premio internacional otorgado a un manuscrito, que luego todos los editores publicarían simultáneamente en sus países y se presentaría en la Feria de Frankfurt de 1977. A estos cuatro se añadieron el holandés Rob Van Genep, la portuguesa Snu Abecassis, directora de Dom Quixote, y yo tuve el honor de que me cooptaran como editor español. En la reunión decisoria en casa de Christian Bourgois, resultó premiado el gran poeta austriaco Erich Fried con un libro excelente y políticamente combativo, como correspondía: *Cien*

poemas apátridas. Para indicar por dónde iban los tiros, en ese primer año, aparte de una novela irlandesa propuesta por John Calder, se tuvieron en cuenta un estudio de la española María José Aubet sobre Rosa Luxemburg y la cuestión nacional y *Tutta Blu*, una narración de un obrero italiano sobre su experiencia en una fábrica: el título significa «mono azul», el uniforme de trabajo.

Estos premios internacionales resultan siempre complicados. Así, el segundo año, el candidato escogido fue William Burroughs con sus *Ciudades de la noche roja*. Sin embargo, no pudimos seguir adelante por problemas de derechos en Alemania y en Holanda. Problemas bien comprensibles, por otra parte: los editores que publicaban habitualmente a Burroughs no estaban dispuestos a renunciar a este título, por mucho premio internacional que hubiera de por medio. Y la candidata alternativa, la filósofa húngara Agnes Heller, no logró terminar su manuscrito a tiempo.

Luego, con escasa diferencia de fechas, aparte de Anagrama, al menos tres de esos editores de pedigrí progresista y vanguardista padecieron también el «desencanto» particular de sus respectivos países. En Francia, tras las revelaciones del Gulag y los *nouveaux philosophes* con su «Marx ha muerto». En Alemania, después del atentado a Rudi Dutschke y la liquidación del grupo Baader Meinhoff, la que fuera activísima izquierda extraparlamentaria se había incorporado al partido socialdemócrata o se había retirado a las drogas o a Oriente. También en Italia, tras los llamados «años de plomo», los atentados de la extrema derecha atribuidos a la extrema izquierda, se produjo la persecución, encarcelamiento o exilio de Toni Negri y sus compañeros de «Autonomia Operaia». Así, Wagenbach, Feltrinelli, Bourgois y Anagrama pasaron unos años difíciles que, por fortuna, se superaron en los cuatro casos, pero el proyecto del premio quedó definitivamente aparcado. Un proyecto cuyos propósitos pertenecían a otros tiempos.

Para terminar, soy consciente, naturalmente, del protagonismo de Anagrama en esta conferencia. Por una parte, es lo que mejor conozco, y un útil consejo que se da a los novelistas es que escriban de lo que sepan, de lo que hayan vivido. Pero, además, el trayecto de Anagrama puede servir, acaso, para ilustrar una cierta forma de entender la edición, vocacional y cultural, que comparten otros colegas españoles y europeos, y de la que no me arrepiento.

LA CENSURA⁶

Quizá sea inevitable comentar la importancia de la censura durante la época franquista que me tocó vivir como editor.

El procedimiento habitual en aquellos tiempos consistía en presentar los manuscritos originales, o libros extranjeros sin traducir, a la llamada «consulta voluntaria». El Ministerio autorizaba la publicación, la «desaconsejaba» (eufemismo utilizado para la prohibición) o suministraba una lista de pasajes a suprimir.

Entre 1968 y 1969 me «desaconsejaron» 39 títulos. Comprobé que había una serie de temas particularmente tabús: la revolución cubana, la china, el Mayo francés, la guerrilla urbana y, por descontado, cualquier alusión no canónica a la guerra civil, sus antecedentes y sus secuelas. Aunque la gama de prohibiciones era tan extensa como variopinta: también nos prohibieron los *Cantos de Maldoror*, de Lautréamont, o *Sobre el hachís*, de Walter Benjamin.

Subsecretaría	1	
Dirección General	2	CULTURA POPULAR Y ESPECTACULOS
	3	
	4	
Sección	5	Ordenación Editorial
Negociado	6	
	7	

Fecha y ref.
 Madrid a 19 de enero de 1971 / Exp. 1634-69
 sin ejemplar

En consideración a su petición de reconsideración de la resolución de la consulta voluntaria de la obra "EL LIBRO DE LA YERBA" de A.L. Braham y otros, pongo en su conocimiento que para su autorización es aconsejable se tengan en cuenta las siguientes observaciones:

1º.- Sustitución íntegra del Prólogo, y completar la Quinta parte (páginas 249 a final), por una nueva redacción y aportación de elementos que centre el problema de las drogas en nuestra sociedad y en nuestra legislación; con especial referencia a la reciente Ley de Peligrosidad Social.

2º.- En el estudio sobre los efectos de las drogas (págs. 212 a 229), completar con elementos valorativos más recientes y menos tendenciosos desde el punto de vista propagandístico o de exaltación de drogas.

3º.- Supresión de los pasajes indicados en págs. 10, 12, 24, 27, 28, 39, 41, 67, 73, 77, 106, 117, 119, 120, 152, 166 & 173, 176, 179, 184, 207, 208, 209, 210, 211, 232 y 243 a 248.

Dios guarde a Vd. muchos años.

P. EL DIRECTOR GENERAL DE CULTURA POPULAR Y ESPECTACULOS,



[Firma manuscrita]

A: EDITORIAL ANAGRAMA.- BARCELONA.-

En vista de estos impedimentos, que frustraban de forma sistemática buena parte del proyecto editorial, intenté una vía menos transitada por más peligrosa. Existía la posibilidad de presentar el libro ya editado al Ministerio y quedar a la espera de su reacción. Una vez cumplido el plazo de un día por cada cincuenta páginas del libro, podía empezarse la distribución, a menos que en el intervalo se produjera el secuestro y el correspondiente proceso por parte del Tribunal de Orden Público.

El editor jugaba así más fuerte que con la «consulta voluntaria». Por una parte, arriesgaba el coste económico de la edición, pero por otra ampliaba el campo de maniobra.

En efecto, los libros «desaconsejados» quedaban silenciados ante la opinión pública. Por el contrario, los medios de comunicación daban cuenta de los secuestros, lo que no favorecía la imagen del régimen. Por tanto, el Ministerio prefería evitarlos, con lo que las arbitrariedades eran algo menos flagrantes.

En Anagrama, gracias a la política de hechos consumados, de editar el libro sin preaviso, pudieron publicarse, a costa de unos cuantos tropiezos, textos impensables, como puede verse recorriendo el catálogo de la editorial.

Tras un primer encontronazo en 1970, que culminó con el secuestro de *Sobre política y lingüística* de Noam Chomsky, se produjeron incidentes más gravosos. En el Ministerio se llevaba a cabo una calculada política de secuestros reiterados para estrangular económicamente a las editoriales de izquierda, de financiación siempre precaria. Así cayeron, a finales de los sesenta, la madrileña Ciencia Nueva o la catalana Edima, por citar dos casos paradigmáticos.

Anagrama se salvó a duras penas, pues en 1971 tuvimos tres secuestros consecutivos. El primero fue *Los tupamaros*, de Antonio Mercader y Jorge de Vera, una publicación bastante temeraria para la época, aunque, digamos que incomprensiblemente, *Estrategia judicial en los procesos políticos*, de Jacques Vergès, se publicó sin problemas después de haber sido «desaconsejado» al menos a dos editoriales, Cuadernos para el Diálogo y Península. El segundo era menos previsible: *Conversaciones con Pier Paolo Pasolini*, de Jean Dufлот. El tercero era disparatado: se trataba de un libro de dibujos, de humor a menudo críptico, *Si usted no hace regalos le asesinarán*,

de un autor entonces desconocido, Vicente Verdú. Imagino que, al estar prologado por Manuel Vázquez Montalbán y publicado por Anagrama, debió de inferirse que se trataba de una bomba de relojería de mecanismo indescifrable pero de propósitos indudablemente subversivos.

NOTICIAS DEL
5º CANAL

SIGUIENDO LAS NORMAS
ESTABLECIDAS, EL SECUES-
TRO DEL LIBRO DE "ANA-
GRAMA" CORRESPONDIENTE
A ESTE MES HA TENIDO
LUGAR SIN NOVEDAD



EN EL MOMENTO
DE REALIZARSE
EL SEQUESTRO
EL EDITOR SE
NEGO A APLAUDIR,
CREANDO ASI UNOS
DESAGRADABLES
MOMENTOS DE TEN-
SION. Y ES QUE HAY
GENTE QUE NO CAMBIA

© EL PERICH, 1976

Tras esa expedición punitiva, la errática atención del Ministerio debió de desviarse a otras áreas seguramente de mayor enjundia y los problemas se aminoraron.

Curiosa e inesperadamente, tuvimos nuestro periodo más problemático después de la muerte de Franco, con el gobierno de Arias Navarro. Entre noviembre de 1975 y enero de 1976 nos secuestraron nada menos que cinco libros: *Chile bajo Pinochet*, de Claude Katz, *Fragmentos de un discurso libertario*, de Max Abel (seudónimo de José Ramón Capella), y en un solo mes, a modo de traca final, *Debate sobre los consejos de fábrica*, de Antonio Gramsci y Amadeo Bordiga, *La Oposición obrera*, de Alexandra Kolontái, y *Jean-Luc Godard y el grupo Dziga-Vertov: un nuevo cine político*.

En un momento en que la llegada a la democracia parecía imparable, estos secuestros resultaban particularmente escandalosos, por lo que la combativa prensa de la época emprendió una amplia y enérgica campaña.



Incendio provocado en una distribuidora de libros

En la madrugada de anteayer y en las instalaciones de la empresa «Distribuciones de Enlace, S. A.» se declaró un siniestro provocado por un artefacto incendiario accionado por un aparato de relojería. En la fotografía vemos cómo ha quedado el interior del inmueble en el que se almacenaba la producción, que ha resultado destruida. Esta empresa se encarga de la distribución de las obras de ocho editoriales: «Ediciones 32», «Barral», «Laia», «Anagrama», «Fontanella», «Lumens», «Tusquets» y «Cuadernos para el Diálogo». Los daños materiales son muy elevados, pero no ha habido que lamentar desgracias personales.

Además, un grupo de veintidós editores de Barcelona escribimos una carta de protesta al ministro de Justicia, Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, exigiendo el sobreseimiento de los procesos, a la que se adhirieron dieciocho editores madrileños.

Hubo asimismo cierta reacción internacional, muy en especial en Italia. Un grupo de veinte editoriales, entre las que figuraban Feltrinelli, Adelphi y Laterza, se coordinaron para enviar a Garrigues sendas cartas de protesta con idéntico texto.

El ministro de Información y Turismo, Adolfo Martín Gamero, recibió finalmente a una comisión de editores compuesta, si bien recuerdo, por Alfonso Carlos Comín, Carlos Barral, Beatriz de Moura, Pedro Altares, Faustino Lastra y yo mismo. Tras este encuentro, a lo largo de los meses siguientes se fueron levantando tan peregrinos secuestros.

Un par de apostillas a este incidente; la única editorial a la que solicitamos su apoyo y se negó fue la catalana Proa. Según me comentó, entristecido, su director editorial, Joan Oliver (es decir, el gran poeta Pere Quart), el dueño de la editorial, el conocido prócer catalanista Josep Espar Tícol, no consideró oportuno respaldar a una editorial que publicaba en castellano. También se pidió apoyo a la Asamblea d'Intelectuals de la muy activa Asamblea de Catalunya, que reunía a todas las fuerzas políticas antes de que quedara arrumbada con la legalización de los partidos. Se pasó a dicha Asamblea d'Intelectuals, en la que yo había colaborado en sus inicios, la lista de editores adheridos con sus firmas. Se produjo un incidente algo chusco. Por un error, figuraba José (y no Josep) M.^a Castellet, como advirtió rápidamente López Llaví, crítico de cine y representante del PSAN, partido de extrema izquierda y catalanismo también extremo: «¿José?», se indignó López Llaví, a quien, bromeando, mis amigos del PSUC llamaban «el Beria» por su afición a formar parte de los servicios del orden. La adhesión de la Asamblea no prosperó.

Por último, no hay que olvidar otro tipo de «censura», la que practicaban los grupos ultras, alentados o permitidos por el gobierno, con sus atentados a las librerías progresistas. El percance más importante y de mayores consecuencias económicas fue el incendio provocado en 1974 en la sede de Distribuciones de Enlace.

El improbable lector interesado en el tema puede consultar el libro *Diez años de represión cultural. La censura de libros durante la Ley de Prensa (1966-1976)*, de Georgina Cisquella, José Luis Erviti y José A. Sorolla, publicado en julio de 1977, en una edición colectiva de varias editoriales que impulsamos dicho estudio, y que en 2002 hemos rescatado en nuestra colección «Crónicas».

LIBROS DESACONSEJADOS⁷

EDITORIAL ANAGRAMA

<i>Moncada, primer combat de Fidel Castro.</i> Robert Merle	1968
<i>Libro negro de las jornadas de mayo.</i> Enef/Sne Sup.	1968
<i>La Cuba de Castro, Fidel de Cuba.</i> Lee Lockwood	1968
<i>Fascismo y capitalismo.</i> Otto Bauer y otros	1968
<i>Revolución estudiantil.</i> Hervé Bourges y otros	1968
<i>Marxismo y filosofía.</i> Karl Korsch	1968
<i>Partiendo del capital.</i> Elmar Altrater	1968
<i>Rosa Luxemburg. Pensamiento y hechos.</i> Paul Frölich	1968
<i>Cantos de Maldoror.</i> Isidore Ducasse	1968
<i>Humanismo y terror.</i> Maurice Merleau-Ponty	1968
<i>La revolución de Berkeley.</i> Hal Draper	1969
<i>Memorias de un revolucionario.</i> Victor Serge	1969
<i>El Libro de la Yerba.</i> George Andrews	1969
<i>El parque de los ciervos.</i> Norman Mailer	1969
<i>El Living Theatre.</i> Pierre Biner	1969
<i>El sexo en la historia.</i> Norman Mailer	1969
<i>¿Por qué estamos en Vietnam?</i> Norman Mailer	1969
<i>Diari del lladre.</i> Jean Genet	1969
<i>Gilles.</i> P. Drieu La Rochelle	1969
<i>Golpe de Estado.</i> Edward Luttwart	1969
<i>El espartaquismo.</i> Gilbert Badia	1969
<i>Poder estudiantil.</i> Gareth Stedman	1969

<i>Estrella roja sobre China.</i> Edgar Snow	1969
<i>La conquista de los poderes.</i> Gilles Martinet	1969
<i>Los jóvenes radicales.</i> Kenneth Keniston	1969
<i>El valent soldat Schweik.</i> Jaroslav Hasek	1969
<i>El Tercer Mundo. De Gandhi a Guevara.</i> R. C. Hensman	1969
<i>Gran victoria, gran tarea.</i> Võ Nguyên Giáp	1969
<i>Escucha, hombre de la calle.</i> Wilhelm Reich	1969
<i>La conquista de los poderes.</i> Gilles Martinet	1969
<i>Protesta y política.</i> Lothar Hack	1969
<i>Fanshen.</i> William Hinton	1969
<i>La revocación del edicto de Nantes.</i> Pierre Klossowski	1969
<i>En el umbral de la revolución.</i> José Yglesias	1969
<i>Ensayo sobre la revolución sexual.</i> Daniel Guérin	1969
<i>Los anarquistas y la experiencia de la Revolución rusa.</i> Victor Serge	1969
<i>La teoría soviética de la coexistencia pacífica.</i> Ursula Schmiederer	1969
<i>El paraíso ahora.</i> Erika Billeter	1970
<i>Literatura como sistema y como función.</i> Guido Guglielmi	1970
<i>Sobre política y lingüística.</i> Noam Chomsky	1970
<i>La Internacional Comunista.</i> Dominique Desanti	1970
<i>La diplomacia soviética y la guerra civil española.</i> David T. Catell	1970
<i>El Libro de la Yerba.</i> George Andrews	1970
<i>El interrogatorio de La Habana.</i> Hans Magnus Enzensberger	1971
<i>Estalinismo y burocracia.</i> Leo Kofler	1971
<i>Bakunin, una invención.</i> Horst Bienek	1971
<i>Cine español, años sesenta.</i> Augusto M. Torres	1972
<i>Elementos de una crítica de la burocracia.</i> Claude Lefort	1972
<i>El mundo árabe e israelí.</i> Ahomad el Kodszy/Eli Lobell	1972
<i>Sobre el hachís.</i> Walter Benjamin	1972
<i>La dimensión desconocida.</i> Dick Howard	1972
<i>Libro de lectura sobre las luchas de clases en Alemania.</i> Hans Magnus Enzensberger	1973
<i>Trotsky y la teoría de la revolución permanente.</i> Amo Münster	1974

«PANORAMA DE NARRATIVAS»: LOS INICIOS DE UNA COLECCIÓN⁸

En 1980 parecían algo aliviadas las graves dificultades económicas que había padecido Anagrama en los últimos años. Las causas más importantes: la crisis de Enlace, nuestra distribuidora, que los socios, entre ellos Anagrama, debieron refinanciar para evitar su desaparición; la insuficiencia y percances de las exportaciones; las consecuencias del llamado «desencanto», que significó que los libros políticos, o sea buena parte del fondo de la editorial, se quedaran súbitamente sin lectores.

La colección «Contraseñas», iniciada en 1976, con el Nuevo Periodismo, Bukowski y Copi al frente -una colección etiquetada como salvaje, forajida, marginal, etc.-, había paliado un tanto los problemas, pero decidí que debía pensar en una nueva colección, menos adjetivada, más abierta, con la única consigna de la calidad literaria y dedicada exclusivamente a literatura traducida.

Haciendo de la necesidad virtud, porque la capacidad financiera no permitía pagar anticipos elevados, empecé a rastrear diversas literaturas, buscando autores que hubieran quedado ocultos para otros editores españoles, o bien las nuevas voces, los escritores emergentes, los posibles clásicos del futuro. En aquella época, la tarea tampoco era tan difícil, ya que, muy al contrario que hoy en día, apenas había editores interesados en tal tipo de indagación, se apostaba tan solo por los muy consagrados, los más obvios.

Primero hubo, pues, esa fase de búsqueda, así como de elección del título de la colección, «Panorama de narrativas», que me pareció el más ajustado a mis propósitos. También, como la mayoría de los autores eran poco conocidos en nuestro país, si no totalmente desconocidos, para subrayar la credibilidad

literaria de la colección pensé que sería aconsejable «amparar» algunos de los primeros títulos con un prólogo. Algunos, encargados expresamente a buenos amigos, como Carlos Barral, Luis Goytisolo, Juan Goytisolo y Esther Tusquets. En otros casos, buscando textos de autores extranjeros que pudieran utilizarse a modo de prólogo.

El tan importante tema de la maqueta fue muy trabajado por nuestro grafista, Julio Vivas, que presentó diversos proyectos que discutimos hasta la elección final, con sus elementos tipográficos fijos y el luminoso color vainilla de fondo como signo más inequívoco. Un diseño de colección que solo tuvo una ligera modificación en el año 1991, y que es una de las más fuertes señas de identidad de Anagrama, reforzada, además, por el diseño de la colección «Narrativas hispánicas», iniciada a finales de 1983, que solo se diferencia de su colección hermana en el color de fondo, gris claro.

En la primavera del 81, ya con bastantes títulos contratados, con el nombre de la colección y el diseño decididos, se fletaron simultáneamente los tres primeros, de Jane Bowles, Ruggero Guarini y Grace Paley. Pese a tratarse de tan ignotos autores, los lectores, libreros y críticos, los *cognoscenti*, que ya conocían sobradamente Anagrama, en especial por sus ensayos y por la colección «Contraseñas», acogieron con curiosidad e interés aquella nueva colección, un tanto enigmática, «Panorama de narrativas», que en marzo de 2002 ha llegado a su número 500 en plena forma gracias a tales complicidades.

Ahora, veintiún años después, propongo un recorrido por sus inicios -de la primavera del 81 a la del 83- y sus primeros 30 títulos publicados.

Cuando empecé a preparar «Panorama de narrativas» el nombre de los Bowles, Paul y Jane, una extraña pareja, era poco más que una contraseña para los muy iniciados. *Dos damas muy serias* (PN 1), de Jane Bowles, había sido publicado en Inglaterra por Peter Owen, un editor independiente, excelente, minoritario y de finanzas siempre precarias. Me encantó esa extravagante y chifladísima novela y decidí inaugurar con ella la colección. Además de una introducción propiamente dicha a la novela, a cargo de Francine du Plessix Gray, se añadió un perfil escrito por su fan Truman Capote: para él y otros muchos, incluido el propio Paul Bowles, el auténtico talento literario pertenecía a Jane, *she was the one*.

El exquisitísimo Franco Maria Ricci, a quien conocí ya en el 69, en mi primera Feria de Frankfurt, tenía entre sus colecciones una de literatura, la «Biblioteca Blu», refinada, con textos inesperados, quizá demasiado, rozando la extravagancia, por lo que tuvo poca continuidad. Entre ellos estaba una perla, *Parodia*, de Ruggero Guarini, con prólogo de J. Rodolfo Wilcock, que había sido saludada como la primera gran novela erótica italiana, «una tentativa de romper el muro del sonido de la Obscenidad», en palabras del autor, en la que destacaban, escrito está, «la maestría casi ofensiva del estilo y el irónico centelleo de una cultura refinada y exquisita». Guarini fue el primero de los muchos escritores italianos publicados en esta colección.

Batallas de amor, de la norteamericana Grace Paley, fue el tercer título. Una escritora extraordinaria, de gran actividad política y feminista, siempre en la brecha izquierdosa, en detrimento de su actividad literaria, reducida a tres excelentes libros de relatos, publicados en esta colección, más poemas y ensayos. En un viaje a Estados Unidos fuimos a visitarla a su casa al norte de New Hampshire, una cabaña en el bosque en la que vivía con su marido, también escritor, donde nos prepararon una cena con productos de su huerto. También estuvo una vez en Barcelona, con ocasión de una feria feminista en las Atarazanas, y organizamos una comida en casa con ella, Angela Carter y otros amigos. La primera vez que oí hablar de Grace Paley fue en los años setenta, en una visita a Barcelona del gran cuentista Donald Barthelme, a quien había publicado en la «Serie Informal» tres libros de relatos. (Axioma: Barthelme fue el gran cuentista de los sesenta y setenta, a quien todos admiraban; su relevo, en un registro bien opuesto, fue Raymond Carver en los ochenta, el otro gran maestro.) En un almuerzo en La Venta, entre vodkas y vodkas y más vodkas (antes de empezar a comer), me recomendó especialmente a una autora y un título, espléndido, que me apuntó en un papelito: *Enormous Changes at the Last Minute*. Retuve el papelito y el nombre y el título y cuando leí el libro se lo agradecí a Donald: en «Panorama de narrativas» se editaron tres colecciones de relatos de Grace Paley, por su orden cronológico de publicación en inglés.

El cuarto fue una rareza de sugestivo título: *Medianoche en Serampor*, que reunía dos hermosas novelitas del rumano Mircea Eliade, tan conocido por sus estudios sobre las religiones, y a quien había publicado en la excelente colección «Nouveau Cabinet Cosmopolite», de Stock, la que después fue gran

amiga Marie-Pierre Bay.

Con el quinto, *A pleno sol*, comenzó la «operación Patricia Highsmith», una autora poco publicada en España y con escaso éxito, conocida fundamentalmente por las películas basadas en sus novelas *Extraños en un tren*, *A pleno sol* y, luego, *El amigo americano*. La autora, que detestaba Estados Unidos, tras una muy larga estancia en Francia se había trasladado a un pueblecito de la Suiza italiana y había nombrado agente de sus obras a Diogenes, su editorial en lengua alemana, con residencia en Zúrich. Mercedes Casanovas y Michi Strausfeld habían puesto en marcha una agencia literaria en Barcelona. Michi se encargaba de los derechos de Diogenes Verlag y se empeñó, con notable éxito, en cambiar el destino de Patricia Highsmith en lengua española. Tras tanteos con varias editoriales, finalmente Anagrama hizo la mayor apuesta y contrató de golpe bastantes títulos, mientras que Alianza y Alfaguara albergaron algunos otros de la extensa obra de la autora.

Los dos primeros títulos publicados, en el otoño de 1981, fueron *A pleno sol* (PN 5) y *La máscara de Ripley* (PN 7), la presentación en sociedad, en una colección declaradamente literaria, de Patricia Highsmith y de su héroe o antihéroe favorito, Tom Ripley, el elegante asesino, *nonchalant* e impune. Poco antes, los cineastas Fernando Trueba y Óscar Ladoire habían ido a su casa de Suiza, donde la entrevistaron para *El País*. Con ellos dos y otro gran fan, el cineasta y escritor Gonzalo Suárez, organizamos una presentación en la librería Visor de Madrid que fue el pistoletazo de salida para una de las grandes estrellas de la colección, seguido, en la primavera del 82, por la aparición de *El amigo americano* (PN 15). En el periodo aquí comentado se publicaron un total de siete títulos de Patricia Highsmith, que llegaron más adelante hasta diecinueve, y que fueron decisivos para la implantación de «Panorama de narrativas».

Regresando al orden cronológico, el sexto título de 1981 fue *La leyenda del Santo Bebedor*, una breve joya de Joseph Roth que había leído en la edición de Adelphi, una editorial italiana que seguía con particular atención, cuyo director era Roberto Calasso, buen amigo y después autor de la casa. De los cuatro libros publicados por este gran escritor, fue el único que tuvo un notable éxito de ventas, propiciado sin duda por el prólogo que le pedí, por razones obvias, a Carlos Barral, y que este generosamente escribió, y por el tema, que no nos era precisamente ajeno: «De cómo el vino transforma el

mundo, cambia sus leyes, todas, incluso la virtud de los santos, para hacerlo habitable y agradable a los que creen en él.» Palabras de Barral.

Otro autor en lengua alemana fue Thomas Bernhard, del que en España solo se había publicado unos años antes *Trastorno*, en Alfaguara, con el típico *succès d'estime* y ventas escuálidas. En aquellos años, después de la Feria de Frankfurt acostumbraba a pasar unos días en París, para ver cine, exposiciones y desengrasarme un poco de libros, pero no tanto, porque solía visitar a los editores François Maspero y Jérôme Lindon, que jamás ponían los pies en Frankfurt. En uno de esos viajes, en la librería La Hune, estratégicamente situada entre el Café de Flore y Les Deux Magots, y que estaba abierta hasta las tantas, compré un libro publicado por Gallimard, una novela breve, *Oui*, de Thomas Bernhard, que leí con entusiasmo en el hotel. Lo contraté y se transformó en *Sí* (PN 8), con un prólogo de un autor-lector tan exigente como Luis Goytisolo (para quien, aparte de Proust, Musil, Faulkner y Joyce, escaso interés tiene la novelística del siglo XX). Pedí más obras suyas a la agente de su editorial, Suhrkamp, pero Alianza las tenía en opción desde hacía meses y al final decidieron publicarlas. Por fortuna había otra vía, la editorial austríaca Residenz Verlag, para una veta mayor de la obra de Bernhard, su pentalogía autobiográfica, compuesta por *El origen*, *El sótano*, *El aliento*, *El frío* y *Un niño*, publicados en la colección entre el 84 y el 87.

1982 empieza con otro italiano, o, mejor dicho, argentino, que después de escribir en español se marchó a Roma y se pasó al italiano: J. Rodolfo Wilcock, autor de *La sinagoga de los iconoclastas* (PN 9), que presentamos con un prólogo de Ruggero Guarini (a modo de devolución de la visita). Un libro excepcional -una galería de retratos de utopistas, inventores, teóricos, sabios, todos ellos abnegados héroes del absurdo-, que se inscribe en la línea de *Vidas imaginarias*, de Marcel Schwob, y *La literatura nazi en América*, de Roberto Bolaño, por nombrar un predecesor y un sucesor.

La colección de cuentos muy breves *La mujer oculta*, de Colette, fue el primero de los cuatro títulos publicados en «Panorama de narrativas» de esta gran autora, heterodoxa, inconformista, escandalosa, gloriosamente amoral y de sensualísima prosa. Un libro que no excluye una ácida visión de las relaciones amorosas: «ese calabozo que se llama la vida de a dos», «el moho de la vida conyugal».

Amor por un puñado de pelos (PN 11), de Mohammed Mrabet y Paul Bowles, es quizá el mejor ejemplo de la abundante colaboración entre ambos: Mrabet le contaba sus historias magrebíes a Paul Bowles, quien las elaboraba y escribía en inglés. El libro lo había publicado Peter Owen y me lo había recomendado Juan Goytisolo, quien escribió un excelente prólogo. Por fin, fetichismo de editor, podía inscribir a Paul Bowles en el catálogo: unos años antes, en los setenta, conversando en México con Carlos Monsiváis de tantísimos libros, salió en la conversación Paul Bowles, de quien Black Sparrow Press (el editor de Bukowski) había publicado sus *Collected Stories*, una amplia colección de cuentos. Carlos se ofreció a hacer una selección y traducirlos él mismo, pero no fue posible un acuerdo, insistieron en la edición íntegra. Se trataba de un libro muy extenso, una inversión considerable en una mala época de la editorial, y con dos agravantes excesivos: ser un libro de relatos y además de un escritor entonces desconocido en nuestro país.

Compañía (PN 12), de Samuel Beckett, un autor a quien había empezado a admirar leyendo su obra de teatro *Esperando a Godot* (publicada si bien recuerdo en el primer número de aquella excelente revista que fue *Primer Acto*), era, aunque no muy largo, el texto más extenso de Beckett en muchos años, y realmente magnífico. Negocié los derechos con su editor John Calder, viejo compinche de los tiempos del Premio Internacional de los Editores en los años setenta. Uno de los especialistas en Beckett era el italiano Aldo Tagliaferri, colaborador de Feltrinelli, a quien en una Feria de Frankfurt le pedí un texto que figura a modo de epílogo.

En cuanto a *El reposo del guerrero*, de Christine Rochefort, fue un texto escandaloso en su época, que en España solo se podía leer en francés o en su edición argentina. La historia era el *amour fou* de la autora por un personaje, copia literal, se afirmaba, de Henri-François Rey, el autor de *Les pianos mécaniques* y presencia frecuente durante años en los bares de Cadaqués. Me pareció oportuno incluirlo en la colección, con una ilustración de Balthus, *Jeune fille à la chemise blanche*, la primera de un autor que luego he utilizado con frecuencia. Le encargué un prólogo a Esther Tusquets, que también lo había devorado en su época, pero tras la relectura me envió un texto más bien reticente que preferí colocar como epílogo.

Cuando recibía los catálogos semestrales de Louisiana University Press, esperaba encontrar las informaciones habituales: libros sobre jazz o los

campos de algodón o los barcos que bajaban, con sus fulleros a bordo, por el Mississippi. Pero de pronto hubo una excepción: se anunciaba la única novela publicada por dicha editorial universitaria, *A Confederacy of Dunces*, de John Kennedy Toole. En el catálogo se reproducía el texto del prestigioso novelista Walker Percy, que figura como prólogo del libro, en el que cuenta cómo, estando en su despacho de la editorial, entró una señora con un paquetón de cuartillas de una novela de su hijo, John Kennedy Toole, quien no logró que se publicase, pese a ser genial, y que al fin se suicidó. Percy cuenta su lógica prevención ante el mamotreto inédito y cómo quedó fascinado por su lectura; ese texto de presentación era muy excitante, por lo que decidí pedir una opción. Nos enviaron el libro, advirtiéndonos que teníamos una segunda opción, otra editorial española acababa de pedir la primera. Estuve en vilo varias semanas, ya que la novela era tan estupenda (y divertidísima) como prometía Walker Percy. Finalmente la otra editorial (no supe cuál era hasta bastantes años después) no se decidió, pasé una modesta oferta de mil dólares, que fue aceptada, se puso la traducción en marcha y en la primavera del 82 publicamos *La conjura de los necios* con una primera tirada de 4.000 ejemplares. Los primeros meses fueron más bien sosegados, pero en septiembre, al volver de vacaciones, el libro se había agotado, por lo que hicimos una reedición, también moderada, que duró un día, así que volvimos a reeditar y se convirtió en el mayor longseller de la editorial. Me comentaron que, en aquel verano, en las playas españolas se podía observar un curioso fenómeno: gente agitándose espasmódicamente sobre sus tumbonas o toallas; si uno se acercaba, veía que estaban leyendo un libro a carcajadas: *La conjura de los necios*. Un caso de boca-oreja en estado puro y que se transmite de generación en generación.

El libro, entretanto, había ganado el Pulitzer, lo que a efectos de ventas españolas significa bien poco, y se había convertido en un bestseller en su país y también en el Reino Unido. Como anécdota, en Francia, pese a ganar el Premio al Mejor Libro Extranjero, no funcionó (quizá la traducción, que comparé, era demasiado argótica, como de una novela de la *Série Noire*), ni tampoco en Italia (el editor que la adquirió, mi amigo Piero Gelli, cambió de editorial y su sustituto la publicó sin el menor entusiasmo). Yo me había convertido en un gran propagandista de *La conjura* entre mis colegas amigos, y así Christian Bourgois compró más adelante los derechos de bolsillo para su

colección «10 × 18», donde funcionó muy bien, y el director de la italiana Marcos y Marcos la adquirió hace pocos años, al quedar sus derechos libres, y ha sido uno de los mayores éxitos de su pequeña y vivaz editorial.

Años después apareció *La Biblia de neón*, una primera novela, también inédita, de Kennedy Toole, escrita a los dieciséis años con sorprendente madurez: una lúgubre visión del *Deep South*, con ecos de *Otras voces, otros ámbitos*, de Truman Capote, aunque sin su maestría. Pero nos quedaremos para siempre sin saber de las andanzas de Ignatius Reilly en Nueva York.

A Giorgio Manganelli, escritor estrictamente genial, lo conocí en Barcelona, donde estuvo de paso, exactamente el día del confusísimo atraco al Banco Central. Estábamos en un hotel cercano, el Calderón, y nos llegaban noticias indescifrables de secuestradores y secuestrados. Otro italiano y esta vez no de Adelphi (aunque muchos años después Calasso empezó a editar su *opera omnia*). Aparte de esa tarde, lo vi después en una Feria de Frankfurt en la que Italia era el país invitado. Poco sociable, aunque estuvimos en un par de cenas *en petit comité*, aparcaba un rato cada día en el stand de Anagrama como refugiado, miraba los libros, comentaba el catálogo, ¡ah, la Compton-Burnett! En su espléndido libro de ensayos literarios, *La letteratura como menzogna*, le dedicaba un ensayo a esa incomparable escritora, que coloqué como prólogo de *Padres e hijos*. Mirada penetrante, cultura inagotable, perverso sentido del humor; a veces resultaba casi cálido, otras segregaba una sensación de peligro, como animal feroz rumiando el modo de aniquilar al contertulio. Así me lo pareció en un par de ocasiones, a menos que fuera un despliegue teatral de humor negrísimo.

El primero de los cuatro libros de Manganelli publicados en la editorial fue uno de los más accesibles, *Centuria* (PN 16), con un subtítulo memorable y engañoso: *Cien breves novelas-río*. Pero que el lector no se confunda: no encontrarán ahí cien miniaturas, cien novelas bonsái o cien barquitos dentro de una botella, sino cien historias a menudo enigmáticas y esquivas. Eso sí, breves. Y fulgurantes.

Joseph Roth comparece de nuevo con *A diestra y siniestra* (PN 17), que había sido publicada ya en los años treinta, en versión de quien fue, en su día, primer traductor de Freud al español: Luis López Ballesteros y de Torres, traducción que utilizamos en nuestra edición. Una excelente novela, aunque no llega a las alturas literarias de *La noche mil dos* y *Confesión de un asesino*,

que aparecieron más tarde en la colección.

Mario Brelich es otro italiano, o, mejor dicho, un húngaro que escribía en italiano (cosecha Adelphi), un escultor que escribió varias curiosas novelas sobre temas bíblicos. Quizá la mejor era *La ceremonia de la traición* (PN 18), una compleja visión de Judas. Pensé que el personaje ideal para un prólogo era Jesús Aguirre, amigo, excolega y reciente duque de Alba, y tras cierto intercambio epistolar *casi* lo escribió: la idea le hizo mucha gracia pero, en su última carta, meses después, el mensaje era que sus múltiples y novedosos quehaceres le impedían dedicarse a ello. Lo substituyó *in extremis* un texto de Giorgio Manganelli.

Con *El placer del viajero*, una novela veneciana, inquietante y macabra, de Ian McEwan, hace su entrada en la colección el después bautizado «British Dream Team», en aquel entonces, el 82, un puñado de brillantes jóvenes autores con obras apenas publicadas. En la colección «Contraseñas», en el 80, ya había aparecido su primer libro de cuentos, *Primer amor, últimos ritos*, uno de los mejores debuts que se recuerdan en la literatura inglesa en décadas (otro fue *El libro de Rachel*, de Martin Amis, que también apareció en «Contraseñas»). Luego iría apareciendo en la colección toda su obra posterior, con títulos como *El inocente*, *Niños en el tiempo*, *Amor perdurable*, *Amsterdam*, con el que ganó el Booker, o el último, que aparecerá en otoño próximo, *Expiación*.

Los números 22 y 24 corresponden a Patricia Highsmith -*Crímenes imaginarios* y *El juego del escondite*-, mientras que a finales de 1982 comparece una extraordinaria escritora del *Deep South*, Eudora Welty, con el que había sido su primer libro de relatos, *Una cortina de follaje*, donde el lirismo mágico, por una parte, y el llamado «grotesco sureño», por otra, brillan con personal intensidad. Después publicamos dos títulos más, *El corazón de los Ponder* y *Las manzanas doradas*, libros acogidos siempre con excelentes reseñas y escasísimas ventas. A veces nos lamentábamos en Frankfurt con su editora inglesa Marion Boyars de sus pocos lectores: «Ganará el Nobel», me decía siempre. Un día le pregunté, por si tenía fuentes suecas, por qué lo repetía con tanto énfasis: «Es mi candidata», repuso mi peculiar colega, «*that's all.*» Eudora murió hace poco sin el Nobel, pero respetada en su país como una de las grandes escritoras del siglo.

En el mismo viaje a Estados Unidos en el que conocimos Lali y yo a Grace

Paley, bajamos luego a Nueva Orleans (imprescindible homenaje a Kennedy Toole) y de ahí, en coche, a Jackson, Mississippi, donde vivía Eudora Welty, altísima, huesudísima, timidísima. En una semana, habían estado en su casa un equipo de televisión de Nueva York, un periodista francés con motivo de la publicación de sus libros en Flammarion, y después nosotros: «¿Qué pasa con usted, Miss Welty?», nos dijo que le preguntaban sus vecinos, como incrédulos. Nos habló con mucho afecto de Richard Ford, a quien conoció de niño, cuando era vecino suyo en Jackson.

El año 1983 se inicia con Gesualdo Bufalino, un escritor publicado por la exquisita editorial siciliana Sellerio: su primera novela, *Diceria dell'untore*, que se convirtió en *Perorata del apestado* (PN 23), tras serias dudas sobre la traducción nada fácil del título, fue una revelación. Su historia es bien conocida: un ignoto profesor sexagenario escribe unos textos para acompañar un libro de fotografías; la editora, Elvira Sellerio, y su asesor literario, Leonardo Sciascia, detectan un extraordinario talento de escritor, le preguntan si tiene manuscritos en sus cajones... y los tenía a mansalva. Entre ellos, su segunda novela, *Argos el ciego*, que con *Perorata del apestado* me parecen no solo las mejores novelas de autor, sino también de la literatura italiana de las últimas décadas.

Y ahora comparece de nuevo nuestra vieja amiga Grace Paley con sus *Enormes cambios en el último minuto* (PN 24), al que más adelante seguirá su tercer y último libro de cuentos, *Más tarde, el mismo día*. Para muchos lectores, los grandes cuentistas norteamericanos de los sesenta en adelante podrían ser estos tres: Donald Barthelme, Grace Paley y Raymond Carver (ampliación del axioma anterior).

Otro extraordinario y atípico escritor italiano, el sardo Salvatore Satta (Adelphi, *again*), un jurista de enorme prestigio que, como a escondidas, escribió una obra maestra, *El día del juicio* (PN 25). En ella se cuenta la historia de una antigua familia de notarios acomodados en Nuoro, una ciudad que es «un nido de cuervos» en esa isla de «demoníaca tristeza». Releo en la contraportada: «Detrás de la prosa austera, de la concreción durísima de los hechos, percibimos en estas páginas una continua fiebre visionaria.» Un texto que no recuerdo si lo escribí yo o, más probablemente, fue traducido de la contraportada italiana, que solía redactar el propio Calasso. Satta era uno de esos «casos literarios» con que los italianos nos sorprenden a menudo, como

ha podido verse en este recuento: Wilcock, Manganelli, Brelich, Bufalino y ahora Satta.

Luego siguen *Dúo* (PN 26), una excelente novela corta de Colette, y *Extraños en un tren* (PN 27), la primera novela de la Highsmith, que, como es sabido, llevó al cine con gran éxito Hitchcock y en cuyo guión trabajó, rezongando, Raymond Chandler. *Anyway*, gran novela, gran película.

El polaco Andrzej Kuśniewicz es el autor de uno de mis títulos preferidos de aquellos años, *El Rey de las Dos Sicilias* (PN 28). Lo descubrí en Frankfurt, en el stand de Sellerio, lo empecé a leer y me quedé deslumbrado; le pregunté a Enzo Sellerio por los derechos, y este, muy complacido y complaciente, me llevó a conocer a la agente polaca para pedir una opción. Lo terminé entusiasmado, y lo publicamos, al igual que otra novela suya, *La lección de lengua muerta*. Como anécdota, cuando conocí a Álvaro Mutis en México, en casa de Alejandro Rossi, me saludó con su mejor vozarrón: «¡Te estaré para siempre agradecido por haber publicado *El Rey de las Dos Sicilias!*!»

Jean Rhys, una de las escritoras más singulares de la literatura británica, quebradiza y quebrada y a la vez indestructible, comparece por primera vez en la colección con el libro de relatos *Los tigres son más hermosos* (PN 29) - hipótesis de trabajo: las personas respetables son más feroces que los tigres... y desde luego menos hermosas-, al que seguirán más adelante *Ancho mar de los Sargazos*, la novela de su *revival* que la sacó del olvido, y *Después de dejar al señor Mackenzie*.

Y con *Tras los pasos de Ripley* (PN 30), en la primavera del 83, termina este repaso de los 30 títulos de «Panorama de narrativas» durante los dos primeros años de su existencia.

Resulta patente la prioridad de la literatura anglosajona, seguida de la italiana, francesa y alemana, y con un título de lengua más exótica, la polaca; una tónica que se prolongará de forma similar a lo largo de los años, con una diferencia en los últimos tiempos: el aumento de autores franceses y un bajón italiano. (En los años ochenta, «Panorama de narrativas» compitió con nuestra colección «Contraseñas», muy activa en esa década -con sus Tom Sharpe, Tom Wolfe, Kurt Vonnegut, Douglas Adams, más Bukowski y tantos otros- y que luego siguió más en sordina.)

Los títulos de «Panorama de narrativas», de extraordinaria calidad

literaria todos ellos, resultaron a menudo minoritarios, pero fueron propulsados por *La conjura de los necios* y las siete novelas de Patricia Highsmith, que tanto facilitaron la buena marcha de la colección y mejoraron las finanzas de la editorial. Y debido a ello, en plena euforia, decidí, literalmente de un día para otro, convocar a un premio de novela que inauguraría una nueva colección, «Narrativas hispánicas», que se inició en diciembre de 1983.

MIS VIAJES A MÉXICO⁹

Tantísimos y excitantes y gozosos viajes a México desde los años setenta me obligan a reseñar, en este módico formato, tan solo una serie de impresiones.

El primer encuentro, en noviembre de 1973, fue poco editorial: uno de aquellos tumultuosos viajes organizados por Bocaccio (la discoteca de la *gauche divine*, etc.), en un avión cuyos pasajeros tenían como *leitmotiv* divertirse a tope durante unos diez días, mientras el cuerpo aguantase. Llegamos el Día de Muertos y nos llevaron a un pueblo cercano, asistimos a la apoteosis de lo macabro, tan normal para los nativos. Luego, entre tequila y tequila, en el bar del Hotel del Prado con el famoso mural de Diego Rivera, se planeaban los obligados safaris turísticos: las pirámides, los jardines de Xochimilco, la visita a un cabaret tan cutre y, digamos, buñuelesco que hacía palidecer a los más osados de Barcelona, el desmadre de los mariachis en la plaza Garibaldi, el impresionante Museo de Antropología, la bulliciosa explanada del Zócalo frente a la Catedral, la traca final en Acapulco, con el espectáculo *a priori* kamikaze de los clavadistas de La Quebrada lanzándose desde lo alto de la escarpada a las olas que emergían unos segundos, salvadoras, entre las rocas.

Entre los viajeros estaban mis amigos Manolo Vázquez Montalbán y el Perich. Con ellos y nuestras parejas, Jordi Sivillá, el distribuidor de Enlace Mexicana, que se ocupaba de sus libros y de los de Anagrama, nos llevó a visitar la sede de la empresa y luego a una librería recién inaugurada, que recuerdo de tamaño escaso, la Gandhi, y nos presentó a su dueño, Mauricio Achar. Recuerdo que compré una joya: el libro de Octavio Paz sobre Duchamp, publicado por Era. Otro día nos llevó en su coche a Cuernavaca, y paladeamos la práctica de la consabida «mordida». Al aparcar el coche, se acercó un torvo policía («ya está», dijo Sivillá) argumentando una real o

presunta infracción. Sivillá le tendió la cartera con el permiso de conducir, junto al cual había dispuesto unos billetes, que el guardián de la ley se guardó sin más comentarios. Tras este rito de paso y visitar la correspondiente (y decepcionante) Librería de Cristal de la ciudad, fuimos a almorzar al célebre restaurante Las Mañanitas, en el que, como en el verso de Rubén Darío, «el jardín puebla el triunfo de los pavos reales».

El segundo viaje, en 1975, si recuerdo bien, fue más monográficamente editorial. El final del franquismo estaba muy próximo y tuve interés en conocer a Costa-Amic, a quien visité en su editorial, que publicaba en castellano y también en catalán, y me regaló una *Historia del POUM* de Víctor Alba; también estuve con el viejo Fabregat, que tenía una distribuidora de libros y revistas en catalán, como *Pont Blau* y *Xaloc*, en las que las diversas voces del numeroso exilio a menudo se atizaban de lo lindo. Y sobre todo conocí a Neus Espresate, que con Vicente Rojo y Azorín había fundado Era, una editorial admirable y para mí muy querida, en la que además de publicar excelente literatura -García Márquez, Pacheco, Pitol, Lowry- y los reportajes de los dos autores estrella de la casa -Monsiváis y la Poniatowska-, habían lanzado los izquierdosos y combativos Cuadernos Era, cuya sintonía con los Cuadernos Anagrama era evidente.

También en México, el patriarca Arnaldo Orfila había fundado Siglo XXI a mediados de los sesenta, la más importante editorial de ciencias sociales en lengua española (con la que me topaba a menudo persiguiendo derechos de traducción). Un editor excepcional.

Neus me presentó a su grupo de íntimos, Carlos Monsiváis, Tito Monterroso, Bárbara Jacobs, Margo Glantz, Luz del Amo, Luis Prieto, naturalmente a Vicente y Albita Rojo y muchos otros. Todos ellos íntimos también de Sergio Pitol (gran amigo mío de sus tiempos de Barcelona), quien deambulaba durante décadas por Europa como asesor cultural de las embajadas mexicanas de París, Varsovia y Moscú y luego como embajador en Praga hasta su regreso a México.

Entretanto, aquel librero aficionado, el dueño de Gandhi, estaba ya empezando a convertirse en un coloso y a hacer de su librería el mayor imperio librero de América Latina. Creo que fue Neus la primera que me dijo una frase célebre en el medio: algo así como que cuando Gandhi estornudaba (un pequeño retraso en los pagos, la exigencia de un descuento adicional, una

voluminosa devolución inesperada), las editoriales tenían una pulmonía. Y en Gandhi conocí, pero eso fue en el tercer o cuarto viaje, hacia 1977, a otro personaje, Ricardo Nudelman, el segundo de Mauricio Achar (y ahora, por cierto, gerente general del Fondo de Cultura Económica), con quien componía un dúo singular, como pensado por un buen guionista. El extrovertido Achar era un adicto a los grandes negocios, a la expansión librera, a la compra de miles (si no millones) de libros norteamericanos ilustrados de saldo, *remainders*, que inundaban la ahora inmensa Gandhi, y otros trapicheos (aunque su verdadera vocación era la de actor: en el altillo de la librería había montado un activo teatrillo donde una tarde vi cómo actuaba con enorme entusiasmo, como patrón de un lupanar, en una vigorosa pieza, creo que escrita por Germán Dehesa). Nudelman, por el contrario, silencioso, reflexivo, serio, parecía encarnar (una sobreactuación minimalista, si se me permite) un papel de *consigliere*, como el Robert Duval de *El Padrino* (sin ninguna connotación mafiosa, claro está, aunque se imponía la visibilidad del poder). Y en el bar de la Gandhi, también en el altillo, se reunían entonces, huyendo de los milicos, de la sangrienta represión de la dictadura militar, tantos argentinos exiliados que, al igual que en España, vivificaban con su talento el sector editorial y librero.

En 1979 empezó, impulsada por *el Gordo* Taylor (no recuerdo su nombre, ni nunca lo oí pronunciar: el apodo se le quedó pegado a su cuerpo no esmirriado), la Feria de Minería, muy céntrica, no lejos del Zócalo. Fue una Feria imprescindible, a la que asistí hasta 1982, cuando, de pronto, el mismísimo día en que se iniciaba la Feria el peso se devaluó y se desplomó y siguió su caída, pese a que muy poco antes el presidente de México, López Portillo, menudo pájaro, había afirmado enfáticamente que el peso era intocable (la frase era mucho más colorida: «Defenderé al peso como un perro»).

Dejé de ir a la Feria de Minería, que quedó muy tocada, pero seguí viajando a México muy a menudo con un formato bastante similar: una semana en el Distrito Federal con los amigos, escritores, libreros, periodistas y nuestros sucesivos distribuidores, y después diez o quince días de turismo. Posiblemente conozca algo mejor, o menos mal, México que España, con lugares predilectos como Yucatán, Oaxaca y su inolvidable, Zócalo y el recuerdo de Malcolm Lowry (Oaxaca: «La palabra era como un corazón que

se quebraba, un repentino repicar de campanas sofocadas en medio del vendaval, últimas sílabas de algún sediento que agoniza en el desierto», dice el Cónsul en *Bajo el volcán*), y desde luego la Xalapa de Sergio Pitol y los julepes de menta que Lali y yo nos tomábamos con él en Veracruz.

Y en cada viaje los encuentros con nuestra «familia» mexicana, Sergio, ya de regreso; el Monsi, Tito y Bárbara, Margo, Luz, Neus, Vicente y Albita, más ocasionalmente García Ponce, y también Federico Campbell y más tarde el joven y espídico Villoro. Y también los encuentros con otra familia, la de *Plural* y *Vuelta*, la familia de Octavio Paz, es decir, el agudísimo Alejandro Rossi (que nadie se pierda el *Manual del distraído*), siempre con Olbeth, su esposa, o Gabriel Zaid, el autor de *Los demasiados libros* (tan citado como poco seguido el consejo del título). Por cierto, es bien conocido que en México, al igual que en otros países latinoamericanos, los intelectuales que conforman el cogollo ilustrado han leído más (lo han leído todo) y son mucho más cultos que nadie, nos dejan con la boca abierta.

Ya en los noventa, después de décadas de circulación de nuestros libros en México según el método de «ensayo y error» (con predominio del error de bulto), finalmente llegamos a una distribución más sensata, que nos produce menos sobresaltos (e incluso muchos placeres) en las visitas al Distrito Federal. Y también nos ha permitido incorporar a muchos más autores mexicanos en nuestro catálogo: así, Glantz, Fadanelli y Bellatin en narrativa, o los ensayos y reportajes de Monsiváis, González Rodríguez y Bartra.

Y empecé a ir casi cada año a la Feria de Guadalajara, que ha ido creciendo y creciendo hasta convertirse en la Feria por antonomasia en lengua española. Entre los numerosísimos actos culturales, destaca la concesión del Premio Juan Rulfo a la obra de una vida. El primer autor español con esta distinción fue un viejo amigo, Juan Marsé, a quien acompañé con su esposa Joaquina, Joan de Sagarra y otros amigos en el vuelo de Barcelona a Guadalajara, y este año el premio ha correspondido a otro buen amigo, Juan Goytisolo (acotación no menor: ambos son barceloneses, ninguno de los dos tiene el Premio Cervantes). El Premio Juan Rulfo lo han obtenido también, entre otros, autores publicados por Anagrama como Pitol, Monterroso y García Ponce.

Y a la Feria de Guadalajara, con la cultura catalana en el lugar de honor, acudiré de nuevo y con mayor razón. Una Feria en la que queremos también

subrayar nuestro agradecimiento al México que presidió el general Cárdenas y que fue tierra de asilo para tantísimos exiliados de nuestro país tras la guerra civil, y a quienes México, por otra parte, tanto debe a su vez agradecer (y subrayemos el ámbito editorial y cultural) por la fecunda labor de tantos de ellos en su país de acogida.

FERIA DE GUADALAJARA: PREMIO RECONOCIMIENTO AL MÉRITO EDITORIAL¹⁰

En primer lugar, como es lógico, quiero agradecer este premio a los miembros del jurado, en especial a los que me han votado, y a la organización de la Feria, presidida por Raúl Padilla López, que se ha confirmado como la más imprescindible en lengua española. Ayer, María Luisa Armendáriz, su actual directora, participó en el lanzamiento de la nueva revista *Quehacer editorial*,¹¹ y puso énfasis en los dos puntos clave de la Feria: ser el sitio de encuentro profesional más importante y apostar decididamente por la cultura.

Respecto a mi labor como editor de Anagrama, citaré dos momentos.

El primero: la puesta en marcha, en abril de 1969, de una editorial minúscula y unipersonal, tan unipersonal que solo al cabo de unos meses tuve una secretaria por las mañanas. Pese a tan restringido equipo, Anagrama publicó 15 títulos el primer año. Aquella era una época en la que prácticamente todas las editoriales eran independientes por definición. Una época en la que el franquismo y su censura estaban bien presentes, pero la lucha contra este régimen opresor, culturalmente pernicioso y básicamente estúpido, era sumamente estimulante. Y se ha afirmado que el clima cultural y político del país cambió en parte gracias a la acción de un grupo de editoriales con propósitos resueltamente hostiles al *statu quo*.

El otro momento sería ahora, otoño de 2002, 33 años y algo así como 2.200 títulos después, en un paisaje dominado por la concentración de los grandes grupos, pero en el que aún persistimos, y en bastante buena forma, veteranas editoriales independientes y a la vez, al menos en España, florecen

nuevas editoriales.

En Anagrama, los excelentes colaboradores (bueno, casi todas colaboradoras) ahora son 15 y publicamos 100 títulos anuales, 75 en edición normal y 25 en bolsillo. En el catálogo se observa, por ejemplo, que este año se ha otorgado el trigésimo Premio Anagrama de Ensayo, el premio decano en este género, con un palmarés de pensadores imprescindibles realmente impresionante -citaré solo al mexicano Carlos Monsiváis como termómetro de los aciertos de su jurado-, y el vigésimo Premio Herralde de Novela, animado por la idea de apoyar a la nueva narrativa española -como Pombo, Azúa, Justo Navarro o Vila-Matas- y también de incorporar a valiosos novelistas latinoamericanos como Pitol o Bolaño y, ahoritita mismo, Margo Glantz. Para seguir con los números redondos, «Panorama de narrativas», dedicada a la más interesante literatura traducida, ha llegado al número 500 con *Se está haciendo cada vez más tarde* de Antonio Tabucchi, y nuestra colección de bolsillo «Compactos», tan consolidada, acaba de llegar al número 300. En ella se guardan las joyas de la corona, Nabokov, Highsmith, Carver, Auster, Tabucchi, Sharpe, Martín Gaité, Pombo, Vila-Matas y títulos imperecederos como *La conjura de los necios*, *En el camino* o *Lolita*.

Aparte de esa fuerte presencia de la literatura, el catálogo refleja también, en el ámbito del pensamiento, ya desde sus inicios, una postura militante en favor de los derechos de la mujer, de la libertad de las opciones sexuales, en favor de la liberalización de la droga, y ahora contra los visibles desastres del neoliberalismo y la globalización. Otras áreas bien presentes son los estudios literarios y los grandes reportajes.

No voy a extenderme más sobre Anagrama. Imagino que muchos de ustedes ya conocen bastante la editorial, o si no, en la propia Feria, en nuestra distribuidora Colofón, hay un amplio y surtido stand. Sí quiero demorarme un poco más en los presentadores, todos ellos imbricados en la historia de Anagrama o en mi propia biografía, y desde luego en el paisaje cultural de las últimas décadas.

Pasemos, pues, a los presentadores, que son palabras mayores. Palabras mayores en sí mismos, aparte de las palabras demasiado mayores que me han dedicado; pero esto forma parte de un ritual cariñoso que agradezco mucho, aunque no es aconsejable que nadie se lo tome demasiado en serio.

Empecemos con el ausente Antonio Tabucchi, un escritor ya con estatuto de

mito internacional, gran amigo de tantos años y autor también de la casa desde aquella *Dama de Porto Pim*, inolvidable, como también lo es, en un registro muy distinto, *Sostiene Pereira*. El lunes pasado me llamó a Barcelona desde Princeton, donde daba una conferencia; me preguntó: «¿Tú eras de los que apostaban a que iría a Guadalajara o de los que apostaban a que no iría?» Antonio tiene un rico anecdotario, respecto al cual bromeamos a menudo, de viajes anunciados y cancelados en el último o penúltimo momento, para desespero de los muchos fans que le están aguardando. Mentí descaradamente: «Yo aposté por que sí irías.» Había un pequeño problema en una escala del avión, al parecer, y al día siguiente me llamó de nuevo para decirme que, a pesar de mis e-mails a la coordinación de la Feria, aún no se había resuelto, por lo que se planteó el riesgo de la *espantá*. Le dije que estaba en mi lista de presentadores: «¿Eso significa que tengo que hablar bien de ti?», me preguntó. «*Piuttosto*, más bien sí», contesté. Pareció resignado. Ayer tarde llamó desde París, no venía, los problemas reales o imaginarios de su billete no se habían resuelto. Mi querido Antonio, conocido *killer* de organizadores, había añadido otra muesca más a su revólver. (Aclaración posterior: aunque vaya en contra de la eficacia narrativa, debo precisar que, en esta ocasión, y sin que sirva de precedente, la culpa no fue de Antonio. Al parecer le habían asignado un billete con un asiento inexistente, pequeño equívoco con alguna importancia.)

Pero, aparte de esas charlas juguetonas y el no imprevisible escamoteo final, Antonio me había llamado poco antes para darme una espléndida noticia literaria: había terminado la primera redacción de una novela muy ambiciosa con la que llevaba muchos años batallando.

¿Y qué decir de Sergio Pitol, sobre quien tanto he perorado, y viceversa, a quien conocí cuando yo empezaba Anagrama, en la época de la *gauche divine*, y él dirigía «Los Heterodoxos», mi colección favorita de aquella estimulante Tusquets que entonces capitaneaban Beatriz de Moura y Oscar Tusquets? Más tarde, ya desde los ochenta, Sergio ha colaborado con Anagrama, sugiriendo títulos, traduciendo, y por mi parte, al igual que con Tabucchi, le he dado la prueba de admiración más inequívoca que puede dar un editor: publicar regularmente sus espléndidos libros. Cuando apareció *El desfile del amor*, en 1984, que ganó nuestro premio de novela, Pitol era un muy respetado pero poco leído autor de culto, mientras que ahora es unánimemente considerado uno de los grandes de la literatura latinoamericana tanto por sus coetáneos

como por las generaciones más jóvenes, como se reconoció aquí mismo, en Guadalajara, cuando se le otorgó hace unos años el Premio Juan Rulfo. Y ha reemprendido con éxito su carrera internacional: traducciones suyas planean en Alemania, Francia, Holanda, Grecia, Canadá y Estados Unidos.

En cuanto a Enrique Folch, lo vi el lunes pasado en el entierro del gran editor y buen amigo Juan Grijalbo, un catalán exiliado tras la guerra civil y acogido generosamente en este país, donde empezó a ejercer de editor, y a quien tanto debe México y viceversa. Me dijo que me presentaría hoy, lo que me alegró mucho. Pero, como bien saben todos sus amigos, Enrique, en cuanto toma la palabra, tiene una tendencia al formato de novela-río, por lo que le advertí: «Piensa que hay otros presentadores.» Imperturbable, me contestó: «Hablaré el último.» «Sí, pero en algún momento habrá que cenar.»

Bromas aparte, a Folch lo conozco desde los tiempos del cuplé, cuando él era un librero joven pero el mejor de Barcelona, al frente de *Áncora* y *Delfín*, que convirtió en la librería de referencia de nuestra ciudad y donde compré tantísimos libros. Después le tentó, lógicamente, la edición y lleva muchos años al frente de *Paidós Ibérica*, donde ha realizado, como es sabido, una espléndida tarea. Confío en que pueda proseguirla. *Salut*, Enric.

Y ahora le toca el turno a Daniel Divinsky, en su doble condición de presentador y de jurado del premio y que ahora ha ejercido de abogado del diablo, en este proceso de canonización (como él lo ha llamado), en realidad de falso y fracasado abogado del diablo, como para subrayar nuestra amistad. Daniel es mi más antiguo compinche latinoamericano, lo conozco desde que empecé a editar, era inevitable encontrármelo: participa en todas las ferias del libro: Frankfurt, Liber, México (antes en el Palacio de Minería y luego en Guadalajara), Bogotá, naturalmente Argentina, y seguro que muchas más cuya existencia ni siquiera conozco. Una feria del libro sin los Divinsky (es decir, sin Daniel y Kuki) sería una feria incompleta, fallida. Pero eso apenas sucede. Ahora, de regreso en Argentina desde hace muchos años, después de su exilio forzado por los militares, los Divinsky, con su Quino y su Fontanarrosa como fidelísimos puntales, son unos anómalos editores independientes en un paisaje complicadísimo, y lo seguirán siendo hasta que les dé la gana.

En cuanto al galardón que nos convoca, todo premio se define por su palmarés, por su historial. Por ello, para mí es un honor que lo hayan obtenido colegas admirables. No puedo resistir la tentación de citar a dos de ellos.

En primer lugar, Neus Espresate, la editora de Era. Conocí a Neus en el 73 o el 74, en mi segundo viaje a México, me invitó a cenar a su casa y así empezó nuestra amistad, pero entonces yo ya admiraba muchísimo su editorial. Recuerdo las traducciones de Malcolm Lowry o Pierre Klossowski, o a aquellos autores latinoamericanos que fueron también amigos míos y que luego publicaron en Anagrama, como Sergio Pitol, Tito Monterroso y Carlos Monsiváis. Y, desde luego, la extraordinaria calidad del diseño, a cargo de su socio Vicente Rojo, también buen amigo y presente asimismo en Anagrama gracias a la ilustración de la portada de *Efectos personales*, de otro autor común, Juan Villoro. Y era fundamental la afinidad política: en ambas editoriales, Era y Anagrama, aparecieron obras de Rosa Luxemburg, Karl Korsch, Antonio Gramsci, Isaac Deutscher, Che Guevara, Ernest Mandel, André Gunder Frank, Rossana Rossanda. Y otro paralelismo: en Era habían lanzado su revista *Cuadernos Políticos*, que fueron un foco de debate imprescindible de la radicalidad de izquierdas, mientras que los «Cuadernos Anagrama», aunque de características distintas, coincidían en gran parte con los propósitos y no pocos autores.

Y mi homenaje final será para Arnaldo Orfila Reynal, el gran editor de Siglo XXI, que tantas alegrías me dio con sus publicaciones y que tanto me amargó la vida por las mismas razones. Me explicaré: cuando empecé Anagrama, muchos de los autores que más me interesaban estaban copados por Siglo XXI, por ejemplo Althusser, Barthes, Lacan. Pero no solo eso: Orfila, gracias al prestigio adquirido al frente de Fondo de Cultura Económica primero y de Siglo XXI después, tenía opción preferente para todos los libros de alguna de mis editoriales favoritas, como Maspero. Y Anagrama se quedaba siempre en la lista de espera, sin billete, o sea, sin contrato, sin libro. Por eso decía a menudo, semibromeando, que en mis inicios editoriales yo había tenido dos obstáculos de cuidado: Franco y su censura, y Orfila y su Siglo XXI. Conste, pues, mi mejor homenaje para Arnaldo Orfila, editor de Siglo XXI y uno de los grandes editores del siglo XX.

Y, ya para terminar de una vez (no he seguido el civilizado consejo que le propiné a Folch), agradezco de nuevo este premio otorgado en México, un país que empecé a descubrir en 1973, un país del que, pocos años después, Lali Gubern, mi pareja y colaboradora, también se enamoró y al que hemos venido numerosas veces. Ni siquiera ahora, Lali, provisionalmente lisiada a raíz de

un accidente durante el verano pasado, precisamente en México, enarbolando sus muletas, ha querido dejar de acompañarme.

Muchas gracias, que Jalisco no se raje, que siga esta estupenda Feria.

FERIA DE GUADALAJARA. HOMENAJE ALTERNATIVO¹²

Cuando se hizo público, el mes pasado, que me concedían el Premio Reconocimiento al Mérito Editorial, otorgado por la Feria de Guadalajara, Carlos Martínez Rentería me escribió diciendo que organizaría al día siguiente un Homenaje alternativo, *off* Feria, que es el que ahora estamos celebrando, entre tequilas y cervezas, en esta cantina de La Mutualista.

Hace años que me encuentro en la Feria de Guadalajara con Carlos, en estado más o menos o muy etílico, pero siempre infatigable, caótico y lleno de proyectos que a veces, incluso a menudo, se acaban realizando. Recuerdo que hace algún tiempo me invitó a participar en un homenaje improvisado (en un pasillo de la Feria, una mesa, unas sillas y unos pocos periodistas) al poeta Neeli Cherkowski, autor de una biografía de Bukowski, *Hank*, que Anagrama había publicado. Ahora está radiante porque Ferlinghetti, el poeta, editor y librero de la mítica City Lights Books, ha aceptado su invitación y en breve estará en México.

Hace años, también, que Carlos Martínez Rentería es el hombre-orquesta de la revista *Generación*, que lleva bastantes años publicándose, con periodicidad muy aleatoria, y es algo así como el boletín oficioso de los marginales, los contraculturales, los *underground*, con textos de gran interés, acompañados de imágenes y fotos de evidente procacidad.

Y también hace años que Carlos se empeñó en una cruzada personal para que me dieran el Premio de Guadalajara, concesión que a su juicio se estaba demorando escandalosamente. Sin entrar en problemas de calendario, le agradezco mucho su desaforado interés y me alegra que a partir de ahora, ya con el premio concedido, no tenga que derrochar más energías al respecto.

De los editores independientes que me acompañan en esta mesa redonda - además del propio Carlos, Guillermo Fadanelli, Andrés Ramírez, David de Ande y Felipe Ponce-, conocía de oídas a Fadanelli. Varios amigos míos, lectores finísimos, me dicen desde hace un tiempo que Fadanelli es el mejor novelista de su generación y que debería estar editado en Anagrama. Por lo visto, algo ha fallado en el sistema de señales: nunca le he pedido un texto para una posible publicación, ni él me lo ha enviado. Reparo aquí, públicamente, este error y le curso una invitación formal.

Ayer o anteayer, todo se vuelve un poco confuso en esos días de Feria, Carlos me llevó al stand alternativo que alberga a *Generación*, al igual que a otras revistas que aún no conocía como *Moho* y *Nitro*, también en ondas parecidas. En el mismo stand estaba el joven librero de «Primero sueño», subtitulada «Los raros. Los underground. Los clásicos. Los malditos». Me comenta que Anagrama es básica para su librería, al parecer el santasanctórum o la bodega del diablo de los más inconformistas lectores del D.F. Allí reinan los Bukowski, Kerouac, Burroughs, Hunter Thompson, Irvine Welsh, Pedro Lemebel, Pedro Juan Gutiérrez y demás ralea.

Curiosamente, tanto las citadas revistas como el stand reciben subvenciones de Conaculta (el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes), con un programa que tiene como lema «El arte de servir al arte». Es decir, un organismo del gobierno del PAN, tan casposo y santurrón, se da un inesperado baño de modernéz y también da gasolina, lana, sin contrapartida, a estos jóvenes díscolos.

Abro el número 17 de *Moho* (*Salud para los enfermos, azote para la gente sana*). Ahí van algunos de los titulares: «Hola, soy Sandie y soy una adicta», «Cocaína», «Rompiendo la baraja», «¿Por qué, Señor, me hiciste tan perfecto?» (este texto es de Guillermo Fadanelli, editor de la revista), «En lugar de literatura basura hagamos literatura reciclada», «Tú también puedes ser un genio», «I never fucked my sister». Reaparece, pues, en *Moho* el insolente espíritu dadaísta, el Cabaret Voltaire versión mexicana del siglo XXI. La revista aparece tatuada con muchos anuncios de tatuajes, de bares y otros puntos de encuentro.

Veamos titulares del número 5 de *Nitro*: «Bateando basura», «Transmetropolitán. La ciudad transhumana», «La lente sangrante» (con un hermoso epígrafe de J. G. Ballard: «La gente nunca es tan feliz como cuando

se pone a inventar vicios nuevos»), «La carne virtual», «Comeos los unos a los otros» (el autor de este texto, César Martínez, nos dice que la idea de realizar una escultura comestible surgió a raíz de la lectura de *La carta a Sagawa*, del japonés Júrô Kara; por cierto, este libro, aunque no se mencione, fue publicado por Anagrama). Más titulares: «Cáscara de sangre», «Fragmentar la carne», «Canibalismo y filantropía». Este número de *Nitro*, titulado muy adecuadamente «Carne», está naturalmente bendecido por Conaculta, y entre los anuncios figuran, como en las otras dos revistas, el de la librería «Primero sueño», imprescindible contraseña, y el de Anagrama.

En el número 43 de *Generación*, dedicado a las cantinas, figuran: «Van a tener que forzar la chapa», «Las cantinas gay del centro», «¿Qué carajo es una pseudocantina?», una imprescindible investigación de Roberto Andrade sobre estos locales clandestinos, pese a todas las dificultades: según nos informa el autor, «ya que están tratando con delitos bastante graves, los pseudocantineros luchan lo imposible por mantener su secreto oculto».

Otro intrépido investigador, Heriberto Yépez, nos arrastra a trece cantinas de Tijuana. Una de ellas se llama El Fracaso. Yépez, reportero *gonzo* mexicano, de eficaz humor lacónico, nos advierte en la primera línea que «por razones obvias, el nombre de esta cantina es muy adecuado», y luego nos cuenta la compra de una pistola en la cantina, el encuentro con una puta y el cañón de la pistola en su coño: «Al principio se alarmó pero luego me dejó hacerlo, una vez que vio que la pistola no estaba cargada. Ninguno de los dos nos divertimos. Pero ambos nos dimos cuenta de que el odio que nos tenemos los hombres y las mujeres está completamente justificado.» Respecto a otra cantina, de estimulante rótulo, La Cueva del Peludo, nos informa de entrada: «Este lugar puede ser tenebroso y vulgar, por eso es tan importante.» Y termino las citas con otra cantina, Pete's: «A veces acudimos a los bares para ser mal recibidos. El Pete's es un buen bar para que te ocurra esto.»

Después de este vaciado rápido de los tres números que Carlos me dio ayer (o quizá anteayer), felicito a los responsables de *Generación*, *Moho* y *Nitro*: están decididamente resueltos a ir al límite, a divertirse, a desmadrarse, sin que les importe un comino, sino al contrario, escandalizar a los biempensantes.

Según Carlos Martínez Rentería, siempre militantemente exagerado, Anagrama tiene buena parte de culpa de la existencia de estas revistas. Si así

fuera, aunque la culpa fuera mínima, me sentiría muy halagado. Y divertido.

HOMENAJE ARGENTINO¹³

En primer lugar, quiero que conste un testimonio de mi relación con Argentina, un homenaje expreso. Y no solo mío: para la educación literaria, política y sentimental de las generaciones españolas que crecieron en la posguerra, fue fundamental la existencia de editoriales como Losada, Sudamericana y Emecé, cuyos libros podíamos adquirir clandestinamente en determinadas librerías cómplices. Dichas editoriales, como es sabido, fueron fundadas o alentadas por exiliados españoles, originándose así un ejemplo casi demasiado perfecto de círculo virtuoso.

Hace ya varios años empecé a redactar un librito, como quizá recuerde Daniel Divinsky, aquí presente, mi más antiguo amigo de Argentina, a quien se lo comenté, con el título de *Itinerario argentino*, un proyecto que el día a día de la editorial dejó aparcado *sine die*. En él quería dar cuenta de las influencias e impactos editoriales argentinos, mis viajes a Buenos Aires, los autores que fueron apareciendo en el catálogo de Anagrama, los numerosos colaboradores que desde mediados de los setenta, por incompatibilidad manifiesta con los militares, por así decir, aterrizaron en Barcelona, vivificando notablemente la vida cultural española. Voy a evocar sucintamente algunos puntos de esta relación.

Descubrí Buenos Aires en agosto de 1974, poco después del asesinato del diputado Ortega Peña, un síntoma bien inquietante. Aquí me hicieron en parte de cicerones el librero Héctor Yánover y mi buen amigo el filósofo Eugenio Trías, quien se había alejado de Barcelona y estaba instalado en Buenos Aires, donde participaba en alguno de los numerosos grupos de estudio extramuros de la Universidad.

Una noche Eugenio me llevó a conocer a sus amigos a una cafetería de la calle Corrientes, en una época de pleno bullicio nocturno de librerías, bares,

restaurantes, de vida intelectual en plena calle. En la cafetería estaban Germán García, Osvaldo Lamborghini y Luis Gusmán. Recuerdo una prolongada y deslumbrante tertulia, con Germán García llevando la voz cantante. También recuerdo que, al revés que en la muy alcohólica Barcelona de la *gauche divine*, nadie bebió una gota de alcohol durante aquellas horas (aunque quizá fuera casual). Esos mosqueteros, en el inicio de sus carreras, habían tomado el poder en una minúscula editorial llamada Noé, a cuyo lado la minúscula Anagrama era como Penguin. En ella publicaban una revista, en formato de libro de bolsillo alargado, llamada *Literal*. Me regalaron un número que encontré literalmente impenetrable y también un librito de Lamborghini llamado *Sebregondi retrocede*, que me pareció deslumbrante, y una novela de Luis Gusmán, *El frasquito*, que me temo se extravió y no llegué a leer. Un craso error, por lo visto. Hace unos pocos días compré en el Ateneo de Florida un volumen de la *Historia crítica de la literatura argentina*, que dirige Noé Jitrik, titulado *La narración gana la partida*. En ella, mi buen amigo Luis Chitarroni escribe: «No hay en la literatura argentina de la década de los setenta un texto más pleno (exceptuando *Sebregondi*), más rico que *El frasquito*.» En todo caso, quedó en mi memoria el «toque literal» de un Buenos Aires audaz y transgresor.

En cuanto a los autores argentinos, en Anagrama no han sido muy numerosos pero sí muy significativos, una colección de raros geniales: así, Copi, José Bianco, Rodolfo Wilcock, Oscar Masotta, Cozarinsky, César Aira, hasta desembocar en las recientes y gloriosas incorporaciones de Ricardo Piglia y Alan Pauls. En realidad, como podría sospecharse, la publicación de *El observatorio editorial* es un pretexto para celebrar a estos dos grandes escritores.

Por otra parte, conocí a Oscar Masotta y a Susana Lijtmaer en Londres, a mediados de los setenta, antes de que se instalaran en Barcelona. Publiqué de Oscar sus *Ensayos lacanianos* y una traducción de textos de Lacan, mientras que mi querida Susana es una excelente y veterana lectora de Anagrama. También otro de los lectores del pequeño equipo de Anagrama, aunque mucho menos asiduo, es el argentino Edgardo Dobry.

Y, siguiendo con las coincidencias, Germán García y Lamborghini eran discípulos y amigos de Masotta, mientras que el prólogo de la primera edición de *El frasquito* era de un desconocido, al menos para mí, Ricardo Piglia. Este

también dirigía mi colección favorita de novela policial, que descubrí en la librería Fausto, de Corrientes, y que se llamaba «Tiempo contemporáneo», que yo prefería, de largo, a la colección «El séptimo círculo» de Borges y Bioy. Y de *La sinagoga de los iconoclastas*, de Rodolfo Wilcock, deriva en parte Roberto Bolaño, uno de los escritores indispensables de nuestro catálogo.

Voy a regresar a las editoriales antes citadas. Para mí, la más importante fue Losada. Además de los prohibidísimos Alberti y Neruda, o de su gran colección de teatro, con los textos de aquellas piezas que en España no podíamos ver, allí descubrí nada menos que a dos autores tan fundamentales como Sartre y Kafka (este traducido por Wilcock, por cierto). Y en Sudamericana, *Ferdydurke*, de Gombrowicz, un autor que en la Barcelona de los sesenta tenía un club de fans quizá no numerosísimo pero sí muy ferviente, como el gran poeta Gabriel Ferrater, que aprendió polaco para traducir *Pornografía* (con el título *La seducción*, por razones de censura), o el cineasta y traductor Joaquín Jordá y yo mismo. Con cierta tenacidad conseguí que, con los años, Sartre, Kafka y Gombrowicz estuvieran presentes en el catálogo de Anagrama.

Pero, además de a estos escritores de tanta importancia también en mi propia vida, terminaré celebrando las dos apoteosis máximas que me ha deparado Argentina.

Una es el descubrimiento de Borges a finales de los años cincuenta, cuyo nombre leí por primera vez en una revista francesa. Conseguí un ejemplar de *Ficciones* y luego durante años estuve persiguiendo sus libros en las librerías de Barcelona. A *Ficciones* siguió *El Aleph*, luego *Historia universal de la infamia*, y así suma y sigue, incluso aquellos más esquivos y difíciles de encontrar, ignoro las causas, como los escritos en colaboración con Bioy Casares. Ya sé que, dicho en Buenos Aires, la devoción por Borges es una vulgaridad, pero en la Barcelona de aquellos tiempos conseguir leer sus libros fue una tarea ardua.

Y, para terminar, la otra gran epifanía fue la que nos brindó el San Lorenzo de Almagro, el primer equipo argentino que visitaba España, creo, en el campo del Barcelona. Desde pequeño he sido muy aficionado al fútbol, jugaba en el colegio con gran entusiasmo y de forma poco memorable, y mis padres me llevaban al estadio del Barça desde muy chico. Y allí aterrizó el San Lorenzo de Almagro, que dejó boquiabiertos a todos los aficionados. La

difícil facilidad del arte del gambeteo, la famosa «gracia bajo presión», la gracia del malabarista bajo la presión cejijunta del rival impotente: los pobres futbolistas españoles parecían trogloditas. Aún recuerdo la gran delantera del San Lorenzo: Imbelloni, Farro, Pontoni, Martino y Silva. Nombres inolvidables. La típica expresión «delantera de seda» parecía diseñada para ellos. Fue una experiencia estética de primer orden.

En resumen, en mi experiencia con Argentina *tout se tient*, como dicen los franceses, todo se entrelaza, todo se abrocha, al menos en este relato, que muy posiblemente formará parte de un próximo libro.

NOTAS DE UN VIAJE A USA (AGOSTO DE 1988)¹⁴

En 1988, la institución estadounidense Meridian House International me concedió una suerte de beca, que hicieron extensiva a Lali Gubern, consistente en un viaje de tres semanas por Estados Unidos, por la atención que Anagrama había prestado a la literatura norteamericana durante muchos años.

El 15 de agosto nos recibieron en Washington, se trazó el plan de viaje según nuestros deseos y nos asignaron un acompañante para que nos ayudara en temas logísticos, hoteles, billetes, etc., que resultó llamarse Walter Pezullo y que nos confesó muy pronto que era un joven con aspiraciones de escritor.

Muy telegráficamente, de Washington fuimos en coche a Vermont (en New Hampshire, ya cerca de Canadá) para visitar a la gran escritora Grace Paley, de quien habíamos publicado sus tres libros de cuentos, y que vivía en una cabaña en medio del bosque, con su esposo, un poeta publicado por City Lights Books. Nos prepararon una cena con las verduras y lechugas de su huerto (silvestre, naturalmente), que se limpiaron (relativamente). Luego fuimos a conocer a las ovejas (docenas y docenas), atraídas por los estrepitosos alaridos del poeta, y tras juegos y revolcones con las demasiado amistosas bestias nos pusimos a comer, beber, fumar, orinar en el campo (en suma, la vida sencilla) mientras hablábamos de política, de feminismo, de sus amigos *beatniks*. Grace, siempre ardiente militante de todas las causas progresistas y feministas, no llegó a publicar un cuarto libro de cuentos, pero los que escribió son inolvidables.

La etapa más memorable del viaje consistió en varios días en Nueva Orleans, donde, además del carácter fascinante (y caribeño, cuánto calor) de la ciudad, en cuyas cavas de jazz, exaltantes y desmadradas, nos zambullimos

gozosamente durante el día y la noche, nos encontramos con la más inesperada de las sorpresas: la organización del viaje nos había asignado un guía literario para conocer la ciudad: un profesor de literatura de mediana edad que presumía de no haber salido nunca de Nueva Orleans ni casi de su corazón, el Barrio Francés, le Vieux Carré. Se llamaba Kenneth Holditch, y nos llevó a visitar el Hotel Monteleone, uno de los más literarios de Estados Unidos, donde se alojaron repetidamente Hemingway, Faulkner, Tennessee Williams y los padres de Truman Capote, quien no nació allí, como Truman alardeaba, sino a toda prisa en un hospital cercano. También a la casa con su piscinita de Tennessee Williams, guardada por un mayordomo negro muy impuesto de su importancia que nos mostró la memorabilia allí reunida, o al restaurante en el que Sherwood Anderson organizó un gran almuerzo con motivo de la segunda novela de Faulkner, *Mosquitos*, en la que este retrató, en clave indiscreta, a la tribu literaria de Nueva Orleans, todos invitados a la comida, lo que provocó, nos contó Kenneth, no pocas tensiones. Pero, para mí, el milagro o chiripa o el conocimiento de nuestro catálogo por parte de los organizadores consistía en que Kenneth Holditch era quien había escrito la primera crítica mundial, muy favorable, de la recién aparecida *A Confederacy of Dunces (La conjura de los necios)* en *Times Picayune*, el periódico de Nueva Orleans en el que colaboraba. Esto le granjeó la amistad inmediata de Thelma, la madre de Toole, a quien nos describió vívidamente: a raíz del éxito de la novela, por cuya publicación tanto luchó, se convirtió en una celebridad en Nueva Orleans, dando conciertos de piano, su vieja pasión, participando en conferencias y actos de todo tipo, dando entrevistas, recibiendo agasajos: una estrella.

Kenneth nos dijo que estaba empezando a trabajar en una biografía de John Kennedy Toole, aunque Thelma, que custodiaba el tesoro, no era precisamente fácil. Pero en cambio, nos contó Kenneth, Thelma recordó la existencia del manuscrito de una primera novela, *La Biblia de neón*, escrita por Toole a los dieciséis años, que en su día el autor presentó sin éxito a un premio literario para aparcarla después *sine die*. Tal ópera prima tenía una sorprendente calidad literaria, pero, naturalmente, estaba muy lejos aún de la gran riqueza y complejidad de *La conjura de los necios*. Al morir Thelma, su abogado comunicó a Holditch que en su testamento le había nombrado «guardián», por usar sus propios términos, de *La Biblia de neón*. Después de tres años de

litigios con la familia del padre de Toole, siempre complicada, pudo publicarse con un prólogo del propio Holditch que figura, naturalmente, también en la edición de Anagrama. Sin embargo, la biografía creo que nunca apareció.

Como recuerdo de este viaje inolvidable, algunas fotos fetichistas: la primera, debajo del reloj de los grandes almacenes D. H. Holmes que figura en la primera página de *La conjura*, otra de uno de los famosos carritos con forma de perrito caliente, otra sentados Lali y yo en los escalones de la entrada de la Maple Street Book Shop, la librería con mayor pedigrí de Nueva Orleans, la favorita de Thelma, otra con Kenneth...

Después nos fuimos en coche a Jackson (Mississippi) a visitar a la tímida Eudora Welty, la gran escritora sureña, de quien publicamos tres libros. Poco antes había estado la televisión francesa a raíz de la publicación de un libro suyo en París, toda una conmoción en la adormilada Jackson. Le comentaban: «Primero los franceses y ahora los españoles. ¿Qué pasa con usted, Miss Welty? ¿Le van a dar el Nobel?», nos dijo con alarmada sorpresa. También nos habló de su jovencísimo vecino Richard Ford, a quien íbamos a publicar, con gran cariño pero también con desasosiego por su carácter turbulento. Tras pasar la obligada revista a los colegas, Flannery O'Connor, Katherine Anne Porter y Faulkner, claro está, y ofrecernos unas pastas y conversación, con tendencia a la sonrisa y al monosílabo, nos retiramos y nos fuimos a visitar la Mississippi University Press, que había publicado una magnífica colección de conversaciones con grandes escritores norteamericanos, y luego a una cena que nos habían organizado con otros escritores de Jackson.

En Jackson cogimos un avión hasta San Francisco (con parada en Texas), cuyo aeropuerto parecía poblado por actores de la serie *Dallas*, con gran surtido de sombreros y corpachones de tonelajes algo alarmantes, y donde, aparte de una visita a la California University Press y de diversos ritos turísticos, fuimos a ver a Lawrence Ferlinghetti en City Lights Books. Nos recibieron en la editorial, en el primer piso encima de la librería, y evocamos, entre otras andanzas, que en una anterior visita, a mediados de los setenta, gracias a su mano derecha Nancy Peters, salí con los dos primeros libros que publicó Bukowski en Estados Unidos y poco después también en España: *Escritos de un viejo indecente* y *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones*.

Y la traca final del viaje fue una semana en Nueva York. Aparte del placer permanente de pasear por la ciudad, persistir en viejas fidelidades (conciertos de jazz) y visitar el mayor número de librerías y museos posibles, teníamos varias citas literarias y editoriales.

La primera fue en casa de Tom Wolfe, de quien había publicado numerosos títulos, entre ellos *El Nuevo Periodismo*, tan célebre, *Lo que hay que tener*, sus sátiras sobre el arte contemporáneo, etc. Su familia estaba de veraneo y nos recibió él personalmente, vestido naturalmente de blanco, cordial y sonriente. Bebiendo vino blanco estuvimos hablando de la acogida de sus libros en España, del legendario *Nuevo Periodismo* que él había encabezado con Gay Talese, Terry Southern, Hunter S. Thompson, y de sus gustos literarios, Zola en especial, la obsesión y la exactitud del realismo.

También estuvimos una tarde en casa de Sonny Mehta y su esposa Gita, de quien había publicado sus bellísimos relatos de *Sutra del río*. Sonny Mehta había sido el niño prodigio de la edición británica en los años setenta y ochenta. La editorial de bolsillo Pan Books que dirigía tuvo una invasora acogida en las librerías londinenses, mientras que paralelamente Picador, muy literaria y sofisticada, publicaba en *paperback* la mejor *literary fiction* de aquellos años. Luego lo ficharon para dirigir Knopf (de la que sigue siendo presidente), quizá la mejor y más potente editorial literaria estadounidense junto con Farrar, Straus and Giroux. Yo había estado en Knopf hacía unos años, cuando Mehta estaba preocupado por una novela de Harold Brodkey, algo así como el genio semioculto de Nueva York, tras su primer libro de relatos, *Primer amor y otros pesares* (que Anagrama publicó en 1989), mientras todos esperábamos la aparición de la Gran Novela del Proust americano tantas veces anunciada en los catálogos de Knopf como pospuesta. Mientras, Sonny Mehta sonreía mirando un póster de un libro de Anne Rice que sería un gran bestseller, *Entrevista con el vampiro*: bien para las finanzas, pero jugaba en otra liga. Finalmente, cuando unos años después de un extenso y excelente libro, *Relatos a la manera casi clásica*, llegó la Gran Novela Americana tan esperada, *El alma fugitiva*, de casi mil páginas, consiguió tanto en Estados Unidos como en España tan solo un *succès d'estime*. Brodkey, todo un personaje, se sentía y siguió sintiéndose un genio (y muy posiblemente lo fuera) incomprendido por la vulgaridad contemporánea.

Volvamos a casa de los Mehta: después de tomar unas copas, nos fuimos

Lali y yo, con ellos y su chófer (quien por cierto emitió, durante el considerable trayecto, opiniones literarias contundentes), al piso de Bret Easton Ellis, que daba un *party* en honor de su gran amigo Jay McInerney, que acababa de publicar *Story of My Life*. Ellos dos, Tama Janowitz, también en la fiesta, y David Leavitt eran posiblemente el cuarteto de jóvenes más prometedores del momento. Yo acababa de publicar *Esclavos de Nueva York*, de la Janowitz, a quien invitamos a Barcelona, y poco antes *Menos que cero*, de Ellis, muy bien acogido por la prensa hispana.

Al principio estuvimos en la terraza del piso los *seniors*, todos más o menos cincuentones, los Mehta, George Plimpton, fundador y director de la mítica *Paris Review*, el mismísimo Harold Brodkey y nosotros. Y, dentro, los amigos de los jóvenes escritores, todos veinteañeros. Luego estuve un rato con los jóvenes autores, que no acabaron de dar el salto pronosticado, exceptuando quizá alguna novela de Ellis.

Y el último encuentro y quizá el más ilusionante, horas antes de tomar el avión, fue en el restaurante del famoso Hotel Algonquin (que en su día, como es sabido, acogió a las lenguas más afiladas de Nueva York, digamos las del *New Yorker* y Dorothy Parker), con Kurt Vonnegut, de quien había publicado de una tacada *Matadero Cinco*, *Dios le bendiga*, *Mr. Rosewater* y *Madre Noche* y después tres novelas más, todas excelentes pero con muy poco éxito. Solo la genial *Matadero Cinco* resiste vivamente en el catálogo.

Para dicho almuerzo incorporamos a nuestro sherpa Pezullo, quien después nos acompañaría al aeropuerto, donde nos dijo que aquel viaje había sido la experiencia más excitante de su vida. Tras cordialísimos saludos nos sentamos, empezamos a beber, y de entre las barbas de Vonnegut (quien, como se dice, hablaba hacia dentro) empezaron a salir historias inesperadas y entrecortadas, acompañadas de sonoras carcajadas. Nosotros sonreíamos con falsa complicidad, aventurábamos algún tema y rápidamente nuestro jovial amigo arremetía con nuevos chistes, risas y bromas crípticas sobre escritores. También al joven Pezullo se le veía bastante descolocado.

A lo largo de las tres semanas nuestro precario dominio del inglés hablado (especialidad española a lo largo de muchas generaciones) parecía haber adquirido una notoria soltura de la que nos sentíamos muy orgullosos, pero de pronto el puñetero idioma había sacado los dientes. Nos despedimos con grandes abrazos pero bastante deprimidos, *sic transit gloria mundi*, etc. Un

toque de realismo hace más nítida la fotografía.

PARTY EN LONDRES PARA LOS 30 AÑOS DE ANAGRAMA¹⁵

En 1999 se cumplieron los 30 años de la editorial -en abril de 1969 habían aparecido los primeros títulos-, que decidimos festejar de forma especial.

Por una parte con un catálogo histórico, con abundante material gráfico y los índices alfabéticos de autores, obras y colecciones, a los que se añadía - como un elemento diferenciador de catálogos de otras editoriales, tal como hicimos en nuestro primer catálogo histórico de 1994- el índice de publicaciones por años, para recortar así el perfil de la editorial ante el paisaje bibliográfico, cultural y político de esas tres décadas.

Asimismo un librito, *Deconstructing Anagrama*, dividido en dos apartados, las «Bibliotecas», según las procedencias de los libros, desde la española y la latinoamericana hasta la angloindia o la japonesa, y las «Áreas», por temáticas, desde la política y los estudios literarios hasta «Free Drugstore» (ensayos y literatura sobre las drogas) y «Zona Rosa» (textos de temática gay y lesbiana). Los otros apartados estaban precedidos por un homenaje «18 sobre 10», dedicado a los 18 autores de la casa con 10 o más títulos en nuestro catálogo. Estos escritores eran: Paul Auster, Félix de Azúa, Jean Baudrillard, Alfredo Bryce Echenique, Charles Bukowski, Truman Capote, Hans Magnus Enzensberger, Patricia Highsmith, Carmen Martín Gaité, Vladimir Nabokov, Álvaro Pombo, Soledad Puértolas, Tom Sharpe, Antonio Tabucchi, Javier Tomeo, Enrique VilaMatas, P. G. Wodehouse, Tom Wolfe. (A esta lista se añadirán cinco años después, en el *Deconstructing 2004*, los siguientes nombres: Martin Amis, Julian Barnes, Roberto Bolaño, Ryszard Kapuściński, Hanif Kureishi, Norman Mailer, José Antonio Marina, Anthony Powell.) Un recordatorio explícito, pues, de la llamada «política de autor»,

que subraya las características de una forma de entender la edición que, tanto en Anagrama como en otros sellos en parecida sintonía, podría resumirse así: no vendemos libros (o no solo eso) sino que publicamos autores.

Pero lo celebramos más especialmente con cuatro fiestas: la primera en junio, en el Casino de Madrid, dedicada a los autores y amigos de la capital, la tercera en agosto, en Buenos Aires, organizada por nuestra distribuidora Riverside en la librería-bar Clásica y Moderna y la cuarta en Barcelona, en septiembre, en una carpa montada en el Parque de la Ciudadela de Barcelona, junto al Zoo, en la que sobrevivimos a una reedición *aggiornata* del Diluvio Universal. Si bien esta última fue la más concurrida (y sonada), la fiesta más exótica fue la segunda, en el jardín de Koukla y Christopher MacLehose, en julio (¿un *party* de una editorial española en Londres?).

Pero aunque pudiera parecer algo extravagante, la decisión de dicha fiesta tenía su lógica. Además de numerosos autores ingleses publicados en Anagrama a lo largo de estas décadas, con clásicos indiscutibles del siglo XX, así como excelentes *minor classics* que tanto abundan en la literatura británica, también empezamos a publicar, desde 1980, con *Primer amor*, *últimos ritos*, de Ian McEwan, títulos de aquella espléndida generación a la que bautizamos como «British Dream Team», una etiqueta poco original pero acaso resultona, y todos ellos, Martin Amis, Julian Barnes, Kazuo Ishiguro, Ian McEwan, Hanif Kureishi y Graham Swift, visitaron Barcelona en varias ocasiones y fueron aclamados por la crítica y por los lectores españoles, e inmediatamente después también en América Latina. A ellos siguieron otra tanda más joven, Hanif Kureishi, Lawrence Norfolk, John Lanchester, Jonathan Coe, y los angloindios, capitaneados por Arundhati Roy, Vikram Seth, Amitav Ghosh, que también pasaron por Barcelona, al igual que David Lodge, que junto con el casi catalán Tom Sharpe y los clásicos como P. G. Wodehouse y Evelyn Waugh conforma un rutilante cuarteto de representantes del mejor humor inglés.

Bien, ya estamos en Londres. En la misión anagramática, además de Lali y yo, figura también Ana Jornet, reciente jefa de prensa, después de estar quince años como bibliotecaria en el British Institute de Barcelona. Conoce bien, pues, a nuestros autores desde un lado y otro: las invitaciones han corrido siempre a cargo, conjuntamente y en excelente sintonía, del British Institut y Editorial Anagrama.

Nos instalamos en la sala del primer piso de la casa de los MacLehose esperando a los invitados, con cierto suspense, como es habitual. Koukla es nuestra *scout* en Londres desde 1989, mientras que Christopher, al frente de Harvill, ha publicado, *rara avis*, a autores como Martín Gaité, Pérez-Reverte, Marías, Atxaga, Rivas (e incorporará en 2003 a Bolaño y Vila-Matas).

Van llegando, con notable puntualidad, escritores, editores, agentes, periodistas, amigos, y ya nos instalamos en el jardín, no enormemente espacioso, por lo que hay momentos de *traffic jam*, una versión silvestre del embotellado apartamento de *Desayuno en Tiffany's*. Sin embargo conseguimos, no sin cierto esfuerzo, despejar el terreno suficiente y reunir a los autores para la foto de grupo.

En ella, de izquierda a derecha, figuran Jimmy Burns Marañón, a quien hemos publicado un libro sobre el Barça. A su lado «nuestros clásicos», juntos por primera vez en años, dicen, Martin Amis y Julian Barnes, desde su sonada pelea (Amis se fue con Wylie, dejó a su agente Pat Kavanagh y su editorial habitual y firmó el contrato de *The Information* por un anticipo también muy sonado), también Kazuo Ishiguro, Graham Swift y David Lodge. Aparece en lo alto el larguirucho Lawrence Norfolk, un escritor con aspecto punk que escribe ambiciosísimas e inesperadas novelas históricas como *El diccionario de Lempriere* o *El rinoceronte del Papa*, nuestro muy querido Hanif Kureishi, Pankaj Mishra, que ha debutado con una notable novela, *Los románticos*. Y la presencia de Nigel Barley, un autor a quien no conocía personalmente. Su historia es curiosa: siendo un joven antropólogo empleado del British Museum, tras una estancia en Camerún publicó *El antropólogo inocente* en una edición de tiraje confidencial del propio museo. Pero en Penguin lo detectaron y editaron y se convirtió en un *instant classic*. Me gustó muchísimo, y aunque fue acogido con ciertas reticencias por los diversos *establishments* de la antropología española, entusiasmó al exigente y peleón Alberto Cardín, que fue un activo impulsor de ese desacralizador y divertidísimo trabajo de campo que se ha convertido en uno de los más constantes *longsellers* de la editorial. También hemos publicado con éxito aceptable su continuación, *Una plaga de orugas*, así como *Bailando sobre la tumba*.

Todos ellos están de pie, mientras que, agachados, estamos Vikram Seth, yo y Russell Lucas. Este último, aunque es autor, entre otros títulos, de los magníficos cuentos de *Noches en Mongini's*, no está en «la pomada» (no tiene

superagente, ni megaanticipos, no sale en las listas de bestsellers, trabaja en una empresa extraeditorial). Cuando empieza a agacharse (en varias fotos aparece en esta postura intermedia), escucho cómo le pregunta al famosísimo Vikram Seth, que tanto éxito mundial ha tenido con *Un buen partido*, cómo se llama. «Vikram Seth», contesta educadamente este. «¿Y usted?» «Russell Lucas.»

Tras la pausa de las fotos, siguen los corros. Aparece también Bob Coover, nuestro «amigo americano», con su esposa catalana, a quienes tantas veces hemos visto en Londres y en España, el ensayista valenciano J. F. Yvars (en su currículum su labor en el IVAM y, junto a Castellet, responsable de Ediciones Península), quien desde hace tiempo tiene su cuartel general en Londres junto a su esposa Conchita, en esta fiesta una infatigable fotógrafa (como los fotógrafos profesionales, de los centenares de fotos que dispara nos envía cuatro o cinco).

Entre los colegas asistentes hay que mencionar enseguida a dos prestigiosas damas de la edición inglesa, Carmen Callil y Liz Calder. A mi vieja amiga Carmen la conocí hace muchos años en Frankfurt, como fundadora de la editorial feminista Virago Press, acogida bajo el ala de Quartet Books, en cuyo stand se alojaba una hilera de libros de Virago y, allí sentada, Carmen Callil. Aparte de los textos más perentoria y militantemente feministas («Aunque le pusimos este nombre, Virago, *tongue-in-cheek*, la gente se lo tomó muy en serio», dice), publicaban una espléndida colección de narrativa, de rescate de las grandes escritoras, con muy reconocibles y acertadas portadas. Teníamos no pocas autoras comunes: Jane Bowles, Grace Paley, Elizabeth Taylor, Eudora Welty. Años después, en los ochenta, ya con Virago asentada, los grandes grupos norteamericanos aterrizan en Londres y cambian por completo el añejo paisaje editorial inglés, hasta entonces con muchos sellos con nombres propios, los de sus fundadores, muchos muy valiosos, otros más extravagantes, pero siempre literariamente interesantes. Otra cosa era su posibilidad de supervivencia en un ambiente cada vez más competitivo.

Bien, en esta etapa, la brava australiana Carmen Callil fue nombrada directora de Chatto and Windus, donde siguió desplegando su incomparable energía, al igual que en Frankfurt, asidua de todos los cócteles. En una de las Ferias tuvo lugar la «apoteosis Pombo», con ediciones de *El héroe de las mansardas de Mansard*, en Francia, Italia, Alemania, Suecia, e incluso

también en el Reino Unido. Carmen había empezado con entusiasmo una colección de narrativa traducida (que pronto tuvo que abandonar), en la que figuraban, si bien recuerdo, Joseph Roth, Ivan Klíma, Antonio Tabucchi y nuestro Álvaro Pombo, con *El héroe* y *El hijo adoptivo*. Chatto and Windus y el Instituto de España invitaron a Álvaro, a quien acompañamos Lali y yo y con él visitamos la sede de Chatto and Windus, en el barrio de Bloomsbury. Cuando llegamos, Carmen estaba en pleno despliegue fonético y gestual, *as usual*, y nos dedicó una cordial y breve atención y una copa de champagne, y luego nos fuimos al ICA, el legendario Institute of Contemporary Arts, para una rueda de prensa. Antes he calificado de dama a nuestra heroína, pero no sé si esta etiqueta le gustaría. Aunque era rubiasca y tenía los ojos azules, por su energía podría recordar a Mercedes McCambridge en *Johnny Guitar*, también Carmen era como una pila atómica. Sus cóleras eran justamente legendarias en el *milieu*, así como su perfeccionismo, sus exigencias: una excolaboradora suya afirmó que si una ha trabajado muchos años con Carmen y ha sobrevivido, tiene muchas posibilidades de ser una buena editora. Luego, Carmen dejó la edición y dicen que está escribiendo sus memorias, material inflamable, posiblemente. Ahora, en los días de nuestro *party*, acababa de publicar una antología de literatura británica, con ella y Colm Tóibín como compiladores.

En cuanto a Liz, aunque coincidimos en el emotivo Patricia Highsmith Memorial en Suiza, la he tratado muy poco. Su trayectoria ha sido distinta de la de Carmen. Cuando el citado aterrizaje americano, Random House compró, entre otros sellos, una de las más prestigiosas editoriales británicas, Jonathan Cape. A Liz no le gustaron los nuevos aires, por lo que junto con otros colaboradores de Cape, y la apuesta financiera de la City, fundó una editorial independiente, Bloomsbury. Una editorial que, con suma eficacia, ha ido navegando en las muy difíciles aguas anglosajonas de los grandes grupos (donde los tiburones son los más peligrosos) durante bastantes años, con la guinda final de ser la editorial de Harry Potter... Otro de los asistentes es el joven Tony Faber, de otro sello literariamente legendario, Faber and Faber, al que Matthew Evans (antes asiduo de los cóctels de Frankfurt y ahora Sir y miembro del Parlamento) había dado un notorio esplendor. La editorial seguía siendo magnífica, pero en esos nuevos tiempos de los bestsellers comerciales se financiaba en buena parte gracias a los royalties que proporcionaba el

musical *Cats*, con textos de T. S. Eliot. También estaba Peter Strauss, director de Picador, propulsada en su día por Sonny Mehta como colección estelar en *quality paperback* y que ahora es una feroz competidora en el ámbito del *hard cover*; no hace mucho tiempo Peter se ha hecho agente literario, un paso bien frecuente en el mundo anglosajón, y colabora con Deborah Rogers: ha sido el descubridor del último niño prodigio de la literatura inglesa, Adam Thirlwell.

Unánime presencia, o casi, de las (y los) agentes. Así, Nicki Kennedy, el cuarteto de Deborah Rogers, con Ann Warnford-Davis, Laurence Laluyaux, Gill Coleridge y la propia Deborah, también otros viejos amigos: Paul Marsh y Susanna Nicklin, la *mia cara* Benita Edzard, responsable ahora de la oficina londinense de Andrew Wylie, también Andrew Nurnberg y Rosemarie Buckman.

También presencia de periodistas: así, los responsables españoles de diversos periódicos, entre ellos Rafael Ramos, de *La Vanguardia*, todo un crack, una enciclopedia británica de bolsillo.

En cuanto a la prensa cultural inglesa, su interés no fue desmedido, para indignación de Koukla: «¡Estos ingleses! ¡No hay ninguna editorial en el mundo que tenga tantos y tan buenos autores ingleses como Anagrama!» Una afirmación que no discutimos. Había un periodista *free lance* que me hizo una larga entrevista para *The Independent*, que no se publicó. Sí se publicó en cambio la que me hizo Liz Thomson, la entrevistadora estrella de *Publishing News*, y en un momento muy oportuno: durante la Feria de Frankfurt. Gracias, Liz.

Entre los autores, una ausencia muy lamentable: Ian McEwan. Al inicio de la fiesta Martin Amis, que había comido con él en Cambridge, intentó convencerlo sin éxito; me pasó el teléfono. Ian me dijo que lo sentía muchísimo, pero que se lo impedían problemas familiares (problemas que conocía: ruptura tormentosa con su primera mujer, hijos, una segunda esposa).

Entre copas y risas y chismes acabó la fiesta a una hora razonablemente inglesa, los últimos fueron Vikram Seth y su simpatiquísima hermana, muy animados y bastante achispados. La hermana nos comenta que era íntima amiga de la muy muy joven y todavía inédita Arundhati Roy, y cuando ambas iban a casa de los Seth, su madre les decía: «No hagáis ruido!: Vikram [el genio] está trabajando.»

Y ni un amago de lluvia: *Spanish weather* en el jardín, se comenta,

cortesía del azar.

«OPINIONES MOHICANAS»

A propósito de la publicación de *Opiniones mohicanas*, Aldus, México, 2000.

«HOY EL EDITOR DEBE SER UN CORSARIO CASI POR CONTRATO» (entrevista con Nuria Azancot)¹⁶

Pregunta: ¿Ha hecho mucho el indio?

Respuesta: Hacer el indio es placentero, que te arrinconen en una reserva es otra cosa. En cualquier caso, he hecho el indio menos de lo que quisiera, pero tampoco mucho menos.

P: ¿Es el «penúltimo mohicano»?

R: No me siento ni siquiera el antepenúltimo mohicano. Y en el último texto, «Los nuevos insumisos», doy la bienvenida a los mohicanos de refresco.

P: ¿Por qué El Acantilado y por qué Vallcorba?

R: Acogiéndome a los viejos distingos, por el fondo y por la forma. Me gustan los textos que Vallcorba elige y también cómo los edita.

P: ¿Qué tal autor es, su editor puede tener muchas quejas?

R: No muchas. Los problemas con los autores provienen a menudo de sus expectativas: quienes venden mucho y creen que podrían vender más; quienes venden poco y les parece inaceptable. Y no falla, el culpable es el editor.

P: ¿Son los editores mohicanos una especie en extinción?

R: En absoluto, aunque no lo tienen fácil. De ahí la necesidad de aguzar el ingenio, excelente gimnasia.

P: ¿Necesitan una ONG? ¿Una ley antimonopolio?

R: Los editores mohicanos necesitan sobre todo vocación, pero esta ya la tienen.

P: ¿Realmente el autor es la estrella o parte del engranaje?

R: El autor es la estrella absoluta, sin discusión. Los editores podemos intentar que luzca su mejor perfil, buscarle los mejores compañeros de escudería, sosegar los alborotos de su ego, etcétera.

P: ¿Y la agente?

R: Las agentes merecen un capítulo aparte, si no una pequeña enciclopedia, y más España. Pero, como decía mi amigo Muchnik, lo peor no son los autores..., ni siquiera los agentes.

P: El editor, ¿qué papel juega hoy?

R: Las tipologías están cambiando. El que me interesa juega el papel de siempre: escoger, fabricar y promocionar los libros de la mejor manera posible.

P: ¿Qué diferencia al editor de un grupo con el de un sello independiente como el suyo?

R: El editor de un grupo está «tolerado» por el director general del grupo y por el mercado. El independiente lo sigue siendo a menos que sea expulsado por el mercado.

P: ¿Los editores han dejado de ser cómplices y son hoy competidores? ¿Por qué?

R: Si esto fuera un diccionario le remitiría a la voz «mercado». En síntesis: antes no se nos pasaba por la cabeza no ser cómplice; ahora, con las excepciones de rigor, un directivo de un gran grupo debe ser un «corsario», casi por contrato.

P: ¿Le «roban» muchos autores?

R: Me «roban» pocos autores, y también acuden a Anagrama escritores de grandes grupos. Pero el paisaje ya no es el que era y cualquier vendaval es verosímil.

P: ¿Y les vale la pena?

R: A corto o, mejor, a cortísimo plazo, sí. Me refiero a los autores, bastantes de los cuales quedan descabalgados si no cumplen con las expectativas de ventas. No creo que deba preocuparme por la felicidad de los «cuatreros» (no olvidar las comillas).

P: Defina, en una frase, a Carmen Martín Gaité.

R: Me cuesta muchísimo reducirla a una frase. Digamos que gran escritora,

ciudadana insobornable, persona muy leal y amiga con mayúsculas.

P: Sergio Pitol.

R: Extraordinario escritor y amigo instantáneo, desde el primer momento, hace ya décadas.

P: Álvaro Pombo:

R: Me remito al título del texto que le dedico: «Un genio anda suelto».

P: Monterroso.

R: Ha sobrevivido al dinosaurio, lo que tiene mucho mérito.

P: Enrique Vila-Matas.

R: También como en el texto: «Vila-Matas as Romario». Inapelable su regate, a lo «cola de vaca», de *Bartleby y compañía*.

P: Javier Marías.

R Una marca registrada, según leí en la prensa (posiblemente en *El País*).

P: Beatriz de Moura.

R: Muchos años de risas y complicidades.

P: Quizá lo que más sorprende de su libro es la falta de amargura. ¿Editar no es llorar?

R: Manuel Vicent dijo que a su tertulia del Gijón los amigos iban ya llorados. También así he escrito estos textos: la «caja negra» queda postergada, si no para siempre, al menos *sine die*.

P: Después de la moda inglesa, de la italiana y la oriental...

R: Tal como habíamos estudiado con la energía, la moda no se crea ni se destruye, solo se transforma. Sigán atentos, pero no al televisor.

P: Anticipe sus «platos fuertes» para la próxima temporada.

R: Aparte de todos y cada uno de los autores en castellano, en otoño regresa el British Dream Team (los Amis, Barnes, Ishiguro, Kureishi). Y también dos autores que han sobresaltado el panorama francés: Catherine Millet y su promiscua vida sexual y Frédéric Beigbeder y su sátira del mundo de la publicidad.

JORGE HERRALDE. LA VIRTUD, LOS TIBURONES Y LA RED (Javier Pradera)¹⁷

Es frecuente que los editores tengan la coquetería de no publicar sus

propios manuscritos bajo el sello de *la casa*, tal vez para no ser acusados de mostrar mayor indulgencia con su ego que con otros autores; al fin y al cabo, como recuerda con razón Jorge Herralde, la insensibilidad romana para rechazar -malos- originales es uno de los rasgos del oficio. En este caso, sin embargo, el pudor del editor ha llegado al innecesario extremo de buscar posada en México con la excusa de haber sido requerido para cruzar bibliográficamente el charco. Pero aunque estas *Opiniones mohicanas* no hayan nacido con vocación de bestseller, sería una lástima que fuesen un producto de importación tan inencontrable ahora como los libros latinoamericanos prohibidos por la censura franquista cuando Herralde empezó en 1969 -con una traducción al catalán de Pavese su aventura.

Anagrama es una de las pocas editoriales culturales fundadas durante los esperanzados años sesenta, a uno y otro lado del Atlántico, que han logrado sobrevivir como empresas independientes. No son muchas: solo Ediciones Era en México y un puñado de editores en España -se pueden contar con los dedos de la mano- han aguantado el huracán de las concentraciones empresariales. La inquietud de Jorge Herralde sobre la capacidad de los editores independientes para sobrevivir en esas agitadas aguas pobladas de grandes tiburones de insaciable apetito, inspira algunos de los textos más interesantes de la recopilación.

Desde luego, no faltan en esta miscelánea de conferencias, intervenciones en mesas redondas, presentaciones de libros y artículos los homenajes a editores desaparecidos (Janés, Barral, Lindon, Feltrinelli) y las semblanzas o los recuerdos de autores de Anagrama: sirvan de ejemplo una visita a Bukowski en Los Ángeles, la llegada a España de Patricia Highsmith, las conversaciones mexicanas con Alejandro Rossi, Sergio Pitol, Carlos Monsiváis y Juan Villoro o una conmovedora necrológica de Carmen Maite Gaité. Pero son los problemas de una actividad profesional que ha ido perdiendo aceleradamente sus connotaciones culturales, creativas y artesanales, para desplazarse hacia los aspectos mercantiles y la lógica del beneficio, el centro de gravedad del libro.

Esta excursión de Jorge Herralde como autor de libros es solo una cana al aire; a su juicio, el trabajo de editor en el sentido estricto (otra cosa son los directores de colección) imprime carácter sacramental al oficio y exige a las partes contrayentes la monogamia: al igual que los escritores pero de manera

distinta, «el auténtico editor es un ser un tanto anormal, vampirizado por una profesión que es su vocación radical». El diseño y la realización de un proyecto articulado según líneas originales, dotado de coherencia interna y capaz de aguantar las embestidas del tiempo son una condición necesaria pero no suficiente para formar parte de los elegidos: además es precisa «la pasión por los detalles» a lo largo del dilatado proceso que va desde la contratación de un libro hasta su publicación y lanzamiento. Todos los desaprensivos que vean la corrección de pruebas de un libro solo como una partida de su coste de producción -comentó una vez con sarcasmo un editor italiano- deberían cambiar de profesión.

Frente a la pasiva función ancilar del trabajo editorial como satisfacción mecánica de la *demanda* efectiva de los supermercados («un paisaje dominado por libros de locutores televisivos, bestsellers más clónicos que la famosa oveja y manuales de autoayuda chungu»), Jorge Herralde defiende una labor activa de *oferta* que no solo se anticipe a las urgencias del presente, sino que también albergue ambiciones normativas y trate incluso de captar -para decirlo con el tono paternalista de un editor alemán- «aquello que los lectores desean pero aún no saben que van a desear». Situado frente al dilema de sucumbir a la tentación de hacer mucho dinero y aumentar espectacularmente las ventas, por un lado, o de atrincherarse en la virtud y negarse a contratar un libro-basura destinado a convertirse en un seguro bestseller, por otro, el editor debe mantenerse firme en sus principios y consolarse al tiempo con la idea de que *no siempre* la virtud *no* recompensa. El valor intangible aportado por un buen editor a los autores y a los títulos incorporados a su catálogo es el *aura* que su sello logra transmitir a los lectores; esto es, las garantías de calidad, trabajo bien hecho y continuidad en los criterios ofrecidos por el conjunto de las obras previamente publicadas. Herralde no pierde las esperanzas de que las implicaciones prescriptivas de la *marca de fábrica* editorial para un público desbordado por la acumulación de información en bruto sigan ejerciendo una decisiva influencia, incluso cuando internet suprima los pasos materiales de almacenamiento y distribución hasta ahora existentes y convierta en puramente optativo para el cliente comprar libros electrónicos en pantalla o impresos según pedido. Tiene toda la razón Herralde: aunque no haya demasiados motivos para el optimismo, al menos habrá que intentarlo.

ATERRIJAZE ESPAÑOL DEL HUMOR INGLÉS

(P. G. WODEHOUSE, EVELYN WAUGH, TOM SHARPE)¹⁸

P. G. WODEHOUSE

Mi primer contacto, como lector, con el humor inglés vino gracias a un gran editor muy anglófilo, José Janés. En su colección «Al monigote de papel» publicó a muchos grandes humoristas, como Chesterton, y muy en especial docenas de títulos del gran P. G. Wodehouse. Los ejemplares de dicha colección corrían por casa, en la biblioteca familiar, empecé a leerlos y me convertí, aún niño, en un adicto a Wodehouse y al Club de los Zánganos y al castillo de Blandings. Y, por supuesto, al tándem formado por Bertie Wooster y su criado Jeeves. En sus novelas hay un cúmulo de equívocos, malentendidos y despropósitos que anuncian, en su estilo de comedia ligera, las descomunales tramas de Tom Sharpe. Así, con Wodehouse y Chesterton, y también con Jerome K. Jerome, Conan Doyle, Agatha Christie, y naturalmente Richmal Crompton con Guillermo y sus proscritos, empezó mi propia anglofilia.

Adolescente debidamente «inquieto», abandoné a Wodehouse y a dichos autores y me sumergí en la literatura «importante» accesible en España en los cincuenta, Knut Hamsun y Aldous Huxley, como figuras mayores, y luego los americanos Faulkner, Hemingway, Steinbeck y Dos Passos, hasta llegar a las traducciones argentinas de Kafka, Sartre y Camus.

Más tarde, ya como editor, no es que me persiguiera el recuerdo de Wodehouse, pero no había desaparecido por completo. En mis viajes a

Londres observaba los periódicos relanzamientos de sus obras, el culto sostenido al autor con aquellos grandes tomos, los «Omnibus», dedicados a su mundo y sus personajes. Pero ni la colección «Contraseñas», de vocación deliberadamente salvaje, ni «Panorama de narrativas» me parecían un hábitat adecuado y deseable para Wodehouse.

Sin embargo, cuando empecé la colección de bolsillo «Compactos», en principio dedicada a los autores más significativos de la editorial, recordé a mi viejo amigo y releí, tantos años después, varios de aquellos libros que me habían deleitado, y su música *segúa* sonando la mar de bien, una sensación muy *cosy* de placer confortable y sosegado. Una sensación de felicidad inmediata, como escuchar un concierto para piano de Mozart, visitar una exposición de Morandi o sumergirse en un jacuzzi poco alborotado.

Empecé a publicarlo en 1990, cuatro libros de golpe: *El inimitable Jeeves, De acuerdo, Jeeves, Ola de crímenes en el castillo de Blandings y Dejádsele a Psmith*. El ensayo fue un éxito, placentero y pequeño, y así seguí publicando hasta quince títulos, los dos últimos este año 2002.

Se han ido reeditando, sin prisas, y el encanto de Wodehouse ha seguido funcionando, sobre todo en España y en especial en Cataluña, pero muy poco en América Latina. El tema de la poca receptividad latinoamericana respecto al humor inglés es llamativo.

Hipótesis sin ningún énfasis: cierta capa de lectores de alta cultura, lectores *highbrow*, desdeñan esa literatura de género como literatura menor (aunque quizá la disfrutan los más leídos), pero hay otra franja mayor, con vocación de culta pero más insegura, que también la desdeña, mientras que para lectores más masivos resulta demasiado sofisticada, o remota.

P. G. Wodehouse (1881-1975) fue un trabajador incansable, autor de 98 libros, unos cuarenta musicales de Broadway, incontables letras de canciones, adaptaciones y guiones cinematográficos en Hollywood, el primero con Cecil B. DeMille, en 1915, o sea cine mudo. Murió en un hospital a los noventa y tres años escribiendo su novela inacabada, *Crepúsculo en Blandings*.

Su primera novela para adultos fue *Amor y gallinas*, en 1906, protagonizada por uno de sus personajes más memorables, Ukridge. Y, casi desde el inicio, sus libros se publicaron en Estados Unidos con gran éxito, fue el primer caso de escritor «transatlántico», y sus invenciones verbales, sus frases-neologismos, se convirtieron con el tiempo en aceptados clichés a

ambos lados del Atlántico.

Wodehouse conocía su mundo de aristócratas -condes, barones y baronets- por su propio linaje, aunque jamás se jactó de ello. Nada menos que en 1227, Sir Bertram de Wodehouse luchó con Eduardo I contra los escoceses. Y Bertram es el nombre de uno de los personajes mayores de Wodehouse, Bertram «Bertie» Wooster. En cuanto a la línea materna, eran ricos terratenientes. Wodehouse creció como un huérfano hasta los quince años, apenas vio a sus padres, que residían en Hong Kong. Pese a ello, en *Over Seventy*, Wodehouse escribió que carecía de las tres «ventajas» fundamentales para una autobiografía: tener un padre excéntrico, una infancia miserable y un pésimo recuerdo de la *public school*. Por el contrario, escribió, su infancia fue tan «normal como un pudín de arroz».

Sin embargo, la ausencia de su madre se refleja en su copiosa producción: en su obra no aparecen madres, sino tías, a menudo temibles y formidables tías (Wodehouse afirmó, acaso como coartada, que hubiera sido erróneo, y poco convencional, atribuir a una madre un papel de malvada). Y también hay pocos padres, y sus relaciones con los hijos son escasas y cómicas. Pero tías sí, tías a mansalva: A. P. Ryan, el editor literario de *The Times*, sugirió que todas las figuras de autoridad en Wodehouse, incluso Jeeves, eran tías reales o disfrazadas.

El más célebre de los escenarios de Wodehouse fue el castillo de Blandings, con el bonachón y *borderline* Lord Emsworth, siempre entre el amor a su cerda (la llamada Emperatriz de Blandings) y el terror a su hermana Connie, o sea la temible e imperial Lady Constance. El castillo de Blandings es el marco en el que suceden muchas de las peripecias y fechorías del amplio reparto de personajes del autor. Pero se trataba siempre de pequeñas y regocijantes fechorías en un mundo edénico. Su biógrafo Barry Phelps asegura que «el divorcio, la muerte, no digamos el acto sexual e incluso el nacimiento, son todos impensables en las historias de Wodehouse».

El primer personaje famoso creado por Wodehouse fue Ukridge, protagonista de *Amor y gallinas*, un tipo de ética elástica, digamos, inspirado en un amigo de juventud del autor. Poco después aparece Psmith (con la «p» muda), un joven insolente con monóculo, también inspirado en un personaje real.

Pero fue en 1923 cuando apareció *El inimitable Jeeves*, el primer libro

protagonizado por sus personajes más memorables: Bertie Wooster y Jeeves. Un tándem que ha evocado comparaciones con don Quijote y Sancho, y sobre todo con Sherlock Holmes y el Dr. Watson. En el *Baker Street Journal*, el boletín de los seguidores de Holmes y Watson, se llegó a afirmar que Jeeves era el hijo de Sherlock Holmes. Y, en cualquier caso, así como el gran hallazgo de Conan Doyle fue que el narrador de las hazañas de Sherlock Holmes fuera el Dr. Watson, el acierto simétrico de Wodehouse fue que el narrador de las proezas mentales de Jeeves fuera Bertie Wooster.

Y aunque aparentemente «Bertie Wooster parece un amable cretino es, de hecho, altamente inteligente», escribe Barry Phelps. «Bertie es el auténtico logro de Wodehouse. Sabe que sus entusiasmos -sean por camisas malvas, fajines escarlata o calcetines color púrpura- son efímeros, y así puede renunciar a ellos con una falsa sensación de noble sacrificio. Goza de una interesante y variada vida. Y su dominio del inglés es único, y maravilloso.» Y Wodehouse, al defender, *tongue-in-cheek*, la capacidad de trabajo de los miembros del Club de los Zánganos, afirmó: «Incluso Bertie Wooster escribió una vez un artículo para el semanario de tía Dahlia, *Milady's Boudoir*, titulado: “Cómo se viste el hombre bien vestido”.» Y agregó: «Los zánganos trabajan si tienen ganas. Muy raramente, desde luego, tienen ganas.»

El Edén de Wodehouse era un paraíso antes de la serpiente y la manzana, totalmente asexual. Apenas se han rastreado escenas subidas de tono en su kilométrica obra.

Así, en *La doctora Sally* aparece el siguiente diálogo entre la doctora y su pretendiente Bill, que finge estar enfermo, por lo que ella le quiere poner en un aprieto:

-Háblame de tu vida sexual -dijo Sally.

Bill dio un respingo:

-¿No conoces el significado de la palabra «reticencia»?

-Desde luego que no, soy médico.

Bill dio unas vueltas por el cuarto.

-Bien, naturalmente -dijo con dignidad, vacilando de nuevo-, he tenido, ejem, experiencias, como todos los hombres.

Sally cogió el estetoscopio de nuevo:

-Ajá -dijo.

- Lo admito. Ha *habido* mujeres en mi vida.
- Di noventa y nueve.
- ¡Ni siquiera la mitad! -protestó Bill vehementemente.

Este diálogo es lo más parecido a un chiste verde, lo más pícaro que se ha localizado en el corpus wodehousiano. Muy lejos, desde luego, de Tom Sharpe y sus muñecas hinchables.

Este mundo idílico, como escribió en «Mi mundo y qué le sucedió» el propio Wodehouse, «es un mundo pequeño, el más pequeño que he encontrado nunca, como Bertie Wooster diría». Un mundo circundado al este por St. James Street, al oeste por Hyde Park Corner, al norte por Oxford Street y al sur por Piccadilly, y con excursiones «a distritos rurales hacia casas de campo en Shropshire y otros deleitosos condados. Y ahora no es ni siquiera pequeño, ha dejado de existir». Y añade que a cada nuevo libro en el que aparece Jeeves, o el castillo de Blandings y el Club de los Zánganos, algún crítico comenta desdeñoso: «¡Otro libro eduardiano!» (en referencia a la primera década del siglo XX, bajo el reinado de Eduardo VII, época en la que sucede gran parte de la obra de nuestro autor). Y supongo que tiene razón, dice Wodehouse. Aunque añade: «A veces me siento más desafiante. Las mías son novelas históricas.» Bienaventuradas sean sus novelas, sean lo que fueren.

Si, astutamente, Wodehouse consiguió que creyéramos que Bertie es un idiota, de la misma manera creó su propio mito, según argumenta Barry Phelps en su biografía *P. G. Wodehouse. El hombre y el mito*, que he saqueado con la misma alegría con que la Corona británica enviaba a sus corsarios. En efecto, Wodehouse, a lo largo de su vida, llevó a cabo la operación que en nuestro país Berlanga llama de «fanfarrón inverso». Wodehouse era mucho más inteligente, complejo y culto de lo que fingió ser. Wodehouse era un buen conocedor del latín y el griego e incluso, debido a sus frecuentes estancias en el país, del francés (*rara avis* entre sus compatriotas). En la primera página de su novela *La suerte de los Bodkin*, Wodehouse ironiza sobre tan característica carencia: «En la cara del joven sentado en la terraza del Hotel Magnifique de Cannes había aparecido una sospecha de vergüenza furtiva, la mirada avergonzada que anuncia que un inglés está a punto de hablar en francés.»

Su disfraz de falso ingenuo le ayudó a concentrarse en lo que realmente le gustaba: escribir y escribir. Posaba como un Lord Emsworth algo retrasado,

borderline, cuando en realidad Wodehouse estaba mucho más cerca de Jeeves o del falso bobalicón Bertie Wooster. Si nos creyéramos tal disfraz, uno podría pensar en Joan Miró, por ejemplo, aunque sin llegar al grado cero de ingenio conversacional del pintor (por otra parte, existe la leyenda negra de que se puede ser un gran pintor sin ser especialmente inteligente).

Pero, en cualquier caso, nada podía serle más ajeno a Wodehouse que el célebre grupo del Hotel Algonquin, el Círculo Vicioso con Dorothy Parker al frente, quienes por otra parte tanto admiraban a nuestro autor. Este decía: «Todos aquellos *bons mots* preparados... Todos aquellos almuerzos de tres horas..., ¿cómo pueden hacer nada esos holgazanes?»

Esta falsa inocencia de Wodehouse dio tanto el pega que incluso confundió a un tipo tan agudo como el actor y novelista cómico Stephen Fry, que prologó la antología *¡Pues vaya! Lo mejor de Wodehouse*. En su prólogo, por otra parte brillante, pone énfasis en esa presunta inocencia.

También comenta que los tres grandes triunfos de Wodehouse son la Trama, los Personajes y el Lenguaje, que es, de largo, el más importante. Y lo más difícil para un actor (un tema que conocía bien: fue contratado para hacer de Jeeves en una serie televisiva). Pone un ejemplo al azar: abre un libro en el que Bertie y Jeeves se preguntan sobre un joven llamado Cyril Bassington-Bassington:

-Nunca oí hablar de él. ¿Le suena a *usted* ese nombre, Jeeves?

-Estoy familiarizado con el apellido Bassington-Bassington, señor. La familia Bassington-Bassington cuenta con tres ramas: los Bassington-Bassington de Shopshire, los Bassington-Bassington de Hampshire y los BassingtonBassington de Kent.

-Inglaterra parece bien surtida de Bassington-Bassingtons...

-Tolerablemente, señor.

-Vamos..., que no hay riesgo de que se produzca una repentina escasez, ¿verdad?

Y asegura Stephen Fry: «Aunque un actor lo intente con todas sus fuerzas, el texto siempre funcionará mejor en la página.»

Y comenta también lo que llama «sublimemente hiperbólicos» símiles como el siguiente: «Roderick Spode. Un grandullón con un bigotillo y el tipo de mirada capaz de abrir una ostra a sesenta pasos de distancia.»

La musicalidad del inglés de Wodehouse fue subrayada por Bernard Lewis en su obituario para *The Times*. Analizando una frase de Bertie Wooster, «*In my heliotrope pyjamas with the old gold stripe*», afirmó: «No puedes reemplazar ni una sílaba de esta frase sin alterar el ritmo, para su detrimento. Supongamos que el color referido no fuera “*heliotrope*” sino “*heliobright*”: díganlo en voz alta y observen si no se ha producido una diminuta pero discernible pérdida en la segunda versión.» Por ello, lo que se pierde en las traducciones de Wodehouse es significativo y doloroso. No obstante, como ocurre con tantos grandes escritores, los textos traducidos resisten esa pérdida.

Un episodio desgraciado y decisivo trastornó la vida apacible (apacible pero escribiendo sin parar, eso sí) de Wodehouse y su mujer, la formidable Ethel. La Segunda Guerra Mundial los pilló en Le Touquet, en el norte de Francia, que fue invadido por los nazis. Wodehouse fue encarcelado durante casi un año. Poco después de su liberación dio cinco charlas para la radio alemana con destino a Estados Unidos pero que fueron retransmitidas a Inglaterra, causando una enorme conmoción, pese a su inofensivo contenido. Tanto es así que Montgomery Ford escribió que a principios de 1944 (en plena guerra, pues), en los entrenamientos de la CIA en Camp Ritchie, tres de las transmisiones fueron emitidas a los estudiantes como, irónicamente, ejemplos de propaganda antinazi.

Sin embargo, en aquellos tiempos crispados, los ataques arreciaron. Nada menos que George Orwell, gran fan de Wodehouse, escribió: «Si lo forzamos a exiliarse a los Estados Unidos y renunciar a la ciudadanía británica, deberíamos avergonzarnos horriblemente de nosotros mismos.» Pero sucedió: en 1947 los Wodehouse embarcaron para Estados Unidos, donde Wodehouse residió hasta su muerte, sin regresar a su país. Pese a ello, la máxima expresión de rencor público de Wodehouse respecto a Inglaterra fue cuando apostató del sagrado críquet y escribió: «El béisbol, por cierto, es un deporte muy superior.» El «perdón» no llegó hasta 1975, cuando la reina Isabel II lo nombró caballero: Wodehouse murió al mes siguiente.

Para cerrar el episodio, una muestra de la sátira de Wodehouse respecto a Hitler en *Ola de crímenes en el castillo de Blandings* (1937). En el Asyler's Rest, el bar donde perora Mr. Mulliner, otro de los grandes personajes de Wodehouse, se ha llegado a la conclusión de que Hitler está en una encrucijada y debería tomar una decisión definitiva: «O tiene que dejárselo crecer o afeitárselo... No puede seguir indeciso de esta manera. Un hombre lleva bigote o no lo lleva. No puede haber términos medios.» Ethel, su mujer, en un almuerzo con Tom Sharpe fue más contundente. Le comentó su encuentro en Berlín con Paul Schmidt, el intérprete de Hitler, y su pregunta: «¿Cómo pudo trabajar con un hombre tan horrible?» La contestación del intérprete: «Mrs. Wodehouse, no tengo nada que decir.» O sea, muy inglesa, o de intérprete que se ha quedado sin texto que traducir.

Entre los muchos admiradores de Wodehouse figuran grandes escritores. Así, en 1961, para celebrar su ochenta cumpleaños, ochenta autores firmaron un anuncio de una página en el *New York Times* que empezaba así: «Feliz cumpleaños, Mr. Wodehouse. *Considerando que* P. G. Wodehouse cumple mañana ochenta años *y considerando que* ninguno de nosotros ha crecido sin haber leído en algún momento de uno a ochenta de sus libros con provecho y deleite, *y considerando que* P. G. Wodehouse es una institución internacional y un maestro del humor: nosotros los abajofirmantes lo saludamos con agradecimiento y afecto.» Y entre los ochenta estaban Kingsley Amis, Ivy Compton-Burnett, W. H. Auden, Graham Greene, Aldous Huxley, Christopher Isherwood, Cole Porter, Stephen Spender, Lionel Trilling, James Thurber, Evelyn Waugh.

Como curiosidad, leí en una encuesta en los ochenta que Kazuo Ishiguro había elegido *De acuerdo, Jeeves* como una de las cinco mejores novelas inglesas del siglo, antes de publicar *Los restos del día*, una novela de raigambre wodehousiana, con un mayordomo del que se ha subrayado su parentesco con Jeeves.

Y diría que lo más significativo es la enorme admiración que le tributan otros maestros del humor como Evelyn Waugh y Tom Sharpe, dos indudables *connoisseurs* de las dificultades del género. Y también Douglas Adams, el creador de los «autoestopistas galácticos» igualmente albergados en Anagrama, quien aseguró: «Wodehouse es el más grande escritor cómico de

todos los tiempos.» En efecto, Wodehouse lleva a su grado más depurado la definición de otro gran escritor cómico, David Lodge: «Esa combinación de sorpresa y lógica que es el corazón de la comedia.»

De forma característica, Wodehouse escribió que sus obras gustaban a «un público bastante especializado. Inválidos como yo. También convictos. Y no me va mal con los ladrones de perros».

Y tampoco faltan los admiradores izquierdosos, aunque severos marxistas hayan criticado a Wodehouse como un apologista de la rancia aristocracia. Por el contrario, Melanie McDonagh, en su reseña de la antología de Stephen Fry, comentó que un marxista amigo suyo sostiene que hay un inconfundible y redentor elemento de ironía en su tratamiento de la gente de Blandings. También ha habido polémicas acerca del proletario Jeeves, en ayuda de los aristócratas en apuros, o bien se subraya la dignidad del trabajador frente a los ociosos parásitos.

Auberon Waugh, el hijo de Evelyn, relata así una conferencia que dio en Viena el famoso periodista radical Claud Cockburn: «Se afanó en persuadir a su profundamente seria audiencia de que la relación Jeeves-Wooster ofrecía un microcosmos de la lucha de clases: a pesar de la aparentemente fácil superioridad intelectual del proletario Jeeves y de la aparente inanidad de su patrón, Wooster, Jeeves permite que su musculada inteligencia sea explotada. Esto demuestra el poder y la astucia de la clase dominante, que los pensadores progresistas subestiman peligrosamente.» Pero, en cualquier caso, estas consideraciones sociopolíticas agregan poco valor y humor añadido.

De sus muchos años en Hollywood, me gustaría destacar un único encuentro nada menos que con el corrosivo W. C. Fields, un glorioso cabronazo que en varias películas compartió protagonismo con Mae West, una pareja más apropiada.

Wodehouse le propone que escriba el guión de adaptación de su musical *Anything Goes*:

FIELDS: ¿De verdad quiere que lo haga?

WODEHOUSE: Desde luego que sí. Usted tenía una idea acerca de un ladrón que escapa en un barco desde Nueva York vestido de cura.

F: El Enemigo Público Número Trece.

W: Un ladrón supersticioso. No tuvo nunca suerte siendo el Trece, así que planea matar a uno de los doce primeros y así promocionarse a Enemigo Público Número Doce. Deberíamos empezar a anotar estas ideas antes de que empecemos a liarnos todos en Hollywood.

F: Empecemos a escribir en el dorso de la carta.

Así comenzó una colaboración finalmente frustrada entre un tándem muy improbable.

También en Hollywood, Orson Welles consideraba a Wodehouse «el mayor de los humoristas». Y hablando, por cierto, sobre el vitriólico Fields, a quien también admiraba mucho, comentó: «En su película *Los hijos del circo* había momentos de ternura. Se los perdonaremos.»

Y, para terminar este homenaje a Wodehouse, digamos que se preocupa por facilitar la tarea a algún futuro biógrafo. Lo imagina rebuscando en sus diarios, de los que nos da las primeras entradas.

1 de enero. He decidido llevar un diario para apuntar cada día los más importantes acontecimientos que nos suceden a mí y a mis amigos. Así toda mi vida quedará registrada. Será interesante leerlos al cabo de los años, y el tío John dice que será útil como disciplina mental.

Hoy día húmedo. No ha sucedido nada.

2 de enero. Día húmedo. No ha sucedido nada.

3 de enero. Todavía nuboso. No ha sucedido nada.

4 de enero. Buen tiempo. No ha sucedido nada.

5 de enero. No ha sucedido nada.

6 de enero. No ha sucedido nada.

Y así, escribe Wodehouse, hasta los veintisiete años.

(Por cierto, que el humor ganso de Wodehouse se aprecia a veces en Eduardo Mendoza, aunque a menudo este es mucho más salvaje, algo así como un *hooligan* vestido de *tweed*.)

EVELYN WAUGH

Evelyn Waugh (1903-1966), aunque se editó en su día en Argentina, se

hizo popular en España gracias a su novela *Retorno a Brideshead*, publicada por Argos Vergara y que ahora puede encontrarse en Tusquets, y sobre todo por su exitosa adaptación televisiva, en una época notoriamente menos casposa de la programación en nuestro país.

Yo tuve la oportunidad de publicar el primer Waugh, el que más me interesa, el formidable novelista satírico, el autor de *Decadencia y caída* (1928), *Cuerpos viles* (1930), *Merienda de negros* (1932), la genial ¡*Noticia bomba!* (1938) -mi Waugh preferido-, así como de la posterior *Los seres queridos* (1948).

En 1930, tras un divorcio traumático, se convirtió al catolicismo, lo que no resultó precisamente beneficioso para el escritor. Tanto en *Brideshead* como en su trilogía *La espada del honor*, abandonó el registro satírico en el que tanto había brillado. John Porter, responsable de la web *Doubting Hall*, escribió que «aunque *Brideshead* era su novela más aclamada, es en ella donde el esnobismo de Waugh se vuelve más rampante y la sentimentalidad que el cinismo de sus novelas de juventud había enmascarado finalmente se desvela».

Aunque su familia era de clase media acomodada, Evelyn Waugh fue derivando hacia el esnobismo y unas pretensiones aristocráticas que se reflejan en *Brideshead*, una glorificación de las clases altas y de la nobleza de las que tan agudamente se había burlado en sus novelas anteriores. Waugh se retiró, después de la Segunda Guerra Mundial, en Somerset, disfrazado de aristócrata, vistiendo trajes eduardianos y escribiendo la citada trilogía entre 1952 y 1961, cuya tesis podría resumirse en la desilusión ante el mundo contemporáneo, hostil y ajeno a los nobles ideales caballerescos. En sus últimos años vivió cada vez más aislado y amargado, «abandonado» incluso por los católicos ya más *aggiornati* y curiosamente convertido en un excéntrico aburrido, *a bore*, un verdadero pelmazo, lo que más había temido.

Pero, después de tan triste y sórdida historia, regresemos al primer Waugh. Resulta admirable su debut, a los veinticinco años, con *Decadencia y caída*, un título tomado prestado, con sintomática insolencia, de *Decadencia y caída del imperio romano* del historiador Gibbon, un retrato ácido, en clave de farsa, de la juventud dorada de antes de la Primera Guerra Mundial, los llamados *Children of the Ritz* o *The Bright Young People*, novela a la que siguió *Cuerpos viles*, una mirada sardónica al revoltijo de cuerpos en las

fiestas y bailes de dicha juventud en Oxford y Londres o en sus viajes al Continente, a París. Convertido ya en el más brillante escritor y a la vez portavoz satírico de su generación, amplió horizontes y se convirtió en un muy bien pagado reportero. Fruto de ello fueron varios libros de viajes, así como dos novelas ambientadas parcialmente en África.

En *Merienda de negros*, un nuevo emperador africano, «tirano de los mares y licenciado en Oxford», ofrece a un excondiscípulo la cartera de «ministro de modernización de su país». Una novela que, en palabras de Waugh, «trata del conflicto entre la civilización, con sus correspondientes y deplorables perversiones, y la barbarie», un conflicto en el que, evidentemente, no queda títere con cabeza.

¡*Noticia bomba!* es una sátira feroz sobre el mundo del periodismo, de los enviados especiales, de la información, la desinformación y la confusión. En ella, un magnate de Fleet Street, la calle londinense periodística por antonomasia, envía, por una confusión de apellidos, al más improbable de los reporteros a cubrir una guerra civil en una república africana. Una novela de la que Gore Vidal escribió: «El libro más divertido que haya leído jamás. Lo releo cada año.» Y pienso que el ejemplo del muy exigente y lúcido y gruñón Gore Vidal merece ser seguido.

En cuanto a *Los seres queridos*, es una sátira atroz de cómo los norteamericanos comercializan la muerte, una sátira radical de una sociedad que utiliza el dinero para evitar enfrentarse a la conciencia de la muerte y maquilla y ornamenta a sus cadáveres y los convierte en ridículas parodias de los mismos.

Aunque solo fuera por estas cinco novelas, Evelyn Waugh merecería un muy especial panteón. Leyéndolas, resulta lógica la gran admiración que sentía por Wodehouse, el maestro, al que ahora regresamos. Dicha admiración está muy arraigada en la familia Waugh. Arthur Waugh, el padre de Evelyn, siendo presidente de la editorial Chapman and Hall, le envió una carta de rendida admiración en 1936, a raíz de las novelas cómicas ya comentadas. También fueron entusiastas de Wodehouse los hermanos Alec y Evelyn, ambos novelistas, así como el hijo de este, Auberón, y su hija: cuatro generaciones disfrutando de Wodehouse.

En una magnífica charla en la BBC, «Un acto de homenaje y reparación para P. G. Wodehouse», Evelyn Waugh se refirió al mundo inocente de

Wodehouse: «Para mister Wodehouse no se ha producido la Caída del Hombre, ninguna calamidad aborigen. Sus personajes nunca cataron el fruto prohibido. Todavía siguen en el Edén. Los jardines del castillo de Blandings son aquellos jardines originarios de los que estamos todos exiliados. El chef Anatole [uno de los grandes personajes creados por Wodehouse] prepara la ambrosía para los inmortales del Olimpo. El mundo de mister Wodehouse nunca puede fatigar. Él continuará liberando a las nuevas generaciones del cautiverio que puede ser incluso más fastidioso que el nuestro. Ha creado un mundo para que podamos vivir y deleitarnos en él.» También defendió a Wodehouse ante una crítica desfavorable de John Wain, uno de aquellos jóvenes airados de su tiempo: «Durante años y años», escribió Waugh, «fui uno de los críticos asiduos del *Observer*. No es que tuviéramos una gran dedicación, pero teníamos ciertas ideas anticuadas respecto al juego limpio (*fair play*). Una de ellas era que uno no podía demoler un libro a menos que lo hubiera leído.» Y hay que decir que la admiración era correspondida por Wodehouse. En una carta a W. Townsend, en 1946, escribió: «Qué obra maestra es *Decadencia y caída*.»

Regresando finalmente al último y detestable Evelyn Waugh, Nancy Mitford le preguntó una vez cómo era posible que se comportara tan abominablemente y se considerara un católico practicante. Waugh replicó: «No tienes idea de cuánto más repugnante sería si no fuera católico. Sin la ayuda sobrenatural difícilmente se me podría considerar un ser humano.»

TOM SHARPE

Tom Sharpe, el más *junior* de los tres grandes maestros del humor inglés, ha tenido una trayectoria biográfica complicada. Al revés que Wodehouse y Waugh, procede de la clase baja, «muy baja», subraya, hijo de un padre violento y pronazi, se exilió a Sudáfrica escapando del clasismo inglés y se encontró con el horror del *apartheid*.

Trabajó como fotógrafo, intentó sin éxito estrenar sus obras de teatro «con mensaje», fue encarcelado y finalmente deportado. De nuevo en Inglaterra, fue profesor durante once años y once meses (exactamente, precisa Sharpe, como se diría de una condena) en el Cambridge College of Arts and Technology, el Tech, en un ambiente, dice, de «notable rudeza», que describe tan certeramente

en *Wilt*, hasta que, a los cuarenta y un años, descubre inesperadamente que es «un payaso» al ponerse a escribir *Reunión tumultuosa*, la primera de sus dos novelas inspiradas en sus experiencias sudafricanas. A partir de ahí, siguen doce novelas más que lo convierten en uno de los autores ingleses con mayor éxito.

Como tantos lectores, me convertí en adicto a Tom Sharpe con *Wilt*, la primera novela suya que leí; la publiqué en 1983 y seguí editando sus otros libros. *Wilt* tuvo de inmediato un enorme éxito, tanto en castellano como en catalán, posiblemente las dos lenguas en las que las traducciones de Sharpe han funcionado mejor. Un éxito sostenido a lo largo de los años, un fenómeno parecido a *La conjura de los necios* de John Kennedy Toole, otro longseller inacabable. Un éxito, el de *Wilt*, que ni siquiera su mediocre adaptación cinematográfica pudo aminorar. Pese a su escaso entusiasmo, Tom, que no asistió al estreno londinense, sí vino al de Barcelona para complacer a sus editores, en uno de sus muchos ejemplos de afecto.

Wilt es un personaje memorable. Dice Tom Sharpe que «no es un héroe ni un antihéroe, es tan solo alguien que trata de salir airoso de una situación espantosa». Bueno, en realidad de innumerables situaciones espantosas, tanto en dicha novela como en sus secuelas, *Las tribulaciones de Wilt* y ¡*Ánimo, Wilt!* Y los lectores se identifican con él, en especial durante los interrogatorios con el inspector Flint, un prototipo del policía cuadrado, a quien *Wilt* vuelve loco. Pocas veces la literatura cómica ha sido tan desternillante.

En su muy recomendable libro de conversaciones con Sharpe, el periodista Llätzer Moix describe la irónica situación perfectamente: «*Wilt* es como un ratón jugando con un gato, Flint, que no puede cazarlo.» El libro del doctor Moix, como lo llama Sharpe, se titula, por cierto, *Wilt soy yo*, recogiendo una afirmación rotunda de Sharpe, aunque luego la matiza: «No es eso exactamente. *Wilt* se comporta con la policía o con los alumnos como yo hice en situaciones similares.»

Wilt es mi novela favorita de Sharpe, junto con las dos novelas sudafricanas, *Reunión tumultuosa* y *Exhibición impúdica*, dos sátiras enormes del *apartheid*. «Lo mío es la farsa, el gran guiñol», afirma Sharpe, y queda bien patente en sus dos primeras novelas. La elección de un humor salvaje, sin didactismos ni moralinas, resulta tremendamente eficaz y reveladora. En la

revista de humor *La Codorniz* había una sección que se llamaba «Tiemblo después de haber reído», un lema perfecto para este caso. Tom Sharpe cuenta: «Un alemán me dijo, en cierta ocasión, que mientras leía *Reunión tumultuosa* se rió y rió hasta que, cerca del final, dejó de reír de repente y exclamó: “¡Dios mío, todo esto es cierto!”»

«Mis libros son farsas», dice Sharpe. «A veces contienen mucha muerte y mucho dolor. En eso parecen cómics en prosa. Pienso que he visto muchos muertos de verdad.» Y evoca los «cadáveres a porrillo» que vio como fotógrafo en Sudáfrica. Y nos brinda, en el libro de Moix, una muestra del humor negro que prefiere. Un pelotón de reclutas extenuados en un laberinto de trincheras, durante la Primera Guerra Mundial, le piden al sargento: «¿Podemos descansar un momento, sargento?» Y este contesta: «¿Descansar? ¿Para qué? Dentro de media hora estaréis muertos.» Otra muestra, referida a sus largos años de enseñanza en el Tech: «El sistema educativo falla porque hay una crisis de autoridad. Yo tengo una mirada fría y despiadada, de gran utilidad para aterrorizar a esos cabroncetes», o sea a los jóvenes obligados a asistir a unas clases que no les interesaban en absoluto.

Otra de sus bestias negras es la evolución del negocio editorial, los grandes grupos a quienes les importan un comino los libros, y por elevación el imperialismo norteamericano y su arrogancia.

En sus novelas hay poco amor, «el amor y la farsa no hacen buenas migas», dice, pero abunda el sexo, y el sexo fetichista, aunque presentado de modo ridículo. El sexo en general le parece absurdo a Sharpe, y el fetichista todavía más. Y él personalmente, si hemos de creerle, se presenta como bastante «abstemio» en este registro.

Tom Sharpe, que de 1971 a 1984 publicó once novelas de carrerilla, sufrió luego un profundo bloqueo, roto en el 95 con otra novela, *Lo peor de cada casa*, a la que siguió *Becas flacas*, solo dos novelas en casi veinte años, aunque ha seguido escribiendo y tirando a la papelera.

En un viaje promocional a España, en 1987, tuvo una entrevista por televisión con una periodista con vistosas encías e información aleatoria durante la cual se sintió muy mal. Al día siguiente llegó a la editorial aún indispuerto, pero, muy profesionalmente, empezó a atender a un periodista. Sin embargo su esposa, Nancy, estaba muy alarmada, por lo que alertamos a la

clínica Corachán, donde el doctor Trías de Bes le diagnosticó que había tenido una angina de pecho, le recomendó inmediata prudencia y el obediente Sharpe le regaló su cajita de rapé, el único tabaco que consumía. Se cortó la coleta.

Tom relata a menudo que, al encontrarse tan mal durante la grabación, pensó que cuando sus hijas se enfadaran con sus parejas, siempre podrían recomponer la situación diciendo: «Vamos a ver ese vídeo tan divertido de papá muriéndose.»

Ahora, desde hace tiempo, y durante gran parte del año, Tom Sharpe vive y bebe y fuma puros en Llafranc (o sea que, como tantos toreros, se cortó la coleta pero menos), un pueblecito de la Costa Brava catalana, batallando con su bloqueo y mascullando contra los cambios drásticos en la edición que le han dejado sin interlocutores. Pero, aparte de algunos achaques de salud, parece razonablemente feliz.

Por cierto que Tom Sharpe visitó a Wodehouse en su hogar norteamericano de Remsenburg, pero con su característica y auténtica modestia se presentó como el fotógrafo que había sido, le dio vergüenza presentarse como novelista ante el Maestro.

Este, por su parte, pese a hallarse en las antípodas del humor salvaje de Sharpe, reconoció y apreció su genio cómico, y comentó en su día muy elogiosamente *Zafarrancho en Cambridge*.

En cuanto a Waugh, a quien Sharpe no llegó a conocer personalmente, pese a la pésima opinión que tenía de él («una mierda», en definición concisa de Sharpe), le encantaban sus libros, era su héroe cuando empezó a escribir: «su prosa es muy buena, muy elegante y acerada, crea adicción». Cuenta Sharpe que leyó *Decadencia y caída* cuando tenía once años, y aunque apenas lo entendió, «sin embargo el libro me atrapó. Luego volví a leerlo un millar de veces. Bueno, exagero. Pero no menos de cincuenta». Y, comparándose con él, Sharpe afirma que «Waugh escribe con la misma precisión y *finesse* con que los cirujanos manejan un bisturí, mientras que yo escribo con un hacha». Algún observador ha utilizado otras metáforas: el florete para Waugh y la sierra eléctrica, tipo *Matanza de Texas*, para Sharpe.

En resumen, así como Wodehouse era un conservador apacible y civilizado y Waugh se convirtió en un archirreaccionario atrabiliario, Sharpe aspira a ser un «tipo decente» (expresión que para él representa el máximo elogio), un ciudadano preocupado por las injusticias del mundo

contemporáneo.

Tres grandes maestros del humor inglés, pues, con modulaciones diversas: desde la ironía gentil y como involuntaria de Wodehouse a la sátira afiladísima de Waugh y el sarcasmo feroz y brutal de Sharpe. Denominador común: su eficacia total, como tantísimos lectores han podido comprobar.

Y voy a terminar con una larga cita del gran crítico norteamericano Edmund Wilson, de sus *Notas sobre Londres al final de la guerra*, adecuadamente irónicas y aceptables también para el más recalcitrante anglófilo.

«Nunca he entendido cabalmente», escribe Wilson, «lo que se considera “grosería británica”. La cuestión está en que lo que consideramos grosería es su forma de buenos modales. En otros países, con los modales se intenta disminuir la fricción social, mostrar consideración y hacer que la gente se sienta a gusto. En Inglaterra es al revés: la buena crianza es algo que uno exhibe para desairar y desdeñar a los demás. Esto está, desde luego, estrechamente conectado con su sistema de clases y es, en parte, una cuestión de acento, vocabulario y estilo general que tu inferior no puede adquirir. Me han contado que, cuando una forma de hablar pasa a uso común, la gente de clase alta produce algo nuevo que la separa otra vez de las clases bajas. Y ciertamente he oído diálogos en Londres en los que apenas entendía una sola palabra.» Y acaba escribiendo: «Tienen también una forma de grosería que podría llamarse consideración burlona y que bien podría ser descrita con las palabras de un distinguido artista ruso, con quien un día hablaba acerca de los ingleses. “Lo peor de ellos”, dijo, “¡es cuando son amables! Te arañan y te arañan y te arañan... Y luego sacan un pequeño vendaje, te lo aplican graciosamente... y empiezan a arañarte de nuevo.”»

Fin de la cita y Dios salve a la Reina.

LA BATALLA POR EL PRECIO FIJO DE LOS LIBROS¹⁹

En Francia, gracias al editor Lindon y a la Ley Lang, se logró frenar la liberalización del precio fijo de los libros de tan nefastos efectos culturales. Lo mismo sucedió en otros países. En España ni siquiera se había planteado el tema hasta que Aznar ganó las elecciones por primera vez. En su equipo más próximo destacaban «liberales» tan significativos como Esperanza Aguirre o Miguel Ángel Cortés, significativo miembro del «clan Valladolid», que lanzaron una ofensiva en contra del precio fijo y a favor del precio «libre», como buenos «neoliberales»: gracias a las comillas la descripción parece más exacta.

Sus halcones más destacados gozaban de una apabullante presencia en medios y simposios, y tenían currículos también apabullantes: doctorados, títulos publicados, etc., etc. Se trata, claro, de Pedro Schwartz y Carlos Rodríguez Braun. Sin embargo, los editores nos levantamos al unísono en contra. Así, en Madrid, se editó un librito muy didáctico (a cargo, creo, de Rafael Martínez Alés, nuestro compinche en *Cuadernos para el Diálogo* y siempre fiel compañero de Pedro Altares). Se hizo una gran ceremonia en el Círculo de Bellas Artes con el «todo Madrid» de la cultura (y algún foráneo como yo).

Mientras, en Barcelona, en el Gremio de Editores, propuse llevar a cabo alguna actuación, un manifiesto, y fui respaldado de inmediato. Con una condición: debería redactarlo yo. Así lo hice, y después se lo pasé a otros editores en el Gremio, quedó aprobado y se imprimió un tiraje de varios miles de octavillas para repartir gratuitamente en las librerías de Cataluña. A continuación se organizó un acto para la lectura pública del mismo que tuvo

lugar en el Convent dels Àngels, muy próximo al MACBA, completamente atestado. Lo leí y me acompañaron los escritores Narcís Comadira, Eduardo Mendoza, Sergi Pàmies, Eugenio Trías, Manuel Vázquez Montalbán y Enrique VilaMatas: «Este manifiesto -que han suscrito los gremios de editores, distribuidores y librerías de Cataluña, la Associació d'Editors en Llengua Catalana, la Asociación Colegial de Escritores y la Associació d'Escriptors en Llengua Catalana, y que tendrá continuidad a nivel estatal- significa un contundente rechazo a las medidas liberalizadoras que el Gobierno aprobó en junio, argumentando que pueden redundar en un abaratamiento del precio del libro» (Rosa Maria Piñol, *La Vanguardia*).

Entretanto *El País*, el 10 de septiembre de 2000, dedicaba una amplia página en la que yo «debatía», con el título *A favor del precio fijo, contra la demagogia*, con el citado Carlos Rodríguez Braun y su *Gato por libro*, programáticamente hostil al precio fijo, como buen «neoliberal». Al lector podría interesarle leer el texto previo a la entrada de la Wikipedia dedicada a Carlos Rodríguez Braun que advierte: «La versión actual de este artículo o sección parece estar escrita a modo de publicidad. Para satisfacer los estándares de calidad de Wikipedia y procurar un punto de vista neutral, este artículo o sección puede requerir limpieza. Por favor discute este problema en la página de discusión.»

Quizá en el Gobierno vieron que se estaba generando demasiado ruido para un botín incierto y escaso, pero, en definitiva, el precio fijo quedó incólume y hasta ahora.

Una anécdota: en aquellos sus tiempos de jefe de Gobierno, Aznar a veces invitaba a un grupo de editores (me tocó dos veces) para charlar sobre temas culturales. Debió de ser la época en que Aznar hablaba catalán en la intimidad y mantenía una copiosa correspondencia con Pere Gimferrer. En el comedor de la Moncloa había una larga mesa y en el centro Aznar, naturalmente. A mí me tocó estar junto a Miguel Ángel Cortés, secretario de Estado para la Cultura, «neoliberal en grado extremo», situado en una punta de la mesa. A su izquierda estaba sentado Manuel Borrás, de Pre-Textos, y yo a su derecha. Saltó el tema del precio fijo, tema que yo conocía muy bien, al igual que otros editores, a partir del positivo ejemplo francés y el muy negativo de los Estados Unidos y el Reino Unido, donde ganó la batalla el precio «libre», con las catástrofes ya consabidas para las librerías, las editoriales culturales, los

precios de los libros y finalmente, en resumen, para todo el mundo. La conversación se fue caldeando, y en un momento dado Miguel Ángel Cortés se excitó aún más y, señalando con el dedo índice en ristre a Aznar, dijo: «¡Hay que tomar soluciones más drásticas, pero este no se atreverá!» Aznar desbordado por la derecha, quién podía sospecharlo.

A la hora de las copas, ya en el salón, estuve debatiendo con la ministra de Cultura, Esperanza Aguirre, argumentando la gran e indispensable importancia, obviamente, del apoyo económico a los editores extranjeros para la traducción. «¡No lo dirás por Marías!», dijo con su mejor acento chulapón. Marías ya había triunfado rotundamente en Alemania, pero antes, dada la inseguridad de ese éxito, Ernst Klett, el director de Klett-Cotta, nos comunicó que no podía pasar una oferta para *Corazón tan blanco* si no tenía el apoyo a la traducción. El libro ya había sido rechazado por las grandes editoriales literarias Suhrkamp y Hanser, que luego se mesaban los cabellos.

La edición, un misterio tras otro.

MANIFIESTO A LA OPINIÓN PÚBLICA (2000)²⁰

Queremos reiterar nuestra alarma respecto a la agresión al precio fijo, que se ha iniciado con los libros de texto y amenaza con extenderse al resto de los libros.

Expresamos también nuestra sorpresa ante la frivolidad con la que se desdeñan las pésimas experiencias de medidas semejantes en otros países, como en el caso reciente del Reino Unido, donde, tras cinco años de abolición del precio fijo, los libros se han encarecido por encima del nivel de vida, al revés que en nuestro país. Resulta paradójico que, en la llamada sociedad de la información, el gobierno adopte medidas tan desinformadas.

El tema de los libros de texto se presta a una fácil demagogia, que finge no tener en cuenta los resultados negativos a medio plazo. Todos estamos interesados no solo en que sean más baratos sino en que sean accesibles a todos los ciudadanos, al igual que en otros países de nuestro entorno, y en que el gobierno tome las medidas necesarias para ello.

Las consecuencias de la abolición del precio fijo pueden ser muy negativas. En primer lugar, para muchas librerías, que tanta importancia tienen en el tejido cultural de nuestro país y que no podrían resistir la política de

descuentos de las grandes superficies. Inmediatamente después, para aquellas editoriales que no vacilan en publicar libros minoritarios, pero culturalmente valiosos. Y también los autores primerizos tendrían mayores dificultades para ser publicados. El corolario sería el encarecimiento de los libros a medio plazo y el empobrecimiento cultural en perjuicio de los lectores y de la sociedad. A la larga, tan solo unos pocos decidirán los precios de los libros, y qué autores y qué libros se publican, y para qué sectores sociales, en perjuicio de las libertades.

No solo los editores, distribuidores y libreros se han manifestado ya al respecto, también muchos de los más significativos escritores de nuestro país. Queremos exhortar al gobierno a que reconsidere tales decisiones, unas decisiones que representan la amenaza para todos los ciudadanos: por ello, este manifiesto se dirige a la opinión pública.

MANIFIESTO: RECUPERAR LA ILUSIÓN, GOBERNAR PARA TODOS DESDE LA IZQUIERDA²¹

El acuerdo entre el PSOE e Izquierda Unida ha traído el aire fresco, la cordura y la ilusión que esperábamos; muchas mujeres y hombres progresistas de España, deseosos de que la justicia, la solidaridad y la cultura fueran las señas de un nuevo gobierno que recupera el futuro.

Desde 1996 nos hemos encontrado de nuevo con las viejas actitudes de la derecha histórica, convencida de su derecho a usar lo público al servicio de sus intereses privados. El gobierno de José María Aznar ha ignorado y acosado a la oposición, ha llevado a extremos sin precedentes la manipulación de los medios de comunicación públicos, y ha buscado el control de los medios privados que no compartían sus criterios. Al tiempo ha favorecido la creación, a partir del patrimonio colectivo, de un gigantesco entramado político y económico al servicio de sus intereses particulares. Hoy la democracia española está amenazada en su pluralidad.

El crecimiento de España durante estos cuatro años no ha servido, como en lugares en donde una izquierda plural ha gobernado, para mejorar los servicios públicos. El esfuerzo de los trabajadores no se ha visto compensado con un reparto equitativo de los frutos de esta etapa económica. La educación pública se ha deteriorado en medio del justificado desánimo de profesores y alumnos. Ni la sanidad ni los servicios sociales ni las pensiones han avanzado, mientras contemplamos cómo la España del privilegio ha vuelto a beneficiarse del poder.

La convivencia plural entre los pueblos nunca ha sido asumida por la

derecha española. Su discurso ha oscilado, según estuviera en la oposición o en el gobierno, entre la agresividad frente a las diferencias nacionales y el entreguismo a los nacionalismos conservadores. En estos cuatro años ha habido un deterioro en la convivencia solidaria entre las diferentes comunidades y un aumento de las tensiones, mientras que los recelos ante otras culturas han desembocado en tristes e intolerables sucesos de xenofobia y racismo, en ocasiones, incluso, impulsados institucionalmente.

El PSOE e Izquierda Unida han dado el primer paso para construir un futuro distinto, y han acordado un Programa de Gobierno que recupera la ilusión, que quiere gobernar desde la izquierda para todos. Ahora solo falta que el voto de las mujeres y hombres progresistas de España, nuestro voto, tu voto, lo haga posible. Y desde el convencimiento de que una nueva etapa se abra, os llamamos a apoyar el 12 de marzo las listas del PSOE e Izquierda Unida, a votar para hacer realidad un gobierno plural de la izquierda.

Varios faxes entre Xavier Folch, de Edicions 62 y responsable del PSUC (Partido de los comunistas catalanes), y Jorge Herralde, el 7 de marzo del año 2000, quien le contesta con las adhesiones recibidas ya el primer día: Jorge de Cominges, Francisco Sert, Antoni Marí, Jorge Wagensberg, Ignacio Martínez de Pisón, Román Gubern, Ignacio Vidal-Folch, Javier Tomeo y Félix de Azúa.

Folch.
6-3-00.

EDICIONS 62

Peu de la Creu, 4 08001 Barcelona
Tel. 93 443 71 00* - Fax 93 443 71 30
E-mail: correu@grup62.com
Internet: http://www.grup62.com

Data:	6/3/00	FAX:	93 2037738
A:	Jordi Herrera		
De:	Xavier Folch		
Total fulls, inclòs aquest:	2		

GRUP 62

elaborado
Jordi Herrera
Jordi Herrera
Xavier Folch

JORGE DE COMINGES

Antoni Maní

Weguboy

Ribera
Tomàs
Vidal-Folch

7-3-2000

Xavier

Se apuntan al acuerdo:

Jorge de Cominjes
Francisco Sert
Antoni Masí
Jorge Weyersberg
Ignacio Markes de Pissin
Javier Tomco

Estoy intentando localizar a
otros sujetos firmantes

jordi

7-3-2000

Xavier

Análisis del manifiesto:

Romeu Jubera
Ignacio Vidal-Folch

jordi

7-3-2000

Xavier

Ultimo fichaje:
Félix de Azúa

jordi

ENTREVISTAS Y DISCURSOS

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DEL PREMIO TARGA D'ARGENTO²²

Me siento muy honrado por la concesión de este Premio Targa d'Argento por diversas razones.

Por el gran prestigio de los editores galardonados con el premio: Luciano Foà, el fundador de la exigente y selectísima Adelphi, y Siegfried Unseld, el editor de Suhrkamp, posiblemente la editorial alemana más prestigiosa, premiados en 1998. Y desde luego mi gran amiga de tantos años Inge Feltrinelli, el *ciclón* Inge, galardonada conmigo este año.

También porque se premia de forma expresa una dedicación a la cultura europea como patrimonio común, aunque, y esto es un aspecto muy importante, sin una visión miopemente eurocéntrica que excluya el interés especial por América Latina y otros ámbitos culturales.

El premio distingue asimismo la atención a la cultura no consumista: aunque toda editorial tiene la obligación de subsistir, la «editoria di cultura» se distingue por publicar aquellas obras de destino tan inequívocamente minoritario como culturalmente imprescindible. Por poner un ejemplo entre muchos, Anagrama es la editorial española del tan admirado y muy minoritario Giorgio Manganelli. Me alegra también que el premio lo otorgue «Tuttolibri», el estupendo suplemento cultural de *La Stampa*, al que estoy suscrito desde hace muchos años y que me proporciona semanalmente una muy útil información sobre la edición italiana.

Y por último me alegro de que este premio se otorgue en Turín. El primer título de Anagrama que tuve en mis manos fue nuestra versión del libro de un autor turinés, Cesare Pavese, publicado por la editorial turinesa Einaudi. Se llamaba *Il mestiere de vivere (El oficio de vivir)*, y con él me inicié, hace

treinta años, en el oficio de editor.

LITERATURA Y GEOMETRÍA

Hace algunas semanas estuve en Lisboa, donde la Fundación Gulbenkian organizó una semana de homenaje a Antonio Tabucchi. En una sobremesa con él enviamos sendas postales a Sergio Pitol y a Enrique Vila-Matas. Tres escritores que se leen y se admiran, tienen afinidades literarias y con los años se han convertido en amigos. Tanto Sergio como Enrique han escrito sobre Tabucchi, y este ha prologado dos libros de Pitol, uno en Italia y otro en España. Y los tres son amigos míos y han publicado en Anagrama. Así que pensé que podría hablarse de un cuadrilátero: Pitol, Tabucchi, Vila-Matas, Anagrama. Aunque, en realidad, mejor es hablar de un pentágono: los tres han publicado varios libros en Sellerio, la exquisita editorial siciliana que dirige Elvira Sellerio.

Pero noticias recientes modifican el polígono. Ha aumentado la red de afinidades porque Roberto Bolaño empieza a integrarse en el club: ha escrito sobre los otros tres (con devolución de la visita a cargo de Vila-Matas), Tabucchi lo ha recomendado en Italia y finalmente ha sido contratado por Sellerio. La figura se convierte en un hexágono.

Y se perfila ya una posible ampliación: Heinrich von Berenberg, que ha editado a Tabucchi y a Bolaño, está intentando convencer a *suboss*, Klaus Wagenbach, para que publique a Vila-Matas. Cuatro autores y tres editores: un heptágono al servicio de la mejor literatura. Entretanto, frotemos el *Amuleto* de Roberto Bolaño.

UNA «LOVE-STORY»

Mi primer encuentro con la formidable generación de los Young British Novelists (entonces aún no bautizados) fue con «Homemade», el primer cuento de *Primer amor, últimos ritos*, el volumen deliciosamente macabro de Ian McEwan, a fines de los años setenta, una revelación, un flechazo, contrato inmediato.

Después de publicar a McEwan siguieron, entre otros, Martin Amis con *El libro de Rachel*, Julian Barnes con *El loro de Flaubert*, Kazuo Ishiguro,

Graham Swift y Timothy Mo, así como los volúmenes de «travel-writing» de Redmond O’Hanlon y James Fenton y las exploraciones de Nigel Barley, el «antropólogo (no tan) inocente».

Y luego llegó la segunda ola con Hanif Kureishi, Lawrence Norfolk, Will Self, John Lanchester, Alan Hollinghurst, Jonathan Coe, o nuevos nombres de la «literatura angloindia» como Gita Mehta, Vikram Seth, con *Un buen partido*, esa miniatura monumental, y Amitav Ghosh, o los escoceses Alasdair Gray y el explosivo Irvine Welsh. También figuran en nuestro catálogo «seniors» tan cualificados como John Fowles y A. S. Byatt o, si nos remontamos más atrás, Barbara Pym, Elizabeth Taylor, Jean Rhys, Ivy Compton-Burnett, J. R. Ackerley y, aún más lejos, Ronald Firbank y su excéntrico cardenal Pirelli.

Y recientemente *El dios de las pequeñas cosas*, de Arundhati Roy, publicado en 1998, que ha tenido un enorme éxito en su traducción española. Ha sido el fastseller de la historia de Anagrama.

Naturalmente está muy presente el humor inglés, con el que tanto sintonizamos en nuestro país: desde Saki, Wodehouse y el primer Evelyn Waugh hasta David Lodge y el popularísimo Tom Sharpe, acompañados por el autoestopista galáctico Douglas Adams.

En cuanto a los criterios de selección, son, naturalmente, los mismos que rigen para todas las publicaciones de la editorial: la calidad y la pertinencia, la sintonía con su tiempo, criterios poco demostrables científicamente pero no tan difíciles de detectar. Para mí es evidente que, entre las diversas literaturas que he explorado como editor en las dos últimas décadas, la británica es la que nos ha resultado más gratificante a muchos lectores. Como bien señalaba A. S. Byatt en un artículo reciente, eso se debe a «la potencia narrativa, el redescubrimiento de contar historias de forma inteligente por parte de unos escritores abiertos al exterior, ciudadanos de Europa y del mundo», ajenos a un solipsismo demasiado habitual.

Aparte de los habituales contactos con mis colegas, la peregrinación a la Feria de Frankfurt desde 1969, los viajes a Londres, donde a menudo paso alguna semana en agosto, con el consiguiente *safari* por las librerías de Charing Cross y alrededores, sin olvidar la Compendium, en Camden Town, y la suscripción a revistas literarias, el severo *Times Literary Supplement*, la *London Review of Books* y la *Literary Review*, el seguimiento de los

excelentes suplementos dominicales del *Times* y *The Independent* o las publicaciones más sectoriales, *The Bookseller* y *Publishing News*, quisiera destacar a tres de las personas que han favorecido esta tarea editorial. Por una parte, agentes literarias que son a la vez excelentes profesionales y amantes de la literatura, y con los años buenas amigas mías: Ann Warnford-Davis, agente de McEwan, Ishiguro, Kureishi, Mehta (entre otros), y Nicki Kennedy (Barnes, Amis, Fenton, O'Hanlon, Byatt), con quienes existe una extraordinaria sintonía.

Por otra, Bill Buford, quien gracias a su labor en la revista *Granta* tanto apoyó a la nueva narrativa británica. Por cierto que ya en 1980, en su tercer número, titulado «The End of the English Novel», Buford escribía en su presentación: «Si no estoy equivocado, nos estamos moviendo hacia una nueva época de prosa creativa, caracterizada por una escritura que, liberada del monólogo de clase media, es experimentación en su auténtico sentido, explotando las tradiciones y no siendo sepultada por ellas. (...) Hoy la imaginación reside en las periferias.» Y acababa diciendo: «Se produce, de una vez, el fin de la novela inglesa y el principio de la novela británica.» ¡Bravo, profeta!

Y también, claro está, Koukla MacLehose, nuestra *scout* en Londres en esta década, siempre en primera línea de la información acelerada e interviniendo en negociaciones complicadas.

Un colega francés me comentaba un día con cariñosa envidia: «En Anagrama está la Selección Nacional Británica, el Dream Team.» Quizá no sea tan inexacto. En cualquier caso estoy muy orgulloso de la presencia de tantos extraordinarios escritores en nuestro catálogo.

Pero hay que ser consecuente con el formato y poner un punto final a la «love-story» con la literatura británica. Que será un punto y seguido en la edición.

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DEL PREMIO CLARÍN²³

Me alegra mucho haber recibido de forma tan inesperada este Premio Clarín. De entrada, por quien me lo ha otorgado, la Asociación de Libreros de Oviedo, que lleva a cabo su tarea con vocación cultural, con dedicación ejemplar. Me alegra también por mis predecesores en el premio. El primero fue mi gran amigo y colega Jaime Salinas, a quien conocí en los sesenta, cuando era secretario general de Seix Barral e impulsor de los míticos Premios Formentor; luego fue uno de los fundadores de Alianza y también, durante años, director de Alfaguara. El segundo premiado fue Gonzalo Torrente Ballester, uno de los grandes novelistas españoles del siglo, de quien también soy amigo, como soy amigo de su hija Marisa y amigo y editor de su nieto, Marcos Giralt Torrente. Y el tercero el magnífico programa *El ojo crítico* que dirige Eduardo Sotillos, quien por cierto ha galardonado con su premio anual de novela a más de un escritor de Anagrama: el último creo que fue Pedro Zarraluki. O sea que estoy en inmejorable compañía.

Pero, además, recibir un premio con el nombre de un escritor tan extraordinario como Clarín es de veras emocionante. Por cierto que Augusto Monterroso, hace unos pocos días, al comunicarle que había ganado el Premio Príncipe de Asturias, aludió en primerísimo lugar a Clarín, al Clarín cuentista, al Clarín de «Adiós, cordera», cosa lógica tratándose del gran Tito. Y aunque ya sé que es una osadía, una redundancia, hablar de Clarín en Oviedo, no me resigno a dejar de elogiar una de sus facetas más admirables, el Clarín crítico literario, el Clarín crítico militante. Una faceta ejemplar que tantos disgustos le causó y que ha dejado herederos, aunque menos de los que deseáramos.

El Clarín de los paliques que, dice, «son crítica *higiénica* y de *policía*;

son crítica a una realidad histórica que se quiere mejorar, conducir por buen camino». Y en una declaración de principios anuncia: «Trataré, generalmente, de la literatura que produzcan nuestros autores notables, los que lo son a mi juicio (...). De lo que yo creo mediano o malo no hablaré, pese a todos los reclamos del mundo, a no ser cuando tal sea el escándalo de alabanza inmerecida y del tole tole insustancial que exija un artículo de esos de policía literaria, que también a veces vienen a cuento».

Y lúcidamente añade: «Si se me dice que de todos los modos de crítica este que hace de ella un negociado de higiene y de policía es el más enojoso, el de menos brillo y más disgustos para quien se emplea en tal oficio, declaro que pienso lo mismo, pero también veo que es de nuestra utilidad, particularmente en países como el nuestro, donde la decadencia de toda educación espiritual nos empuja hacia los abismos de lo ridículo, o de lo bárbaro, o de lo bajo y grosero, o simplemente de lo tonto.»

Tampoco ahora son momentos propicios para la crítica literaria en nuestro país. A los problemas sempiternos, como las redes de amiguismos, por ejemplo, se han unido algunos más recientes, como los derivados de los grupos multimedia. Para los críticos, resistir a tantas tentaciones y presiones resulta realmente heroico, y no son infrecuentes reacciones, digamos, humanas, demasiado humanas y decididamente poco críticas. Seguir el ejemplo de Clarín solo está al alcance de críticos admirablemente independientes, que existen, como todos sabemos, pero acaso no abundan.

Ahí queda, pues, este homenaje apresurado a Leopoldo Alas, Clarín. Y siguiendo con la familia Alas, un recuerdo para mi buen amigo y agudísimo intelectual Juan Cueto Alas, miembro del jurado de nuestro premio de novela desde su fundación, en 1983, donde exhibe cada año sus dotes de finísimo lector de novelas, de crítico certero, vertiente oral.

Pero volvamos a los librereros: el hecho de que este premio esté otorgado por la Asociación de Librereros de Oviedo redobla mi satisfacción. Los auténticos librereros, los librereros de cabecera, son nuestros aliados imprescindibles, y son imprescindibles también para el tejido cultural del país.

Más que nunca, en estos tiempos de concentración, hay que reivindicar su papel y luchar contra la amenaza de la desaparición del precio único. Hace unos años hubo un amago del gobierno del Partido Popular en este sentido que

la oposición frontal de libreros y editores logró frenar casi totalmente. Ahora, hace muy pocos días, en el encuentro anual de los libreros en la Feria del Libro de Madrid, se comentaron de nuevo las noticias inquietantes de que el Ministerio de Economía podría implantar el precio libre en breve plazo.

Esto sería catastrófico para las librerías independientes y también para las pequeñas y medianas editoriales. No se trata de hipótesis alarmistas, sino de consultar la historia. Así, en Francia, el experimento del precio libre duró tan solo un año, hasta que muy sabiamente se dio marcha atrás. En el Reino Unido, el precio libre se implantó hace ya cinco años, con resultados muy negativos para editoriales y librerías, según estudios objetivos. Aparte de los daños colaterales, el precio de los libros ha subido más que la inflación, al revés que en otros países que persisten con el precio fijo. Y los únicos beneficiarios han sido los compradores de algunos megabestsellers y las grandes cadenas.

Y si los resultados son tan evidentes, ¿por qué esta persistencia en acabar con el precio fijo? ¿Acaso por certezas teóricas, por confiar en la bondad de la doctrina del neoliberalismo? No seamos ingenuos: los apóstoles de este neofundamentalismo rampante están vinculados a los grandes lobbies económicos. Y en el caso concreto del libro, al grupo de presión de las grandes superficies. Hace unos días apareció en *La Vanguardia* un luminoso texto en este sentido de Antonio María Ávila Álvarez, director ejecutivo de la Federación de Gremios de Editores de España, comentando un artículo de Pedro Schwartz, uno de los halcones neoliberales por excelencia, y vinculado, según Ávila Álvarez, al mencionado grupo de presión. «Ahí está el detalle», que diría Cantinflas, «benditos detalles», que diría Nabokov, esta es la base de la doctrina: los intereses económicos. Será, pues, la nuestra una larga lucha, contra un adversario incansable, no habrá que bajar la guardia en ningún momento.

Confío en que me disculpen por este discurso militante: al fin y al cabo, es otro pequeño homenaje a Clarín. En resumen: libreros de cabecera y críticos militantes, a lo Clarín, dos protagonistas indispensables para el pulso cultural del país Y a su lado los editores que apuestan, que apostamos, también por una literatura exigente, por una cultura viva, por la cultura crítica.

«UNA HORA CON JORGE HERRALDE»²⁴

(CON MOTIVO DE LOS 40 AÑOS DE ANAGRAMA)

2009 ha sido el año de Anagrama. Sus cuarenta años de historia han dado ocasión para celebrar el aniversario de una manera especial, más aún tratándose de un referente de la edición independiente, una de las pocas editoriales que permanecen libres de las garras de los grandes grupos dedicados a concentrar sellos.

A lo largo de este año, Jorge Herralde, que sigue al pie del cañón, ha dado más de un centenar de entrevistas en las que se ha dedicado a rememorar estas cuatro décadas. Difícil tarea la de hacerle una batería de preguntas intentando conducir la conversación de manera diferente para no hacerle repetir lo mismo que ya ha explicado hasta la extenuación («Podrías inventarte la entrevista, con todo lo que ya se ha publicado», me dice). Por ello, a pesar de llevar la lección preparada, siempre cargado con algunos apuntes para no derivarla hacia pasajes del pasado y referencias históricas harto conocidas, prefiero que fluyan los temas, repasar con el editor lo que ha representado 2009, sonsacarle cosas sobre el mundo de la edición y, claro, mirar hacia el futuro de Anagrama con las novedades que ampliarán el ya completo catálogo de más de tres mil obras que son el patrimonio de una editorial imprescindible. Y todo en apenas una hora. En estos casos, siempre quedan cosas que preguntar o por decir. Pero lo que hay es lo que queda.

Bueno, Jorge. Última entrevista del año.

Ultimísima. Estoy aburrido de hablar de Anagrama, de mí mismo...

[risas]. No estoy aburrido de hablar de nuestros autores ni de nuestros libros, eso no. Pero he hablado de muchos de estos cuarenta años. Ahora ya, prefiero pensar en los del 2010.

Eso al final. Me gustaría que nos hicieras un balance de lo que ha sido este año tan movido con la celebración del 40 aniversario de Anagrama.

Como sabes, Anagrama se distingue por llevar una actividad entre movida y frenética, con innumerables ruedas de prensa, viajes... Este año habremos celebrado alrededor de cuarenta ruedas de prensa con todos los autores españoles que hemos publicado y muchos de los extranjeros. Pero ese es el frenesí habitual de cada año.

A esto le tenemos que añadir las celebraciones del aniversario, que han sido varias. La primera en el Instituto Cervantes de Nueva York, con una mesa redonda en la que estuvieron Siri Hustvedt, Paul Auster, Francisco Goldman, Daniel Sada y otros. Luego, en Barcelona, el 30 de septiembre, con 500 grandes figuras y amigos de la edición europea, además de autores de diversos países.

También tuvimos una exposición histórica en la librería Bertrand²⁵ y, por último, en la Feria de Guadalajara, con Richard Ford (que vino expresamente por veinticuatro horas para estar con nosotros), Juan Villoro, John Lee Anderson, de nuevo Daniel Sada... En el claustro de Sor Juana Inés de la Cruz me ofrecieron la Presea del mismo nombre. Estuve en septiembre en México para varias actividades: participé en los actos del 75 aniversario del Fondo de Cultura Económica, e intervine en uno de los coloquios sobre la autoría editor-autor con una ponencia titulada «Alegrías y percances de la política de autor», con amplia bibliografía sobre ambas cosas.

¿Había más alegrías?

Sí, básicamente... [risas]. Por otra parte, en México se inventaron hace dos años una cosa bastante exótica, la primera cátedra dedicada a una editorial, la Cátedra Anagrama, en la Universidad Autónoma de Nuevo León, en Monterrey, y allí estuvimos para hablar de los 40 años de Anagrama.

En fin, todo esto en el ámbito festivo. En el de trabajo adicional, porque hemos mantenido el número de novedades habituales de 75 títulos en edición normal y unos 35 en bolsillo, hemos agregado una colección que me hace

mucha ilusión, que se llama «Otra vuelta de tuerca», en la que rescatamos tesoros ocultos o bien reunimos, por primera vez, obras de un mismo autor en un único volumen. Hemos editado un catálogo histórico muy amplio, así como un *Deconstructing Anagrama*, donde aparecen los libros de la editorial clasificados por Bibliotecas (países) y temas. Como promoción especial de la editorial, una antología del mejor humor inglés en edición no venal; también lanzamos una colección para quiosco con RBA que reúne cien títulos que conforman la Biblioteca Anagrama, de la que ya vamos casi por la mitad, y en otoño ha empezado una colección quincenal con *Página 12*, que es el periódico más *trendy* de Argentina, en cuyo suplemento cultural firman Alan Pauls, Rodrigo Fresán, Juan Forn y otros buenos amigos y autores de la casa. La colección se llama «Los 40 de Anagrama», una selección escogida entre el diario y la editorial. Llevamos lanzados 5 títulos con gran éxito, con un promedio de 20.000 ejemplares vendidos de cada obra. Se han seleccionado para la ocasión libros de unas 150 páginas, con obras unitarias breves o bien antologías de narrativa, cuentos, ensayo... El primero fue una novela corta de Paul Auster extraída de su *Trilogía de Nueva York*, luego salió una antología de cuentos de Ian McEwan, el tercero *La presa*, de Kenzaburo Oé, después un volumen de Jean Baudrillard, y el último, por ahora, ha sido *Crítica y ficción*, de Ricardo Piglia. Uno de los alicientes es el precio, que es, al cambio, 1,80 euros.

Es decir que, a la carga de trabajo habitual, este año se ha sumado todo esto más unas cien entrevistas, por lo que ya he sacado la bandera blanca.

Y encima el Barça gana las seis copas...

Sí, ha sido otra gran alegría, hemos visto gran fútbol, arte y épica en algunos partidos y una muy inteligente dirección de Josep Guardiola.

¿Por qué sacar una nueva colección de fondo («Otra vuelta de tuerca»), cuando Anagrama ya mantiene vivo su catálogo?

Esta colección reunirá fundamentalmente libros de los años setenta y ochenta que no pasaron a nuestra colección de bolsillo «Compactos» (que está en funcionamiento desde 1989). El ritmo de publicación de bolsillo en los primeros tiempos no fue muy elevado y se incluyeron los éxitos más obvios, con lo que quedó una franja de obras de gran calidad literaria que, para

sacarlas en este formato, quedaban demasiado lejos. El bolsillo requiere que sean libros vivos, porque si no el fracaso está asegurado.

El primer título que hemos incluido en la nueva colección es *El rey de las Dos Sicilias*, de Andrzej Kuśniewicz, que es una de las mejores novelas centroeuropeas del siglo XX. Rescatamos, a su vez, una maravilla oriental, *La fortaleza asediada*, de Qian Zhongshu; *Ángeles derrotados*, la primera obra de Denis Johnson, que cuando salió publicada era un perfecto desconocido y se ha convertido en uno de los grandes de la literatura norteamericana. De Fritz Zorn, *Bajo el signo de Marte*, una pieza estremecedora y magistral. Al mismo tiempo, tenemos lo que podríamos llamar «Ómnibus latentes», es decir, títulos de un mismo autor reunidos por primera vez en un volumen. Con esa idea lanzamos las cinco novelas de Patricia Highsmith protagonizadas por *Tom Ripley*, que estaban todas en bolsillo pero me pareció interesante para el superfán ofrecérselas en un tomo. También la pentalogía autobiográfica de Thomas Bernhard, que teníamos disponible en edición normal, ha sido reunida en un volumen, con prólogo de Miguel Sáenz, su traductor. Ahora editaremos los dos únicos libros de Jane Bowles: su novela *Dos damas muy serias*, que teníamos en bolsillo, y un libro de cuentos titulado *Placeres sencillos*, que estaba agotado desde hace años. También reuniremos las dos sátiras divertidísimas y finísimas de Tom Wolfe sobre la pintura y arquitectura contemporáneas (*La palabra pintada* y *¿Quién teme al Bauhaus feroz?*). Esas son, en resumidas cuentas, las dos vertientes en que se moverá la colección: recuperación de libros que ya no estaban disponibles y antologías por autores. Y avanzo que a final de 2010 entregaremos los «Ómnibus Jeeves», las obras del personaje creado por P. J. Wodehouse, que publicaremos como regalo navideño de 2010.

Buena noticia para los que disfrutamos con el humor inglés. ¿Habrá algo parecido con Tom Sharpe?

La colección tiene muchas posibilidades. Por ejemplo, podemos reunir en un tomo las dos novelas sudafricanas de Tom Sharpe, o los cinco *Wilt*, o los *Bandini* de John Fante. Es una colección pensada para las buenas librerías y los buenos lectores. No persigue grandes bestsellers (están previstas ediciones de entre tres y cinco mil ejemplares), pero sí darles una segunda vida a libros muy valiosos y que, quizás, luego tendrán una tercera vida (*El rey de las Dos*

Sicilias es posible que pase a bolsillo el año próximo).

A pesar de que Anagrama comenzó su andadura con libros de ensayo, pensamiento crítico, sociología, política..., cuando realmente adquirió una popularidad entre los lectores fue al comenzar «Panorama de narrativas», la «peste amarilla», que diría José Manuel Lara.

Al principio de la década de los setenta teníamos la «Serie Informal» que era básicamente de literatura, con los sonetos de Shakespeare, el primer Tom Wolfe, Sade... Es cierto que se publicaban de manera más espaciada y no tuvieron tanta visibilidad. Hubo, eso sí, un periodo intermedio. Lo que tuvo un valor de banderín de enganche fue, a partir de 1987, la colección «Contraseñas», en la que incluimos a Charles Bukowski, Tom Wolfe, Hunter S. Thompson...

La contracultura.

Exacto. Muchos lectores que estaban ahitos, hartos de política, aunque fuera heterodoxa y radical, pasaron a comprar «Contraseñas», y muchos de ellos pasaron después a «Panorama de narrativas», que fue, efectivamente, la que dio el giro más significativo.

¿Y cómo abordaste ese giro como editor, cuando la apuesta inicial era el ensayo?

Forma parte de una evolución natural, al menos para mí... En aquel tiempo me pareció más urgente y me excitaban más los textos de confrontación política antifranquista, temas de contracultura... Luego, una vez apagados los fervores de cambios radicales y ruptura total, por los que muchos jóvenes de los sesenta se ilusionaban, se impuso el desencanto no solo en España, sino a nivel europeo, con la resaca del Mayo del 68, la de los años de plomo en Italia, la de la izquierda extraparlamentaria en Alemania... Lo he vivido no únicamente por lecturas, sino porque varios amigos míos en una onda similar a Anagrama, como Feltrinelli en Italia, Wagenbach en Alemania o Christian Bourgois en Francia, apoyaron todos estos movimientos excitantes, y al final, según el signo de los tiempos, optamos por la mejor literatura.

Aunque, en nuestro caso, en la década de los ochenta el ensayo no estuvo muy presente, se siguió otorgando el Premio Anagrama de Ensayo, y en los

noventa volvimos a publicar entre 12 y 15 títulos al año en la colección «Argumentos», sin olvidar «Crónicas», que nace a finales de los ochenta y en la que publicamos varias obras al año, con el gran Ryszard Kapuściński a la cabeza, y que es una seña de identidad de la editorial.

El periodismo siempre ha tenido mucha presencia en Anagrama, desde aquellos «Cuadernos» en los que incluimos *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*, de Hans Magnus Enzensberger, pasando por todo el nuevo periodismo, el de investigación, también en los setenta, en el que destacó Günter Wallraff, los estudios teóricos de Román Gubern, los de Furio Colombo y tantos otros.

En esa evolución habéis arrastrado a un nutrido grupo de fieles lectores, tanto desde los orígenes de la editorial como en las nuevas generaciones que se sienten identificadas con Anagrama y que descubren libros de referencia y nuevos valores de la contracultura como Kiko Amat, por ejemplo. Hay una línea que se mantiene desde estos cuarenta años y siempre te has apoyado en ella buscando autores que ampliaran la perspectiva para ofrecer un catálogo diferente a lo que se ofrece desde otras editoriales. En los noventa, por ejemplo, hubo una estupenda cosecha de firmas nacionales de nuevo cuño.

Esta era la idea, que fuera un catálogo diferente pero que obedeciera a una lógica interna. Que, aunque fueran títulos de características distintas, en cierta forma estuvieran muy unificados y no solo en narrativa. Ensayos, reportajes... Teníamos agrupados algunos sobre cine, como los de Peter Biskind, que aún se están reeditando, el libro sobre Stanley Kubrick de Michael Herr, otro de conversaciones con John Cassavetes, el gran padrino del cine independiente contemporáneo... Considero que hay mucha coherencia en todo el catálogo.

Las biografías están presentes en Anagrama gracias a otra interesante colección.

«Biblioteca de la memoria». Sabía *a priori* que las grandes biografías de escritores o pintores, al contrario que en el mundo anglosajón, donde tienen muchos lectores, aquí no acaban de hacerse un sitio. Y eso que la colección no pudo empezar mejor que con la biografía de James Joyce. Hemos publicado dos de Vladimir Nabokov, una de Marcel Proust, pero siempre con resultados

medianos. La colección se ha ido abriendo a libros de conversaciones, a otro tipo de obras que no son biografías definitivas. El último es uno muy interesante de José Antonio Marina y María Teresa Rodríguez de Castro, *La conspiración de las lectoras*, que ilustra sobre un grupo de mujeres iconoclastas y rebeldes que querían, según escribe María Teresa, «adelantar el reloj de España frente a tantos obstáculos».

Este año nos habéis ofrecido también una succulenta biografía de John Lennon.

De Philip Norman, que se hizo muy famoso a finales de los setenta con la biografía definitiva de The Beatles titulada *¡Gritad!* Como hacemos habitualmente con estas grandes biografías, la compramos con una sinopsis amplia de unas veinte páginas. Me pareció un enfoque muy interesante y con la garantía de su autor. Ahora hemos hecho lo mismo con una sobre Mick Jagger, que se titula *Mick Jagger* [risas].

¿Y cuándo sale?

Puede tardar un año, dos, tres... Norman ha tardado casi tres años. Son libros que necesitan financiación por parte de la editorial que lo publica originalmente y de las que compran los derechos a partir de una sinopsis para traducirlos. Es la manera de que el autor pueda realizar la amplia investigación durante un largo periodo de tiempo. Así, por ejemplo, Ian Gibson pudo ofrecernos *La vida desafortada de Salvador Dalí*.

Defiendes a autores que, aunque quizás no tienen gran éxito a nivel de ventas, representan una apuesta personal. Uno de los últimos, tal y como comentaste en la presentación de su último libro, es Pablo d'Ors.

Sí, es un vicio [risas].

Sano.

Más bien un vicio no impune. Ya sabes lo que dijo Valery Larbaud: «La lectura, este vicio impune.» Es un vicio que se paga, pero a veces se giran las expectativas o de repente salta y se convierte en bestseller, como el caso de Kapuściński, que hasta el sexto libro no logró popularidad, o como sucedió con Antonio Tabucchi hasta *Sostiene Pereira*... En algunos casos, al tercer o

cuarto libro, caso de Giorgio Manganelli y otros, me digo: «Bueno, ya he cubierto mi misión histórica de defender a ultranza a este gran escritor.» Los interesados ya tienen esos cuatro libros y quizás otra editorial decida tomar el relevo, como ha sucedido con Manganelli, habiéndose animado Siruela, una excelente editorial que ya ha editado tres o cuatro obras suyas.

Entre los nacionales, en los últimos años, nos has descubierto a autores que se han convertido en fenómenos incluso para la crítica más exigente, como David Trueba.

Ha publicado solo tres novelas en quince años, pero claro, también hace películas. Es un autor que ha ido creciendo a la par que su número de lectores. Me ha ilusionado que, además de seguidores, tuviera el Premio de la Crítica. A menudo, triunfar en dos campos es visto como una agresión para el resto de los ciudadanos. O eres buen escritor o buen cineasta. Difícilmente se admite que se triunfe en dos registros distintos. Que a Trueba la crítica le premie representa que se le acepta como un excelente escritor. Creo que él está más satisfecho por esto que por el número de lectores.

2009 también ha sido la recuperación del Premio Herralde para autores españoles.

Durante siete años consecutivos ha recaído en autores de América Latina. No ha sido deliberado. Cada año el jurado premia los libros que cree mejores, en función de la calidad y aunque puedan resultar minoritarios. En este sentido ha sido muy positivo para Anagrama que se haya visto claro que lo que se premia es la calidad, porque es sabido que, en general, a los autores latinoamericanos, tanto en España como en otros países, les cuesta mucho adquirir lectores. Hay una casuística muy amplia, podríamos estar horas hablando sobre el tema, pero la realidad es esta.

Que nos hayamos empeñado en premiar excelentes libros, en algunos casos de difícil comercialidad, nos da, creo, un signo de independencia frente al mercado y de apuesta por la calidad. En algunos casos, como *El pasado*, de Alan Pauls, aquí tuvo unas ventas regulares, pero en Argentina vendió unos veinte mil ejemplares, que es todo un fenómeno teniendo en cuenta el promedio de libros que se venden.

¿Qué tiene Heralde con México? Hablabas al principio de la entrevista de tu visita de este año, pero desde 1973, año en que haces tu primer viaje al país, parece que hay un afecto especial hacia esas tierras...

Y viceversa. Antes de viajar en el 73 ya era amigo de Sergio Pitol, que vivía en Barcelona, aunque no le publicase. A partir del 77 voy casi cada año, a veces hago un par de viajes anuales. Hace quince que voy a la Feria de Guadalajara y algún verano viajo con un ritual ahora característico: una semana en el frenesí del D.F. viendo a escritores, periodistas, librerías, a nuestra comercial... Y luego diez o quince días en la playa, más o menos solitaria, leyendo despaciosamente manuscritos y mirando las nubes.

Sobre todo, tengo allí muchísimos amigos, y desde que a partir del 2000 comenzamos a hacer ediciones en México, Argentina, etc., incorporé a muchos autores y en estos momentos hay un nutrido grupo de narradores en nuestro catálogo, destacando el llamado *grupo del 50*: Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, Juan García Ponce... Y otro grupo en plena madurez creadora como Juan Villoro, y más juniors como Álvaro Enrigue, Guadalupe Nettel y otros. También México es, junto a Argentina, el país en el que Anagrama tiene los fans más desorbitados. Lo han demostrado en muchas ocasiones, han creado la Cátedra que citaba al principio, me han premiado en innumerables ocasiones... Pasearme por las librerías del D.F. es un subidón de editor muy fuerte, porque tenemos una presencia impresionante y muy envidiada desde hace años.

¿Consideras que sería difícil iniciar ahora un proyecto como el de Anagrama tal y como se planteó en el 69, con esa visión de difundir ensayos políticos y con la misma trascendencia que tuvo en ese tiempo?

Cada momento histórico es distinto, pero estoy convencido, si no sería idiota, de que van surgiendo editores, en España y en otros países, con posibilidades de hacer lo que ha hecho Anagrama o superarla, también de sucumbir en el intento, como ocurrió con tantas editoriales que surgieron en los sesenta.

Actualmente el mercado anda algo loco.

Por eso es muy difícil hacer predicciones. Tal y como está el mercado, el

euro, los grandes grupos, el fantasma o la realidad del libro electrónico, hacer predicciones es imposible. Ahora bien, lo que se debe tener es vocación, saber que hay que trabajar mucho, autoexplotarse y ser coherente con el catálogo y, así, permitir la identificación, que es lo fundamental para los lectores.

Aquello que dices de 90 % de transpiración...

... y 10 % inspiración, sí, es una frase muy famosa de Edison.

Pero puedes ahogarte...

Claro, es un oficio con cierto riesgo, pero nadie le manda a uno ser editor o escritor, es algo que se elige. Sobre todo, en el caso del editor vocacional. Yo no estaba destinado a esto, porque tenía una familia industrial metalúrgica. Hay quien sigue la tradición familiar de la edición. Algunos prosiguen, pero, en general, para las segundas generaciones es muy difícil, ha de ser algo que salga de dentro. Y esto se ve aún más en los libreros. Debe ser algo tanto de aquí como de Italia, por lo que me comentaba en ciertas ocasiones Roberto Calasso al hablar sobre el tema. Los libreros vocacionales deben serlo más que los editores, porque nosotros podemos tener en algún momento un bestseller que nos solventa la situación dos o tres años, o si hay más de uno, consolidar, como en nuestro caso, la editorial, pero el de librero es un trabajo de hormiguita, se deben repartir los beneficios de esos éxitos entre todas las librerías. Y hay que tener una resistencia que las segundas generaciones no soportan salvo en algunos casos excepcionales.

¿Alguna vez has tenido la tentación de tirar la toalla, en estos cuarenta años?

Mira, solo durante una semana, a finales de los setenta, cuando se unió la crisis de nuestra distribuidora con una economía precaria pero tolerable, que al final se agudizó con el desencanto... Pero me dije: «Hay que seguir adelante», comencé la colección «Panorama de narrativas» y, en pocos años, ya hubo mucho lector de Anagrama, dicho sea sin pretensiones, que saltó él mismo, como yo, de etapa. Como me decía Carmen Aizpitarte, directora de Cinc d'Oros, la librería de los rojos por excelencia en Barcelona: «Mis clientes son los que leían a Lenin y a Mao y ahora a Chandler y a Highsmith.»

Embargados por la euforia a raíz del éxito de la colección, convocamos el Premio Herralde, iniciamos «Narrativas hispánicas» y así empezó el asentamiento tanto financiero como en el ámbito literario.

La distribuidora sufrió un incendio, ¿no?

Sí, sucedió en 1974, en plena lucha contra Franco, a manos de los presuntos incontrolados de extrema derecha, una morralla de indeseables.

Además de la coherencia del catálogo, con más de 3.000 títulos, casi podríamos hacer una criba, a través del catálogo de Anagrama, de los autores contemporáneos más representativos por países...

He intentado tener las antenas puestas en determinadas literaturas, española, latinoamericana, catalana, inglesa, norteamericana, francesa, italiana, alemana, rusa, polaca, angloindia...

¿Te resulta más difícil encontrar a autores nuevos, por estos mundos?

No, se encuentran autores nuevos interesantes, en España publicamos a Kiko Amat y a Berta Marsé, que son destacables valores. Latinos, Alejandro Zambra, autor de *Bonsái*, una novela corta de la que llevamos nueve traducciones, desde USA a Turquía; Guadalupe Nettel, autora mexicana muy interesante de quien hemos publicado dos obras; Juan Pablo Villalobos, un joven mexicano que vive en Barcelona, nos envió una novela corta que me pareció estupenda y será publicada en mayo. Más que costar encontrarlos, los autores jóvenes han de competir por un espacio editorial exiguo porque los autores de la casa son tantos que ocupan mucho espacio, la idea es ir incorporando nuevos autores cada año, lo cual implica que otros a los que hemos ido publicando deban dejar el catálogo. Uno expulsa al otro, por decirlo de alguna manera.

Has cazado este año a una gran promesa británica, Daniel Davies, con su primera novela, *La isla de los perros*.

Es de una pequeña editorial, Serpent's Tail, de un buen amigo mío, que publica libros muy en la línea de «Contraseñas», literatura muy iconoclasta, sexualmente muy incorrecta, con presencia de la literatura gay y lesbiana... Vi

el libro en su catálogo y me pareció estupendo.

Por cierto, 2009 ha sido un año muy erótico.

Sí, pero no ha sido deliberado. Hemos publicado *Zonas húmedas*, de Charlotte Roche, un libro que puede ser desagradable de leer (mejor hacerlo en ayunas), pero es interesante, muy a contrapelo, característica de bastantes títulos de Anagrama.

Este final de año también ha representado el regreso al redil de Álvaro Pombo con una novela en la que inicia nueva etapa, *La previa muerte del lugarteniente Aloof*.

Sí, es bien distinto. Cuesta comercialmente, como era previsible, pero es buenísima, como solo Pombo la puede escribir. Se ha apartado de las señoras de Santander y del mundo gay con una aventura nueva que se distancia de cualquier trayectoria.

Siempre has apostado por los cuentos, pero parece un género difícil a nivel comercial. Has dicho en alguna ocasión que el que se publiquen o no libros de cuentos no es cosa de los editores, sino de los lectores.

Como género me gusta mucho, en «Otra vuelta de tuerca» recuperaremos los tres libros de cuentos de Bolaño. Durante algunas décadas, ahora menos, fuimos la editorial con mayor porcentaje de libros de cuentos, en general con escasa fortuna comercial, con excepción de aquellos que no son propiamente de cuentos sino de viñetas autobiográficas, como pueden ser los de Pedro Juan Gutiérrez con su protagonista Pedro Juan, o aquellos con un universo tan propio y cerrado como los de Carver, donde el lector no tenga la frustración de entrar y salir constantemente de las historias.

Hablando de Bolaño, ¿queda algo inédito por publicar?

De esto se ocupa su viuda, con quien no tengo relación. Tratamos directamente con su agente. Hay aún textos inéditos, pero los desconozco.

Ahora sí. ¿Qué menú se está preparando para 2010?

Comenzaremos el año con una nueva obra de Catherine Millet, *Celos*,

libro autobiográfico que no tiene nada que ver con el anterior. En este caso nos habla de sus celos, con una gran calidad literaria. Millet es una mujer muy inteligente y sobre este libro se ha hablado incluso de Proust, por su capacidad de analizar el fenómeno de los celos de forma más recóndita.

Recuperamos el libro que nos quedaba de W. G. Sebald, *Vértigo*; de Julian Barnes su nueva obra, *Nada que temer*, sobre el envejecimiento, su familia... Muy negro y con un sentido del humor bastante tétrico, francamente bueno. Hay un nuevo Tabucchi, un libro de cuentos que se titula *El tiempo envejece deprisa*, que publicamos después de muchos años sin haber tenido narrativa del autor.

El original de Laura es un texto inacabado de Nabokov; de Raymond Carver, *Principiantes*, que tuvo en su primera versión un *editing* muy violento por parte de su editor, Gordon Lish, y su viuda lo quiere restituir como él lo escribió originalmente; de Kazuo Ishiguro, uno de mis ingleses preferidos, publicamos un volumen de cuentos largos que se llama *Nocturnos*. Y, claro, no faltará la obra anual de Amélie Nothomb, en esta ocasión bajo el título de *Ordeno y mando*. Esto sería lo más destacado del primer semestre en cuanto a traducciones.

En «Narrativas hispánicas» ofreceremos *El Tercer Reich*, el manuscrito encontrado de la primera época de Roberto Bolaño, de 1989, donde nos encontramos a un Bolaño inicial, pero en el que ya se anuncia como un gran escritor; de Berta Marsé su segundo libro de cuentos, *Fantasías animadas*; J. A. González Sainz, un grandísimo autor pero poco mediático, firma *Ojos que no ven*. A González Sainz le sucede lo mismo que en su día a Rafael Chirbes, que le costó dar el salto, pero merece ser descubierto.

En marzo, Marta Sanz, con la novela que quedó semifinalista del Premio Herralde, *Black, black black*; Soledad Puértolas presentará *Compañeras de viaje*, un libro de cuentos, registro en el que se maneja muy bien, y también lanzaremos las nuevas obras de dos argentinos ganadores de nuestro premio, Alan Pauls, *Historia del pelo*, y Martín Kohan, *Cuentas pendientes*. Luis Magrinyà y Marcos Giralt Torrente, que también ganaron el Premio Herralde cuando se daba a los españoles [*risas*], estarán presentes entre las novedades con *Los herederos* y *Tiempo de vida*, respectivamente.

En el ámbito de ensayo, Rafael Chirbes, Jordi Gracia, Giorgio Agamben... Y unas crónicas de Llàtzer Moix tituladas *Arquitectura milagrosa*, interesante

análisis de las obras que se han ido haciendo en estos últimos años de apoteosis de la arquitectura-espectáculo. Es una visión bastante crítica.

¿Centrada en Barcelona?

En toda España: Zaragoza, Valencia, los ingenios de Calatrava...

No quiero olvidarme del nuevo Kapuściński, *Cristo con un fusil al hombro*. Y en «Otra vuelta de tuerca», como ya mencioné antes, Tom Wolfe, la recuperación de Copi, a quien empecé a publicar en 1978 y del que hemos confeccionado dos tomos, uno con cuatro textos que saldrá en marzo (*El uruguayo; La vida es un tango; La Internacional Argentina y Río de la Plata*), y en junio/julio recuperamos *Los exiliados románticos*, de E. H. Carr, el gran historiador de la revolución rusa, en el que escribe sobre Bakunin, Herzen, Ogarev... a finales del siglo XIX. Un libro histórico y literariamente excepcional. En esta nueva edición se incluirá un prólogo de Pere Gimferrer que en realidad es el rescate de un texto que escribió, maravillado, en la revista *Destino* en 1969.

Otro libro que sale de nuevo es *El día del juicio*, de Salvatore Satta, que obtuvo el Premio Comisso. Se trata del libro único y póstumo de un notario de Cerdeña, y lo publicaremos acompañado del ensayo que George Steiner sacó en *The New Yorker* y que fue recogido en el libro antológico que publicó Siruela. Y, cerrando el semestre, Jonathan Coe, autor que también tuvo pocos lectores hasta el quinto libro, pero que ha saltado con el último, del que llevamos cinco ediciones. Relanzamos el título con el que entró en nuestro catálogo, que era una sátira salvaje y buenísima de la Inglaterra de la Thatcher, ¡*Menudo reparto!*, y le he encargado el prólogo a Kiko Amat, que es un gran fan y ha escrito multitud de artículos sobre Coe.

Por último, y a modo anecdótico: Me sorprende que no tengas ordenador en el despacho.

Ya, pero la casa está llena de ordenadores. Yo escribo con bolígrafo o dicto y me lo pasan.

Lo que no quiere decir que renuncies a la tecnología.

No, la aprovecho. El ordenador ha sido utilísimo para mis relaciones con América Latina, que a veces eran como lanzar una botella al mar, o para

gestionar la compra de derechos con otros países, ya que en ocasiones no podemos esperar a que el libro original se publique y la crítica y el público los bendiga. Y, como sabes, también hay un tráfico de manuscritos aceleradísimo en el ciberespacio.

Si este 2009, con el aniversario, ha sido tan movido, ¿qué pasará en el 2019?

Ya lo comentaremos [*risas*].

LAUDATIO AL PREMIO LIFETIME ACHIEVEMENT EN LA FERIA DEL LIBRO DE LONDRES²⁶

Nunca me he sentido capaz de pronunciar discursos. Siempre me han inquietado mis infinitas impropiedades de lenguaje. Hoy, por ejemplo, me veo obligado a admitir que un discurso que pudiera considerarse a la altura del logro de toda una vida de Jorge Herralde abarcaría sin duda la historia de España, la historia de la edición en España y, aún más importante, la historia de la literatura en castellano desde, pongamos, 1970. Lo cual no hace sino empeorar las cosas cuando reparo en que abarcaría asimismo la historia de la literatura universal en castellano: Witold Gombrowicz, Truman Capote, Vladimir Nabokov, Ryszard Kapuściński. Y en última instancia la historia futbolística de Barcelona. Y yo no estoy a la altura -lo sé, lo sé de forma muy viva- de la historia de Jorge Herralde. Ni siquiera hablo castellano. De hecho, me siento tan cohibido por mi ignorancia de este idioma en comparación con el talento cosmopolita de Jorge Herralde que hace poco le dediqué un escrito, una tentativa explícita de negar de forma ampulosa mi ignorancia del idioma castellano, ya que incluía la traducción de unos brevísimos textos de uno de sus autores, Augusto Monterroso; solo que no los traduje del castellano (dado que no sé nada de castellano) sino del francés.

Pero al verme aquí ante ustedes pronunciando este discurso, podrán comprobar que he tenido que vencer mi inseguridad tanto respecto de no hablar castellano ni conocer la historia de España como de lo impropio del hecho de estar aquí pronunciando este discurso, inseguridad que he vencido diciéndome a mí mismo que en realidad la única manera de entregar un premio de esta naturaleza a alguien es hacerlo de un modo absolutamente íntimo. Este

discurso solo puede ser el acta personal de un novelista cuyas dos novelas las ha publicado en España Jorge Herralde. Y siento que tengo el beneplácito de Jorge para adoptar este método íntimo porque he leído uno de sus propios textos con motivo del Premio Príncipe de Asturias de las Letras que se concedió a Augusto Monterroso, un texto en castellano que Jorge me envió a modo de obsequio por mi recreación de Monterroso. Y de este discurso de Jorge creo que se pueden aprender dos cosas: al entregar un premio, no hay necesidad alguna de hablar muy extensamente; y sí una necesidad absoluta de hacerlo de la forma más personal posible.

Así pues, lo único que me cabe hacer en este discurso en verdad breve es bosquejar una semblanza de Jorge Herralde. Y, tras haber releído el texto -en castellano- de Jorge sobre Monterroso -sin que en ningún momento estuviera totalmente seguro, por supuesto, de lo que decía-, he decidido empezar mi semblanza de Jorge con una frase de Gabriel García Márquez al describir a Monterroso. Su peligrosidad se funda -citaba Jorge a García Márquez- en la sabiduría solapada y la belleza mortífera de la falta de seriedad.

Porque pensé: es una frase hermosa, y es hermoso que Jorge la haya elegido. Porque no hay mucha gente en este mundo capaz de entender el verdadero humorismo: son elegidos, un puñado de elegidos, y uno de ellos es Jorge Herralde. Sí, Jorge es una de las pocas personas que saben que la sabiduría suprema solo se encuentra en una falta de seriedad mortífera. Puedo expresarlo de otro modo: me asombra que Jorge no sea novelista. Tiene el carácter de los grandes novelistas: se niega a tomarse en serio lo que otros se toman en serio. Y eso sin duda resulta consolador para sus autores, porque Jorge es «impermeable» a la censura, a las malas críticas, a unas bajísimas ventas: formas diversas a través de las que trata de imponerse lo serio.

Y al poco de pensar que Jorge era una especie de novelista al revés, un novelista sin novela, me vino a la cabeza un pensamiento contrapuesto al anterior, y me dije: «¡Pero mira la lista de nombres que Jorge ha reunido en el catálogo de Anagrama! ¿Es que no lo ves?» Porque hay muchas maneras de escribir una novela sin escribir una novela, y una de ellas es ser un editor tan inteligente como Jorge. Ha dado cobijo en el mismo espacio a los novelistas más acrobáticos del Reino Unido y de Norteamérica (Ishiguro, Amis, Auster) y a los novelistas más acrobáticos de España. Y se me ocurrió que si tuviera que decir qué literatura envidio más hoy día diría -sin ninguna duda- que la

literatura en castellano: escritores como Monterroso y Vila-Matas y Bolaño, y Alan Pauls y Rodrigo Fresán; y, más de mi talla y edad, Alejandro Zambra. Y, cómo no, a todos ellos los ha publicado Anagrama. Me di cuenta de que muy posiblemente pronto leería solo a autores avalados por la venia de Jorge Herralde.

Y esto es ciertamente insólito. Porque un novelista no siempre puede decir que se siente en una editorial como en su propia casa. A menudo se dan momentos en los que tu editor te cuenta cosas de un escritor que le encanta (y que a ti te parece sencillamente ilegible), y la confusión que sientes es casi tan intensa como la que... -cómo decirlo- sientes cuando descubres unas fotografías de los exnovios de tu novia y te parecen todos carentes de encanto, gordos, con caras cubistas. Y te preguntas si tú también tienes ese tipo de cara. Mientras que Jorge es la «novia» modélica, el editor modélico: todos sus anteriores amantes eran atractivos.

Pero supongo que debo reconocer también que, no obstante lo «en casa» que me siento en Anagrama, puedo sentirme asimismo un poco nervioso. Porque soy muy consciente de que Anagrama es histórica: de que es una editorial que siempre ha sido fiel a su radicalidad, que siempre se ha resistido a todo tipo de asechanzas -incluida la censura-. Cuando tengo una tarde perezosa, por ejemplo, pienso en la historia de Anagrama y me siento culpable, y vuelvo al ordenador. Creo que la primera vez que sentí esta especie de responsabilidad fue en Barcelona, adonde había viajado para la presentación de mi primera novela. Tenía veinticinco años, y al llegar Jorge y Lali me dieron un marcapáginas en el que se leía «El retorno del British Dream Team», que celebraba la reciente publicación de Amis, McEwan, Ishiguro y Barnes, todos en la misma temporada... Yo procuré no asustarme. Traté de ser valiente. Pero al final me derrumbé cuando, años después, de nuevo en Barcelona para la presentación de mi segunda novela, al registrarme en el hotel el conserje me dio un paquete de Anagrama. ¡Los primeros ejemplares de mi libro!, pensé. ¡Qué detalle! Pero no: de hecho eran dos libros, ninguno de ellos mío, que analizaban con minuciosidad infinita la historia de Anagrama. Los leí con terror sentado en la cama de mi cuarto. Así, bajé al vestíbulo con paso reacio: agobiado por las fotografías de Jorge y Lali al lado de mis héroes: Vila-Matas, Pombo, Bolaño, Pauls..., y la lista interminable de los títulos de Enzensberger...

Pero en lo más profundo del corazón sé que no hay nada que temer. Sigo volviendo a la sabiduría de esa falta de seriedad. Esa sabiduría sabe que la censura no es más real que una lista de bestsellers. No puedo olvidar que Jorge es el editor de mi idolatrado P. G. Wodehouse: el escritor menos serio que haya existido jamás. Y pienso: la nobleza de la historia de Anagrama y el alma traviesa de Jorge están de hecho relacionadas. En realidad son lo mismo. Doy por sentado que Lali ha sabido siempre este secreto. Porque solo es posible crear una historia de tal *gravitas* si uno se mantiene fiel al valor último de lo «no serio», la pura literatura. Esto es verdad en el caso de un novelista, y también es verdad en el caso de un editor.

Así...

*El Editor, el Novelista: Jorge Herralde, el Guapo. Felicidades.*²⁷

Adam Thirlwell

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO

Este inesperado galardón tiene para mí un valor muy especial: por otorgarlo la Feria de Londres asesorada por la Publishers Association, es decir, mis colegas, y por haber sido concedido a tan eminentes editores. Confío en que este noveno premio no arruine su prestigio. Me siento pues muy halagado, aunque, como sabemos todos, la distinción más deseable, le Grand Prix, es poder seguir llevando a cabo este oficio exaltante de editor, que tantas vías de felicidad propone (y cuyos aspectos ingratos nada infrecuentes escamotearé aquí, con un enérgico *editing*).

Entre estas vías felices figuran de forma destacada en mi experiencia editorial, y limitándome solo a los autores británicos, las siguientes:

- Dar a conocer nuevas voces (me resisto a emplear la palabra «descubrir»: como muy bien escribió la excelente editora Diana Athill, «reconoces» las nuevas voces, no las «descubres», palabra demasiado pomposa). Así, cuando recibí de la agencia Deborah Rogers el manuscrito de una primera novela, *Politics*, de un jovencísimo y extremadamente talentoso escritor llamado Adam Thirlwell, que me conquistó de inmediato, el típico *coup de foudre*, *the Shock of Recognition*.

- O el placer continuado de acompañar a jóvenes debutantes a lo largo de

su fructífera carrera posterior, durante décadas, como en nuestro caso ha sucedido con Ian McEwan, Julian Barnes, Martin Amis, Kazuo Ishiguro y Hanif Kureishi, de la llamada generación Granta o en nuestro país, por culpa mía, British Dream Team.

- O relanzar a clásicos negligidos u olvidados en nuestro país como el gran P. G. Wodehouse o Evelyn Waugh, o excéntricos tan conspicuos como Saki o Ronald Firbank.

- O, en las exploraciones intelectuales de la más inconformista *non fiction*, podría subrayar la presencia, en nuestros combativos «Cuadernos Anagrama» de los años setenta del siglo pasado, de artículos como *La liberación de la mujer: la larga lucha*, de Juliet Mitchell, procedentes de aquella publicación, la *New Left Review*, capitaneada por Perry Anderson, para mí imprescindible en aquellos años esperanzados y turbulentos. O, más recientemente y cambiando de registro, las asombrosas investigaciones de Oliver Sacks, el incansable antropólogo en Marte.

En fin, para mí no hay nada mejor que este oficio de editor, este oficio que aspira a la excelencia (sin desatender la supervivencia) y que tanto estimula la imaginación y la permanente curiosidad, la vieja emoción artesanal durante el proceso de producción de un libro, este oficio que, por cierto, en estos últimos tiempos convierte a los editores en héroes inesperados, se dice que quizá irrelevantes en el futuro, pero que sigue siendo tan adictivo que quien lo ha probado difícilmente lo podrá abandonar, al menos de forma voluntaria.

Quiero agradecer a tantos autores que hayan aceptado publicar en nuestro catálogo y naturalmente también a los numerosos colaboradores que han participado en nuestra aventura, iniciada en 1969. Así, presentes en este acto, mi esposa, colaboradora y cómplice Lali Gubern y las responsables de las negociaciones, a veces espinosas, de los derechos de autor Paula Canal y Jane Pilgrim. Y desde luego Koukla MacLehose, nuestra scout en Londres.

Y, para terminar, en este día para mí muy especial, quiero recordar a un gran editor y un gran amigo, Christian Bourgois, que murió hace unos pocos años, y quien, entre otras muchas cosas, tanto hizo por la difusión en Francia de la literatura hispánica y a quien tantos colegas, como yo mismo, echamos mucho de menos.

Jorge Herralde

«JORGE HERRALDE Y LA CONSTRUCCIÓN DEL GUSTO»²⁸

La primera vez que vi a Jorge Herralde en su despacho, hace quizá veinte años, estaba rodeado de originales; papeles que inundaban el suelo en el que fijaba su vista de hombre que alterna la timidez y el sosiego con una intranquilidad que le viene del gusto, de la búsqueda, de la impaciencia, obsesiva a veces, de aquello que le apasiona encontrar. Con mano firme y con el apoyo, que en su caso no se puede soslayar, de su mujer, Lali, ha ido construyendo un universo de libros que tienen su sello, es decir, su impronta, y que ya no son solo de sus autores, todos ellos tan diversos, sino de Anagrama. En el mundo editorial actual esa tradición constituye ahora algo así como un milagro, pues no es muy común, en las circunstancias actuales de la edición, que los catálogos se parezcan casi por completo al retrato intelectual del responsable de su elaboración. Es, pues, una biografía del gusto personal de Herralde la que ha ido dibujando Anagrama. La combinación incluye gusto, entusiasmo y afán de descubrimiento, y, también, deseo de ser auténtico sabiendo lo difícil que es apostar por esa «legítima rareza» que le inspira, como definición personal, la lectura de un verso de René Char que repite cada vez que se le hace una pregunta que requeriría un titular: «Desarrollad vuestra legítima rareza.» Y es raro, Jorge Herralde es raro; no es una persona a la que uno pueda definir de un trazo. En realidad, para definirlo habría que leer todo su catálogo, y leyendo esta entrevista veremos por dónde ve el porvenir este hombre que tanta vida lleva detrás y que dentro de cinco años, cuando cumpla ochenta, compartirá aventura con Feltrinelli, una compañía que se construyó, también, a partir del gusto personal, de la pasión por editar para entender. Le pregunté a Jorge Herralde: «¿Vale la pena este oficio?» Y respondió: «Yo no

sabría hacer otro.»

Mucha vida, ¿no?

Empecé en la década de los sesenta. Después de varios proyectos o fantasías que no llegaron a cuajar, en septiembre de 1967 decidí convertirme en editor. Me fui a París, estuve una semana visitando todas las editoriales que me interesaban y en abril de 1969 salieron los primeros títulos.

¿Qué le llamó de este oficio?

Creo que, como a todos los editores literarios, la lectura, al igual que a todos los autores. Y, a partir de ella, intentar contagiar los propios entusiasmos. La edición es un tema pasional, básicamente. En aquellos momentos, en los sesenta, en España había continentes por descubrir, en buena parte gracias a la censura. Muchos de los libros relevantes se habían publicado en América Latina, con la particularidad de que las mejores editoriales de América Latina estaban fundadas o vivificadas por exiliados españoles, desde Gonzalo Losada hasta Antoni López Llausàs, en Sudamericana, a Joaquín Mortiz, dirigida por Díez-Canedo, el hijo del gran crítico literario; en Fondo de Cultura también entraron intelectuales españoles significativos... Todo esto fue muy importante.

Durante años, debido a la censura teníamos que leer muchas novelas traducidas en Argentina o en México. A mí ahora me preguntan recurrentemente en entrevistas o conferencias en América Latina sobre las traducciones españolas: «Es que no se entienden muy bien, hay mucho argot.» Esto ocurre, especialmente, en las novelas con mucho diálogo y muy contemporáneas, no en los ensayos ni en otro tipo de novelas. Mi respuesta es: «Acostúmbrense.» Yo en mi juventud leí muchísimas traducciones argentinas en las que, aparte de tiempos verbales, había toda una lista de palabras que eran distintas, el «saco», la «pollera», la «pileta», pero enseguida te podías orientar, con buena voluntad.

Dijo la palabra entusiasmo, que es una palabra que le define mucho, pero ¿cómo mantener el entusiasmo en un oficio en el que hay tanto vaivén, en el que hay disgustos porque los autores se quedan, se van, piden más a los agentes que embarran el estadio?

No sé por qué. Debe de ser por alguna anomalía genética, pero el entusiasmo persiste. En efecto, es un oficio muy extraño, muy apasionado, con una relación muy particular con los autores y expuesto a muchos sobresaltos. Estos sobresaltos usted, como editor que ha sido, los conoce muy bien, provocan heridas importantes. Pero, bueno, hay que sobrepasar eso y seguir adelante.

Y siempre está el aliciente del descubrimiento de nuevos autores, o, para ser más precisos, porque la palabra descubrir es un poco enfática, el reconocimiento de que un manuscrito de un autor desconocido es muy bueno, te parece muy bueno. Digo esto del reconocimiento porque una gran editora inglesa, Diana Athill, publicó *Stet* [*vale lo tachado*]. *Recuerdos de una editora* en Trama Editorial y lo he leído y me ha gustado mucho, y ella es más partidaria del concepto del reconocimiento que del descubrimiento. Yo también.

Está en un momento culminante de su carrera como editor, y lleva ya en esto...

Cuarenta y dos años. El primer libro, que es desde cuando se acostumbra a medir la vida de la editorial, salió el 23 de abril de 1969.

¿Cuál fue el primer libro?

Fueron varios casi simultáneos: *Detalles*, de Hans Magnus Enzensberger, y un libro sobre Pierre Choderlos de Laclos y *Les liaisons dangereuses* [*Las amistades peligrosas*], de Roger Vailland. Tuvieron muy buena acogida por parte de la crítica. Estaban expuestos en la Feria del Libro de Madrid de 1969. En *Triunfo* salió una media página muy entusiasta hablando de los dos y la periodista Juby Bustamante me hizo para el periódico *Madrid* mi primera entrevista como editor, un gozoso sobresalto inesperado. Y en catalán sacamos una colección efímera de textos publicados en castellano en América Latina y que aquí eran difíciles de conseguir, pero cuyos autores y libros me habían causado un gran impacto, como *El oficio de vivir*, de Cesare Pavese, considerado entonces uno de los escritores italianos más importantes, y *Baudelaire*, de Jean-Paul Sartre, que para muchos fue un autor fundamental.

Esa salida fue como un manifiesto.

En otra colección política, llamada «Documentos», la más castigada por la censura, sacamos *Los procesos de Moscú*, de Pierre Broué, un historiador trotskista, que era una visión crítica del estalinismo y de dichos procesos.

Estaba la mirada sobre Europa de Enzensberger, la mirada sobre la poesía de un marxista... Había no sé si una provocación, pero evidentemente no salía a complacer al auditorio.

Creo que los editores tienen que ser -y muchos lo son- diferentes y auténticos, y que los catálogos reflejan en buena medida su visión del mundo. Hay un verso de René Char, dedicado a los poetas que también se podría aplicar a los editores: «Desarrollad vuestra legítima rareza.»

¿Ha sido raro?

Anagrama tenía unas características atípicas cuando empezó, sobre todo en la década de los setenta, esa década tan sobresaltada en la que en Anagrama estaban todas las facetas de la izquierda heterodoxa pero, al mismo tiempo, la contracultura, el buscar nuevas corrientes de pensamiento, muchas en Francia, y aquí muy poco conocidas, como el estructuralismo, la antipsiquiatría, el freudomarxismo... En aquel tiempo me pareció que el ensayo reflejaba más vivamente los intereses de la época y de cierto tipo de lector insatisfecho con el franquismo. Esto, por una parte. Por otra, la novela, que había sido y continúa siendo mi gran pasión como lector, me excitaba menos y además era un territorio ocupado por editoriales con mucho más pedigrí y más capacidad económica como Seix Barral, luego Barral, Lumen, que entonces empezaba, y otras. España ha sido un país de grandes editores que me ha complacido citar a menudo. Por ceñirnos a la posguerra, creo que Janés fue el primer gran editor español. Un editor en el que se veía, creo, una de las características fundamentales de los editores que lo viven con pasión y que podríamos llamar «la emoción artesanal». Cuidar todo este proceso apasionante de transformar un manuscrito en un libro. Si es una traducción, buscar siempre los mejores traductores, porque un mal traductor para un libro literario es un crimen que lo invalida durante décadas; las mejores cubiertas posibles, consultadas muy a menudo con los autores, las contracubiertas, las fajas... Todo este proceso de edición, hasta después desembocar en la promoción. Sabe como periodista que en Anagrama hacemos promociones constantemente, extenso servicio de

novedades, ruedas de prensa continuas, invitaciones a tantísimos escritores extranjeros... Estas son nuestras armas como editorial independiente para luchar en lo posible con grupos de mucha mayor potencia.

Sus armas han sido el gusto y la promoción, esa promoción continua en la que usted mismo se ha involucrado, y ha creado escuela. Hoy el editor joven quiere ser el Heralde de su década o de su tiempo.

Supongo que si sucede eso, también hay sentimientos contrapuestos, como es lógico y normal. O sea, quizá ocurra eso y al mismo tiempo el obvio deseo de matar al padre.

Lo que quiero decir es que usted fue encontrando ese estilo o tuvo claro que ese era el pulso que se debía seguir.

El estilo está desde el principio, como puede verse en el catálogo, pero fui aprendiendo. Yo venía de una familia sin ninguna experiencia editorial y me inventé como editor, como tantos otros. Pero lo hice aprovechando también no diría el modelo pero sí el estímulo de esos editores que he citado y de editores extranjeros como Einaudi, Feltrinelli, Gallimard, Minuit, Christian Bourgois y tantos otros.

Ahora, después de su propia experiencia y de ver a otros, ¿cuál sería para usted la definición del editor?

Ya le he dado varias, pero, por ejemplo, una podría ser: el que ha configurado un catálogo fiable para que los buenos lectores confíen en autores desconocidos, a los que hay que apoyar; el que practica una política de autor con los escritores en los que más cree, y así les ayuda a tener el sosiego necesario para que puedan edificar su carrera. En resumen, la marca como contraseña. Para el trabajo del editor, por ejemplo, Christian Bourgois utilizaba a menudo la expresión un *passieur*. Como un barquero que traslada un texto desde la orilla de la literatura, que es el autor, hasta la orilla de la lectura, que está en las librerías. Un intermediario.

En medio de la vorágine a la que estamos asistiendo, ¿cuál es el papel del editor, qué papel le espera?

Estamos en unos tiempos complicados para todos, mutantes, y toda

profecía es particularmente arriesgada. Nos enfrentamos a dos fenómenos que no habían aparecido hasta ahora, hay como un cambio de paradigma, por así decir. Una crisis económica mundial de enormes dimensiones, en España además aupada por la dichosa burbuja inmobiliaria, y luego el *e-book*. Parece que el *e-book* tendrá más importancia a medio plazo, pero está presente, y aunque haya empezado lentamente, está aquí para quedarse, lo que va a modificar las relaciones entre editores, autores, agentes y libreros. Tengo siempre muy presentes las librerías porque desde adolescente, mucho antes de ser editor, me pasaba horas en ellas, sobre todo en una famosa librería de la época, Áncora y Delfín, que dirigía Enric Folch, luego editor, pero antes un grandísimo librero que te aconsejaba y te llevaba a la rebotica donde estaban los libros prohibidos que entraban clandestinamente. Ese papel de la librería como lugar de encuentro donde se comentan las lecturas, donde se recomiendan libros, en las que actualmente hay clubs de lectura... Las librerías hacen ciudad. Y esto es muy importante.

En el tema de la cultura, estoy muy a favor de Francia, y de su excepción cultural y de la Ley Lang sobre el precio fijo: ha sido, hasta ahora, como un dique contra esta banalización que ha ido invadiendo el mundo cultural, gracias al cual han persistido en buena parte las librerías. Como recordará, aquí en España, durante el primer gobierno de Aznar, ultraneoliberal, hubo un intento de cargarse el precio fijo, pero todo el sector reaccionó unánimemente en Madrid y en Barcelona: los editores, los libreros, los autores, los distribuidores..., y ante el ruido optaron por no seguir adelante.

Tenemos la fortuna, y la desgracia para ellos, de ver los ejemplos estadounidense e inglés, que muestran cómo, a causa del precio libre, ha quedado prácticamente arrasada la red de librerías independientes.

Siguiendo con eso, en Francia hay una vivísima conciencia acerca de la importancia de las librerías, y en junio de 2011 se celebró en Lyon un gran encuentro con más de quinientos libreros para analizar profundamente todo este tema. Uno de los lemas fue: «Mi librero no vende libros al peso sino que da peso a los libros.» ¿Y cómo? Conociéndolos, por la forma de exponerlos, sabiendo quiénes son los clientes interesados en ese libro... En cierta manera, el librero, solo por la forma de escoger los libros y por cómo los expone en sus librerías, cumple también una función prescriptora muy análoga a la del editor.

¿Su temor con respecto a las librerías se basa en el hecho de que el *e-book* pueda hacerlas desaparecer?

Ahora hay otro factor mucho más inmediato: la crisis. El peligro está en la crisis económica: estamos viendo cómo muchas librerías están en dificultades, la salida no se ve clara, tienen complicaciones con la financiación, por lo que se producen muchas devoluciones, uno de los aspectos más significativos de los dos últimos años. Simplemente no pueden aguantar en las estanterías los libros que han tenido poca rotación, lo que antes había sido el orgullo de las mismas librerías: tener un buen fondo editorial. En cuanto al *e-book*, por el momento, cuantitativamente representa poquísimo en España, Francia o Italia. En Estados Unidos es más significativo, pero tampoco tanto más, según las informaciones de la prensa cultural, porque sí, ha subido bastante en los últimos años, pero si descontáramos las enciclopedias, los libros de temas legales o médicos y cosas que ya van directamente al *e-book*, diría que, con respecto a las novelas, aún es bastante bajo. Y ha sido un proceso lento.

En 2000 estuve en el Congreso Internacional de Editores de Buenos Aires y allí hubo varias ponencias en las que se daba a entender que el *e-book* haría desaparecer al libro en papel en meses o en años. Aquello parecía «el congreso del terror», porque los libros en papel ya parecían obsoletos en este mundo acelerado. Una alarma prematura. Jünger Boss, el director de la Feria de Frankfurt, comunicó hace poco los resultados de un estudio internacional con más de mil participantes, y la conclusión final fue que el 40% de los consultados opinaba que en el 2018 las ventas en *e-book* sobrepasarían por primera vez al libro en papel. Estamos ante una ecuación con muchas incógnitas.

Luego está el tema de las descargas no autorizadas. La literatura y la edición han prosperado gracias a los derechos de autor. Los creadores ya no dependen del señor feudal o de la Iglesia, sino que dependen del mercado, con sus libros protegidos por los derechos de autor. Habrá que buscar soluciones, que no las sé, imaginativas con respecto a esto.

En España se ha producido el pequeño gran milagro de que los tres grandes grupos se han puesto de acuerdo con respecto al *e-book*, y nos han invitado a varias editoriales independientes a participar, cosa que Anagrama ha hecho desde el mismo inicio. Y para proteger el tejido librero las ventas se

efectúan solo a través de librerías. Estos son los buenos propósitos. De momento, las ventas son escasas y es difícil, una vez más, hacer predicciones. Lo que sí se ha incrementado mucho es la venta de los diversos tipos de aparatos para leer libros. En cambio, el número de descargas, al menos legales, sigue siendo bajo. Hay una curiosa asimetría entre el crecimiento del número de aparatos y el menor crecimiento de descargas.

En el momento en el que estamos, ¿la marca va a seguir teniendo tanta trascendencia?

Este puede ser uno de los grandes problemas del libro electrónico. La marca prácticamente desaparece, y en todo caso la marca son aquellos autores con muchos lectores que en sí mismos se convierten en marca. Pero, para escritores que empiezan, sentirse publicados y amparados por un sello editorial fiable tiene una gran importancia. Luego, cuando triunfan, este vínculo, como bien sabe, adelgaza, lo cual tiene su lógica.

Ahora, según mi experiencia con Libranda, el *ranking* de libros más vendidos casi es simétrico al del libro en papel. Por ejemplo, en nuestro caso, Paul Auster e Ian McEwan son con diferencia los más vendidos. Pero las librerías no pueden albergar ni muchísimo menos esta sobreproducción descomunal a la que están sometidas y hay lectores encaprichados que buscan libros inencontrables. Y el *e-book* tendrá consecuencias muy valiosas en ese sentido. Por ejemplo, en América Latina, donde los libros son más caros por los gastos de envío, de desplazamiento, por el IVA en algunos países, por la moneda, etc., el *e-book* los abaratará. También para libros descatalogados. En fin, ventajas puede tener muchas, pero hay que buscar un delicado y complejo equilibrio para que no se rompa el invento.

Desde su veteranía, ¿qué desventajas ve en el *e-book* desde el punto de vista de la estética del libro tal como lo hemos interiorizado?

Mi veteranía es ajena al *e-book*, es previa.

Pero coincide en el tiempo.

Nos cruzamos y espero que no sea un topetazo. Como tantísimos lectores, como casi todos diría yo, excepto las jovencísimas generaciones, soy un adicto al libro como objeto, a la composición bien hecha, al papel, a todos los

tópicos reales que se han dicho. Soy un adicto al libro tradicional. Creo que fue Umberto Eco quien dijo: «El martillo, las ruedas, las tijeras o el libro son objetos perfectos.» Se pueden hacer algunas volutas rococó adicionales, pero ya está, el libro es un objeto perfecto. En especial cuando se hace con la emoción artesanal a la que he aludido al principio.

Un objeto perfecto del que en el año 1995 o 1996, cuando empezaron las nuevas tecnologías, ya se decía en Frankfurt que iba a desaparecer, y, sin embargo, ahí está.

Sí, sí, y se publica muy bien. Sin embargo, hemos asistido a la bancarrota de Borders y a la venta de Barnes & Noble, que son dos grandes cadenas librerías. También durante los últimos años casi han desaparecido las librerías independientes, aunque ahora hay un resurgir. El periodista y editor Robert McCrum decía: «Ahora asistimos a la desaparición o a recortes importantes de bibliotecas públicas, que habían sido una institución inglesa más sólida que la reina de Inglaterra.» Esto es cierto, pero desde una óptica optimista, como contrapartida, también ha surgido un fenómeno en expansión en Inglaterra, que aquí está en los inicios, y que son los clubs de lectura, con los que se transmite la pasión por la lectura; y un cierto resurgimiento de librerías independientes después de muchos años de haber casi desaparecido.

¿El editor será otro? ¿El Heralde de la era del *e-book* tendrá los mismos parámetros? Dice que no puede ser profeta, pero un editor siempre es un profeta, publica un libro y cree que va a funcionar.

Como todo, el espíritu del tiempo afectará a la figura del editor, tendrá que intervenir más asiduamente en cuestiones tecnológicas, estar mucho más implicado en fenómenos como el de los *blogs*... Aquí, en la editorial, hay un par de personas jóvenes atentas a aquellos *blogs* que parecen más afines a la editorial, también tenemos una página web, estamos en Facebook, Twitter, etc.

¿Cómo se siente en este universo que está afectando de una manera tan importante a su vocación?

Un poco perplejo ante el futuro. De todas formas, en estos momentos aún es posible aplicar los principios básicos de mi forma de entender el mundo de la edición pero ampliando la curiosidad a las nuevas tecnologías.

Ahora bien, volviendo a la crisis, esta ha provocado que la edición sea cada vez más mimética. Siempre ha habido una tendencia al respecto, pero ahora sale Stieg Larsson y hay cincuenta posibles Larsson, una novela histórica de éxito y... ¡gran *boom* de la novela histórica! En cuanto a la novela negra..., yo había sido gran lector de novela negra o criminal, y había publicado a Patricia Highsmith, pero en España iba más bien despacito. Y, de súbito, se produce una explosión.

Por necesidad, comprensible, de supervivencia hay muchos editores que son más miméticos y menos personales que otros. Hay una expresión de Einaudi hablando de la edición «sí» y la edición «no» que dice algo así: «La edición “sí” es aquella preocupada fundamentalmente por la buena literatura, por el ensayo profundo y lúcido y que busca que cada libro sea un libro valioso y original en sí mismo; versus la edición “no”, que es la edición repetitiva y que va simplemente en busca del posible bestseller siguiendo la secuela de otras experiencias». La edición «sí» es la que pretende ser fiel a la búsqueda que enriquezca.

Habla de lo que decía Einaudi, edición «sí» y edición «no», y antes nombraba las listas de los más vendidos. Parece que el lector está más a favor de la edición «no».

Me temo que sí.

¿Qué consecuencias tiene esto para editoriales como la suya?

La buena literatura en general siempre ha sido minoritaria, o comparativamente minoritaria. Por ejemplo, la editorial y colección estrella de los años sesenta, Biblioteca Breve, de la Seix Barral de Carlos Barral, editaba libros de los que se vendían unos pocos miles y con suerte. Entonces el mercado con mayúsculas no existía, los escritores no hablaban de anticipos ni de dinero simplemente porque no había, existía una carencia total en ese sentido. Es decir, que siempre ha sido mayoritariamente minoritaria.

De todas formas, en la España de los años ochenta, con el desarrollo económico, un mayor acceso a la universidad y un montón de factores bien conocidos, se asistió de forma ya bastante sistemática a las buenas ventas de la llamada literatura de calidad, y que aún persiste, pero menos, pues también ha sido castigada.

Hay una relación que ha sido tradicional, fuese sólida o no, entre el editor y el autor. Ahora los nuevos medios hacen que el autor tenga una prevalencia sobre su obra que antes tenía el editor, quien la publicaba. ¿Cómo ve esta relación? ¿Cómo ha sido la relación con el autor y cómo vislumbra que puede evolucionar?

La relación entre editor y autor ha tenido bastantes etapas, comenzando por la feudal. Incluso en el siglo XX, en Francia, cuando publicaban por primera vez a un autor, tenían el llamado *droit de suite*, es decir, el derecho de seguimiento para los cinco libros siguientes, o sea que se convertían prácticamente en posesión del editor. Esto se ha ido atenuando a lo largo de las décadas. Ahora estamos en el extremo opuesto, debido a la aparición de los agentes literarios y de los grandes grupos. Naturalmente, ante la necesidad de la facturación, los anticipos crecieron exponencialmente, muy a menudo por encima de las posibilidades reales de venta, lo que contribuyó a adelgazar la relación entre el autor y el editor. Y unos pocos agentes se han especializado en esto, porque si estas relaciones adelgazan, el tránsito a otro sello es menos doloroso y conflictivo.

Con respecto al tema del *e-book*, diría también que es demasiado pronto porque las ventas son muy pequeñas, aún se están discutiendo porcentajes, ha habido ya varias iniciativas, muy embrionarias, de agentes que quieren convertirse en editores. El primero fue Andrew Wylie, con Odyssey, pero se plantó Random House, que era quien publicaba a sus autores y le dijo que si seguía por ahí no haría ningún contrato más con él. Y se echó atrás. De momento. Poco después, el agente literario Ed Victor anunció que iba a empezar a publicar libros, a hacer de editor con seis libros que ya no estaban en el mercado, al año siguiente sacaría otros seis y no renunciaba a publicar textos inéditos. En cierto modo, retomaba su antigua vocación de editor, porque cuando le conocí era el segundo de Jonathan Cape, la más prestigiosa editorial británica. El gusanillo de la edición es fuerte. Carmen Balcells decía: «Lo que tiene la edición es que es muy *sexy*, y ser editor es lo más *sexy* de todo.»

¿Lo cree usted también?

No, más que *sexy* es muy atractivo mientras uno lo pueda ejercer. Esto se

nota en un tema que no hemos abordado, no solo en España sino en todo el mundo: la gran cantidad de pequeñas editoriales muy literarias que, por así decir, están condenadas a la excelencia. Para crear marca en esta avalancha de títulos y para que tengan su club de fans tienen que ser, sin pausa, excelentes e imaginativas. Y no pocas lo son.

Antes ha hablado de los agentes que quieren hacerse editores. Sabe que cuando algo ocurre una vez, aunque se arrepienta quien lo puso en marcha, eso mismo termina ocurriendo.

Es algo que está latente. Es un problema añadido.

¿Y cuál es su actitud? Porque Random House amenazó y cumplió su amenaza, usted como editor...

Esto es capaz de hacerlo un poder fáctico, como podrían ser aquí, en España, Planeta, Random o Santillana, pero una editorial independiente no puede plantarse.

O sea, que los editores deben darse por vencidos...

No necesariamente. Si se entra como un elefante en una cacharrería, publicando mil títulos al año, esto sí que causa un trauma profundo, pero, de momento, tanto lo de Andrew Wylie como lo de Ed Víctor ha sido una probatura. Y volvemos a lo difícil de la profecía: según cómo les vaya en estos experimentos, los incrementarán o los mantendrán estables, o simplemente se retirarán.

A lo mejor es que usted ha hecho de este oficio algo tan sexy que los agentes han visto que puede tener su atractivo.

Pregúnteselo a Carmen Balcells. Ella es la que tiene el *copyright* de la frase. Yo me limito a repetir lo que dijo.

A lo largo del tiempo ha visto cómo los agentes han ido cobrando una trascendencia y una importancia capital, ¿cómo ha percibido esa influencia en su trabajo o en el de los editores y autores? ¿Cómo ha afectado a esa relación tradicional entre el editor y el autor?

Como siempre, depende de cada uno de los autores, de cada uno de los agentes y de cada uno de los editores. Con muchos agentes literarios, con la mayoría, tengo muy buenas relaciones; con la mayoría de los autores, también.

Para facilitar el paso de una editorial a otra y para todo este sistema de premios que están irrigando el país, creo que es más útil un agente. Sobre la difusión internacional, hay agentes que lo han hecho muy bien: Carmen Balcells o, hace menos, Antonia Kerrigan. Pero también lo han hecho las editoriales durante muchos años, por ejemplo Anagrama. Para lanzar a buenos escritores literarios poco conocidos es más eficaz un editor literario que un agente. Es un aspecto importante y comprobado. ¿Por qué? Porque hay una especie de club informal de editores que nos movemos en la misma longitud de onda en varios países y que conocemos nuestros gustos, que publicamos por el placer de publicar buenos libros. Naturalmente, intentamos que este placer no acabe, que no se convierta en una tragedia y que la editorial desaparezca. Hay un principio básico: el de editar autores minoritarios -o todavía minoritarios- por el placer de la buena literatura. Dicho esto, para negociar los macroderechos de un Gabriel García Márquez o de un Mario Vargas Llosa, es infinitamente mejor un agente literario.

Volvamos al autor. Ha visto a muchos autores haciéndose, pero ¿ahora mismo encuentra que el autor, el joven sobre todo, tiene la misma actitud que cuando venía a verle? Los autores jóvenes, en un mundo en el que ya hay agentes, derechos que pueden controlar, ¿siguen teniendo la misma actitud ante el primer libro o eso ha cambiado?

Cuando el autor escribe el primer libro, en general, esta actitud no ha cambiado. Al cabo de unos cuantos libros es cuando algún agente literario dice: «Bueno, veamos este que está despuntando... Vamos a tentarlo.»

Revolotea.

Esperando el momento para ficharlo. Que siga sin agente también depende de la eficacia de la editorial y de si los autores ven el trabajo que se hace -no solo en cómo se edita en España y en América Latina, que es otro tema muy importante- con respecto a las traducciones y a la difusión internacional. Por poner un ejemplo, Alejandro Zambra, joven autor de tres novelas breves, muy singulares y excelentes. Ya hemos hecho diez contratos con *Bonsái* y seis con

La vida privada de los árboles, pero con la última novela, *Formas de volver a casa*, antes de su publicación, enviamos el PDF a varias editoriales y lo han comprado cinco, entre ellas Farrar, Straus and Giroux. Lo recomendó Natasha Wimmer, la traductora de Roberto Bolaño, quien dijo: «El único autor que he recomendado en estos años es Zambra.» Y las otras son Mondadori, Suhrkamp, Éditions de l'Olivier y Karaat. Y, además de la difusión internacional de Zambra, desde Anagrama lanzamos a Roberto Bolaño, Álvaro Pombo, Javier Marías, Rafael Chirbes, Enrique Vila-Matas... Autores *a priori* minoritarios que pronto tuvieron un núcleo de editores muy atentos.

Me gustaría mencionar a tres editores. Con quien tuve un trato más directo fue con Christian Bourgois, que murió hace poco, gran editor y gran amigo, que en Francia publicó a muchos de los mejores autores en lengua española de las últimas décadas. Y Christopher MacLehose, de Harvill, en Gran Bretaña. El tercero sería Siegfried Unseld, el editor de Suhrkamp.

Unseld, que era capaz de caminar medio mundo para invitar a un autor a un bocadillo. Esa es una característica muy interesante del editor, el hombre que se enorgullece del éxito ajeno. ¿Cree que sigue existiendo ese entusiasmo por que el otro triunfe?

En mi caso, el de Zambra me ha llenado de satisfacción. Otro caso reciente es el de Juan Pablo Villalobos, un joven autor mexicano que vivía en Barcelona, desconocido en México y en España. Con su primera novela, *Fiesta en la madriguera*, sobre el narcotráfico a través de la mirada de un niño, logramos ocho o nueve traducciones. Es muy gratificante ver cómo el entusiasmo que hemos puesto en autores que eran absolutamente desconocidos es aplaudido y celebrado por los editores que apreciamos. Un caso curioso, el de Villalobos. Se lo envié a Berenberg, que fue asesor literario en español de Wagenbach y después de Antje Kunstmann; creó hace unos años una pequeña editorial exquisita de no ficción, le mandé *Fiesta en la madriguera* y le gustó tanto que decidió empezar una serie de ficción con este libro.

Sigue teniendo el entusiasmo y sigue haciendo promoción continua de sus libros.

Son los temas que más me interesan. Escoger y participar activamente en la producción del libro y posteriormente en la promoción. Naturalmente, en la

editorial hay profesionales muy válidos en el equipo de prensa, de edición, etc., pero yo intervengo muy asiduamente. Una cosa también característica de la editorial, como sabe, en los últimos diez años sobre todo, es una mirada cada vez más persistente hacia América Latina y con un mayor número de autores latinoamericanos publicados. Creo que en la actualidad son la mitad del catálogo con respecto a los españoles. Y también la edición sistemática de sus libros en su país de origen y en España, en Argentina y México, y en menor escala en Chile, Venezuela, Perú y otros países latinoamericanos. Esto ha contribuido muy positivamente a la difusión de Anagrama en América Latina. Siempre había sido buena, pero esto la ha reforzado.

Usted arriesgó. Lo que está pasando ahora es que los jóvenes probablemente no puedan publicar a no ser que se arriesgue una editorial consolidada. Pero si las cosas siguen así, si los jóvenes no publican a los jóvenes...

Las comparaciones de diferentes épocas también son difíciles porque ahora hay que tener en cuenta las posibilidades reales para arriesgarse. Muchas de estas editoriales empiezan con una o dos personas publicando diez o quince libros al año. Anagrama empezó también con dos personas, una secretaria y yo, pero publicando ya demasiado desde el primer año. Son tiempos difíciles, la crisis golpea a todos, y también a las librerías. Aunque las más vocacionales hacen como de incubadora de estos nuevos sellos y les dan un trato preferente. Eso se observa en algunas de las mejores librerías de España.

En cuanto a arriesgarse... Hay muchas editoriales con pocos recursos económicos, pero como el stock mundial de buenos libros que no se han traducido es inmenso, como existen multitud de libros más minoritarios y buenos libros que estaban en un catálogo editorial cuyos derechos han caducado, a estas editoriales les ha parecido rentable reeditarlos y los han repescado.

Pero entre ellas también abundan los sellos imaginativos, que están creando un perfil propio buscando territorios poco transitados, como es el caso de Minúscula, algo antes Acantilado, otros como Libros del Asteroide, Global Rhythm, Alpha Decay, Errata Naturae, Periférica... Me dejó muchas, pero hay unas cuantas en las que se observa esta vieja máxima de que «elegir

es excluir», se adivina quiénes tienen fuste de editor. Otra cosa es la tenacidad y la suerte para seguir adelante.

Lo que si es cierto es que estamos hablando de la crisis editorial, la crisis de la librería, de la crisis del libro y cada vez aparecen más sellos. Ha citado casi siete u ocho nuevas editoriales, ¿eso significa que están locos o significa que es el porvenir?

Un poco locos están, como lo estamos todos, empezando por los editores. Esta actividad tiene componentes un poco enloquecidos. Diría que hasta hace unos diez años parecía que el territorio ya estaba copado con los tres grandes grupos, unas cuantas editoriales veteranas, y poca cosa más. Pero, precisamente hace diez años, escribí un artículo, «Los nuevos insumisos», donde hablaba de unas veinte editoriales recién aparecidas, aunque ahora en vez de un artículo tendría que escribir un libro porque saldrían doscientas o trescientas. ¿Cómo se explica esto? Gracias a las nuevas tecnologías se han abaratado mucho los costes, se pueden hacer tiradas más pequeñas y que los libros tengan un precio de venta asequible, porque, antes, con tiradas bajas se disparaban los costes. También pueden buscarse libros sin anticipos o con anticipos bajos, traducciones a veces rescatadas... Es decir, se puede aprovechar inteligentemente el estado de las cosas. Y hacer economía de guerra, con una o dos personas, es decir, explotación y autoexplotación. También hay que persistir para ir configurando la marca, la credibilidad. Por último, algunos se mueven muy bien entre sus coetáneos, con gente joven, veinteañera o treintañera, con una presencia muy activa y propiciando encuentros en la Red.

Una tercera fase. ¿Qué lo convierte en un oficio de locos?

El oficio del editor es absolutamente impredecible. El éxito de un libro depende de tantos factores que cada libro es una apuesta. Recuerdo que cuando empecé a editar, mi padre, que era un fabricante metalúrgico, me preguntaba cómo iban las cosas y le parecía de locos que enviara libros a América Latina sin seguros ni nada, al albur. Por no hablar de la censura franquista y de los secuestros de libros.

Y muchos otros factores. Creo que se vive más intensamente debido a la relación con los autores, a que cada producto es un prototipo, sobre todo los

libros literarios, otra cosa son los bestsellers y sus interminables secuelas. También influye la relación con la prensa, que es una relación a la vez cordial y complicada; o el catálogo, que se tiene que defender ante el múltiple acoso del resto de editores. Es decir, que requiere una pasión, una atención y una cintura que lo convierten realmente en algo enloquecido y apasionante.

Empezó con un entusiasmo que ha descrito en muchos artículos, se le nota en todas las cosas que hace. En un momento determinado llegó a un acuerdo con Feltrinelli, y a los que nos hemos educado con libros de Anagrama nos resultó al principio un poco traumático, pero luego todo el mundo lo ha recibido como lo natural, como lo que se tenía que hacer. ¿Cómo lo tomó?

Ni siquiera los editores somos inmortales, por lo que había que pensar en una solución para el futuro de la editorial, siempre «futuro» entre comillas porque todo es provisional, como demasiado bien sabemos. Fingiendo ser una persona sensata me dije: ¿cuál es la mejor solución? Pensé que podría optar por uno de los grandes grupos editoriales españoles o extranjeros que se habían interesado por Anagrama, siempre les había dicho que me sentía muy halagado, y que llegado el momento pensaría en ello. Y no había duda. En las editoriales independientes del panorama español no se daban las condiciones para una absorción. En editoriales extranjeras, sí. Mi preferida con mucha diferencia es Feltrinelli, tanto por la gran relación de amistad con Inge, primero, y con Carlo después, como por la sintonía con el proyecto Feltrinelli. A su vez, Carlo, desde hacía muchos años, me decía: «Si quieres vender alguna acción de Anagrama alguna vez, aunque solo sea una, la quiero yo.» Llegamos muy rápidamente a un acuerdo, por ninguna de las dos partes hubo ningún problema.

¿Cómo se siente ahora cuando se sienta con un socio?

Nos hemos sentado como socios un día, el día que firmamos el acuerdo definitivo de todo lo que se había pactado. Pero con Carlo me siento en total sintonía. Y hay un fructífero intercambio de información. Entra aquí como alguien a quien le gusta Anagrama.

Y usted entra en Feltrinelli como alguien a quien le gusta Feltrinelli.

Exacto.

¿Qué le interesa de Feltrinelli?

Que siendo una empresa familiar con una enorme potencia está basada muy fundamentalmente en el libro, a través de la editorial y a través de las 104 librerías Feltrinelli.

Es una empresa familiar basada en el libro.

En el amor al libro. Y también en querer ayudar a cambiar la sociedad, a mejorarla, eso es bastante inequívoco. Son conscientes de que el mundo está cambiando, claro, y esto lo decía en una entrevista reciente uno de sus directivos, parece que hay una tendencia a ser establecimientos multiproducto: venden libros, DVD, toda clase de aparatos tecnológicos, para, precisamente gracias a eso, poder seguir vendiendo libros.

Feltrinelli significa una manera de editar en Europa, como Anagrama y otras. ¿Hay algo que distinga la edición europea, por ejemplo, de la competidora más fabulosa, que es la estadounidense?

Diría que la edición europea es más sólida y más literaria. En la edición americana hay algunas editoriales, como Knopf o Farrar, Straus and Giroux, que, aunque pertenecen a grandes grupos, preservan su independencia literaria, pero muchas han desaparecido o son poco significativas. La famosa City Lights Books es muy importante histórica y cualitativamente, pero no cuantitativamente. Luego hay muchas editoriales universitarias de gran seriedad y solvencia, pero la ola de mercantilismo también les está afectando muy considerablemente.

Y hay otro gran tema, el tema de las traducciones. Pese al éxito tremendo de Roberto Bolaño, o el fenómeno Gabriel García Márquez en su día..., se siguen publicando muy pocas traducciones al inglés, tanto en el Reino Unido como en Estados Unidos. Hay un libro excelente, *La República mundial de las Letras*, de Pascale Casanova, cuya tesis es que, aunque Francia o la literatura francesa no irradian de forma espectacular desde hace años, París sigue siendo el centro necesario para la difusión internacional de los autores, porque se traduce mucho más y mucho antes que en los grandes grupos de Nueva York y de Londres.

«LOS DIVOS PUEDEN MATAR DE ABURRIMIENTO A SUS AMIGOS Y EDITORES»²⁹

Jorge Herralde es a sus setenta y ocho de los que defienden y practican que la jubilación es un derecho, no una obligación. Anagrama, su gran obra, está en un piso en el elegante barrio de Sarrià en Barcelona. Nada de edificios ostentosos, carteles publicitarios. La policía municipal del otro lado de la calle está habituada a que sus visitantes se pierdan. En su despacho no hay pantallas, portátiles ni internet, tampoco en su casa. Se declara un *off-line*. La editorial sí está equipada a la última: ordenadores, redes sociales. Dice que, para él, las nuevas tecnologías son una manera de perder el tiempo. Prefiere leer. Es un lector compulsivo, voraz, con gran ojo para descubrir obras y talentos. Tal vez el más grande de sus hallazgos es Roberto Bolaño.

En el piso de Sarrià se respira armonía. Pilas de libros de tapa amarilla se agolpan en los lados, entran y salen mensajeros. Huele a cultura, a un mundo que no debe desaparecer. Entre sus empleados predominan las mujeres. Todos parecen saber que trabajan en un taller de orfebres, lejos de la industrialización del saber, o del parecer. Anagrama es un caso único en un mundo de gigantes económicos. Herralde se sienta detrás de su mesa, un lugar en el que se siente seguro. Antes de comenzar la entrevista comenta que le gusta la revista en papel de *Jot Down*; la descubrió en La Central. Presume de sortear la crisis económica sin haber despedido a una sola persona. Es una excepción.

Hoy he desayunado con Mar Padilla, una amiga de Médicos Sin

Fronteras. Le he dicho: «Voy a entrevistar a Jorge Herralde», y ha contestado: «¡Hombre, he crecido con él!» ¿Tiene la sensación de que ha ayudado a crecer a varias generaciones?

No diría crecer, una palabra demasiado enfática, pero sí acompañar, ilustrar, divertir, gozar. A escandalizarse, quizá. Me lo han dicho a menudo, y en América Latina, muchísimo. Anagrama tiene una difusión persistente y grande desde hace años en América Latina, sobre todo en México. Me lo han comentado escritores que he publicado y críticos. Me decían: «Veo mi biblioteca personal y casi todos son Compactos Anagrama», que eran bastante más baratos. Entre lo que leían estaban Bukowski, Hunter S. Thompson, Tom Wolfe, Roald Dahl y tantos otros.

Es la única gran editorial independiente en medio de un mundo de grandes grupos. ¿Cómo lo ha conseguido?

Luego han surgido más. Está Pre-Textos, Acanalado y otras más recientes. Han surgido muchas porque editar es muy barato con las nuevas tecnologías. Otra cosa es mantenerse en el tiempo. Siempre ha habido un índice de mortalidad elevado entre las nuevas editoriales. ¿Cómo se consigue? Con vocación, perseverancia, mucho trabajo e ilusión, y todo ello acompañado por la benévola música del azar, es decir, la suerte.

¿Si tuviera que elegir entre libro electrónico o libro de papel?

Es un planteamiento que para mí no existe: libro de papel. Como profesional estamos desde el primer día en Librandia. Todas las novedades de los últimos años salen simultáneamente en libro electrónico, también un buen número de reediciones, pero con resultados mediocres, como en toda Europa. Reproduce casi exactamente la lista de nuestros bestsellers. Lo que más se vende es Paul Auster, Ian McEwan, y cuando se produce un acontecimiento especial, como ahora con Tom Wolfe. Cambia mucho en EE.UU. y en el Reino Unido. Allí cometieron, en mi opinión, el inmenso error del llamado precio libre, que es en realidad la ley de la selva. Primero ocurrió en Estados Unidos hace muchos años; después, en Inglaterra hace quince. Hubo una alianza impía entre dos grandes grupos editoriales, Random House y HarperCollins, y la gran cadena de librerías WHSmith. Con una visión miope se dijeron: «Vamos a dejar el precio libre, a bajar precios y a arruinar a las librerías; luego

seremos los reyes del mambo.» Pero hubo un defecto en este planteamiento milagroso: no contaron con Amazon, que ha devorado a dos grandes cadenas de librerías estadounidenses que a su vez habían hundido a las librerías independientes. Ahora les afecta a ellas. Una desapareció totalmente; de la otra solo quedan restos escuálidos.

¿Cómo ve Amazon? ¿Es un aliado, una competencia o un depredador?

Independientemente de la segurísima enorme bondad de sus dirigentes, están destruyendo el tejido librero y editorial. En la Europa continental aún tenemos la fortuna de haber peleado por el precio fijo. Esto no lo pueden sortear, pero inventan cosas, como la entrega gratis a las veinticuatro horas. Hay una gran pelea entre editoriales francesas y Amazon, andan metidos en litigios. En España, Amazon ha crecido poco a pesar de sus ímprobos esfuerzos. Tampoco hay demasiada cultura de compra por correo. España es lo opuesto de EE.UU. Allá, desde los tiempos del *Far West* existían los grandes catálogos que se enviaban desde Nueva York con vendedores. La compra por catálogo, que es como se hace en internet, era lo habitual. Juegan a favor las enormes distancias. En España, con ciudades más pequeñas y compactas, y próximas, se compra mucho menos por este sistema.

Las librerías con libreros tienen dificultades. En Madrid tengo una de cabecera: Méndez, en la calle Mayor. Es la favorita de Vargas Llosa, Pérez-Reverte, Mateo Díaz y otros. Son personas que saben de libros. Si les dices «Estoy preparando un trabajo sobre la locura» te sacan diez libros de referencia. Todo esto corre riesgo de desaparecer.

Por fortuna aún quedan cruzados, que son nuestros aliados naturales. Son prescriptores también; conocen a sus clientes, les recomiendan lo que saben que les puede interesar. Aún quedan, pero con dificultades. Por una parte, está la enorme crisis que padecemos desde el 2008; por otro, los alquileres de precio libre que ahora han dejado de estar regulados. Esto ha provocado catástrofes. Hace quince años había muchas librerías en la Quinta Avenida de Nueva York. No queda ni una. Todas se han reciclado, por decirlo así, en tiendas de moda con un margen de beneficio mucho más amplio.

¿Cree que es una situación temporal? ¿O cuando acabe la crisis se va a

mantener?

El precio de los alquileres es un problema internacional. Publiqué un libro muy bueno, de Jason Epstein, un legendario editor. En la primera parte analizaba la evolución de las librerías en Nueva York, cómo habían ido desapareciendo muchas de ellas en sitios privilegiados para que se pudieran instalar tiendas de moda, desde Benetton a Calvin Klein.

También está el cambio generacional. Hay una librería en paseo de Gracia, Roquer Jardinet, a la que le suben muchísimo el alquiler. La dueña es una señora que la fundó hace treinta y pico años. Es una librería que iba bien, dentro de las dificultades, pero no puede asumir un alquiler como si fuera Chanel, Zara, qué sé yo. Tiene que cerrar, cerrar llorando. Se despidió porque tampoco tiene familia que tome el relevo. Esto tiene que ser algo muy vocacional y sacrificado. En otros casos, como Jaimes, que estaba al lado de la Casa del Libro, consiguieron un local cerca. Ha cerrado Canuda y a Documenta le suben el alquiler, por lo que está buscando un socio para mudarse de local. A la enorme crisis general se une el cambio de costumbres.

Creo que un efecto importante, lo digo como hipótesis personal, sin ninguna base científica pero sí con muchos ejemplos que me han comentado, es que una mayoría de los chicos de dieciocho años, que son los lectores naturales del libro de bolsillo, ya no leen, sino que se entretienen con sus cacharritos y así pasan las horas. Esto explicaría la caída mundial del libro de bolsillo. El libro de bolsillo, que era fundamental para muchas editoriales, como Random House, ha dado un bajón estrepitoso. Esto es porque sus lectores naturales han desertado.

En este cambio de paradigma, como se dice, nos estamos perdiendo algo. A mí me gusta oler los libros, tenerlos en casa. Es como si tuvieras tu vida, tu memoria reunida. No sé tener estos sentimientos en un aparato electrónico.

No me tienes que convencer. Soy el primer convencido. Para mí es impensable. Nadie sabe lo que va a ocurrir. Jugar a futurólogo es una osadía demasiado ingenua. Lo único que se puede decir es que el mercado se ha encogido y seguirá encogido. Somos una de las poquísimas editoriales que publicamos exactamente el mismo número de títulos, unas setenta y cinco novedades y unos treinta títulos en bolsillo, y que no hemos despedido a nadie.

Es casi seguro que en editoriales un poco importantes no hay un equivalente. Naturalmente hemos reducido tirajes. Sobre todo en las reediciones. Hacemos muchas, pero de mil ejemplares, de dos mil. Muchos colegas también han reducido drásticamente las tiradas. Los anticipos también se han reducido, para dolor de los agentes, pero hay que adecuarse a una realidad hostil, a un mercado anémico.

¿Qué debe tener un libro para que le interese, para que diga «lo quiero publicar»?

Los editores literarios con vocación estamos casi obligados a publicar buenos libros. Se detectan enseguida con experiencia, sobre todo en mi caso, que llevo cuarenta y cuatro años al frente de Anagrama. Y que sean congruentes con tu catálogo. Hay libros que están bien pero no tienen nada que ver con el tipo de libros que publica Anagrama. Tenemos un abanico amplio, pero hay cosas que están firmemente excluidas. Lo que se busca es una voz nueva, alguien que escriba de una manera distinta. No rompedor por rompedor. Cuando hay una voz propia se nota enseguida. En una o dos páginas lo ves: «Aquí hay un escritor.» Otra cosa es que se consiga sostener esa voz durante toda una trama hasta el final, la intriga, los personajes, etcétera.

¿Cuál es el trabajo del editor? ¿Ayuda a mejorar el texto tanto si el escritor es importante como si no lo es?

Las dos cosas. Prácticamente con todos los escritores, incluso los consagrados y buenos, hay detalles menores que se pueden mejorar. Nosotros lo hacemos. Como el autor es inteligente, ve que el libro va a quedar mejor, que tiene unos ojos a la espalda que le ayudan a leer mejor. Con los escritores primerizos hay que meterse más a fondo, marcar los fragmentos disfuncionales, los personajes que no acaban de estar desarrollados. Se hace, si se tiene que hacer, con los autores jóvenes. Esto es un aspecto de la edición literaria. Luego está otro tipo de edición que es la comercial. Es ese tipo de edición con editores especializados en coger un manuscrito más bien informe, de calidad regular, e ir trabajándolo con el autor, muchas veces bisoño, como en el caso de Ildefonso Falcones; hacer un trabajo de ingeniería literaria para que no queden cabos sueltos. Es como fabricar un bestseller.

Empezó publicando ensayo y antropología. ¿Prefiere ficción o no ficción?

Publiqué ensayo, pero la gran mayoría de libros eran muy políticos. Yo era antifranquista. Había censura. Estaba, no diré en los estertores porque duró bastante, pero no era la cosa blindada de los años cuarenta, cincuenta y primeros sesenta. Había una cierta apertura, peligrosa para nosotros: tuvimos diez secuestros, procesos. Si se mira el catálogo de Anagrama de los años setenta parece impensable que se logaran colar estas cosas. También era muy cinéfilo. Hicimos una colección de cine; creo que fue la primera en España. Se llamaba «Cinemateca Anagrama», donde publicamos bastantes títulos. También tengo una colección de la época, para mí muy apreciada, que se llamaba «Cuadernos Anagrama». Fueron casi doscientos títulos, de diversas materias. Casi la mitad eran políticos, pero también de sociología, antropología, cine; también de literatura. Eran textos breves, sintéticos, pero, más que textos de divulgación, eran piezas de grandes escritores de gran valor intrínseco y exigencia teórica. Por primera vez, en España se publicó a Althusser, Lacan, Lévi-Strauss. También había una colección de narrativa variopinta llamada «Serie Informal» que respondía perfectamente al título porque salía desde el primer Tom Wolfe hasta los sonetos de Shakespeare traducidos por Agustín García Calvo.

Cuando empecé con la editorial, lo que más me excitaba era participar en el debate político e ideológico de la época junto a mis queridos compañeros. Fundamos Distribuciones de Enlace, una distribuidora común. Todos eran de izquierdas en una amplia gama y culturalmente vanguardistas. Ocupábamos territorios ideológicamente distintos. Barral Editores, Lumen y Tusquets eran básicamente literarios. Éramos peleones. En Madrid, el único era Pedro Altares, al frente de Cuadernos para el Diálogo, con textos que oscilaban de una democracia cristiana progresista a un socialismo no demasiado exaltado. Estaba Alfonso Carlos Comín al frente de Laia, una editorial volcada en el eurocomunismo y en el diálogo entre cristianos y marxistas; estaba José María Castellet al frente de Península y Edicions 62, que también era marxismo y catalanismo. Anagrama era de todas las familias de la izquierda heterodoxa. Publicábamos al Che Guevara, a Rosa Luxemburg, León Trotski, Mao Tse-tung, Bakunin o los situacionistas franceses. Es lo que más me divertía.

A toro pasado es fácil ver los fallos. ¿Cree que la Transición estuvo bien hecha?

Ahora está de moda decir que estuvo mal hecha. Decir que estuvo bien hecha es una herejía. Es un tema complicado. En su día me pareció fatal. Pero sabiendo de dónde veníamos, la fuerza de la reacción en España, el influjo bestial de la Iglesia... Como muy bien dijo no recuerdo quién, «la Guerra Civil la ganaron los curas y la perdieron los maestros». Me parece una frase exacta. Estaba el ejército, la gran banca y la Iglesia. La verdad, era mucho enemigo. Hubo que pactar. Porque si no, sin diálogo, hubieran aplastado a la izquierda. Se podrá discutir si se hicieron demasiadas concesiones. En su día para mí fue una decepción, como les sucedió a casi todos mis amigos. Hoy tendría un diagnóstico más favorable.

Se pactó y al final la derecha ha arrasado; la izquierda ha desaparecido.

Sí, pero ¿acaso podían no ganar? Esa es la pregunta. Con los gobiernos socialistas hubo durante muchos años un cambio en España, evidente, y para bien. Luego con Aznar volvimos a las andadas. Lees la prensa, ves lo que se hace, cómo se están cargando el Estado del bienestar. Y este famoso Wert: es un monumento a la comicidad involuntaria. La última que ha hecho sobre el Erasmus, cargándosele y al cabo de dos horas desmintiéndose, y el gobierno, tolerándolo. También están las declaraciones de Aznar, como un tótem. Es de lo más rancio.

¿Es de esa España de la que se quiere independizar una parte de Cataluña o es de la otra?

Diría que sí, que es de esa España. Con este gobierno es muy cierta la frase de «fábrica de independentistas». Hay mucha torpeza por una parte; y por la otra, no poca. Parece todo calculado para el choque de trenes. El otro día alguien expresó una metáfora que me parece pertinente. Es como el juego de la gallina, el juego de la película *Rebelde sin causa*: dos coches a toda hostia cerca del abismo; el que salta primero se salva, el otro se mata... Parece que están jugando a eso. La familia Godó, que han sido notorios españolistas durante décadas, cambian de repente, imagino que por cuestiones de mercado y las ayudas de la Generalitat que convierten a *La Vanguardia* en catalanista.

Apostaron fuerte por el sector independentista desde sus páginas para sorpresa de muchos. Hace nada, hace días, publicaron un editorial sobre la moderación. Entre la Zarzuela, los poderes económicos españoles y catalanes, la fractura dentro de los partidos, de la propia Convergència, y naturalmente de Convergència i Unió, del PSC... No está nada claro. Uno puede entender lo que se llama la *rauxa* en Cataluña, el ansia de separarse, el ansia por la independencia ante una hostilidad manifiesta en muchos casos. Se ha vendido una imagen de los catalanes que han perpetrado varios periódicos que se dedican sistemáticamente a ello. Es una visión sesgada y equivocada. *La Vanguardia* preguntó a sesenta y tantos catalanes sobre el asunto. Todos eran independentistas menos tres. Éramos las ovejas negras. Yo aposté por una opción federalista. En todo caso, pedía diálogo, mucho diálogo, porque si no íbamos al choque de trenes, y si recuerdo bien acabé diciendo «si *manca finezza* mal tema y peor final». Es una cualidad de los buenos políticos, pero políticos con cintura parecen escasear bastante.

Hay algunos empresarios, algunas editoriales, como Planeta, que han dicho que se irían si hubiera una independencia. ¿Qué haría Heralde?

Como José Manuel Lara está por encima del bien y del mal, puede decir cualquier cosa. Creo que no se iría, casi por una cuestión laboral: aquí hay un tejido editorial muy fuerte. Creo que no se iría y que no desea en absoluto la independencia. Y yo no me pienso ir.

El único símbolo que funciona en España, tras la crisis de la monarquía, es la selección de fútbol, la Roja, y casi se la carga José Mourinho. Da la sensación de que este es un país sin símbolos comunes. Venimos de una Edad Media mal resuelta, como sostenía Américo Castro. Seguimos discutiendo sobre cosas que otros países resolvieron hace siglos.

Es verdad, la formación de España también es un asunto complicado. Regresando al presente, eso de vender la marca España de esta forma tan patética demuestra una falta de talento político, de mínima sensibilidad. Es que ni haciéndolo aposta. Es como si fueran trotskistas infiltrados para cargarse el proyecto.

¿Qué hacemos con Ryszard Kapuściński? ¿Dónde colocamos sus

libros? ¿En ficción o en no ficción? Le admiraba mucho, en muchas cosas es mi referente.

Yo lo sigo admirando. Creo que es fundamentalmente no ficción con posibles floreos y adornos narrativamente más eficaces que no desvirtuaban la verdad final. Esta es mi interpretación.

¿Cómo descubre a Kapuściński?

Lo descubro leyéndolo en francés. Leí *El Sha* y *El emperador*, sobre todo. *El emperador* me pareció una obra maestra. Contacté con Agata Orzeszek, la gran traductora, y lo empezamos a publicar. En quince años, cinco títulos. Hubo buenas críticas, él aparecía a menudo en televisión, venía mucho a Barcelona. Pero el techo eran dos mil ejemplares. Luego, de repente, por estas cosas misteriosas, *Ébano*, que es un gran libro, pero para mí no el mejor, toca una tecla misteriosa y se convierte en un *boom*. Pasa de dos mil a setenta mil ejemplares. Los lectores retroceden diciendo «caray, qué bueno es este tío», y leen sus obras anteriores. Se instaló como un bestseller en todos sus libros, en mayor o menor medida.

Para mí el mejor es *Un día más con vida*.

Ese es buenísimo; sí, buenísimo. Conocí mucho a Kapuściński, éramos amigos. Esta anécdota la cuenta Agata Orzeszek en una tesina que aún no está publicada, pero que la tengo aquí exactamente, pues me la mandó la autora. Estábamos comiendo los cuatro y le pregunté a Kapuściński: «¿Qué libro que no se ha publicado en español te gustaría...? O ¿cuál es tu libro favorito?» Él me dijo: «Bueno, como todos los autores, el que estoy escribiendo. Pero si tuviera que pensarlo un poco más, diría *Un día más con vida*.» Naturalmente lo compré en francés. Me pareció fantástico y se publicó con gran éxito. Para mí los favoritos son *Un día más con vida* y *El emperador*.

***El emperador* es un ejercicio de técnica periodística maravilloso.**

Es fantástico; sí, sí.

Muestra cómo reproducir una situación sin haberla vivido, solo hablando con las fuentes indirectas. Hay quien sostiene que se refería

también a la Polonia comunista.

Es lo que hizo durante décadas *Triunfo*: no hablaba jamás de política española porque no podía hablar, al menos no como hubieran querido. Haro Tecglen, Manolo Vázquez Montalbán y todos los demás de la revista escribían de política internacional, pero con un guiño clarísimo a la situación española.

Enric González sostiene que Vázquez Montalbán se inventó el pasado antifranquista del Barça. Lo escribe en un libro estupendo sobre el Espanyol publicado por Libros del K.O. González asegura que el verdadero antifranquista era su equipo.

Sí, bueno, esto son querellas de *hooligans*.

¿Qué autor español le hubiera gustado publicar y no ha conseguido?

Con la gran cantidad de buenísimos autores que hemos publicado, las carencias son mínimas. Una de mis novelas favoritas, de cuando empecé a leer seriamente, es *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos. En el año sesenta leí a Borges, que era difícil de encontrar. Tenía todas sus obras y las que escribió con Bioy Casares. Pero no fue posible porque ya estaban contratados, no estaban esperando que Anagrama se decidiera a empezar para reservarles sus libros. Sería desleal con mis autores estar como una plañidera por no haber podido publicarlos.

¿Existe alguna relación con Javier Marías después de la ruptura?

No, cesó la relación. Cesó hace muchos años.

¿Y con Enrique Vila-Matas?

También cesó. Lo que pasa es que con Vila-Matas no hemos coincidido en ningún sitio porque casi no sale de casa. Está ausente de todos los festejos.

¿Le gusta Muñoz Molina?

He leído algunos libros. Estuve a punto de contratar su cuarta o quinta novela, no recuerdo, pero su agente, Raquel de la Concha, optó por otra editorial. Tengo con él una relación de muchos años, esporádica, pero muy cordial.

Si hubiera que destacar un escritor del que se siente muy satisfecho, ¿Bolaño sería el principal candidato?

Bolaño ha sido una revolución. Revelación y revolución, pero no solo en España, sino en todo el mundo, especialmente en un mercado tan poco propicio como el norteamericano. En Estados Unidos casi no hay un escritor menor de cincuenta años que no lo tenga como modelo, ejemplo o estímulo. Acompañarlo durante diez años hasta que se murió, ver cómo iba creciendo, cómo a partir de magníficas novelas cortas, como *Nocturno de Chile* y libros de cuentos, llegó a *Los detectives salvajes*, que fue un auténtico bombazo. A partir de ahí empezó a ser conocido y pudo desprenderse de sus penurias económicas.

Vivía con muy pocos medios, casi en la pobreza.

Vivía en Blanes, una pequeña localidad de la Costa Brava, en un piso con su mujer y su hijo y, después, la hija. Pero vivía mucho también en un pisito en la calle del Loro, diminuto. Tenía un camastro, una silla, un ordenador y una nevera vacía. Tenía la pasión de la literatura. No solamente de escribir sino de leer. Ha sido uno de los mejores lectores que he conocido, con un gran conocimiento de la literatura en lengua española y de la poesía francesa. Un auténtico genio.

¿Él llegó a vivir su éxito?

Llegó a vivir parte de su éxito. Ganó el Premio [Herralde] en 1998 y murió en 2003. Durante esos cinco años publicamos seis o siete títulos. Hacíamos de agentes suyos, lo vendimos en muchísimos países. Llegó a ver la primera edición en lengua inglesa de *Nocturno de Chile*. En EE.UU. lo publicó New Directions, una pequeña editorial enormemente prestigiosa, la de Sebald y Tabucchi, con una cita de Susan Sontag superelogiosa en contraportada. Allí arrancó Bolaño. Con *Los detectives salvajes* alcanzó la primera gran cima. La segunda fue *2666*. Obras de esta envergadura se dan muy pocas en la literatura universal.

¿Él sabía que era un genio?

Era extremadamente modesto, con una gran ambición literaria; pero era el

antidivo, cosa no tan frecuente entre escritores buenos.

Muchas veces el divo mata al escritor.

Pueden coexistir, pero los divos pueden matar de aburrimiento a sus amigos y editores.

¿Está Bolaño a la altura de García Márquez y Vargas Llosa?

Podría parecer una opinión interesada en tanto que soy editor y amigo, pero se escribió en muchos artículos en EE.UU. que desde la aparición de las primeras, y en ocasiones mejores, novelas de García Márquez y Vargas Llosa, en los sesenta, *Los detectives salvajes* y *2666* estaban como mínimo a la altura.

Hay escritores mágicos que nacen en una familia mágica. Ellos lo tienen más fácil. Hay escritores mágicos que nacen en una familia normal y hay personas que ni son mágicos ni tienen familia mágica.

Sí, sí. Es el talento de cada uno en reciclar sus propias experiencias, su *background* familiar y personal. En el caso de Bolaño su familia tenía bien poco de mágica. Tenía un padre boxeador con el que se llevaba fatal. La madre era una mujer inteligente, muy socialista en los tiempos de Allende. Fue la primera que se exilió en España. No era ese mundo mágico de Macondo.

El escritor se alimenta de su infancia, está en una lucha contra esa infancia.

Sí, en buena parte sí. Esa es la teoría de los psicoanalistas.

¿Qué es un editor, un escritor frustrado o un lector voraz?

Es un lector voraz. Existe esa leyenda de que el editor es un escritor frustrado. De adolescente perpetré algunos cuentos y poemas, pero mi auténtica vocación fue la editorial. He escrito muchos textos recopilados en varios libros. Eran textos de los últimos quince o veinte años que me han requerido para revistas, periódicos, coloquios y presentaciones y que me divirtió mucho escribir. Creo que son ilustrativos no solo de la historia de la editorial, sino del paisaje cultural de un país y de América Latina también. Es

un poco como la cara B del catálogo de Anagrama, pero más movida.

¿Quién es el escritor más insoportable que ha conocido y ha tenido que aguantar porque quería publicarle?

Algún insoportable que ha desaparecido del mapa y que por razones higiénicas olvido. Todo escritor, incluso si es genial, quizá aún más si es genial, puede resultar enormemente incómodo. Primero para su familia, que aparece en sus libros más o menos maltratada; después para sus allegados y editores. Hay un libro magistral que leí hace un año: *Correspondencia entre Thomas Bernhard y Sigfried Unseld*. Unseld fue durante cuarenta años director de una de las más importantes editoriales alemanas en todos los sentidos, Suhrkamp Verlag. Bernhard empezó a publicar allí. Unseld era toda una figura, uno de los gigantes de la edición del siglo XX. Unseld, un hombre fornido y con vozarrón, contesta con una paciencia benedictina a las peticiones e insultos de Bernhard, sus reclamaciones sobre la publicidad, sobre cuándo le publicaban libros y las reediciones. Aguanta todo con una paciencia infinita hasta que al final de la correspondencia, ante lo que creyó un exceso de Bernhard, le escribe unas palabras que refulgen en medio del libro: «No puedo más.» Tras ese «no puedo más», que no pocos editores hemos sentido alguna vez, Bernhard le contesta: «Pues si no puede más, es muy fácil: sáqueme de su catálogo.»

A muchos escritores les cuesta reconocer lo que venden. Cuando la editorial les dice la cifra muchos piensan que les están engañando. ¿Ha vivido este tipo de situaciones?

A ningún escritor, y es lógico, le gusta vender poco. Esto da para algunos libros. Lo peor son los casos de escritores que tras haber vendido mucho en una novela, venden bastante menos en la siguiente. Esto me ha pasado y se vive mal.

Un día le preguntaron a Juan Goytisolo qué opinaba de Arturo Pérez-Reverte. Dijo algo así: «Me gusta, porque gracias a que él vende mucho, la editorial me publica a mí, que vendo poco.» ¿No le ha tentado nunca tener a Pérez-Reverte?

Sí, creo que fue su segunda novela, *El maestro de esgrima*. La mandó a

nuestro premio de novela. La leí, me pareció un artefacto muy bien hecho, bien escrito, pero que no era el tipo de literatura por la que apostaba Anagrama. Lo leí con placer. Le escribí una nota diciéndole que lo sentía mucho, que no se podía publicar, pero que lo felicitaba, o algo así. Lo cuento porque él durante años ha ido diciendo que le había rechazado un libro, lo que era cierto, pero por este motivo. Luego he seguido por la prensa su carrera literaria y he leído sus artículos, pero eso fue todo.

Pérez-Reverte declaró en una entrevista con Jordi Évole, en el programa *Salvados*, que los dos problemas de España eran que en el Concilio de Trento apostamos por un Dios oscuro en lugar de elegir a un Dios comercial y la Revolución Francesa, que no nos afectó; que aquí faltó la guillotina. En mi opinión falta una fecha: 1808. Teníamos que haber ido con los franceses, que traían el progreso, el laicismo. Siempre hemos elegido el bando más...

Equivocado, sí.

Se podría haber publicado una revista como *XXI*, que dirige Patrick Saint-Exupéry, sobrino nieto del escritor. Es trimestral y vende sesenta mil ejemplares. Una revista así de alta calidad, con grandes reportajes e investigación, no funcionaría en España.

En Francia existe un tejido cultural mucho más fuerte. Un tejido librero y cinematográfico mucho más fuerte, con la famosa Ley de la Excepción Cultural. Hay también una consideración por la cultura. Nada que ver con España. Jaime Gil de Biedma decía «este país de cabreros».

¿Cómo se consigue? ¿Con educación?

Claro. El gran problema que hemos tenido aquí, aparte del poder económico y el feudalismo, es la Iglesia. Ahora casi lo único que se puede ser sin margen de error es anticlerical. El clero en España ha sido terrorífico. Quien gobernaba en el franquismo era el nacionalcatolicismo.

Y sigue.

Y sigue.

Este Papa, Francisco, tiene un poco descolocado a Rouco Varela.

Sí, hombre, y tanto.

¿Son los agentes literarios un mal o un bien para el mundo del libro?

Tendríamos que matizar. En cierta parte son un mal, un mal que merecieron los editores porque durante mucho tiempo, y no solo en España, en Francia peor, había una especie de costumbres feudales. El editor era el amo y señor que rendía cuentas esporádicamente a sus escritores. En Francia digo que era peor porque existía un famoso *droit de suite*, «derecho de seguir», cuando un escritor publicaba una primera novela. El editor tenía el derecho de opción de las cuatro o cinco novelas siguientes. Nosotros hemos hecho de agentes, y lo seguimos haciendo, de muchos autores, desde Chirbes a Bolaño. Aplicamos el mismo porcentaje que los agentes literarios, que suele ser de un 20%. En cambio en Francia es del 50%. Lo he discutido con colegas franceses, pero está tan enquistado... Gracias a esto podemos seguir editando libros de autores minoritarios. Me parece excesivo, es una invitación a que cojan un agente literario. Es una cuestión de aritmética.

¿Qué tal con Carmen Balcells? La relación fue buena, pero después...

Con Carmen siempre ha habido altibajos. La conocí en Cadaqués, a finales de los sesenta. Durante los primeros años tuvimos una magnífica relación. Luego, bueno, con altibajos. Hace tiempo que no la veo. Es todo un personaje a quien Daniel Vázquez Sallés, el hijo de Manolo Vázquez Montalbán, le dedica un suculento capítulo en su libro sobre su padre.

Un agente sirve para que el escritor no tenga que escuchar las palabras del editor «Este libro es una mierda». El agente, que sí las escucha, traduce a su autor: «Les ha gustado mucho, pero no entra en la colección de este año.»

El editor nunca lo dice, excepto en casos patológicos, que los hay también. Una cosa es no publicar un libro y otra decirle al autor que es una mierda. Porque nos equivocamos y seguiremos equivocándonos. Aquí escribimos cartas corteses, a veces estándar, a veces más razonadas y personalizadas, explicando que no entra. Cuando es la estándar, decimos que tenemos el cupo

de contratos lleno, algo que a menudo es verdad, o que no entra en ninguna de nuestras colecciones. Si es más personalizada, uno tiene que cumplir con ese penoso deber, cosa que me ha sucedido hace poco con un par de manuscritos que tenían un valor literario más que aceptable, pero inferior a otras opciones de la editorial. Después hay que explicarlo en cartas razonadas, con ejemplos de qué es lo que me ha parecido muy valioso y qué partes no. A muchos autores, pese a los circunloquios y ondulaciones, lo que les queda es el no. Hay una viñeta famosa de la revista *The New Yorker* en la que se ve la típica figura del editor con un puro en la boca, como un potentado sobre su sillón. Enfrente el escritor, sentado en el borde de la silla, escuchimizado. Y el editor hablando y hablando mientras el humo del puro hace unas volutas que conforman la palabra «No».

Usted tiene fama de editor tacañón, no es de los que más adelantos da.

Es una versión muy discutible propiciada por algunos. Es fácilmente desmontable, pero sería un poco feo, estéticamente, al menos. La lista de anticipos no cubiertos por autores españoles es considerable. Aquí se han pagado durante muchos años y lo seguimos haciendo, ahora menos por la crisis, anticipos considerables jamás cubiertos, un poco por amor a los libros de esos escritores; porque me dolía, casi físicamente, prescindir de ellos aun a sabiendas de que serían ruinosos. Esto lo compensábamos gracias a *La conjura de los necios*, de Kennedy Toole, a Patricia Highsmith en su día, a Kapuściński. Esto se ha dicho en alguna ocasión por parte de algún escritor rechazado o dolido, pero no es cierto.

También tiene fama de editor que mima los libros de sus escritores.

Eso sí.

Que los acompaña. Dicen que usted se mira todo lo que dicen los periódicos.

En este proceso de acompañar al escritor, el editor debe conciliar paradojas. Una de ellas es hacer política de autor y a la vez descubrir nuevas voces que pueden ser incompatibles. Si haces política de autor, es decir, acompañar a un escritor a lo largo de su vida, este va ocupando un territorio editorial. Si lo haces con muchos no se podrían publicar nuevas voces. Hay

que restringir, seleccionar a los autores con los que quieres trabajar y lamentablemente prescindir de otros para dar paso al relevo de las nuevas voces.

¿Están los premios apañados? ¿Son *marketing*? ¿Se puede confiar en ellos?

Diría que el Planeta está apañado. No lo digo peyorativamente. La estructura del premio lo precisa. Cuando se da un anticipo de tales proporciones se tienen que tomar medidas, con acierto o sin él, para que no sea una catástrofe. Así lo ha hecho el Premio Planeta de forma comercialmente sabia. Es el premio más sólido, en ese sentido, que hay en España. Algunos que han querido imitarlo, como Plaza y Janés, fueron un desastre estrepitoso. El Premio Planeta se ha mantenido, aunque ahora, con la crisis, también los bestsellers han bajado a la mitad. Hay otros que lo han hecho tan mal que no pueden ser apañados. Es mera incompetencia. No digo nombres, pero algún lector perspicaz se puede dar cuenta de esto. Creo que en los nuestros, tanto de ensayo como de novela, lo último que se podía decir es que están apañados. Una vez premiamos un ensayo con el estimulante título de *Elementos de lingüística matemática*. Si hubo amaño sería para arruinarnos, en todo caso. Hemos premiado a autores como José Ángel González Sainz, que es un extraordinario escritor pero francamente difícil. Muchos de nuestros premiados se han convertido en autores fundamentales de la literatura en lengua española. Por citar algunos casos, solo unos pocos: Álvaro Pombo, que fue el primero, era prácticamente desconocido; Javier Marías, Vila-Matas, Rafael Chirbes, que quedó finalista y nunca quiso volverse a presentar, y lo hubiera ganado con cualquiera de sus obras siguientes. En el ámbito latinoamericano está el cuarteto mexicano: Sergio Pitol, que era casi desconocido, fue el segundo premiado, y después fue premio Cervantes, premio Juan Rulfo, un gran maestro; Juan Villoro, que es un brillantísimo escritor polifacético; Daniel Sada, aquí desconocido, un auténtico genio de la lengua; y ahora el último, Álvaro Enrigue, con una novela histórica contra la novela histórica. El hilo central es una partida de tenis entre Quevedo y Caravaggio en 1499, dos visiones opuestas de la Contrarreforma. Es uno de los mejores premios que hemos tenido y *a priori* uno de los más difíciles. Está Bolaño y los argentinos Alan Pauls, Martín Caparrós y Martín Kohan. La lista

literariamente es de primerísimo nivel, y con cierta frecuencia con resultados comercialmente precarios, ya sabidos por el editor.

Me gusta Vila-Matas. Tengo muchos de sus libros. Un día se lo confesé a Saramago en Tías. Él me respondió con una frase lapidaria: «Sí, pero no sabemos lo que piensa.»

[*Risas.*]

¿Es importante saber lo que piensa un escritor, cuál es su actitud política o vital?

En principio es preferible saber lo que piensa un escritor, un barrendero, todo el mundo, pero hay juegos de máscaras impenetrables, o más o menos impenetrables.

Veo que no tiene ni ordenador ni por supuesto internet.

No, yo soy *off-line* [*risas*]. Ni internet ni ordenador.

Me han dicho que solo móvil y con dificultades.

Sí, el móvil lo uso para llamar. Lo tienen pocas personas. Nada me horrorizaría más que estuvieran llamándome continuamente, o llamar yo continuamente. De todas formas, la editorial está perfectamente *on-line*. Paula Canal se encarga de Twitter y las dos chicas de prensa de Facebook. Estamos puestísimos y colgando cosas continuamente. En mi caso, aparte de que soy reacio y torpe en manejos tecnológicos, lo considero una pérdida de tiempo. Soy sociable pero al mismo tiempo me gusta la soledad, leer en paz. Casi nunca salgo los fines de semana. Durante la semana no paro de hacer cosas: comidas, cenas, encuentros, viajes. La perspectiva de un viernes por la tarde, cuando llego a casa y tengo dos días para leer con bolígrafo y post-it, me llena de felicidad. Y si veo ganar al Barça, felicidad redoblada.

CUESTIONARIO PROUST³⁰

¿Cuál es su idea de felicidad perfecta?

Solo tengo ideas de gratificante felicidad imperfecta.

¿Cuál es su mayor miedo?

¡Quién dijo miedo! (Y como añadiría Piglia: «Dijo él, muerto de miedo.»)

¿Con qué figura histórica se identifica más?

Enorme admiración por Gutenberg, Aldo Manuzio, Diderot y su *Encyclopédie*. Y Espartaco. Sin olvidar a Buster Keaton.

¿Cuál es la persona viva a la que más admira?

Obama. Messi.

¿Cuál es el rasgo que más deplora de sí mismo?

Cierta impaciencia.

¿Qué es lo que más deplora en otros?

La inautenticidad o una autenticidad odiosa. Y, a nivel personal, que no conectemos, que nos aburramos.

¿Qué es lo que más valora de sus amigos?

El *feeling* mutuo, tan a menudo instantáneo.

¿Qué palabras o frases son las que más usa?

¿Y qué más?

¿Dónde prefiere viajar o cuál es su viaje favorito?

Siempre París, todavía.

¿Cuál considera la virtud más sobreestimada?

La sinceridad tontorróna y satisfecha.

¿En qué ocasiones miente?

Acostumbran a ser mentiras piadosas (que intento no decirme a mí mismo).

¿Qué es lo que menos le gusta de su aspecto?

Me tolero benévolamente.

¿Cuál es su mayor pesar?

¿Pesar? Creo estar llegando a una ataraxia feliz.

¿Qué o quién es el amor de su vida?

Lali Gubern, mi pareja, y Anagrama, mi otra pareja, ambas amigas entre sí.

¿Cuándo y dónde fue más feliz?

En Barcelona y en París cuando empecé a preparar la editorial en otoño de 1967.

Si pudiera cambiar una cosa de sí mismo, ¿qué sería?

También me tolero ya, sin demasiado esfuerzo.

¿Cuál considera que es su mayor logro?

Mi mejor logro (o, mejor dicho, suerte) es seguir con la curiosidad alerta y coincidir con aquel añejo ideal del «hombre que trabaja y juega».

¿Cuál es su tesoro máspreciado?

Me atan poco mis fetiches.

¿Qué considera usted lo más profundo de la miseria?

Los inmigrantes que huyen, casi a ciegas, del horror.

¿Dónde le gustaría vivir?

Seguir en Barcelona.

¿Cuál es su mayor extravagancia?

Ser editor, supongo.

¿Cuál es la cualidad que más aprecia en un hombre?

Tanto en un hombre como en una mujer: la lealtad, la coherencia (y a veces la gloriosa incoherencia) y, desde luego, el imprescindible sentido del humor.

¿Quiénes son sus escritores favoritos?

Tantísimos. Digamos, en lengua española, Bolaño, Piglia, Pitol, Chirbes. Y antes, Borges, Martín-Santos, Gil de Biedma, Cernuda, etc., etc., pero no me resisto a añadir a Nabokov y Gombrowicz.

¿Quién es su héroe favorito en la ficción?

El chifladísimo Kinbote (*Pálido fuego* de Nabokov), Chinaski, Ignatius Reilly, Emilio Renzi. Y Tom Ripley, claro.

¿Quiénes son sus héroes en la vida real?

Tantos héroes anónimos que luchan contra la injusticia.

¿Cuál es su lema?

Me apropio de unos cuantos: «Hoy es siempre todavía» (Machado), «Amanece que no es poco» (Cuerda), «Una rosa es una rosa es una rosa» (Gertrude Stein), «Fútbol es fútbol» (Robson).

¿Cuál es su estado mental actual?

Poco preocupante, creo.

Si pudiera elegir cómo reencarnarse, ¿qué cosa/animal/persona elegiría?

Con una encarnación basta, *please*.

¿Cuál es su ocupación favorita?

El placer de la lectura.

¿Cuál es su característica más marcada?

Mi negativa a contestar el cuestionario Proust.

¿Cómo le gustaría morir?

Me gusta el epitafio de la tumba de Marcel Duchamp: «Siempre se mueren los otros».

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DEL PREMIO ATLÁNTIDA 2017³¹

OTORGADO POR EL GREMI D'EDITORS DE CATALUNYA

En primer lugar quiero agradecer al jurado del Gremi d'Editors de Catalunya, formado por colegas y por periodistas culturales, la concesión de este valioso premio que han obtenido, entre otras destacadas personalidades, dos editores amigos que me han precedido, Carlo Feltrinelli y Antoine Gallimard. Me alegra mucho, naturalmente, formar parte de este club.

Hablaré de cómo un lector progresivamente apasionado, intuitivo, autodidacta, en aquella posguerra de un país sin maestros (asesinados, exiliados, silenciados), se convirtió inopinadamente en editor, cuando nada parecía presagiarlo, ni por familia ni por los desgastados estudios de ingeniero industrial.

Mis primeros libros de infancia fueron los habituales, novelitas de kiosco, los libros de Salgari o Julio Verne o mis dos favoritos: Mark Twain, con Tom Sawyer y Huckleberry Finn, o Guillermo y los proscritos de Richmal Crompton. De pronto me topé con la colección «Al Monigote de Papel», encabezada por el maestro del humor inglés Wodehouse, que publicaba el gran editor Janés. En casa de su encuadernador, padre de Carlos Durán, amigo de la adolescencia que luego fue cineasta de la Escuela de Barcelona, tenían todo el fondo editorial de Janés, sus bellísimas, cuidadas y sugerentes publicaciones, sus catálogos. Y entonces, además de descubrir a sus grandes autores, que son, como es sabido, los protagonistas mayores de la edición, atisé la existencia de ese personaje entre bastidores, el editor, que imagina esa maravilla que puede ser un gran catálogo, que organiza y unifica un archipiélago de libros y

coleccionas, «El Bazar de las Sorpresas» (según el título de una película de la época).

Los ciudadanos digamos «normales» compran libros, se aficionan a autores o a literaturas de género, pero solo una minoría (aquellos que en Francia llaman «los lectores fuertes») se percatan y se interesan por la tarea de ese elusivo personaje que es un editor. Sin ir más lejos, yo tenía un cuñado bilbaíno que a veces me preguntaba por mi imprenta, creo que no por impertinencia, sino por la dificultad de captar tan abstracta función.

Un sucinto repaso cronológico de lecturas: recuerdo vivamente a tres autores de mi primera adolescencia: Knut Hamsun con *Hambre* y el rechazo de su protagonista a la vida burguesa y su pasión por ser escritor, Hermann Hesse con el oscuro e incierto destino de *El lobo estepario* y Dostoievski con *Los hermanos Karamázov* (uno de ellos, Iván, dice: «Si Dios no existe, todo está permitido»). Libros que provocaron mis primeras grandes sacudidas lectoras, allí se contaba algo distinto que me provocaba, me desconcertaba, me interpelaba, me entusiasmaba. Libros que me recuerdan las palabras de Kafka: «Si el libro que leemos no nos despierta como un puñetazo en el cráneo, ¿para qué leerlo?» Y, por cierto, poco después vino la inmersión total en Kafka, desde *La metamorfosis*, *En la colonia penitenciaria*, *El proceso*, *El castillo* o la terrible *Carta al padre*. Un drástico cambio de menú literario, después de la ironía deliciosa y juguetona de Wodehouse.

A los veintidós años contraí una oportuna tuberculosis, gracias a la cual estuve un año dedicado casi exclusivamente a leer y a perfeccionar mi francés. Destaco un descubrimiento fundamental: el de Jean-Paul Sartre, quien durante muchos años fue el estandarte de la rebelión, la contestación y la exigencia del compromiso político. En su libro *Qué es la literatura* encontré súbitamente articulado y formulado mi rechazo instintivo al llamado «orden burgués». Así, me ayudó a tomar «conciencia política», según arcaica terminología de la época, y a comprender la necesidad del *engagement*, del «compromiso», y de paso surgió la consabida «mala conciencia social» de burguesito, algo que también experimentaron Barral y Gil de Biedma, que escribieron sobre ello. En resumen, Sartre fue fundamental para cambiar el rumbo de mi vida, y, en buena parte gracias a él, me convertí en editor (y editor muy izquierdoso hasta la muerte de Franco, lo que paliaba dicha mala conciencia: es decir, la edición como terapia). Otro escritor que me entusiasmó en la misma época fue Albert

Camus, amigo y después enemigo irreconciliable de Sartre, aunque en España leíamos a ambos con avidez. De Camus leí, años después, una frase famosa que me hubiera gustado haber escrito: «Soy de izquierdas, a pesar de la izquierda y a pesar de mí mismo.» Y en la senda afrancesada leí y seguí leyendo a los escritores canónicos: Balzac, Flaubert, Stendhal, Sade y después Colette, Gide, Proust, Malraux, Marguerite Yourcenar, *Les gommés*, de RobbeGrillet. Y también *Las flores del mal*, de Baudelaire, *Una temporada en el infierno*, de Rimbaud, *Los cantos de Maldoror*, de Lautréamont.

Otro flechazo muy distinto fue el de Borges, desde que leí *Ficciones*, con su deslumbrante «Pierre Menard, autor del Quijote» y otras inesperadísimas maravillas. Después fui persiguiendo las ediciones de toda su obra, no tan fáciles de encontrar en España, no precisamente por la censura sino por tratarse de un autor muy minoritario cuyas importaciones eran escasas. O la sorpresa de la llamada «generación perdida»: *Santuario*, de William Faulkner, y *El gran Gatsby*, de Scott Fitzgerald, mis dos autores favoritos del grupo, *Fiesta*, de Hemingway, *Manhattan Transfer*, de Dos Passos, *Las uvas de la ira*, de Steinbeck, por citar los primeros libros que leí de esos grandes escritores.

Un inciso importantísimo: en aquellos años de la posguerra, con la censura franquista bien alerta, casi todos estos libros solo los podíamos leer publicados por editoriales latinoamericanas, a menudo fundadas o vivificadas por exiliados españoles. Así, las argentinas Sudamericana, Losada y Emecé o, en el ámbito de la política y las ciencias sociales, Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI. Mi generación, entre otras, nunca podrá agradecer lo bastante tan inmenso favor. Y, por cierto, a Kafka, Sartre, Camus, Borges y a la «generación perdida» los leí casi todos en ediciones argentinas.

Aún no he mencionado a novelistas españoles; leí muchísimos, tal vez demasiados (incluso deglutí *Los cipreses creen en Dios*, de Gironella). Mis novelas entonces preferidas fueron *Nada*, de Carmen Laforet, *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela, *Juegos de manos*, de Juan Goytisolo, *Las afueras*, de Luis Goytisolo, amigo del colegio desde los doce años, que ganó jovencísimo el primer Premio Biblioteca Breve, tan justamente célebre. Y muy en especial *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos, además de las poesías completas de Gil de Biedma, que tantos amigos nos sabíamos de memoria, y *Arde el mar*, el espectacular debut de Gimferrer. Empecé a leer

tarde en catalán, quizá a los veinte años, cuando descubrí a Josep Pla, y no me perdí ninguno de sus extraordinarios *Homenots*, y suma y sigue hasta el gran Sergi Pàmies o el muy responsable Jordi Amat.

Cierro este recorrido de lecturas indispensables antes de ser editor con el homenaje a dos genios: Gombrowicz y su *Ferdydurke* y sobre todo Nabokov y su *Lolita*, a quien tuve la fortuna y también el considerable trabajo de dedicarle una Biblioteca Nabokov. Y no puedo olvidar a Cesare Pavese: la traducción de *Il mestiere di vivere* fue el primer libro de Anagrama que tuve en mis manos.

En octubre de 1967 decido crear una editorial, después de algún proyecto frustrado, y hago un primer viaje a París, naturalmente, para visitar editoriales y librerías. Mis lecturas tenían una intención muy explícita: buscar aquellos libros y autores que consideraba más pertinentes para mi proyecto en aquellos años tumultuosos de la revolución cubana, la revolución china, la convulsión de la Guerra de Vietnam, Mayo del 68, la izquierda extraparlamentaria alemana, con Rudi Dutschke al frente, la vivacísima Italia, con el poderoso Partido Comunista (PCI) aguijoneado por Lotta Continua o Autonomia Operaia: *Vogliamo tutto*, escribió Nanni Balestrini, lo queremos todo, aquí y ahora. Y también lo queríamos todo en España en los estertores del franquismo, el presunto festín resultó accidentado.

Así como mi primera vocación fue la edición literaria, en los primeros años de Anagrama sentí como más urgente, más inevitable, la publicación de textos políticos radicales y heterodoxos a pesar de la censura: los libros prohibidos, bastantes secuestrados e incluso un proceso en el Tribunal de Orden Público (el temible TOP). En nuestro catálogo estaba presente, según bromeó un crítico, «todo el pantone de la contestación». Años después, al final de la dictadura, mi interés por la política disminuyó considerablemente y la literatura cobró en la editorial un gran protagonismo.

Regresando a finales de los sesenta, empecé a escudriñar aquellos catálogos con los que tenía mayor sintonía: en Francia, Maspero, Éditions de Minuit y Ruedo ibérico (con el gran Pepe Martínez publicando en castellano textos prohibidísimos que podían leerse en España mediante exportaciones ilegales que esperaban sus librereros cómplices), en Italia Feltrinelli y Einaudi, en Estados Unidos la editorial de los beats City Lights Books, y Grove Press, y en España, naturalmente, la aparición de la Biblioteca Breve, cuyo fulgor

iluminó inolvidablemente la década de los sesenta, la colección fundamental de la Seix Barral de Carlos Barral, quien capitaneó un brillantísimo equipo: Gil de Biedma, Gabriel Ferrater, el *Mestre* Castellet, el sabio Joan Petit, Jaime Salinas, luego gran editor, y los tres hermanos Goytisolo (llamados en Madrid los Goytimuchos). Gracias, Barral, por ser cronológicamente mi segundo gran instigador español, después de Janés. En abril de 1969 se publicaron los primeros títulos de Anagrama, pero, como me recomendaría Rudyard Kipling, esta es otra historia.

Hasta ahora he hablado de libros pero no de algo tan imprescindible para mí como la lectura de la prensa. Mi primer recuerdo como lector me lleva a principios de los años cuarenta (y perdonen la coloratura sepia, de daguerrotipo de época, pero resulta que nací en 1935), leyendo ávidamente *La Vanguardia*, suscripción familiar, siguiendo apasionadamente los avatares de la Segunda Guerra Mundial. Y la revista *Destino*, otra suscripción. Más adelante, tantas otras revistas, desde *La Codorniz* («la revista más audaz para el lector más inteligente» era su lema) hasta publicaciones tan políticas como la imprescindible *Triunfo* o en Francia *Les Temps Modernes* y *Le Nouvel Observateur* y en Inglaterra la *New Left Review* y un muy amplio etcétera.

Me resulta indispensable rendir un cálido homenaje a las librerías, en las que tantas horas he pasado, lugares a la vez de estímulo y sosiego. En Barcelona las encontrabas en todas las calles céntricas (ahora tan colonizadas por firmas de moda, bares y restaurantes). Así, las históricas Catalonia y Jaimes, las varias sedes de la Librería Francesa, luego *Áncora* y *Delfín*, que fue durante años mi librería de cabecera, y, ya en los sesenta, *Cinc d'Oros*, la más roja de todas, la exquisita *Leteradura* o la librería del *Drugstore* del paseo de Gracia, abierta por las noches, muy frecuentada, con gran surtido de ediciones latinoamericanas, escasa vigilancia y robos a mansalva (hobby habitual de los progres de la época). Y las del *Quartier Latin* en París, *Charing Cross Road* en Londres, la *Quinta Avenida* en Nueva York, mientras que en Italia ya habían aparecido las primerísimas librerías *Feltrinelli*.

Con la lectura aprendemos a descifrar el mundo y también a nosotros mismos, ya que, como escribió Emilio Lledó, los libros nos leen. Diría que la lectura ha sido y es mi única patria, mi única nación, por utilizar palabras tan manoseadas. Podría aventurar, abusando quizá de la metáfora, que la lectura es como una nación de naciones: la nación de los libros, la nación de las

librerías y la nación de la prensa, obligadas a negociar entre sí con las lógicas tensiones, pero de forma envidiablemente armónica (aunque sabemos que Disneylandia solo existe en Hollywood).

Se ha hablado mucho de las actuales dificultades de la edición, con los drásticos cambios tecnológicos y también de hábitos, de las gravísimas crisis económicas recientes, de los efectos de las grandes concentraciones, pero, sin embargo, persiste una resistencia tenaz. Así, han aparecido muchas nuevas editoriales en los últimos años, a menudo de tamaño micro, consagradas a la mejor literatura, al esmero artesanal y a la excelencia para llevar adelante sus proyectos, diríase que «virtuosas por obligación», como dictaminó Pierre Bourdieu. Igualmente surgen sin cesar gran cantidad de librerías, incluso agencias literarias, también en formato micro. Larga vida a todas ellas, guiadas no solo por la profesionalidad sino también por una intrépida vocación *amateur*, en el más glorioso sentido de la palabra, es decir, por su amor al oficio y por su militante dedicación.

Y ya termino: he tenido la inmensa suerte de haber podido ejercer durante casi cincuenta años este oficio de locos, como lo llamó Inge Feltrinelli, y que también es el mejor oficio del mundo, como pensamos muchos. Un oficio totalmente adictivo, somos unos yonquis de la edición, que no queremos ni podemos curarnos, como bien sabéis, queridos amigos del Gremi d'Editors. Muchas gracias.

«LA NIT DE L'EDICIÓ»³²

Jorge Herralde, mito viviente de la edición y constructor de buena parte de nuestra memoria sentimental como lectores, recibió anoche el Premio Atlàntida, que otorga el Gremi d'Editors de Catalunya, como reconocimiento a su trayectoria. Unas horas antes, habló con este diario en su despacho de Anagrama, la editorial que fundó en 1969.

A estas alturas, ¿esto es un premio más?

Nunca he visto estas cosas con tanta displicencia. Jamás he buscado los premios, pero hay algunos que me son especialmente gratos, por ejemplo los que dan los libreros o este, del gremio de editores pero votado también por los colaboradores literarios.

¿No cita las máximas distinciones de los estados francés o británico que también tiene?

No quiero abrumarle.

Anagrama nació como una editorial de ensayo de izquierdas...

Pero mi primera vocación fue ya de editor literario, en proyectos que se frustraron a lo largo de los sesenta. En octubre de 1967 me fui a ver a mi amiga Esther Tusquets, porque me iba a París a ver a editores. Esther llamó a Beatriz de Moura, que trabajaba entonces con ella, y me hizo una carta muy mona para François Maspero, editor fundamental de la izquierda francesa, diciéndole: «Tienes que recibir a este gran amigo nuestro que quiere ser nuestro petit Maspero.» Pero no estaba, debía de haberse ido al Congo o a Cuba.

Ahora vuelve a estar de moda la no ficción política...

En los años setenta, lo que me parecía más urgente era incorporar todas las corrientes de pensamiento no publicadas en España, como el estructuralismo, la antipsiquiatría, Wilhelm Reich, Althusser, Foucault, etcétera... Sufrí secuestros, juicios, libros prohibidos, toda la martirología de la época. Pero, incluso en ese principio, la literatura estuvo presente en algunas colecciones, medio aplastada por el alud de ensayos. Publiqué a surrealistas franceses, Gombrowicz, Lorenzo Villalonga, los sonetos de Shakespeare traducidos por García Calvo, Enzensberger..., pero sí, hasta 1976 o 1977 lo fundamental fue el ensayo. Luego hubo el famoso desencanto, que hundió el libro político, los lectores vieron que sus pronósticos radicales no se habían cumplido y se fueron a India o a Goa. Y los políticos se dedicaron a ingresar en los partidos establecidos que hoy conocemos.

Ese cambio de orientación suyo, de lo ensayístico a la literatura, coincide con la autodestrucción de Carlos Barral...

Lo de Barral fue un despilfarro de capital simbólico, por hablar como Bourdieu. En los cincuenta y sesenta fue la gran editorial en lengua española, con un catálogo extraordinario. Pero se peleó con la familia Seix y montó Barral Editores, que duró unos años pero sin el esplendor de los sesenta. La trilogía Lumen-Tusquets-Anagrama emerge ahí, toma el relevo.

Ha vivido cambios enormes en el sector pero que parecen no haberle afectado. Anagrama sigue ahí, mientras otros han caído o se han vendido a grandes grupos.

Nuestros primeros diez años fueron de crisis permanente, hasta finales de los setenta. Desde entonces, siempre hemos tenido beneficios. Las dos grandes editoriales de aquella época, Planeta y Plaza y Janés, no tenían excesiva curiosidad para incorporar a nuevos autores, y el trío del que le hablo, nosotros, Lumen y Tusquets, pudimos jugar la Champions a pesar de ser más pequeños. Y, creciendo, Anagrama se metió cada vez más en América Latina, ya desde los años setenta, y desde el 2000 editando directamente allí. A diferencia de los grandes grupos, nosotros publicamos todo nuestro catálogo en todos los países, mientras que ellos solo publican fuera de su país a las

grandes estrellas, confinando a los escritores locales a un área reducida de influencia.

Pero, desde enero de este año, Feltrinelli tiene la mayoría de las acciones de Anagrama.

No han interferido. Han confirmado a las personas que yo designé: Silvia Sesé como directora literaria y Oriol Castanys como gerente. Ellos deciden. Anagrama funciona de modo independiente. Cosa lógica, porque si la empresa va bien y no precisa de inversión, mejor no tocarlo. Hay gran sintonía con Carlo. Yo aconsejo, soy memoria histórica..., pero todo lo que tenía que hacer en el mundo de la edición ya lo he hecho. Mi único deseo es seguir pasándomelo bien en la editorial y, de paso, ayudar a Sesé y Feltrinelli.

Claudio López de Lamadrid recordó que ya no son ustedes una editorial independiente.

Ya lo leí en *La Vanguardia*. Me pareció de una suspicacia excesiva, no tiene nada que ver pertenecer al monstruo -en el sentido de enorme-Bertelsmann con ser comprado por un grupo familiar de Milán que tiene una editorial no tan disímil de Anagrama.

¿Es verdad que el mundo editorial es víctima del *procés*?

Decir eso me parece un poco truculento, pero sí es cierto que desde septiembre ha habido un bajón espectacular del consumo en las librerías. En medio de este frenesí informativo, este torbellino emocional, este mundo anfetamínico, ¿quién se encierra a leer pacíficamente en su casa a Robert Musil?

¿A los editores qué les conviene que pase en las elecciones catalanas?

Respetando mucho las ilusiones y emociones y entusiasmos de la gente, hay cosas muy obvias. Una, el principio de realidad, que decía Freud, o la correlación de fuerzas, en términos marxistas. No parece viable el independentismo, aunque sea algo durísimo de aceptar. La mitad del país no es independentista, y eso lleva a una fractura social. Todo esto ha sido alentado por la catatonia de Rajoy en los últimos cinco o seis años, veía cómo en la

calle había millones de personas creyendo fervientemente en la independencia de Cataluña y él como si oyera llover. No me extraña nada, habida cuenta del bajo nivel intelectual de muchos de los políticos del gobierno de Madrid y de los independentistas.

¿Sabe lo que votará el jueves?

Estoy decidido. Optaré por lo que juzgo que es el mal menor, sin énfasis. Me siento en contra de Rajoy y su inmovilismo y en contra del *hooligan* de Puigdemont. No lo considero equidistancia, es como el libro de Unamuno *Contra esto y aquello*. Soy anti-Rajoy y anti-Puigdemont.

Ahora publica en catalán...

¡Ahora no! Una de nuestras primeras colecciones fue en catalán, fue un desastre económico, aunque publicó muy buenos títulos. Estuvimos también quince años con la colección Anagrama/Empúries y, una vez se enfrían las relaciones con Planeta, decidí publicar directamente en «Llibres Anagrama».

Con ya autores catalanes, no solo traducciones. ¿Cómo le va?

Tal como funcionan estas cosas. Sin grandes alborozos, pero con algunas buenas sorpresas.

Acaba de volver de Estocolmo, de la entrega del Nobel a Ishiguro.

Hay varios Nobel en nuestro catálogo: Kazuo Ishiguro, Patrick Modiano, Kenzaburo Oé, Seamus Heaney, Derek Walcott e incluso Gabriel García Márquez, de quien tengo mi novela suya favorita, *El coronel no tiene quien le escriba*.

También se le han llevado a algunos de sus grandes autores.

Si no me hubieran lanzado opas hostiles, querría decir que he hecho mal mi trabajo, que no había creado autores tan apetecibles como para que se me los intentaran llevar pagándoles anticipos muy altos, que no tienen absolutamente nada que ver con las ventas posibles. Estos días se publican las listas de los mejores libros del año, y hay varios de Anagrama, pero también vemos a exautores de Anagrama que ahora están en grupos: hay una editorial

que luce a Pisón, Vila-Matas, Auster..., pero en esas listas no cuenta con autores descubiertos por ellos.

¿Se siente como el Barça con Neymar?

En el fútbol es la época de los jeques árabes y los magnates chinos o rusos. Hay fenómenos análogos en la edición.

POR EL AMOR AL ARTE

(GALERISTAS, EDITORES, MECENAS)³³

Agradezco y me honra la invitación de la Fundación Arte y Mecenazgo de la Caixa a participar en la ceremonia de entrega de sus prestigiosos galardones. Debo confesar que cuando la amiga Mercedes Basso me lo propuso acepté agradecido, aunque de forma algo reticente: he hablado y escrito a menudo sobre temas editoriales y literarios, pero no soy un experto en arte, solo un *amateur*, aunque es evidente que existen notorias similitudes entre los rasgos fundamentales de la tarea del editor y la del galerista. Son eslabones de la cadena de exploradores que proporcionan emoción estética, conocimiento y placer, y que se dedican a su profesión de forma obsesiva pero también gratificante. Hablo, desde luego, de profesionales casi frenéticamente vocacionales, persuadidos de que el suyo es el mejor oficio del mundo, y que se complacen en olfatear «*l'air du temps*», como dicen los franceses, o las «palpitaciones del tiempo», en frase de Eugenio d'Ors, una de cuyas pasiones, como es sabido, fue la pintura.

Pero permítanme un *excursus* autobiográfico. En los años sesenta y setenta, a pesar de la tragedia de la guerra civil y de la censura franquista, tuvo lugar, especialmente en Barcelona, una explosión de creatividad que viví intensamente. Yo era un apasionado de la lectura (que desembocó en la creación de la editorial Anagrama), pero también del cine y del arte y de la política.

En el ámbito artístico fue la época del esplendor de las galerías de la calle Consejo de Ciento, la Gaspar, René Metras o Riera, y muy próxima la galería de Joan Prats, personaje fundamental para la incorporación de la vida artística barcelonesa a la modernidad. Como otros amigos, visitaba puntualmente

dichas galerías, asistía a *vernissages*, trababa amistad con pintores como el muy politizado Guinovart, con quien había coincidido en alguna ocasión practicando un deporte bastante extendido en aquel tiempo: correr delante de las porras de los grises. O el muy singular Joan Ponç, el alma del Dau al Set: lo traté a menudo al publicar, en los años setenta, dos libros con textos de mi amigo de colegio y luego gran novelista Luis Goytisolo e ilustraciones de Ponç. O el escultor Xavier Corberó, también compinche mío y de Luis en los años escolares. O el pintor y poeta Ràfols-Casamada, fundador de la Escola EINA, un pilar fundamental para la puesta al día artística de Barcelona. Mientras, florecían galerías madrileñas tan imprescindibles como las de Juana Mordó, Buades, Theo o Fernando Vijande. Y resulta indudable que, a partir de los años ochenta, el dinamismo artístico se desplazó a Madrid.

También, naturalmente, en mis viajes era obligada la visita a museos. Desde luego, el Prado con mis pintores favoritos, Goya, Velázquez y el Bosco, el Louvre (recuerdo aún vivamente, muchos años después, el impacto que me causó, subiendo las escaleras del Jeu de Paume, el encuentro con los deslumbrantes girasoles de Van Gogh) o la Tate y la National Gallery en Londres, así como, en Nueva York, el MoMA o el Whitney, templo de la más desatada modernidad, o las galerías del Soho. Y en fin, suma y sigue también con ejemplos menos obvios, con descubrimientos más inesperados o recónditos como, en Ciudad de México, el Museo del Estanquillo del amigo Carlos Monsiváis, un interesantísimo y enciclopédico homenaje al arte popular, una de las grandes aficiones de este imprescindible intelectual mexicano que nos obsequió a Lali y a mí con una visita guiada y comentada por él mismo. O el minúsculo museo que descubrí en mi primer viaje a Río de Janeiro dedicado a la actriz Carmen Miranda, tan famosa en su día, un vistoso festival de trajes, zapatos con mucho tacón, fotos, vídeos, canciones y la samba omnipresente. Ambos, museos muy recomendables.

Un inciso: Alejándonos un momento de la coloración algo sepia de estos recuerdos y regresando al presente de las grandes ciudades, con sus aparatosas tiendas de marcas clónicas, un escaparate del consumo de la era de la globalización, de pronto entramos en una librería, una galería, un museo, estos oasis del arte y de la cultura, qué placer, qué alivio, el tiempo parece casi detenerse, adquiere otra dimensión. Fin del inciso.

El interés por el arte se refleja en las colecciones de Anagrama: he

intervenido activamente en los diseños de las colecciones y desde luego en la elección de las ilustraciones de portadas. Durante años, no pocas procedían en su tiempo de las postales compradas en los museos o de los numerosos libros de arte que fui adquiriendo. En una habitación de Anagrama y en otra de mi casa hay sendas bibliotecas repletas de esos libros en los que asoman numerosos post-its que seleccionan las imágenes preferidas, a la espera, por así decir, de los textos merecedores de las ilustraciones de Bacon, Morandi, Balthus, Magritte, Tamara de Lempicka, Hockney, el gran Hopper con sus *Halcones en la noche*, etcétera.

Y dicho interés, naturalmente, también se refleja en nuestro catálogo: de un modo resumido mencionaré los ejemplos más representativos. Ya en sus inicios, en los primerísimos setenta, aparecieron las fulgurantes *Conversaciones con Marcel Duchamp*, a cargo de Pierre Cabanne, la *Antología del humor negro*, del pontífice del surrealismo André Breton, o la correspondencia entre el inventor de *l'art brut*, Jean Dubuffet, y el genial novelista Witold Gombrowicz. Y más adelante, en el ámbito ensayístico internacional, destacan *Las reglas del arte*, de Pierre Bourdieu, el celebrado libro *Barcelona*, de Robert Hughes, así como *A toda crítica*, que reunía sus impetuosas reseñas de arte, o *El coleccionista apasionado*, de Philipp Blom, o *Dadá*, de Jed Rasula, considerado el mejor estudio del dadaísmo. También *La palabra pintada* y *Quién teme al Bauhaus feroz*, las devastadoras sátiras de la pintura y la arquitectura contemporáneas a cargo de Tom Wolfe, el adalid del Nuevo Periodismo.

En los primeros setenta aparecieron los dos niños prodigio de la filosofía española: Xavier Rubert de Ventós y Eugenio Trías, que obtuvieron el Premio Anagrama de Ensayo: el primero con *La estética y sus herejías*, en 1974, y el segundo con *El artista y la ciudad*, en 1976. Y una jovencísima aspirante a crítica de arte, Victoria Combalía, publicó con nosotros su primer título en 1975: *La poética de lo neutro. Análisis y crítica del arte conceptual*: hacía poco que habían irrumpido en Barcelona los fervorosos conceptuales con Carles Santos al frente, que entablaron una larga y feroz polémica, en las páginas de *La Vanguardia*, con el consagradísimo Tàpies, inesperadamente tan peleón como ellos. Ya más adelante publicamos a muchos más autores españoles, pero, para no abrumarles, citaré solo al muy sabio Román Gubern, a Oscar Tusquets o a la argentina Graciela Speranza, todos ellos con varios

títulos en el catálogo. Nombres que gozan, obviamente, de un merecido prestigio.

Asimismo, grandes biografías como *Duchamp*, de Calvin Tomkins, y *La vida desafortada de Salvador Dalí*, de Ian Gibson, o *Andy Warhol*, una edición muy ilustrada a cargo de David Bourdon, así como sus *Diarios*, o el bellissimo libro de fotografías *Flores*, de Robert Mapplethorpe. Y, más recientes, las biografías de Miquel Barceló, la de Mariscal, o las memorias de Nazario, el dibujante *underground* del Rrollo Enmascarado, ya inesperadamente convertidos casi en clásicos.

Este listado, sin duda excesivo pero no exhaustivo, es una clara expresión de la importancia del arte en nuestro catálogo, muy en consonancia con su espíritu inquieto e innovador y acaso algo temerario (al menos financieramente, a menudo no eran apuestas precisamente *mainstream*).

Volvamos al arte y al importante papel de los mecenas, los coleccionistas y los museos. Entre los mecenas barceloneses citaré a Leopoldo Rodés, naturalmente, y también a Vila Casas y a Suñol, a quien conocí muchos años antes de su espléndida Fundación, y visité su vastísimo piso-almacén, que albergaba centenares de cuadros y al final del cual había un altillo en el que acogía a artistas con apuros (que no son pocos). El día que lo visité, el pintor residente era el amigo Zush, quien casualmente me presentó después, en la Plaza Real de Barcelona, a su galerista, Fernando Vijande, gran amigo de Suñol, con quien tuvo tanta complicidad. Recuerdo que en la imprescindible galería Vijande se inauguró la primera exposición española de Andy Warhol, a la que asistimos Beatriz de Moura y yo, que habíamos editado obras suyas. Tuvimos una parodia de conversación con el monosilábico artista, que enseguida fue engullido por el grupo de potentados ansiosos de ser retratados por un Warhol que ya no era aquel trasgresor imperturbable de los tiempos de la Factory.

Entre otras galerías que frecuenté figura la de Marta Moriarty, cuando la Movida: conseguimos que hicieran una exposición de las pinturas de Ángel Jové, un claro ejemplo de gran artista semisecreto que aborrece la promoción y esquivo el triunfo, que realizó muchas ilustraciones para Anagrama y a quien le dedicamos un libro, *Las portadas de Ángel Jové*. Por cierto, su última exposición en Barcelona la realizó en la Fundación Suñol. Mecenas: atentos a este nombre, si me permiten el consejo.

Los galeristas y editores de verdad hacen lo que se llama política de autor, es decir, apoyan las obras de pintores o escritores, a veces desde sus inicios y a lo largo de sus carreras, intentando también su difusión internacional. Y asimismo construyen un catálogo, una trayectoria coherente y bien reconocible en su diversidad y en la que el todo es más que la suma de sus partes. Y hay que recordar siempre que el escritor y el artista es el personaje fundamental, tal como escribió el editor Klaus Wagenbach: «No olvidemos nunca una cosa: el individuo creador no puede estar equilibrado, pues precisamente lo que confiere ese genio creador es sufrir el conflicto trágico entre realidad e imaginación.»

Y me despediré con una guirnalda de frases con las que me identifico:

«Mi biografía es mi catálogo», afirmó el editor francés Christian Bourgois. Es decir, toda mi vida está dedicada a los libros que escogí.

Siegfried Unseld, editor durante décadas de la legendaria Surkhamp, tenía muy claro que «para nosotros, lo importante no es el libro aislado, se trata del autor con su fisionomía total». Una espléndida descripción, muy al germánico y enfático modo, de la política de autor que infatigablemente practicó.

Para el editor italiano Roberto Calasso su lema es: «Siempre he creído en una cosa esencial: publicar libros que a uno le guste leer. Publicar un libro que uno no admira es como incluir un capítulo mal escrito en una novela.»

El *leitmotiv* de Yves Pagès, el editor de Verticales, era: «Siempre al acecho de una singularidad.» Es decir, nuevas voces, inesperados enfoques.

Comparece el poeta T. S. Eliot con una paradójica reflexión: «La única manera de prolongar una tradición es por medio de la ruptura con ella.»

Según Manuel Borja-Villel, director del Museo Reina Sofía: «En el fondo ser director de un museo es ser *curator* y programar, pero también saber dirigir, ir creando ritmos. Es un poco como ser un disc jockey. Ir creando tensiones.»

El filósofo alemán Walter Benjamin escribió una frase que me parece muy apropiada en este contexto: «El coleccionismo es una forma de afrontar la muerte. Una colección siempre está viva, nunca se puede completar pues siempre queda algo por incorporar.»

Y, por último, le daré la palabra a la revolucionaria artista de la alta costura Coco Chanel: «La moda pasa, el estilo permanece», una frase gloriosa ante la que me quito el sombrero. *Chapeau, Coco.*

DIARIOS: TEORÍA Y PRÁCTICA

I. VICIOS NOCTURNOS: LA LECTURA DE DIARIOS DE ESCRITORES³⁴

Hablar sobre diarios me ha estimulado a una vertiente confesional y anecdótica, a un vagabundeo por mis recuerdos como lector y merodeador de este género literario.

Citaré en primer lugar mis encuentros con los diarios de cuatro grandes escritores: Kafka, Gide, Pavese y Gombrowicz. En todos los casos tuve la sensación especial de un voyeurismo tan fanático como bien remunerado.

Kafka, Gide, Pavese, Gombrowicz: cuatro diarios fundamentales

El descubrimiento de Kafka significó para mí, como para tanta gente, una sacudida tremenda.

Empecé a agenciarme traducciones latinoamericanas, muchas de ellas de Losada, y Kafka fue durante un tiempo una pasión monográfica, un autor encolado en la cabecera.

Recuerdo en especial una muy subrayada *Carta al padre*, *La metamorfosis*, *El proceso*, y algunos cuentos angustiosamente deslumbrantes, «En la colonia penitenciaria», «Un artista del hambre», «Un artista del trapecio», «Josefina la cantora o el pueblo de los ratones». Textos que pueden ser leídos también en clave cómica, con una suerte de fúnebre hilaridad, pero el jovencito lector que yo era aún no lo sabía.

Y, naturalmente, cuando encontré la edición de Losada de sus diarios, la compré de inmediato y me la llevé al campamento de Castillejos, donde iniciaría las milicias universitarias. Me abstendré de hacer un chiste fácil sobre el entorno kafkiano. Y aunque con toda seguridad se me escaparon

muchísimas cosas, tenía la sensación de que el autor me estaba hablando a mí, de que algo importante estaba pasando en mi vida. Algún día los voy a releer, no sé cuándo, de momento me he quedado en la frase famosa que cita Vila-Matas en *Hijos sin hijos*: «Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde, fui a nadar.»

Uno de los diarios en que me zambullí con mayor placer fue el de Gide, en la edición de La Pléiade. Gide es un autor que ha envejecido mal, y ahora se lee poco incluso en Francia; sirva como dato que una valiosa y monumental biografía que le dedicó Alan Sheridan en 1998, y que se ha comparado con la que Painter le dedicó a Proust, sigue inédita en francés. En España se leyó, creo, muy poco; sus obras estaban traducidas en América Latina y no eran de fácil acceso, aunque tampoco imposible gracias a algunos audaces importadores y a las reboticas de ciertas librerías, como Áncora y Delfín, en Barcelona.

En cualquier caso, yo tuve una etapa de cierto fervor gideano, descubrí al Gide de *Las cavas del Vaticano* con la apología inquietante del acto gratuito, el crimen sin motivos de Lafcadio, un joven como paleodadaísta o prepunk, el Gide de *El inmoralista*, *Corydon*, *La semilla no muere* o *Los alimentos terrestres* con su, digamos, eslogan «¡Familias, os odio!» tan vigorizante -esos textos que reivindicaban el goce sensual y una sexualidad sin cortapisas- y *Los monederos falsos*, considerada no solo su novela mayor sino una novela mayor, en cuyas acrobacias estructurales no acabé de entrar. Pero sí lo hice en sus diarios.

Como es bien sabido, hay una larga estirpe francesa de diarios kilométricos, monumentales: los hermanos Goncourt, Amiel, Jules Renard, Charles Du Bos, Julien Green, Roger Martin du Gard, Paul Léautaud (como curiosidad, este último lo escribió desde el 3 de noviembre de 1883 hasta el 22 de febrero de 1956, cinco días antes de su muerte, unos setenta y dos años de constancia diarística). Recientemente se ha publicado un Diario, póstumo por voluntad expresa del autor, de Paul Morand, tan popular en la época de entreguerras, que con tanta *aisance* se desplazaba por el mundo, con el título de *Journal inutile*, que no ha resultado tan inútil. Para consternación de sus admiradores más civilizados, este diario subraya los peores rasgos del autor, con el antisemitismo por delante. Otra de las especialidades francesas es la del diario en periódicos: así, el famoso *Bloc-notes* de François Mauriac, o

ahora el *Journal en public* de Maurice Nadeau, en *La Quinzaine Littéraire*.

Volviendo a los diarios de Gide, suponen, entre otros viajes políticos, religiosos, familiares, una inmersión en la vida de la sociedad literaria por excelencia, la parisina, guiados por un protagonista tan protagonista, tan *connaisseur* de todos los centros neurálgicos y de todos los recodos como André Gide. Por cierto que el ensayista mexicano Christopher Domínguez Michael, en un reciente ensayo sobre Gide, nos recuerda que este, cuando funda la *NRF* con Schlumberger y un neófito editor y *bon vivant* llamado Gaston Gallimard, en su diario apenas le presta atención, como si fuera una revista más. Como es sabido, la *NRF* (hasta la Segunda Guerra Mundial) y la Bibliothèque de la Pléiade han sido las bazas fundamentales de Gallimard para imponerse en el panorama literario del siglo XX. Es decir, el diario de Gide cumple con una de las funciones de todo diario: ser un delator.

Otros diarios que me impresionaron mucho fueron los de Pavese, *El oficio de vivir*, que publicó la editorial argentina Siglo Veinte. En los años sesenta se leyó bastante en nuestro país, al menos entre los letraheridos, a varios escritores italianos como Elio Vittorini, Guido Piovene, Vasco Pratolini, Cesare Pavese, casi siempre en traducciones latinoamericanas, por razones de censura política, o en otros casos, como el de Alberto Moravia, por presunta ofensa a un pudor muy recatado. A mí el Pavese narrador no me entusiasmó excesivamente, aunque lo leí con afán, me parecía sutil, sí, pero algo frío. En cambio, sí me entusiasmaron sus atormentados diarios, corroídos por sus difíciles relaciones amorosas, que acababan con las últimas anotaciones antes del suicidio: «Todo esto me da asco. Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más.» Unas palabras que entraban a formar parte, con su torturada elegancia, del arsenal de las fantasías típicas y tópicas (y por fortuna ocasionales) del joven desconcertado.

Ya editor, quise rendir homenaje a Pavese en la colección «Textos» y contraté *Il mestiere di vivere*, cuya edición catalana, aunque no estaba previsto exactamente así, fue la primera de Anagrama, en abril de 1969, que tuve físicamente en mis supongo que temblorosas manos.

Otro de los grandes, Gombrowicz. En Barcelona, en los años sesenta, había, localizados, unos cuantos fans de Gombrowicz, nunca muy numerosos pese a que había ganado el prestigioso Premio Formentor y se hablaba de él como firme candidato al Nobel. Gombrowicz ha sido siempre, y no solo en

español, un escritor escandalosamente minoritario, un escritor para escritores, lo que me resulta incomprensible: con pocos libros se puede reír uno tanto como con *Ferdydurke*.

Entre estos superfans estaba en primer lugar Gabriel Ferrater, de quien se decía que había aprendido polaco solo para traducir su novela *Pornografía*, título dulcificado en España, donde apareció como *La seducción*. Otro era Sergio Pitol, asimismo traductor de la novela *Transatlántico* y de los cuentos de *Bakakai*. También Joaquín Jordá, que había ido a Saint-Paul-de-Vence, en 1968, para negociar con Witold y Rita Gombrowicz los derechos cinematográficos de la novela *Cosmos*, que no llegó a rodarse por falta de financiación. Y otro era yo mismo, lector ferviente y regocijadísimo, pero que como editor llegué tarde al festín Gombrowicz (como es lógico, no me estaban esperando), aunque, gracias a los monumentales Cahiers de l'Herne, en el volumen dedicado al autor encontré materiales para dos estupendos «Cuadernos Anagrama», publicados en 1971, así como más adelante recuperé *Transatlántico* y también *Testamento*, sus entrevistas por escrito, al modo de Nabokov, con Dominique de Roux.

También fantaseé con la posibilidad de publicar sus diarios, que solo se podían leer en polaco, excepto el *Journal Paris-Berlin*, publicado por su fiel editor francés Maurice Nadeau. En una carta muy reciente me recordaba Sergio Pitol que nuestra primera conversación sería sobre proyectos editoriales fue en relación con una posible publicación de dichos diarios. Pero al final, cuando tuvo lugar una subasta editorial a este fin, se impuso la mucho más potente Alianza. Y me resigné a ir leyendo los volúmenes en castellano a medida que iban apareciendo; una vez olvidado el síndrome de apropiación indebida por parte de Alianza, los disfruté enormemente.

Josep Pla y Josep Maria de Sagarra: dos clásicos catalanes del siglo XX

Empecé a leer en catalán ya talludito, casi veinte años, con *Vida d'en Manolo contada per ell mateix* de Josep Pla, un libro extraordinario sobre el escultor Manolo Hugué, todo un personaje, empezando por sus años de bohemia en París con Picasso, bohemia menesterosa, y a quien yo había llegado a conocer personalmente en los últimos años de su vida, en Caldes de

Montbui. Un recuerdo infantil: aparecía Manolo en las reuniones y la gente no paraba de reír, un conversador genial. A partir de ahí empecé a leer, en aquellas ediciones de Editorial Selecta, la serie de sus *Homenots*, a modo de microbiografías o perfiles que dan una información cruzada y succulenta sobre la vida catalana de su tiempo, un mosaico de amenidad inigualable. En uno de sus *Homenots*, el dedicado a Salvador Espriu, escribió Pla: «Sobre todo, Espriu es un fanático, *un llaminer de la xafarderia* (un goloso del chisme). Por eso es precisamente tan buen escritor: porque el chisme es la sal de la vida y de la literatura en todas partes -porque la cultura no es más que chisme.» Luego seguí con el *Quadern gris*, que no se publicó hasta 1966, pero que él inició a los veintiún años y escribió en 1918 y 1919, aunque luego fuera reescrito de cara a dicha publicación. Decía Rafael Conte, comentando la edición en castellano de *Dietario (I): El cuaderno gris/Notas dispersas*, que «Pla contamina sin remedio a todo aquel que se le acerca». A mí, que tan lejos estaba y estoy de sus posturas políticas, desde luego me ocurrió.

Otra experiencia lectora gozosa y reiterada han sido las *Memorias* de Josep Maria de Sagarra, así como sus crónicas recogidas en *L'aperitiu*. Para mí, las de Pla y Sagarra son las dos prosas más ricas y jugosas de la literatura catalana, ambos a la caza del adjetivo insustituible, ambos con una mirada certerísima cuya relectura siempre deleita y no cansa jamás. Dos gallos de semejante calibre mal podían convivir en el pequeño corral catalán, por lo que, tras un incidente en la revista *Destino*, Sagarra dejó de colaborar y Pla se hizo amo y señor de la misma, con el permiso, concedido de antemano, de Josep Vergés.

Quizá sea este el momento de aclarar el título de la ponencia: *Vicios nocturnos: la lectura de diarios de escritores*. En efecto, y siguiendo con las confesiones, mi literatura más utilizada antes de dormir es la memorialística, y en especial su relectura. Después de las contaminaciones profesionales de todo el día, de las lecturas urgentes y variopintas, es un tipo de libros en los que el lector-editor se puede liberar de la atención a la trama novelística o de la tensión intelectual al hilo del ensayo teórico. Por el contrario, las memorias, las biografías, las correspondencias y quizá más aún los diarios se pueden transitar de forma más relajada. Los diarios son un invento perfecto como libros de cabecera; se puede entrar por cualquier sitio, en especial si ya se han leído (si leer diarios es un vicio, releerlos es engolfarse en el vicio). Si el

estilo, la música, te gusta, uno se duerme plácidamente arrullado.

Dos diaristas españoles en activo: García Martín y Trapiello

Los diarios de García Martín son *quizá* mis preferidos en este campeonato de dietarios al que aludía Conte, donde figuran combatientes de tanto fuste como Sánchez-Ostiz, Andrés Trapiello, Martínez Sarrión, Valentí Puig, José Carlos Llop y muchos más.³⁵

Confieso mi adicción nocturna a los diarios de García Martín, a quien no tengo el gusto de conocer: los tengo todos, con la colaboración de los librereros de La Central, excelentes sabuesos, ya que conseguirlos es una empresa no siempre fácil (a este respecto despótica a menudo de sus editores, y no sin motivo, el autor).

Y los he releído todos. Aprecio, claro está, los sonados solos telefónicos de los divos de dichos diarios, como Trapiello, Prada o Bonilla, con las transcripciones de su charla *tel quel*: se abren dos puntos y la víctima empieza a confesarse «en privado». ¿Traiciona García Martín la privacidad de sus amigos? O acaso, a estas alturas del partido, ¿preparan ellos su mejor soliloquio, proponen *una performance* que obliga al autor a sacarlos en sus diarios? Quién sabe, da igual. Pero consigue interesarme en personajes desconocidos para mí, como el poeta Víctor Botas, que ya casi es como de mi familia, o los asistentes a las tertulias literarias que ostensiblemente preside García Martín. En sus visibles maldades y alfilerazos saboreo en especial la destreza de la esgrima, mientras que la sangre, aunque sea real, me resulta ajena. Excepto en un par de casos, alevosos, respecto a autores de Anagrama y buenos amigos; pero nadie es perfecto, como le recordaron a Jack Lemon. Los diarios se convierten en un catálogo de las obsesiones y coqueterías de García Martín y una panorámica sobre cierta vida literaria hispana no siempre gloriosa.

El mencionado campeonato nacional de diaristas está muy competido. Diarios y memorias, antes infrecuentes en nuestra lengua, han prosperado muchísimo en estos últimos años, quizá una reacción algo tardía a la normalidad democrática. Hace poco, Martínez Sarrión sintetizaba lacónicamente el cambio de rumbo: «La escritura autobiográfica en un país acostumbrado a la intermediación -religiosa, política- podía costarte, y no de

forma figurada, la vida.»

En dicho campeonato, entre el pelotón de cabeza parece como si el líder fuera Andrés Trapiello, por tonelaje y repercusión. Cada uno de los tomos - que también he leído nocturnamente- es acogido con creciente admiración, los suplementos literarios le dedican hectáreas de espacio. Naturalmente, al líder no pueden faltarle detractores. Unos opinan que Trapiello tiene una fidelidad aleatoria respecto al tan citado pacto autobiográfico, acuñado por Lejeune, que conmina a decir la verdad. El propio Trapiello, comentando sus interioridades de taller, informa de que los tomos anuales se publican a los cinco años de su redacción. A veces, en tan largo periodo, los personajes y el autor han «interactuado», por así decir. Los «trapiellólogos» más conspicuos, y a veces peor intencionados, siguen de cerca el proceso, y advierten o denuncian o disfrutan viendo cómo (aseguran) determinados percances producen distorsiones en los retratos. Naturalmente, los diarios, todos ellos, son un género muy propenso a la manipulación, un material muy permeable, los autores no siempre resisten la tentación de erigir su propia estatua.

Primorosamente escritos, en los diarios de Trapiello el sosiego es casi inalterable. Los recorridos por las librerías de viejo, las visitas a las imprentas, un deliberado olor a rancio, los veraneos en el campo y sobre todo la utilización de crípticas mayúsculas en lugar de nombres propios contribuyen a tal sosiego.

¿Por qué tal decisión que puede incomodar al lector seriamente chismoso? «¿Qué necesidad tiene», se preguntaba hace poco la estudiosa Anna Caballé, «de llevar la práctica de las iniciales hasta el extremo de disolver toda identidad que no sea la propia?» Trapiello lo explicó en una entrevista televisiva con Sánchez Dragó: más o menos, dijo, a los lectores del próximo siglo ¿qué les importarán los nombres de los personajes? Aprenderán la literatura, la gran literatura: es decir que Trapiello confía en el mismo lector muy póstumo al que se resignó Stendhal. Sin prisas pero sin dejar de activar el proyecto. O sea, que tras la apariencia humildísima de Trapiello se agazapa apenas un orgullo diabólico, posiblemente el imprescindible orgullo de todo gran escritor. Otra información que nos desliza implícitamente el propio autor respecto a dicho orgullo: el título general de los diarios se llama «una novela en marcha», que recuerda de inmediato *Work in Progress*, durante años el título de trabajo que Joyce puso a lo que después llamó *Finnegans Wake*.

En los diarios, mis pasajes más releídos, sin duda por deformación profesional, se refieren a tres editores. Uno de ellos es el relato de un viaje con un gran poeta y director literario de una prestigiosa editorial, Pere Gimferrer, según dicen los trapiellólogos; un retrato que, al parecer, el damnificado ni ha perdonado ni perdonará jamás (los rencores de Pere son tenaces, de pedernal), y que ya ha dado lugar a varias trifulcas públicas. En su último tomo, *Do fuir*, hay un retrato estupendo de su fiel editor de PreTextos, nuestro común amigo Manolo Borrás. Pero quizá las páginas más emocionadas y emocionantes son las que dedica al editor Zapatero, muerto prematuramente, alcoholizado, amargado. Zapatero había fundado con Oriol Castanys una editorial, Trieste, que se nombra siempre acompañada justamente del adjetivo exquisita. Castanys la dejó muy pronto e ingresó Trapiello, que, con Zapatero, luchó durante años para llevar adelante un excelente proyecto editorial.

Edición de diarios en Anagrama

A pesar de mi interés por el género, apenas he publicado diarios, aparte del de Pavese, pero no quiero dejar de subrayar algunos textos breves incluidos en tres títulos de Anagrama. En *El arte de la fuga*, de Sergio Pitol, aparece el «Diario de Escudillers», un texto muy reproducido aquí y allá que describe las peripecias del joven Pitol, sin un duro, en la Barcelona de los sesenta, donde se hizo amigo de todos. Pere Gimferrer escribió en *El Correo Catalán* sus *Dietaris*, que luego recogió en dos volúmenes, que no solo he releído a menudo, sino que de ellos también preparé personalmente una selección de su traducción castellana para nuestro volumen *Noche en el Ritz*. Roland Barthes, en *Incidentes*, anota, con franqueza inusitada en él, sus correrías en pos de muchachitos en el Magreb, turismo sexual bien conocido por Oscar Wilde y André Gide, entre muchos otros no tan famosos, un turismo sexual que aún no estaba etiquetado como tal. Uno de los primeros escritos de Luis Goytisolo es «Diario de un gentleman», recogido más tarde en *Investigaciones y conjeturas de Claudio Mendoza*. Y también hay que citar *Diario de un hombre humillado*, de Félix de Azúa, que con *Historia de un idiota contada por él mismo*, dos novelas de los años ochenta, conforma un sarcástico díptico sobre la Barcelona de la época y algunos de sus exóticos pobladores: Gimferrer, Barral, Ferrer Lerín, el propio Azúa...

Y asimismo, en este repaso, mencionar los voluminosos diarios de Andy Warhol, diarios dictados, a menudo de una banalidad que no deja de ser fascinante, al menos para mí. Hace poco Quico Rivas hacía un, digamos, «revelado» de Warhol, vía Guy Debord, y un párrafo de *La sociedad del espectáculo*: «El espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas, mediatizada por imágenes.» Y así, mientras que Debord es el lúcido y muy crítico profeta y analista de la sociedad del espectáculo, Warhol intuye y asume la importancia del factor fama y se convierte en el gran manipulador. Teoría y práctica, estaría tentado de decir, de un lado teoría revolucionaria, y del otro, reciclaje cínico.

Dos diarios imposibles o al menos inéditos: Jesús Aguirre y Ricardo Piglia

También me gustaría mencionar dos diarios inéditos, tal vez definitiva y frustrantemente inéditos, en Anagrama y en cualquier otra editorial.

Uno es el de Jesús Aguirre, a quien conocí ya en su primer año de incorporación a la editorial Taurus, que tan bien dirigió durante unos años. Le propuse presentar el primer Premio Anagrama de Ensayo, otorgado a *La estética sin herejías*, de Xavier Rubert de Ventós. Aceptó con algún comentario apenas mordaz, bien comprensible: al fin y al cabo éramos competidores en un mismo territorio, el ensayo. Tras la presentación, obviamente brillante, durante la cena salió el tema de unos diarios, minuciosísimos, dijo, en los que cada noche transcribía los hechos más relevantes de la jornada y reflexiones sin duda punzantes, por cuya publicación me interesé de inmediato. Cuando Jesús se endosó, tan cumplidamente, el disfraz de duque de Alba, mis esperanzas, ya remotas, se desvanecieron. Aun así, a propósito de la correspondencia que sostuvimos acerca de un proyecto editorial, le reiteré, de forma ritual y como de paso, mi interés. Y, con su sorna característica, me escribió que, como máximo, podría ofrecerme el índice de nombres. Apunto aquí la existencia o posible existencia de esos diarios; podría tratarse de un documento de singular interés sobre la España de las últimas décadas.

El otro diario inédito es el del gran escritor argentino Ricardo Piglia. Se trata de un diario que el autor califica de monstruoso, iniciado en 1957, a los

diecisiete años. Un diario que le sirve, entre otras cosas, de cantera. Y, sostiene Piglia, todo lo que ha publicado hasta ahora es simplemente una coartada para poder editar finalmente este diario sin problemas.³⁶

Al escribir esto he recordado un texto del novelista israelí David Grossman, en un Diario que empezó a raíz de los atentados del 11 de septiembre: «Han pasado varios meses desde que terminé mi última novela y sentía cómo el hecho de no escribir me influía para mal. Cuando no escribo tengo la sensación de que no entiendo realmente nada, de que todo lo que me pasa, todo lo que ocurre y todas mis relaciones con las personas son hechos que tan solo están “uno al lado del otro”, sin ningún contacto pleno entre ellos. En cambio, desde que he vuelto a escribir todo se va hilando de repente.»

Aunque, como visión completamente opuesta respecto al impulso de escribir diarios, hace poco Roger Grenier, el más veterano colaborador de la editorial Gallimard, desde 1964, y también escritor, afirmaba: «En cuanto a llevar un diario, es insoportable. ¡Es como recorrer el mundo con una cámara fotográfica!»

Los diarios de un editor: Edmund Buchet

Terminaré, deformación profesional obliga, comentando los diarios de un editor. Al revés que sus colegas españoles, los editores franceses son muy propensos a escribir memorias. Sin pretensiones exhaustivas, en mi biblioteca están las de Robert Laffont, José Corti, Pierre Belfond, Maurice Girodias, Françoise Verny, Hubert Nyssen, Éric Losfeld, Maurice Nadeau, Pierre Bordas, Gérard Guégan. Uno echa de menos las de Gaston Gallimard, pero la tradicional opacidad de la *maison* Gallimard queda iluminada por la gran biografía del fundador de la dinastía a cargo de Pierre Assouline, y por la propia correspondencia de Gaston Gallimard con varios de sus más grandes escritores -como Proust, Claudel y Céline-, donde el editor se revela como un negociador correoso con guantes de terciopelo... y con una paciencia infinita.

Pero, además de tantas memorias, biografías, estudios, etc., hace poco encontré una rareza, una pieza única, una joya, los diarios de un editor, que se publicó en 1969 y se ha reeditado en junio de 2001. Se llama *Les auteurs de ma vie*, su autor es Edmund Buchet, fundador de Buchet / Chastel, una editorial independiente que dirigió con acierto desde 1935 hasta 1968. Una editorial

muy prestigiosa que lanzó en Francia, entre otros, a Lawrence Durrell, Henry Miller y Carl Gustav Jung, a autores franceses como Roger Vailland, Maurice Sachs y Charles Plisnier, una colección, «Páginas inmortales», con selección de textos de Mauriac, Gide, Mann y otros clásicos, y otra colección, «Música», de gran prestigio. El propio Buchet fue novelista y autor de estudios sobre Beethoven y Bach. Edmund Buchet nos advierte en su prólogo que este diario, una selección de uno más amplio y más íntimo, no lo escribió para su publicación. De ahí, dice el autor, sus debilidades y también su interés, que reside en primer lugar en su autenticidad. Buchet nos brinda un panorama de más de cincuenta años, con una información excelente, escrito sin ningún afán pedagógico, pero como *en passant* nos ilustra nítidamente acerca de los entramados de la cultura, la literatura y la edición francesas.

Es un diario tan sugerente que hubiera merecido que se le dedicara una ponencia monográfica. Me limitaré a mencionar algunos de sus aspectos más significativos:

1. Una situación excepcional: la responsabilidad moral y penal de los escritores que colaboran con los nazis en la Francia ocupada y también de los editores. El tema de los escritores está marcado por el suicidio de Drieu La Rochelle y el juicio y la ejecución de Robert Brasillach. El caso editorial es complejo y confuso. Muchos editores colaboraron con los nazis, con Denoël y Grasset a la cabeza. Denoël fue asesinado en la calle en 1946 y las ediciones Grasset fueron disueltas en 1948. Buchet /Chastel formó parte del grupo de editoriales «que se mantuvieron dignas durante la Ocupación», según la fórmula que se adoptó en la época, como nos recuerda el autor; un grupo poco numeroso y en el que se echa de menos más de un nombre sonoro de la edición francesa. Como contrapunto, durante la ocupación alemana se fundó una mítica editorial resistente: las Éditions de Minuit.

2. Los caprichos de la suerte: Gaston Gallimard le cuenta que el mayor éxito comercial de la editorial fue *Lo que el viento se llevó*, que había sido rechazado por su comité de lectura pero que luego pudo repescarlo de Hachette. Al igual que Proust, su mayor éxito literario, también otro rechazo y otra repesca, en este caso de Grasset.

3. La visión literaria de un editor: Buchet afirma, en 1956, que Borges y Alejo Carpentier (a quienes él no publica) son los dos mejores escritores latinoamericanos. Y tiene el acierto de fichar, en 1949, a un joven crítico,

Maurice Nadeau, que publicará en su colección *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry, una de las joyas de la corona de la casa.

4. El oficio de editor: uno de sus méritos es el de «haber cultivado el gusto por la lucha», escribe en 1960, ya con mucha lucha detrás. También anota, en 1965, suspirando: «¡Qué oficio!», y su secretaria replica: «Y sin embargo no querría usted tener ningún otro.» Y una norma que yo también procuro seguir: «En principio, no recibo jamás a los autores antes de leer su manuscrito.»

5. El editor como retratista: Buchet lleva a cabo certeros y memorables retratos de autores amigos como Henry Miller o Roger Vailland. A este último, a quien tanto admira y aprecia, le reprocha en un momento dado, en 1952, que siendo un espíritu tan libre se haya plegado a la ortodoxia comunista. «Los escritores, incluso los verdaderos, necesitan ser guiados, y este no es el papel menor del editor», anotará más tarde.

6. Nuevas tendencias en el mundo editorial: asistimos a la eclosión de algunas tendencias que tanto han avanzado en los tiempos actuales. Así, la necesidad de «crear un acontecimiento» al lanzar un libro; los primeros acuerdos para colecciones de bolsillo conjuntas (1964); los primeros signos de concentración editorial (1965); la primera asistencia a la Feria de Frankfurt, aún sin stand, en 1958, y luego ya imprescindible; la oposición entre calidad literaria y ventas: «Si se quiere encontrar al gran público hay que ponerse a un nivel deplorablemente bajo», escribe en 1949.

7. Rarezas del mercado: entre las muchas que depara la profesión, cito solo una por su relación con este encuentro. «Japón, ¡qué extraño país!», escribe Buchet: en él se han vendido más de tres millones de ejemplares del diario de Gide, y el de Amiel ha superado las ventas de cualquier país.

8. La Internacional Situacionista en Buchet /Chastel: en 1960 publican la primera novela de Michèle Bernstein, una joven rebelde e insolente que en su primera intervención televisiva ridiculiza al indignado entrevistador. Con su marido, Guy Debord, han fundado la Internacional Situacionista. Más tarde publicarán la segunda y última novela de la autora, que, en 1967, les llevará un manuscrito de Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, cuya valía el editor capta enseguida. Intenta que el autor cambie el título, que podría prestarse a confusión, sin el menor éxito: «Debord es tan testarudo como Robespierre y Saint-Just juntos», escribe Buchet.

9. Relación con los autores: las referencias son abundantísimas, me

limitaré a sus anotaciones del 11 de septiembre de 1941.

«Algunos de nuestros autores son espantosamente celosos. Si a uno le dedico más publicidad que a los otros, me expongo a auténticas escenas. Las heridas de vanidad seguramente son las que se cierran menos rápidamente, quedan como una ofensa permanente a esa personalidad exterior, la única, desgraciadamente, que anhelan tantos escritores. Hay que decir, en descargo de estos últimos, que son en general grandes nerviosos. ¡Qué destino cruel el suyo! Sucesivamente, los editores, los críticos, los jurados, los librereros, clasifican sus obras, antes de que los manuales de literatura los reclasifiquen o los descarten. Deberían ser insensibles para no sufrir antes ese examen jamás terminado. Han puesto en sus libros lo mejor de ellos mismos, han querido expresar un mensaje que creen único o, como mínimo, precioso. ¿Cómo no sufrir si se ven descartados, despreciados o simplemente no preferidos? Entonces hacen responsable al editor de su falta de éxito, lo que resulta menos vejatorio para ellos.» Y después de otras consideraciones termina de forma bastante amarga: «Ah, tengo ganas a menudo de seguir el consejo de Grasset: solo editar a autores muertos o extranjeros... Pero, como dice Grasset, están las viudas y, después de la guerra, se viajará fácilmente» (o sea, los extranjeros ya no lo serán tanto). En fin, desánimos ocasionales que pueden afligir a cualquier editor.

Y, ya para terminar de una vez, si yo llevara un diario (cosa que solo hice durante tres días en un Salón del Libro de París),³⁷ no faltaría una alusión a una lectura de *Santuario*, de Faulkner.

Cuando tenía dieciséis años, los hermanos de La Salle nos concentraron en la gélida ciudad de Manresa para una tanda de ejercicios espirituales, siguiendo su costumbre. Rezos, silencios impuestos, terroríficas soflamas sobre el infierno tan posible a poco que nos desviáramos del camino recto, pero sobre todo recuerdo el aburrimiento, aún más terrorífico. Una noche, Luis Goytisolo, que estaba en la celda vecina, me pasó una edición de *Santuario* de los años treinta, la única que se publicó en España en muchos años. Leí de un tirón la historia de la joven Temple Drake, secuestrada y violada con una tusa de maíz (así decía la traducción) empuñada por el gángster Popeye. Una de las lecturas más hipnóticas e intensas de mi vida, subrayada por el peculiar entorno. Gracias, pues, querido Luis, por aquella emoción antigua y por tu

hospitalidad de ahora.

II. TRES DÍAS EN LONDRES

En honor de Ann Warnford-Davis,
una agente *comme il faut*³⁸

El 7 de mayo de 2002, recibí una carta de la agente literaria Deborah Rogers en la que me anunciaba el próximo retiro de Ann, al menos de la primera línea de fuego, aunque seguiría como asesora. Hasta entonces Ann había sido durante décadas algo así como la ministra de Asuntos Exteriores de la agencia para diversos países europeos, la responsable de las traducciones de autores anglosajones. El lunes 24 de junio Deborah daría en su casa una fiesta más o menos sorpresa en honor de Ann; le contesté que asistiría, sin ninguna duda.

El sábado 22 de junio, por la tarde, aterricé con Lali en el Mountbatten Hotel, como otras veces. Se halla en una callecita aparentemente retirada, Monmouth Street, pero a cuatro pasos del Soho, la National Gallery, el Covent Garden, siete u ocho teatros del West End y, lo más importante, las librerías de Charing Cross. El hotel, no muy grande, es agradable. Ahora ha cambiado de dueño, es de la cadena Radisson, y también de decoración, la anterior tenía más «color local» (indio, naturalmente), habida cuenta de la biografía de Lord Mountbatten (aparte de la intimísima relación entre Lady Mountbatten y Pandit Nehru). Innumerables fotos enmarcadas, cachivaches varios. El servicio también era mayoritariamente indio, algo así como un viaje de ida y vuelta con los Mountbatten. Ahora solo queda una fotografía en el lobby y tres o cuatro elefantitos de madera.

Nos pasó a recoger mi viejo compinche Pete Ayrton, a quien conocí, en los setenta, como *editor* en la trotskista Pluto Press, y que luego fundó su propia editorial, Serpent's Tail, hará unos quince años. Pete ha capeado con singular

destreza las muchas tormentas de la edición y del negocio librero en Inglaterra, y ha impuesto su marca inconfundible. En su editorial aparecen gays y lesbianas, literatura exigente, drogas, rock and roll y thrillers más bien retorcidos. Compartimos varios autores, como Walter Mosley, Dennis Cooper o Gary Indiana. Y también es uno de los poquísimos editores británicos que publican traducciones. En lengua española, en su día se atrevió con Juan José Saer y César Aira, así como con dos autores de Anagrama, Rafael Chirbes y Raúl Núñez. La insularidad del lector inglés le ha obligado a ser más cauto, aunque persiste con Juan Goytisolo, una presencia regular en su catálogo, y Manolo Vázquez Montalbán, cuyos «Carvalhos» ya editaba en Pluto Press.

Pero esa noche hablamos sobre todo de Catherine Millet, a la que acababa de publicar con éxito inmediato. En efecto, ya lo he visto en las primeras librerías visitadas, muy bien expuesto, y he leído las primeras reseñas, variopintas, como está mandado, pero algunas muy favorables: una de ellas nada menos que en el austero *Times Literary Supplement*. Catherine ya ha visitado Londres, con gran acogida de prensa: convenimos en que es listísima, muy simpática y una gran profesional. Le cuento que acaba de estar en México, promocionando nuestra edición, donde ha arrasado: hectáreas de reportajes y entrevistas.

Pete, ahora, no sabe qué hacer, nos cuenta en un simpático bistrot de *nouvelle cuisine anglaise*, o sea, cocina inglesa pero menos bestia (en realidad, muy aceptable): por una parte, el libro ha demarrado muy bien; por otra, los grandes grupos que habían declinado reticentemente su publicación («*Sex? We are British, please*»), ahora lo acosan para que les venda, a buen precio, los derechos de bolsillo. En Estados Unidos también lo publicará un independiente, Morgan Entrekin, en su Grove/Atlantic, sin duda también la editorial idónea. Me pide consejo. Le digo que no puedo dárselo: una ecuación con demasiadas variables. Pero está eufórico, claro, las tribulaciones del éxito no son las más preocupantes.

Le insisto en que prosiga con Rafael Chirbes. Pete, que hoy va vestido con un traje rojo bastante llamativo pero no chillón, incluso elegante (en su atrevido registro), lee y habla perfectamente francés (bastante *rara avis* entre sus colegas ingleses) y me ha dicho que en su último viaje a París ha pasado por Rivages y ha recogido sus recientes traducciones francesas. «*Chirbes is for you!*», le digo. Se ríe, lo sabe, pero debe aquilatar riesgos. Nos veremos

en Frankfurt.

El domingo por la noche, Christopher MacLehose, el editor de Harvill Press, y su esposa Koukla, nuestra *scout* en Londres, nos habían invitado a cenar en su casa, donde estarían Christian y Dominique Bourgois, que también habían ido a Londres para la fiesta en honor de Ann Warnford-Davis. Cuando llegamos, nos paseamos primero por el jardín donde celebramos, en el 99, nuestra fiesta londinense del 30 aniversario de Anagrama con el British Dream Team y tantos amigos.

En la cena se dio mucha cancha a tres autores comunes de Harvill, Bourgois y Anagrama.

Así, de Antonio Tabucchi, de su último libro, *Se está haciendo cada vez más tarde*, tan bien acogido en Francia y en España, y de sus complicados e imprevisibles viajes; en el último, Christian había acompañado a Antonio y a Enrique Vila-Matas a Toulouse. Este último, a quien Bourgois iba publicando tenazmente desde *Historia abreviada de la literatura portátil*, había tenido una extraordinaria acogida de la crítica francesa, al aparecer simultáneamente, a principios de año, *Bartleby y compañía* y *El viaje vertical*. Un éxito crítico refrendado por el Prix du Meilleur Livre Étranger, otorgado a *Bartleby y compañía*, un galardón con solera concedido por un jurado compuesto por destacados representantes de la crítica francesa así como de la edición literaria: Ivan Nabokov (Plon), Anne Freyer (Seuil) o Christine Jordis (Gallimard).

El otro gran escritor destacado por la crítica había sido el chileno Roberto Bolaño, publicado la primavera anterior por primera vez en Francia, pero por partida triple: bajo el sello Bourgois habían aparecido *Estrella distante* y *Nocturno de Chile*, mientras que una editorial canadiense recién estrenada, Les Allusifs, había publicado *Amuleto*. En cuanto a Harvill, estaban ya avanzadísimas las traducciones de *Bartleby y compañía* y de *Nocturno de Chile*, que habían contratado un año antes.

También hablamos de nuestra querida Ann Warnford-Davis y de otras agentes literarias, algunas nada queridas. Y un tema inevitable: los problemas (y peligros culturales) de la concentración editorial y librera, sus efectos sobre la edición literaria, las librerías independientes, la escasa vida de los libros, etc. Problemas comunes en todos los países, con mayor o menor virulencia. Problemas que aparecen en la cena, tratados con cierta sordina (si

exceptuamos algún esporádico comentario furioso de Koukla): las heridas están demasiado recientes.

En efecto, la estupenda Harvill, que había sido un sello del grupo Harper Collins, había empezado hacía unos siete años, capitaneada como siempre por Christopher MacLehose, su singladura como editorial independiente. Ahora, ante el endurecimiento de la situación, este había decidido su venta a Random House, que se había materializado tras largas negociaciones. (Random House, que, como es sabido, fue deglutida por Bertelsmann pero que, curiosamente, daba nombre a todas las editoriales de librerías del grupo Bertelsmann. Una cabriola, parece, de digestión un tanto difícil, una editora alemana amiga mía me contó su extrañeza cuando, al telefonar a una filial alemana de Bertelsmann, la telefonista contestó algo así como «Random, dígame».)

Como todos los colegas sabemos, Harvill es una joya, una rareza en el panorama editorial no solo británico sino de todo el mundo de habla inglesa. Además de muy notables autores anglosajones, como Raymond Carver o Richard Ford, alberga muchísimas traducciones de autores de primerísima fila internacional. Sin Harvill, el paisaje cultural inglés quedaría muchísimo más insular y *parochial*. Por citar tan solo autores comunes -y dejando aparte su imponente lista de autores rusos y escandinavos, entre otros-, Harvill es la editorial de los italianos Magris, Tabucchi, Bufalino y Baricco, y de los franceses Perec, Echenoz y Rouaud, o del estonio Jaan Kross. También se ha dedicado con empeño a la difusión de la literatura en lengua española: así, estableció contratos con Anagrama para editar novelas de Carmen Martín Gaité, Javier Marías y, recientemente, Enrique Vila-Matas y Roberto Bolaño. Y en su catálogo aparecen asimismo Pérez-Reverte, Manuel Rivas, Bernardo Atxaga y Jesús Moncada. No hay, pues, ninguno comparable en lengua inglesa en cuanto a curiosidad internacional. Además de las obvias dificultades de una empresa como Harvill en un país de lectores tan poco atentos a literaturas no anglosajonas, pienso que Harvill estaba sometida a la doble tenaza de la concentración editorial y de la abolición del precio fijo en el Reino Unido.

Las secuelas de la concentración editorial, del oligopolio de unos cuantos grupos, son bien conocidas: anticipos disparatados, sobreproducción como huida hacia delante, progresivo dominio de la lectura de usar y tirar, de autoayuda y similares. Sí, los grandes grupos publican también libros excelentes, claro está, pero como símbolos de estatus, rápida y necesariamente

anegados en el flujo impetuoso de las novedades de todo color.

La correspondiente concentración librera no hace más que agravar los problemas: así, la potentísima cadena WHSmith tiene en sus manos los destinos de un libro según lo quiera o no exhibir de forma circunspecta o privilegiada: en ese último caso, el editor deberá pagar a la cadena una cifra nada desdeñable para que el libro sea «visible». En semejante contexto, ya de por sí alarmante, la abolición del precio fijo ha sido nefasta. El precio fijo significa al menos un freno, más o menos eficaz, ante la degradación del paisaje cultural. Con la eliminación de dicho obstáculo, han desaparecido muchas librerías independientes y otras han debido abdicar de criterios más culturales. Asimismo, los editores independientes han sufrido duramente las consecuencias, y lo más chistoso (bueno, en realidad humor macabro) es que los libros resultan más caros de lo que lo serían con el mantenimiento del precio fijo. (Los interesados pueden consultar estudios efectuados por organizaciones neutrales que así lo demuestran.) En resumen, una oferta empobrecida para el lector, enormemente fugaz y más cara.

Actualmente, en el Reino Unido hay una editorial independiente de importancia que marcha viento en popa: Bloomsbury. Fundada en 1986 por Liz Calder y otros colaboradores de Jonathan Cape cuando esta editorial fue vendida a Random, ya empezó bien, pero hace unos años encontró la mina de oro por excelencia: *Harry Potter*. Para la excepcional Faber and Faber, fundada en su día por T. S. Eliot, el panorama no luce tan radiante: pese a su extraordinario catálogo, una parte de su supervivencia la aseguraba el musical *Cats* (los derechos de autor, precisamente Eliot, correspondían a Faber). Y ahora, después de tantos años, *Cats* desaparece de las carteleras del West End. Otra independiente que empezó hace unos años con gran fuerza y acierto fue Fourth Estate, que desembocó del brazo de su directora, Victoria Barnsley, en un gran grupo, Harper Collins, donde ella ocupa un alto cargo.

Y con un cubicaje menor y una estructura escueta y ágil, y un perfil *edgy* muy nítido, resiste *Serpent's Tail*, de Pete Ayrton, un superviviente nato. Y poca cosa más. Hace poco ha debutado Pushkin, uno de cuyos editores me mostró su exquisito catálogo en la cena ritual de Christian Bourgois en el Salón del Libro de París. Un ejemplo de esas editoriales resistentes que van apareciendo aquí y allá, en los inevitables resquicios que dejan los grandes grupos (¿será cierto el colapso de estos que profetiza en *La industria del libro*

el muy sabio Jason Epstein?).

Inciso español: como es sabido, el gobierno del PP anunció, a mediados del año 2000, sus propósitos de acabar con el precio fijo, pese a las desastrosas consecuencias, no «teóricas» sino constatables empíricamente, que tal resolución había tenido en otros países, como el Reino Unido. Un gobierno azuzado (aunque poca falta le hacía) por sus asesores neoliberales, facción dura, que se presentan como catedráticos (que lo son, ¿y a quién le importa?) pero que casualmente son también empleados de un organismo propiedad de Carrefour (la más poderosa empresa de grandes superficies). Cabe la sospecha, como mínimo, de que sus criterios sean más sesgados que científicos. Y lo más chistoso (de nuevo) es que hablan llenándose la boca de grandes palabras y nobles propósitos: abaratar los productos culturales en beneficio de los ciudadanos, de los indefensos padres de familia, etc., etc. En cualquier caso, la enérgica posición de nuestro sector frustró tal desquicio, que quedó circunscrito parcialmente al libro escolar, una medida dañina pero no mortal. Una postura de la que se hizo el debido eco la prensa, lo que posiblemente motivó alguna reflexión del gobierno sobre el costo electoral y que se aparcara el tema. Como me comentó una vez Ymelda Navajo, cuando estaba en Planeta: «Hay que ver este sector tan pequeño [se refería a su volumen empresarial] ¡cuánto ruido arma!»

Pero, en cualquier caso, ahora la preocupación latente es la supervivencia de Harvill, la continuidad de su línea editorial. ¿Tendrán en Random la suficiente clarividencia para lograr que encaje satisfactoriamente en su engranaje un gran editor como Christopher pero también *very peculiar*, para quien, como ejemplo, la elección no ya de un título sino también de la ilustración de una cubierta es objeto de demorada deliberación.

Ocupación diurna previsible del domingo y el lunes: exposiciones, galerías de arte, librerías. Coinciden estos días dos indispensables exposiciones: la de Picasso y Matisse en la Tate Modern y la de Lucian Freud en la Tate. Al entrar en el vasto espacio de la nueva Tate, una acomodación sabia y poco enfática de una antigua fábrica, recuerdo las arañas de la parte central en la exposición inaugural, hace un par de años. Gigantescas y ominosas arañas metálicas que superaban en escalofríos a cualquier película de terror, cualquier pesadilla, perpetradas por la sádica escultora Louise Bourgeois. Gran cola para la Picasso-Matisse, tomamos un ticket, como en una

sesión de cine, para dos horas después. Entretanto curioseamos otras exposiciones: en una de ellas, proyectan un famoso medimetro de Jean Vigo, *À propos de Nice*, que no habíamos visto: afilado, aéreo, con toques (para la época) procaces.

Pugilato Picasso y Matisse, encuentro en la cumbre. Constatación, una vez más, de la belleza, la armonía, el hedonismo de Matisse y, también una vez más, del genio torrencial, omnívoro, de Picasso. Recuerdo la última gran exposición suya que vi, *Retratos*, en el MoMA de Nueva York. Desde sus épocas azul y rosa hasta el último y alucinado autorretrato poco antes de morir. Lo más impresionante, aquellos retratos dedicados a una amante que lentamente cae en desgracia, de manera que va surgiendo, en los mismos cuadros, el rostro de una nueva enamorada que desplaza, a codazos, a zarpazos, a su predecesora hasta instalarse, sola ya, en su efímero trono.

Extraordinaria y amplísima la exposición de Lucian Freud. Muchas mujeres, amantes (también Freud, como Picasso, es un acreditado *womaniser*) de todas las épocas, hasta una joven, recientísima (pese a que Freud es ya setentón). Entre sus modelos masculinos figura Leigh Bowery, que también fue modelo de Francis Bacon. Es curioso que en estas últimas décadas de arte abstracto, minimalismo, conceptual, instalaciones y similares dos de los mayores pintores, sin discusión, sean dos figurativos ingleses: Bacon y Freud.

Y, hablando de minimalismo, la exposición de la temporada de la galería Annely Juda, una visita obligada para los interesados en las vanguardias históricas, está dedicada a Donald Judd. Precios de catálogo: fortunas por sus austerísimos cajones, sus fetiches.

Y bajando por Piccadilly, primero la célebre Hatchards, la librería de la Casa Real, con su completísima selección de biografías y memorias, en la sala a mano izquierda, y libros de arte, con hallazgos y rarezas, en el primer piso. Allí encontré hace años un extenso volumen dedicado al pintor danés Vilhelm Hammershøi; uno de sus bellísimos cuadros ilustra la portada de *Mujeres de negro*, de Josefina Aldecoa. Más abajo, junto a Piccadilly Circus, está una Waterstones, ahora la librería más grande de Londres, en el espacio que antes ocupaban unos grandes almacenes. Y ya, de regreso al hotel, por Shaftesbury Avenue, llegamos a Charing Cross.

Subiendo a mano derecha siguen intactas sus legendarias pequeñas librerías, que deberían ser patrimonio nacional pero que parecían estar a punto

de sucumbir hace un par de años, en nuestro último viaje a Londres. Eso proclamaban al menos los recortes de periódicos pegados en sus vitrinas; al parecer, los dueños de los locales podían, con una nueva ley, exigir alquileres imposibles de sufragar con los hipotéticos beneficios de una librería. Pero, por lo visto, falsa alarma, o al menos peligro aplazado. Persisten, gallardamente, con sus libros de segunda mano, sus tesoros, sus libros de fotos, de arte, donde uno puede pasarse horas. Están también, como era de esperar, las grandes librerías: Blackwell, la filial de la descomunal librería de Oxford; otra de la cadena Waterstones, también amplia, y una Borders. Y enfrente, un monumento nacional, la Foyles, con sus muchos pisos.

Si bien recuerdo, solo ha desaparecido la histórica librería feminista Silver Moon, o mejor dicho ha encontrado un nuevo acomodo precisamente en un piso de la Foyles, y se ha esfumado otra Waterstones que estaba junto a esta y que siempre fue bastante prescindible a causa de tan apabullante vecina.

El surtido de las cadenas de librerías sigue en su tónica, cada vez más acentuada: omnipresencia de los mismos libros, sensación de aburrimiento, tanto de contenido como gráfico (con las muchas excepciones de rigor), los libros en *paperback* que convierten la tradicional *hardcover* en casi una reliquia de otros tiempos. (Ejemplo máximo: la librería WHSmith del aeropuerto de Londres, tan solo *paperbacks*, ni un libro en tapa dura.)

Una novedad: las ofertas. En todas estas cadenas, anuncios de 3 títulos por 10 libras. Pero no solo los típicos bestsellers, sino también todos los libros destacados de *literary fiction* de los últimos meses. Ahí están, por ejemplo, varios de los libros que Anagrama publicará el próximo otoño: *Atonement*, de Ian McEwan, *Thinks...*, de David Lodge, *The Rotters Club*, de Jonathan Coe, *Fingersmith*, de Sarah Waters, incluso *Austerlitz*, de W. G. Sebald.

Pero aparte del afán de curiosear, siempre renovado, busco en estas librerías textos de un autor concreto, Alan Bennett. A pesar de que creo estar bien informado de las publicaciones inglesas de las tres últimas décadas, se me había escapado por completo este nombre. Lo había ya visto, sin prestarle mayor atención, en el catálogo de Adelphi, pero este año en la Feria de Turín hojeé los dos tomitos de la Biblioteca Adelphi publicados con notable éxito, y leí con deleite uno de ellos, *La ceremonia del masaje*. También acababa de publicarlo Klaus Wagenbach, con resultados sosegados. Pequeña reflexión obvia: los catálogos de determinados editores, como contraseña: «Atención,

calidad.»

Los derechos los tenía Intercontinental Literary Agency, o sea Nicki Kennedy, mi otra agente preferida además de Ann Warnford-Davis, que me envió de inmediato cuatro libritos: tres novelas cortas, o *nouvelles*, o relatos largos (que el autor subtitula sabiamente en cada portada: *A Story*), y además un delicioso texto autobiográfico, *The Lady in the Van*, todavía inédito en el continente.

Ya conquistado con estas lecturas, busco información adicional: Alan Bennett es un popularísimo actor y autor de piezas teatrales y televisivas, pero tan solo con esta escasísima y reciente obra como narrador, lo que puede quizá excusar mi ignorancia. El material disponible en las librerías londinenses es el siguiente: además de los cuatro libros mencionados, un par de volúmenes recogen una parte de su producción teatral, mientras que *Writin Home* reúne diarios, artículos y otras prosas. También compro una biografía, más bien desaseada. Alguien me comenta, más tarde, que Bennett, justamente desconfiado, no ha apoyado tal biografía.

Alan Bennett es un perfecto ejemplo del humor inglés, tan presente en el catálogo de Anagrama, donde figuran desde maestros monográficos del humorismo, como Saki, Wodehouse, Lodge y Sharpe, hasta escritores con abundantísimas pinceladas de humor como Julian Barnes y Martin Amis, o clásicos del siglo XX de comicidad *understated*, pero no por ello menos eficaz, como Ivy Compton-Burnett, Barbara Pym o Anthony Powell (qué maravilla las doce novelas de *Una danza para la música del tiempo*, qué pena que se acaben). O, como caso límite, Ronald Firbank, entre lo excéntrico y lo directamente estrambótico. Nicki aceptará, supongo, mi oferta, o en cualquier caso nos pondremos de acuerdo, y el año próximo aparecerán en «Panorama de narrativas» nuestros dos primeros títulos de Alan Bennett.

El lunes por la tarde los MacLehose nos pasan a recoger por el hotel, rumbo a casa de Deborah Rogers, en Powis Mews. Ya hay gente en el jardín, entre ellos los Bourgois. En el salón nos recibe Deborah, su asociada Gill Coleridge y, con aparente gran sorpresa ante el homenaje, Ann Warnford-Davis. Es posible que la invitación y la presencia de editores extranjeros haya sido un secreto bien guardado. En cualquier caso, grandes abrazos. También está su marido el exeditor Tom Rosenthal, con sus hijos, ya muy crecidos, y mucha más gente.

Entre nuestros autores está Kazuo Ishiguro, quien tantas veces ha estado en Barcelona, y su simpática esposa escocesa, a quien ya conocíamos de otras ocasiones. Le comento cuánto ha gustado en España su última novela, *Cuando fuimos huérfanos*, en apariencia tan clásica y progresivamente cada vez más desconcertante. Enseguida aparece Ian McEwan, le felicito por su excelente novela *Atonement* (es decir, *Expiación*); el mejor libro suyo, según opinión unánime, lo que no es poco decir tratándose de McEwan, una novela que ha estado durante meses en las listas de bestsellers del *New York Times* y de *Publishers Weekly*, una proeza inusual entre los escritores británicos. De pronto aparecen los Mehta. De Gita Mehta he publicado dos excelentes novelas, *Sufra del río* y *Raj*. Recordamos que estuvimos en su casa de Nueva York a finales de los ochenta, luego Lali y yo nos fuimos con ellos (en su limusina, conducida por un chófer con opiniones literarias contundentes) a una fiesta que daba Bret Easton Ellis a su amigo Jay McInerney por su novela *Story of My Life*, fiesta en la que también estaba, obviamente, la entonces muy popular autora de *Esclavos de Nueva York* Tama Janowitz. O sea, el cogollo del *brat pack*. Además de los muchos jovencísimos, estábamos unos pocos *seniors*: mi viejo amigo Harold Brodkey, George Plimpton, fundador de la *Paris Review*, los Mehta y nosotros.

Sonny Mehta había sido un niño prodigio de la edición londinense allá por los setenta, el «inventor» de Picador y de Pan. Lo ficharon para dirigir Random House en Nueva York y allí sigue; tras los sucesivos cambios de propiedad, el último dueño es Bertelsmann. Entre unas cosas y otras, 2001 (con el 11 de Septiembre y sus consecuencias muy presentes) había sido un año difícil para la empresa. Según comentó *Publishers Weekly*, en la fiesta de fin de año Sonny Mehta terminó así su discursito a sus colaboradores: «Y ahora bébanse cuanto antes el champagne, no sea que les quiten ya las copas.»

Entre los editores extranjeros estaban dos escandinavos: Vagn Grosen, recientemente retirado, durante décadas un fijo en los cócteles de Frankfurt, y también Johannes Riis, de Gyldendal, otro fijo más *junior*. ¡E incluso un editor japonés! También estaba Carlos da Veiga Ferreira, de Teorema, uno de los dos editores portugueses omnipresentes en los festejos internacionales (el otro es, claro está, Manuel Valente, el director de Asa).

Copas, saludos, más copas. Silencio: tiempo de discursos. Solo dos, breves y emotivos: Deborah y Ann. Más copas y abrazos. Por ahí anda

Laurence Laluyaux, que hasta ahora trabajaba con Ann: muy contenta porque me he quedado la primera (y sulfurosa) novela de una autora escocesa, Louise Welsh, se publicará en Londres en otoño, pero las *proofs* están gustando ya mucho a los librereros y críticos. Es el primer trato que hacemos directamente con Laurence, chin-chin. Alguien me presenta al joven editor de Profile, una pequeña editorial que ha publicado cuatro diminutos libros con sendos relatos precisamente de mi recién descubierto Alan Bennett.

Y también está Tom Maschler, posiblemente el editor que más revolucionó la edición inglesa en los setenta y ochenta y convirtió Jonathan Cape, de la que fue director editorial, importante accionista y presidente, en la mejor editorial literaria de Gran Bretaña. A finales de los ochenta dio un espectacular pelotazo y vendió Cape a Random House por un dineral. Entonces, me contó su gran amigo Roberto Calasso, se compró una magnífica villa en la Costa Azul, se instaló a vivir allí... y se pasaba los días mirando el techo con una depresión de caballo. Corolario: se reintegró a Cape como colaborador en la línea infantil y juvenil y recobró el sosiego. Quizá no haya sucedido exactamente así, pero la narración configura una pequeña «novela ejemplar».

Ann dice que Anagrama es la editorial con la que ha hecho más contratos, la campeona europea: 145. «Muchos más que conmigo», masculla sonriente Tom Maschler. En efecto, creo que solo hice dos (pero ya entonces muchos autores de Cape, según el modelo anglosajón, tenían agente literario), ambos excelentes.

Uno era una selección de textos de Kenneth Tynan, brillantísimo crítico teatral, director del National Theatre, y uno de los personajes más fascinantes de la escena londinense de su tiempo. El libro se tituló en castellano *La pornografía, Valencia, Lenny, Polanski y otros entusiasmos* y en él, además de un encendido elogio de la pornografía, de la que Tynan era decidido partidario teórico y práctico, y de varios textos sobre su trabajo en el *show business*, había una desopilante descripción de Valencia como la ciudad más maravillosa del Mediterráneo... nada menos que en los años cincuenta. Mi buen amigo Ricardo Muñoz Suay, valenciano con gran (y pérfido) sentido del humor, los regalaba a sus paisanos por docenas. El otro fue *Sobre la psicología de la incompetencia militar*, de Norman Dixon, que hacía estricto honor a su título. El autor, militar y psicólogo, llevaba a cabo un descarnado análisis de la calamitosa actuación del ejército británico en varias guerras,

como la de Crimea y la de los bóers, y además un estudio de la mentalidad autoritaria implícita en el ejército y que daba lugar a tales desaguisados. Teniendo en cuenta estas características y las de la censura franquista, nos temíamos un choque peligroso (habíamos tenido secuestros y procesos por títulos, digamos, menos provocativos), pero por fortuna la censura tampoco era una ciencia exacta.

Y mientras Ann dice al público en general «Que nadie se piense que se va a librar de mí tan fácilmente», le damos un beso y los MacLehose nos llevan de nuevo en su coche de regreso al hotel.

El primer contrato que hice de literatura anglosajona fue con Ann Warnford-Davis, en 1971, a raíz de la lectura de *Come Back, Dr. Caligari*, un deslumbrante e imaginativo libro de cuentos del autor norteamericano Donald Barthelme, la gran estrella del *New Yorker* y de la ficción posmoderna. Se publicó en la «Serie Informal», la primera colección literaria de Anagrama, al igual que sus dos libros de relatos posteriores, *Prácticas indecibles, actos antinaturales* y *City Life*. Tuvo escaso eco y al final desistí de seguir publicándole, pese a mi gran admiración. Quizá Anagrama, que se había ganado en pocos años un sólido pedigrí con sus ensayos, no era la editorial adecuada para este autor, que hubiera podido acaso brillar más en Seix Barral o en Lumen, pero en cualquier caso no se decidieron. A Donald Barthelme siguió Tom Wolfe, aún en la «Serie Informal», con *La Izquierda Exquisita*, la desopilante sátira del *party* que Leonard Bernstein y los representantes del *radical chic* más prestigioso ofrecieron a los Panteras Negras. Después, *La banda de la casa de la bomba* y dos mordaces sátiras más, *La palabra pintada* y *¿Quién teme al Bauhaus feroz?*, sobre la pintura y la arquitectura modernas respectivamente.

Pero cuando intensificamos significativamente nuestros contactos fue a raíz de la creación de «Contraseñas», en 1977, y luego de «Panorama de narrativas». Entre los muchísimos autores contratados vía Ann Warnford-Davis figuran, por citar unos pocos, en el ámbito británico, Ian McEwan, Kazuo Ishiguro, Hanif Kureishi, todos ellos desde su primera obra, o los americanos Raymond Carver, Richard Ford, Allan Gurganus.

Con Ann nos vemos regularmente en Frankfurt y en Barcelona. En Frankfurt, almuerzo ritual el sábado de la Feria, primero sola y luego con sus sucesivas asistentes (último y excelente fichaje: Laurence Laluyaux). También

atterrizaba en Barcelona en el mes de junio, de donde partía a su apartamento de la Costa Brava, donde veranea desde hace años. Algún año el almuerzo barcelonés se cambiaba por una cena en Palamós con Ann, su marido el editor Tom Rosenthal y sus dos hijos (que leían frenéticamente sus libros durante toda la cena). Tom tenía un amplio historial editorial y un aspecto y una voz bastante imponentes. Fue director durante años de Seeker & Warburg, donde publicó a su amigo Tom Sharpe, y después de Thames and Hudson. Más tarde llegó a un acuerdo con el editor Andre Deutsch para comprarle su editorial. Pero el arriesgado experimento (coincidió con el desembarco de los grandes grupos en Londres, que absorbieron casi todas las editoriales tradicionales, con nombre y apellido) no funcionó, y Tom vendió a su vez la empresa y se dedicó a escribir.

Ya desde el inicio, Ann se percató muy atinadamente de mis gustos. En cada almuerzo o encuentro, sacaba un par o tres de hojas mecanografiadas con la lista de los autores recientes que proponía, así como los manuscritos o las *proofs* de los textos rigurosamente nuevos. Tras el test de la lectura, un resultado infalible: todos los textos propuestos eran de interés y perfectamente «anagramizables». Si se contrataban o no, dependía ya del entusiasmo suscitado (y de su competición con otros entusiasmos en lucha, por así decir, por el espacio editorial). Nunca hubo problemas con los anticipos, episódicamente algún forcejeo verosímil. Bien es verdad que casi nunca tuve competencia: ¡primeros libros de cuentos!, ¡reportajes!, ¡novelas anglojaponesas! Y los autores que descubría por mi cuenta cuyos derechos gestionaba la agencia también eran objeto de transacciones racionales.

Enhorabuena de nuevo *and many thanks*, querida Ann.

TRAYECTORIAS EDITORIALES (2001-2019)

EL CASO LUMEN. INCIDENTES DE LA ABSORCIÓN DE UNA EDITORIAL INDEPENDIENTE POR UN GRAN GRUPO³⁹

Esther Tusquets, a quien aterraba ejercer como empresaria (la cuestión «números» la había llevado siempre su padre, Magín, hasta que falleció), había llegado a un acuerdo con su amigo Hans von Freyberg, compañero de bridge, para vender Lumen a Random, que ya había adquirido Plaza y Janés, dirigida por Juan Pascual, con quien Esther nunca congenió. Por dicho acuerdo, Lumen pasaría a ser de su entera propiedad al cabo de cinco años. A los cuatro años, de forma inopinada la ponen de patitas en la calle, de un día para otro.

Esther, gran amiga de tantos años, me telefona, me explica el tema y quedamos para comer en el restaurante Tram Tram, muy próximo a Lumen, a mi casa y también, aunque no tanto, a Anagrama. Le pregunto si le parece buena idea que escriba un artículo para *El País*, me dice que adelante.

Llegamos Lali y yo al Tram Tram, donde estaba el staff de Lumen: Esther, Carmen Giralt, su jefa de producción y amiga histórica, la joven Milena Busquets y el aún más joven Andreu Jaume, ambos haciendo sus primeros pinitos en Lumen en el oficio editorial. El texto les parece bien, lo enviamos a *El País* y nos lo devuelven muy rápido, ya maquetado. Pero algo ha pasado, posiblemente en Plaza y Janés se han enterado de lo del artículo, que es muy crítico con su proceder. Una hipótesis muy probable: la propia Esther, muy furiosa, además de recurrir a mí, comentó el tema con sus amigas María Luisa Blanco, directora del suplemento cultural de *El País*, y Ana Moix, varios

periodistas ya estaban informados y llamaban a Plaza y Janés, el escándalo estaba en puertas.

Resultado: queda sin efecto el despido de Esther, que pasará sin problemas el año que ya estaba pactado, y «se retira» el artículo.

Happy end con muy mal sabor de boca.

TEXTO DEL ARTÍCULO

¿Edición con rostro humano?

Me entero, estupefacto, de que Esther Tusquets, directora de Lumen, ha sido despojada de su cargo por los responsables de Bertelsmann en España.

Haciendo un poco de historia, Esther Tusquets, tras la muerte de su padre, Magín, quien se ocupaba de las tareas empresariales, decidió vender Lumen a Bertelsmann, alentada por su buen amigo Hans von Freyberg, alto directivo del grupo. Bertelsmann adquirió el ochenta por ciento de las acciones y se estableció un plazo de cinco años para que Esther siguiera como directora de Lumen. Han pasado cuatro años del acuerdo, solo faltaba uno para su jubilación pactada.

Siguiendo con la historia de Esther Tusquets al frente de Lumen, todos conocemos su pasión por la literatura y también el escrupuloso cuidado en el control de las traducciones, en la revisión de textos, en el aspecto «artesanal» del oficio.

Gracias a tal pasión surgió y se consolidó «Palabra en el tiempo», una colección, bajo el lema de Antonio Machado, rigurosamente imprescindible en el paisaje editorial en lengua española. Baste recordar a algunos de sus autores: Joyce, Kafka, Beckett, Céline, Woolf, muy pronto Proust, es decir, las cumbres de la literatura del siglo XX. Y también los grandes éxitos comerciales, los longsellers de Eco y Quino que, aparte de sus cualidades, han permitido una política editorial que no ha vacilado en apostar por autores excelentes, pero previsiblemente minoritarios, como Hermann Broch, Claude Simon, Gertrude Stein o Flannery O'Connor, o la atención dedicada a la poesía durante tantos años.

Del amor a la literatura surgió la Esther autora de excelentes novelas, la Esther lectora rigurosa, como he podido comprobar en las distancias cortas, en

las sesiones del jurado de nuestro premio de novela, del cual, generosa y atípicamente, aceptó formar parte desde sus inicios.

Pero volvamos a la noticia. En España, en la actual etapa de concentraciones, los grandes grupos, por regla general, eludían «el abrazo del oso», dejaban un amplio margen de libertad a sus editoriales absorbidas o participadas. Así Planeta con Seix Barral, Destino o el breve episodio de Tusquets; Anaya con Alianza o Siruela; Santillana con Alfaguara y Taurus. Y también Bertelsmann, hasta la fecha, con Lumen y Debate.

Dicha política parecía obedecer, por razones meramente empresariales, a la más pura lógica, si no mediaban imperativos económicos flagrantes. Un clima de razonable libertad parece imprescindible para la creatividad de los responsables de los sellos editoriales.

Y, de pronto, Bertelsmann decide prescindir de Esther Tusquets de una forma tan inesperada, una decisión que parece un despilfarro, una torpeza y un error estratégico.

Prescindir de la experiencia editorial y literaria de Esther es un despilfarro meridiano, tal como su historial demuestra ampliamente.

En cuanto a la torpeza: ya que Esther estaba tan próxima a la jubilación (de su cargo ejecutivo, aunque podía seguir asesorando literariamente a la editorial), ¿a qué viene este gesto, sin encontronazos previos, con la editorial funcionando de forma satisfactoria, un gesto que ha pillado a Esther tan por sorpresa? ¿Acaso las arcas de Bertelsmann precisan ahorrar su sueldo de un año?

Por último, el error estratégico. Como es bien sabido, Bertelsmann es el líder mundial del sector editorial, un líder en continua expansión, con proyectos de nuevas adquisiciones en diversos países. A partir de ahora, los directores de las editoriales tentadas por el grupo tendrán un nuevo (y poco estimulante) elemento de juicio antes de tomar una decisión.

Quizá los responsables de la decisión o el departamento de comunicación del grupo tengan algo que decir al respecto. *Manners matter*, las maneras cuentan. Y también importan los símbolos: Esther Tusquets es un símbolo de competencia profesional, de rigor literario, de integridad moral.

ELOGIO DE LA FERIA DE MADRID⁴⁰

Voy a leer un texto para el que la palabra conferencia me parece demasiado solemne. Pienso que ya todos los presentes estamos convencidos de la importancia de la lectura, de la necesidad de fomentarla, del apoyo a las librerías, del imprescindible precio fijo. Sin insistir en ello, he preferido hacer una crónica anecdótica de una época, como un travelling subjetivo a lo largo de cuatro décadas.

Quiero decir, de entrada, que la Feria de Madrid es la más agradable de las muchas ferias que conozco, debido en parte al acierto de su implantación en el parque del Retiro: el cliché de «marco incomparable» está plenamente justificado. Y no me he perdido ni una desde mi primer año, en mayo del 69, recién estrenada la editorial, y en la caseta de Miguel García y Mari Paz Arias, entonces llamados los Visores, expuse dos libros: *Detalles*, de Hans Magnus Enzensberger, y *Laclos. Teoría del libertino*, de Roger Vailland. Ambos, a pesar de ser casi tan desconocidos como Anagrama, tuvieron una reseña instantánea y magnífica de César Alonso de los Ríos en la decisiva revista *Triunfo*. Al año siguiente me hizo mi primera entrevista una joven e inquieta periodista, Juby Bustamante, del diario *Madrid*, poco antes de que fuera dinamitado. No conocía aún a ninguno de los dos, por lo que fue una gratísima sorpresa.

En aquella época, los editores estaban habitualmente en sus casetas respectivas, «expuestos» ellos mismos, detrás de las resplandecientes novedades editoriales. Así, como si tal cosa, Javier Pradera, Jaime Salinas e incluso José Ortega Spottorno en Alianza, Jesús Aguirre, antes de soñar (o quizá sí) con ser duque de Alba, en Taurus, Pedro Altares y Rafael Martínez Alés en Cuadernos para el Diálogo, Javier Abásolo y Nacho Quintana en Siglo XXI o un puñado de jóvenes editores «rojos» como Ramón Akal en Akal o

Juan Serraller en Fundamentos. Y, si no, podías encontrártelos tomando cervezas en alguno de los muchos bares de la Feria.

Y podía oírse el grito de alerta del queridísimo Juan García Hortelano, avisando a la ciudadanía: «¡Qué vienen los catalanes!» Y, en efecto, allí estábamos: Carlos Barral, el pionero, al frente de Barral Editores, Josep Maria Castellet de Península (la hermana pequeña en castellano de Edicions 62), Esther Tusquets de Lumen, Beatriz de Moura y Oscar Tusquets de Tusquets, Alfonso Carlos Comín de Laia y yo mismo de Anagrama.

Todos nosotros, los de Enlace, dábamos, cada Feria, una fiesta para la afición en la hermosa sede de Cuadernos para el Diálogo. Una fiesta militantemente alcohólica, fumadora y trasnochadora, que pasó al imaginario colectivo como la fiesta de Cuadernos, no la de Enlace, pero nosotros, «los catalanes», encantados. No éramos nada puntillosos, no había entre nosotros ni rivalidades, ni celos, ni nada parecido: entre otros milagros de aquellos tiempos, los egos parecían aparcados.

Después, dejando aparte posibles errores propios, la Transición y el desencanto se llevaron por delante muchas revistas y editoriales que tanto protagonismo cultural tuvieron durante el llamado tardofranquismo. Y desapareció entre ellas Cuadernos para el Diálogo. Pero la fiesta ritual para los muchos amigos no podía faltar. Y tomaron el relevo Miguel y Mari Paz, que siguieron celebrando la fiesta en sus sucesivos domicilios: la primera fue en su casa de Fernando VI, enfrente de su librería Antonio Machado, la segunda en la calle Arturo Soria y luego en su casa de verano en Boadilla del Monte, para llegar a la cual es aconsejable ir con un guía, un *sherpa*, ya que los extravíos han sido muy frecuentes.

Me contaba Miguel hacepoco que estaba inventariando las fotos de las fiestas, más de diez mil; podría hacerse una exposición a lo Factory de Andy Warhol, en castizo, de los protagonistas de la Feria que por su casa han ido desfilando, algo así como el Museo Etnográfico de la gente del libro en las últimas décadas.

Algunos recuerdos personales de las firmas de los años ochenta, con la eclosión de la nueva narrativa española y su creciente éxito. Aunque al principio los nuevos narradores empezaban a vender, aún no congregaban masas, por lo que era frecuente, por ejemplo, que dos de ellos compartieran nuestra pequeña caseta. Esta coexistencia, potencialmente conflictiva, no duró

mucho.

A Álvaro Pombo, siempre reacio a las firmas, cuando se ponía a ello, y si las colas eran nutridas, se le alegraban las pajarillas y se le veía gesticulante y parlanchín, incluso vociferante, pero con un toque de *selfdeprecation very british*. Félix de Azúa siempre sostiene que Pere Gimferrer es «el mayor espectáculo del mundo», pero cuando tiene el día, lo que por suerte sucede con frecuencia, la frase le conviene aún más a Álvaro.

También eran notables las firmas de la bellísima Adelaida García Morales, unos años en el candelero gracias a *El Sur* y *El silencio de las sirenas*: una cola compuesta invariablemente por jóvenes lánguidos, pálidos y tan tímidos como la propia Adelaida. Ella, en cada firma, se quedaba un rato reflexionando, con el bolígrafo en el aire, hasta que se posaba en el libro y firmaba aplicadamente «Con afecto» o alguna otra destilación escuetísima.

El joven Marías registraba en un papel cada firma con un palote y cuando llegaba a cinco tachaba el conjunto y empezaba otro. Al principio, esas proezas no siempre sucedían. Luego, a partir de *Corazón tan blanco*, el acelerón hizo imposible la minuciosa estadística.

En cuanto al gran ensayista José Antonio Marina, tan suelto y sociable y exitoso, era y sigue siendo muy reacio a las firmas: misterio colosal, como diría Josep Pla. En una ocasión en que lo conseguí, se situó de espaldas al público, a lo Miles Davis en algún concierto, como fingiendo observar los pósters y libros de la caseta. Si era requerido por los paseantes más expertos en cogotes, José Antonio firmaba muy cortésmente.

Una vez, estaba en la caseta hablando en catalán con Quim Monzó: aunque mis pulsiones patrióticas no pueden ser más débiles, soy felizmente bilingüe. La encargada de la caseta nos aconsejó muy amablemente que cuando empezaran las firmas, habláramos en castellano: prudencia ante algún posible coletazo del macizo de la raza.

Las anécdotas, claro, son incontables. Seguiré con unas pocas, empezando por los viejos tiempos:

En 1971 acababa de distribuirse un curioso librito con el que debutó Vicente Verdú, titulado *Si Ud. no hace regalos le asesinarán*, que albergaba dibujos y leyendas con un registro más bien críptico. Pues bien, este libro fue incautado por la policía en la propia Feria, posiblemente el secuestro más

surrealista de toda la larga historia de la censura franquista. Imagino que el hecho de que el libro estuviera prologado por Manuel Vázquez Montalbán y publicado por Anagrama, de breve pero sólido pedigrí izquierdoso, debió de alarmar a la superioridad competente más que el propio libro. Como ejemplo de las páginas más subversivas (con todas las comillas posibles): en una ponía *La vida civil*, con un ciprés en medio, en otra *No creen en nada* y en una esquina un tiesto y una flor, y en otra, con grandes mayúsculas, LA POLICÍA, junto a unos labios pintados. Como si los censores se hubieran apropiado, para dicho inopinado secuestro, del eslogan del Mayo del 68: «La imaginación al poder».

Cuando edité *Cuatro tesis filosóficas*, de Mao Tse-tung, el primer libro suyo publicado legalmente en España y con su foto bien visible en la portada, me contaron que se acercó a nuestro stand un sujeto con el inequívoco bigotillo facha. Se paró atónito, cogió el libro en sus manos como para cerciorarse de tal blasfemia y lo estampó contra la pared de la caseta. ¡Hasta aquí podíamos llegar! ¡¿Para esto hemos ganado la guerra?!, gestualizó.

Otra anécdota que me contaron. En España habíamos empezado a publicar a Thomas Bernhard tres editoriales, Alfaguara, Alianza y Anagrama, y gozaba, claro está, de un enorme prestigio. Lo habíamos invitado numerosas veces a venir a España, pero sin ningún éxito. El responsable de nuestra caseta vio a un sujeto que estaba mirando nuestros bien visibles libros de Bernhard y creyó reconocerle: «¿Es usted Thomas Bernhard?» Este sonrió y se desvaneció como Orson Welles en *El tercer hombre* pero a plena luz del día. Y jamás regresó.

Eran célebres las elaboradas estrategias de Antonio Gala, habitual gran triunfador, y de su secretario para «optimizar el flujo» de las nutridísimas colas, como se diría en jerga nada literaria, así como la conocida relación amorodio que tenía Gala con las compradoras de sus libros (hay bibliografía). Y durante años fueron alarmantemente ostentosas las grandes colas frente a la caseta del ultra por antonomasia Blas Piñar (aparcado a menudo en la librería Rubiños).

En ocasiones recorría el paseo algo así como una alegre bandada de estilizadas aves zancudas, esbeltísimas, frágiles y gorjeantes, que recordaban a aquellas jóvenes veraneantes proustianas. Entre ellas, recuerdo en especial a Marisa Paredes, con una boquilla (real o me la invento), a Soledad Puértolas y

a Marisa Torrente, con su impenetrable flequillo y acompañada siempre por su hijo Marcos, algo soñoliento, con su aire a lo Tazio de *Muerte en Venecia*. Y, junto al grupo, como coreógrafo juguetero y algo pérfido, el añorado Michi Panero.

Y fue importante el entusiasmo de los chicos y las chicas de prensa apoyando el evento. Recuerdo en especial las divertidas crónicas de Maruja Torres y de Rosa Mora, o el do de pecho que Rafael Conte, el pope de la crítica, acostumbraba a reservar para esas fechas. Y surtía efecto: así lanzó *Bella del Señor*, un tomazo tan magnífico como *a priori* temible: «La mejor novela de amor del siglo». Gracias de nuevo, Rafa.

Desde hace muchos años, para Lali y para mí el ritual es casi idéntico. Paramos en el Hotel Wellington, muy cerca del Retiro, y el primer sábado de la Feria iniciamos el paseo, deteniéndonos en las casetas, saludando a tantos amigos firmantes y a tantos amigos libreritos. Así, por ejemplo, varios incombustibles: Méndez en su selecta caseta, o Chus Visor rodeado de sus poetas de guardia, o Mili Hernández en Berkana, que siempre me pregunta: «¿Y qué preparas para mí el próximo curso?» Y me muestra lo bien expuestos que están nuestros libros de temáticas lesbianas y gays, de Sarah Waters, Patricia Highsmith, David Leavitt, Alan Hollinghurst, Truman Capote o William Burroughs.

Durante unos años parecía que la Feria corría el peligro de morir de éxito. Y me refiero al éxito masivo, al éxito basura, tipo Marbella, Benidorm, o incluso al riesgo que corre el propio Día del Libro en Barcelona.

El ejemplo quizá más peligroso era la proliferación de casetas, muchas de ellas alquiladas por grandes editoriales que así se sumaban a las suyas propias, con lo que la oferta se repetía y el paseo era cada vez menos atractivo. Por no hablar de las numerosas casetas de los vendedores de obras a crédito, los temibles «placistas».

También existían las listas de los más vendidos, cada vez más discutibles y discutidas, y la mayoría de los autores refunfuñaban: ellos no corrían ni querían correr ninguna carrera. Un año, la fiabilidad de las listas era tan escasa que un grupo de justicieros enarboló una lista alternativa, lo que armó una gran polvareda que tuvo un final feliz: se acabaron las dichas listas. Y no resulta fácil olvidar la proliferación, en medio del paseo, de las

entrañables churrerías con un aceite de olor homicida que entonces impregnaba toda la Feria.

Hace unos pocos años, como es sabido, se produjo un relevo. Se reordenó y se redujo el número de casetas, se eliminaron las casetas digamos fraudulentas, se hizo un sorteo transparente y sin penalizaciones. Por ejemplo, a los editores que no eran de Madrid durante unos años nos enviaron a una especie de brazo perpendicular al paseo, «el brazo que discurre», según anunciaba la radiofonía de la Feria en un inesperado raptó filosófico, o bien, durante algún tiempo, al final del paseo, casi entre la maleza.

En resumen, una Feria, tal como me dijo en su día Antonio Albarrán, primer director del relevo, pensada a favor de los visitantes, no de los libreros y editores. Con el nuevo equipo -y habría que mencionar también a las presidentas Purita Prieto y Pilar Gallego, así como al actual director Teodoro Sacristán y su inseparable Nani Valverde- se multiplicaron los actos culturales, los coloquios, las invitaciones internacionales, sin perder el alegre espíritu de *kermesse* que siempre tuvo la Feria. Se produjo una inoculación ilustrada que, sin perder las esencias populares, podría afirmarse quizá, aprovechando el reciente bicentenario del 2 de mayo, que conservaba el influjo de los cultos afrancesados.

Para dichos actos se instalaron carpas. Y una muy especial dedicada a Carmiña, a Carmen Martín Gaité, que durante muchos años fue la indiscutible y feliz Reina de la Feria, como puede ser ahora Almudena Grandes. Yo conocía a Carmiña desde hacía tiempo, pero la empecé a tratar como «animal de Feria», *in situ*, cuando publicó su primer libro en Anagrama: *Usos amorosos de la postguerra española*, que ganó nuestro premio de ensayo y se instaló como bestseller y luego longseller hasta hoy. (Por cierto, para la pequeña historia, fue precisamente en una fiesta en casa de Miguel y Mari Paz cuando nos contó a Lali, a Adelaida García Morales, a Víctor Erice y a mí que estaba en la fase final de la redacción de ese libro, con el que estaba entusiasmada y que pensaba presentar a nuestro premio de ensayo, que ganó de calle.) Luego siguieron sus cuatro novelas, *Nubosidad variable*, *La Reina de las Nieves*, *Lo raro es vivir* e *Irse de casa*, cada una de ellas un éxito formidable, al igual que *Caperucita en Manhattan*, que publicó Jacobo Siruela. Carmiña planificaba cuidadosamente cada publicación, para que

estuviera a punto poco antes de la Feria: la novedad *al dente*.

Ver a Carmiña en la Feria era todo un espectáculo, un espectáculo de mañana y tarde durante muchos años. Con su cabellera blanquísima y un vestuario como *casual* pero planificado al milímetro, con una colección de boinas, collares, broches y sortijas de lo más chulo, se instalaba en la caseta y esperaba a los incontables y variadísimos admiradores. Dosificando la cola, con un gran sentido del más óptimo *timing* seguido con la conversación con todos ellos, preguntando en algunos casos si era el primer libro suyo, la firma con la hermosa caligrafía y los bonitos dibujos, un *bonus track* para la feliz clientela. Tan auténtica como teatral y viceversa, Carmiña brindaba toda una *performance*, una exhibición de alta escuela. Por ello, el que la junta de la Feria le haya dedicado una carpa es un gesto de reconocimiento admirable.

Y, para terminar, me siento muy honrado y feliz en este acto y celebro que la Feria haya llegado a este 75 aniversario en tan buena forma, y que en él hayan sido invitados tantos escritores latinoamericanos, cada vez más presentes en nuestro país después de un periodo de cierta desatención. Enhorabuena y por muchos libros.

HOMENAJE LIBER 2008⁴¹

Cuando recibí una carta de Jordi Úbeda, el presidente de la Federación de Gremios de Editores de España, comunicándome este premio, me llevé una inesperada alegría. Pienso que los galardones que más agradece un editor son, como en este caso, los de sus colegas, que conocen bien las dificultades para llevar adelante un proyecto editorial, y también los de los librereros, que son los aliados naturales de los editores y a la vez los notarios, día a día, que registran sus aciertos y errores, la fidelidad a una línea o, por el contrario, sus desvíos, cuando se echa mano de recursos facilones.

El Liber se fundó en 1983 y, contra algunos pronósticos, sigue en funcionamiento. Como es sabido, se rige por la alternancia anual entre Barcelona y Madrid, lo que *a priori* no parece positivo para su consolidación pero que fue pactado en su día por la, digamos, doble capitalidad de la industria cultural de nuestro país. Matizando para los no expertos, Barcelona es indudablemente la capital literaria de la edición en lengua española *urbi et orbi* (por no hablar de la pujante edición en catalán). Sin embargo, desde hace unas décadas, debido en gran parte al peso de la edición de libros de texto a cargo de editoriales madrileñas, se ha producido una suerte de empate cuantitativo y de ahí la doble capitalidad. Así al menos lo dicen las estadísticas. Mark Twain escribió en su día: «Hay tres clases de mentiras: la mentira, la maldita mentira y las estadísticas.» No afirmo, ni mucho menos, que los datos de nuestro querido Gremio sean malditas mentiras, pero, en fin, son estadísticas y, como tales, sin duda mejorables.

Respecto al Homenaje Liber existe una regla no escrita que se cumple con suma frecuencia: cuando se da en Madrid lo recibe en general una institución, mientras que en Barcelona se premia a un editor o a alguna personalidad de gran relieve cultural.

Así, se han galardonado instituciones tan imponentes como la Real Academia Española de la Lengua, la Residencia de Estudiantes, el Círculo de Bellas Artes o la Casa de América. En cuanto a personalidades, figura Federico Mayor Zaragoza, que fue director general de la UNESCO durante más de una década, o el editor Pere Vicens, maratonista en la presidencia de toda clase de gremios editoriales, entre ellos el de la Unión Internacional de Editores.

En cuanto a editores, figuran de forma destacada los constructores de imperios, como, por citar algunos ejemplos, Joan Grijalbo, José Manuel Lara Hernández (*el viejo Lara*), cuya labor prosigue y expande otro José Manuel, su hijo; Germán Sánchez Ruipérez, creador de Anaya y ahora al frente de su muy activa Fundación; Francisco Pérez González, o sea Pancho, el eterno socio de Jesús de Polanco en Santillana y otras empresas, o Josep Lluís Monreal, el fundador de la transoceánica Océano.

Pero también en alguna ocasión, en algún recodo, mis colegas se complacen en premiar a otro tipo de editores, más artesanos, que se sitúan más cerca de cada uno de los libros que publican. Armadores de catálogos, podríamos llamarlos, editores que aspiran a elaborar un catálogo riguroso, coherente y armonioso, de forma que los títulos se potencien unos a otros, que los autores consagrados amparen a las jóvenes promesas, los posibles clásicos del futuro, y protejan también a los escritores de difícil comercialidad pero culturalmente indispensables. Editores que persisten en la llamada política de autor y en publicar aquellos libros que consideran necesarios o que para ellos son inevitables.

A esta especie zoológica de la edición creo que pertenecemos, con mayor o menor acierto, pero con intensidad inequívoca, mi buena amiga Neus Espresate, catalanomexicana o viceversa, al frente de la editorial Era, y por lo visto yo mismo. Y ahora que los grandes imperios en gran parte ya están formados y su futuro será persistir, fusionarse o acaso desintegrarse, confío en que tengan más oportunidades de ser galardonados los editores de nuestra cuerda, los armadores de catálogos.

Para terminar, en este Liber, cada vez más dinámico, en esta ocasión con Quebec como invitado de honor (y también como invitados especiales un grupito de editores británicos, en uno de esos empeños casi imposibles de vencer: la insularidad editorial del Reino Unido), pienso que una de las claves

fundamentales para su consolidación ha sido su apertura a América Latina, las reiteradas invitaciones a editores, escritores y en especial importadores y libreros, que tan útiles han sido para anudar o reanudar relaciones. Y, siguiendo con América Latina, hace pocas semanas se le concedió la medalla Sor Juana Inés de la Cruz al gran escritor mexicano Carlos Monsiváis, quien, en su discurso de agradecimiento, manifestó: «No hay nada que le guste a uno más que presenciar un acto de injusticia, y el de hoy es un acto de injusticia que agradezco, asumo, asimilo y demás verbos que corroboran la característica injusta de este reconocimiento.» Hago mías las palabras de mi querido Monsiváis, y, por tanto, muchas gracias.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ Y JORGE HERRALDE: SOBRE EDICIÓN Y FÚTBOL

1. EL DEPORTE DE LA EDICIÓN, por Juan Gabriel Vásquez⁴²

Las dos pasiones de Jorge Herralde son el catálogo de Anagrama y el desempeño del Barça. Uno habla con él y se da cuenta de inmediato: son los únicos temas que le interesan. Así que hace unos meses, cuando Herralde canceló un viaje a Bogotá por prohibición médica, cuando se quedó por esta vez sin subir a nuestros dos mil seiscientos metros a pesar de que estén más cerca de las estrellas, le pregunté si a su médico no le habría entrado una especie de síndrome Havelange: la idea de que a esa altura no hay que jugar al fútbol. Él, que sabe muy bien lo que es el fútbol, me contestó: «Exacta la metáfora.» Pero yo no creo, en el fondo, que la metáfora sea tan exacta: en el caso de Herralde, el oficio de la edición es más exigente, más movido y mucho mucho más peligroso que un partido de fútbol. La edición como deporte de contacto: la idea se acerca a lo que practica Herralde, pero mucho me temo que se queda corta.

Sobre Herralde circulan varias leyendas. Él, como las estrellas de fútbol, ni confirma ni desmiente. Ni confirma ni desmiente lo de la tuberculosis que supuestamente tuvo a los veintidós años, y que lo confirmó en su vida de lector voraz y obsesivo. Ni desmiente ni confirma si es verdad, como apunta en algún sitio Rodrigo Fresán, que fue un magnífico jinete en algún momento, y que llegó incluso a ganar premios de equitación.⁴³ Nadie sabe y probablemente nadie sepa nunca -con la excepción de su mujer y cómplice, Lali Gubern- qué

fue lo que pasó exactamente en ese año remoto de 1967 en que Herralde, ingeniero titulado, abandonó la empresa metalúrgica de su familia para publicar libros (y libros, además, de marcado carácter político). Dos años después, en 1969, Anagrama publicó *El oficio de vivir*, de Pavese, y *Detalles*, de Hans Magnus Enzensberger. Y treinta y cinco años después le preguntaron a Herralde qué le diría hoy a ese joven editor. «Recuerdo la cara estupefacta de mi padre, un sensato industrial metalúrgico, cuando le comuniqué que iba a poner en marcha una editorial», dijo Herralde. «Yo le diría al joven aspirante que pasara por alto los consejos unánimes de no emprender semejante disparate y se preparara para la maratón.»

Me gusta la palabra maratón en esta respuesta: lo de Herralde, y por lo tanto lo de Anagrama, es verdadero fondismo. Lo suyo, pésele a quien le pese, no se trata de una carrera contrarreloj: es un trabajo a largo plazo, que se hace con las cosas aprendidas a largo plazo, que se beneficia del largo plazo de la experiencia. Y experiencia hay: Herralde ha visto mucho desde esos inicios, todavía en la España de Franco, hasta nuestros días. En los primeros años setenta Anagrama fue, junto con otras editoriales, una especie de ventana hacia el mundo, y el aire que entró por allí comenzó a romper con la claustrofobia franquista. Herralde fue entonces contemporáneo y cómplice de la llamada *Gauche divine*, la burguesía de izquierda que, desde Barcelona, empezó a sacar a España del provincianismo, el conservatismo y (en estricto sentido) el anacronismo en que la habían hundido casi cuatro décadas de dictadura.

Tenían un bar consentido: el Bocaccio, que aparece en un cuento de García Márquez. Tenían una mascota extraoficial: el gorila albino Copo de Nieve, cuya muerte hace unos años sacudió a Barcelona. En alguna parte Herralde recuerda esos días. «Despejando la posible contradicción en términos (o *gauche* o *divine*, refunfuñaban los estrictos), eran algo así como una familia extensa con ganas de conspirar, divertirse y mover las cosas en el mundo de la cultura.»

Hombre, sí: las cosas se movieron. El panorama cultural español no fue el mismo desde entonces, y tampoco el político; y, si de libros se trata, también la edición de literatura tiene un antes y un después de Anagrama. Usted no tiene que ser un lector demasiado intenso para levantarse en este momento, caminar hasta la biblioteca y descubrir que allí hay más de un libro publicado por Herralde. Lo cual no quiere decir que todo haya sido fácil: Anagrama tuvo

sus malas épocas, en particular a finales de los años setenta, cuando un súbito desencanto político se apoderó de los lectores, y la editorial -que hasta ahora había navegado sobre el ensayo político desvergonzadamente progresista- pagó también el pato.

Fue durante el siguiente respiro que Herralde creó esa colección de tapas amarillas que usted ha leído aunque no lo sepa. Empezó con un libro de Jane Bowles, la esposa de Paul, y luego, bueno, luego vinieron libros que han formado el gusto de toda una generación: Thomas Bernhard, Colette, Ian McEwan. La siguiente generación leyó varias de las mejores novelas españolas de los últimos años, de Álvaro Pombo a Javier Marías. Y así hasta el cumpleaños número 40. Onetti dice en una novela que todo hombre de cuarenta años debería escribir su autobiografía. ¿Cuál sería la de Anagrama? Pregunta más interesante: ¿dónde está la de Herralde? Sabemos que a Herralde le gusta lo que decía Roberto Bolaño: «Las únicas autobiografías interesantes son las de los grandes policías o los grandes asesinos.» Sabemos también que le gustan las memorias de otros editores; sabemos, sin embargo, que no piensa escribir las suyas (así como le gusta leer diarios, pero no lleva uno propio).

En lugar de escribir sus memorias, Herralde ha venido recopilando artículos breves -homenajes a amigos o a escritores o a escritores amigos, entrevistas que le han hecho, inventarios de anécdotas- en libros que, publicados en distintas editoriales, forman un curioso conjunto, una especie de diario con memorias o de memorias fragmentadas. *Opiniones mohicanas*, *Flashes sobre escritores*, *El observatorio editorial*: en estos títulos está la autobiografía de Jorge Herralde. Y es una autobiografía jugosa, hecha con cuarenta años de patearse el mundo buscando libros y autores. Ahí está, por ejemplo, la visita a Bukowski, durante la cual ocho botellas de vino del Rin pasaron a mejor vida, y Herralde usó los envases vacíos para llevarle agua a su pobre carro recalentado. Ahí está el encuentro con *La conjura de los necios*, de John Kennedy Toole: después de que su novela fuera rechazada por cuanta editorial había, el autor se suicidó. Años después, su madre consiguió la publicación en una editorial universitaria; esa noticia interesó a Herralde y el libro se convirtió después en el gran longseller de Anagrama.

Pero a mí siempre me ha gustado el caso de una gran novela francesa: *Bella del Señor*, de Albert Cohen. La novela fue recibida en España con

críticas maravillosas, pero tal vez la que más gusto le dio a Herralde fue la de Josep Guardiola. Sí, ese: el técnico de este Barça que es para mí el mejor club del mundo, el capitán de aquel Barça que en 1992 ganó la Copa de Europa. Cuenta la historia que Guardiola, lector furibundo, terminó la novela de Cohen diez minutos antes de salir a la final en Wembley. «Salí al campo con la piel de gallina», dijo Guardiola, «emocionado por el final.» Y luego ganaron: ganó el Barça y ganó Anagrama, que son (como tal vez lo he dicho ya) las dos pasiones de Herralde. Este año, el triplete del Barça y el catálogo anagramático de estos cuarenta años son dos formas de lo extraordinario, dos eventos excepcionales. Herralde tiene derecho a estar feliz: uno mira el retrato y se da cuenta.

2. QUEREMOS TANTO A PEP, por Jorge Herralde⁴⁴

Se despide del Barça el mejor cuatro del fútbol español, ese cuatro sobre el que pivota el equipo, que se inventó Cruyff y que ha tenido varias reencarnaciones, desde el primero, Milla, de corto recorrido, hasta Xavi, que ha alargado el tranco, pero sin llegar al nivel de la estrella indiscutible, con enorme diferencia: Josep Guardiola.

Un Guardiola de la cantera -así nos lo recuerdan las imágenes televisivas recurrentes que nos muestran al niño Guardiola, ilusionadísimo recogepelotas- que junto a su admirado Amor (y sin olvidar a los *poneys* carrileros Ferrer y Sergi) fue ejemplo admiradísimo para tantos alevines.

Un Guardiola ejemplar profesional en el campo, con rasgos atípicos fuera de él: modelo ocasional del modisto Toni Miró, barba de tres días no infrecuente, amigo de escritores como David Trueba, Vila-Matas, y también de Luis Alegre (¿y quién en el *show business*, en sentido amplio, no es amigo de Luis Alegre?), lector no solo de Martí i Pol, sino que también acarreaba en los desplazamientos el tomazo de *Bella del Señor*, de Albert Cohen.

Pero sobre todo es un magistral lector de partidos. El equipo funcionaba como un organismo cuando cogía la batuta, exhibiendo (una y otra y otra vez) su prodigiosa facilidad para ver siempre la jugada óptima, como si tuviese un ordenador incorporado que se la dictara instantáneamente.

Tanto ha sido su carisma que para los envidiosos y mediocres personajes que han gobernado el club durante las últimas décadas resultaba una ofensa. Y

así, cuando sufrió una gravísima lesión, *filtraron* (un hábito frecuente) toda clase de rumores que no hacían sino ensuciar a quienes los propagaban. Guardiola calló, sufrió durante una larga recuperación y regresó al equipo, pero no lo olvidó.

Esta última temporada (incluso sus máximos fans debemos reconocerlo) Guardiola no estuvo a su mejor nivel, quizá secuelas tardías de la lesión, su ritmo bajó e incluso ha cometido errores no forzados, como se dice en el argot del tenis, ha fallado pases fáciles, algo hasta ahora impensable. Algunos de ellos en el último partido de Liga con el Valencia: no estaba fino y Rexach, en lugar de dejarlo en la caseta en la media parte, lo sustituyó a mediados de la segunda, arriesgándose a una posible bronca del socio. Y la tuvo. No en vano entre los socios del Barça prolifera el hincha feroz, el animal ciclotímico, que pasa de la euforia a la depresión y del amor al odio en un santiamén. Un tipo de socio que solo valora que el futbolista sude la camiseta, por absurda que sea la sudadera: así puede ver complacido su síndrome de *amo* (al menos en la grada): que quede claro, pagamos para que trabaje. Un socio cuyos silbidos conoció bien Rexach, tan excelente jugador como ahora inadecuado entrenador (cosa que él sabe, como lo sabemos todos, pero esa es otra historia).

Pero olvidémonos de mezquindades y preparémonos, resignados a la fuerza, para añorar al perfecto director de orquesta, al inventor de imposibles pases verticales, al incansable animador de sus compañeros en los momentos pantanosos de los partidos desdichados, al compañero ejemplar, al jugador extraordinario que nunca se escondió y que -sin disparo, sin regate, sin juego de cabeza, sin velocidad y sin físico de atleta- fue el mejor de Europa en su puesto durante muchísimos años. Y uno de los símbolos mayores del Barça, si no el mayor. Y emocionados, como Cortázar con Glenda, nos despedimos (aunque confiando en su regreso por alguna puerta grande, acaso presidencial) afirmando: sí, queremos tanto a Pep.

DIEZ AÑOS SIN BOLAÑO⁴⁵

Este texto pretende efectuar una especie de travelling sobre la historia editorial del autor, desde el casi anónimo y exaltado poeta infrarrealista hasta ahora mismo.

Quiero celebrar, en primer lugar, una frase de Bolaño, una exhortación de Bolaño que se reproduce en el catálogo de la exposición *Archivo Bolaño* que se celebró en Barcelona en marzo de este año y que procede del «Primer manifiesto infrarrealista» (México D.F., 1976):

Déjenlo todo
nuevamente.
Láncense
a los caminos.

Es decir, pura generación beat, de la que Bolaño fue fervoroso lector en su juventud.

Dos de las primeras influencias que se le atribuyeron a Bolaño fueron las de dos escritores tan distintos como Jorge Luis Borges y Jack Kerouac. La crítica, sobre todo norteamericana, subrayó las resonancias entre *On the Road* y *Los detectives salvajes*. Y es posible ver a Ulises Lima (Mario Santiago) como Neal Cassady (Dean Moriarty), «un demente, un ángel, un pordiosero», y a Arturo Belano (Roberto Bolaño) como Jack Kerouac (Sal Paradise). Y el propio Bolaño se reconocía en este juego, como un Kerouac, detective salvaje pero también intelectual reflexivo, como un escritor con un proyecto muy personal y ambicioso, mientras Mario Santiago sería como un desafortunado Neal Cassady.

En una significativa carta a Juan Pascoe, su primer editor de poesía en México, escrita en Barcelona en 1977, Bolaño alude a: «nuestro viejo y roñoso corazón de perdedores natos, como diría el viejo y roñoso cadáver de Neal Cassady... Primero se pudrirá mi prosa. Mis tristes cuentos. Después se pudrirá mi teatro (he descubierto que TODO mi teatro lo he realizado para que Mario haga el papel principal, para que él haga un papel, protagonice más sueños, ¿bonito, no?). Después YO MISMO, ese amigo poco lúcido. Después mi poesía. Después voy a resucitar en el seno de un ovni».

Como editorial de la obra narrativa de Bolaño, sin interrupciones desde 1976, con *Estrella distante*, hasta su muerte, y después de sus libros póstumos, y la recuperación de algunos títulos publicados en otras editoriales, Anagrama tendrá el honor de haber albergado 18 títulos, es decir, la totalidad de su obra narrativa hasta el momento, a la que deben añadirse los dos títulos de poesía que se encuentran ahora en el catálogo de Acantilado.

Subrayaría la recepción editorial y el progresivo impacto de Bolaño en cuatro hitos:

1996

Ese año empieza la irrupción pública de Bolaño con la publicación en Seix Barral de *La literatura nazi en América* y, pocos meses después, de *Estrella distante* en Anagrama. Ya de entrada, aunque las ventas de dichos libros fueron escasas, su valía fue detectada por los mejores críticos de literatura en lengua española en nuestro país, entre los que cabría destacar tres, por su propio peso y por su continuado fervor por la obra de Bolaño: J. A. Masoliver Ródenas, Ignacio Echevarría y Joaquín Marco. Y en América Latina alertaron enseguida de la buena nueva de un gran escritor el argentino Marcelo Cohen y la chilena Patricia Espinosa. En 1997, con la publicación del libro de cuentos *Llamadas telefónicas*, el entusiasmo crítico se repitió: a Echevarría y Masoliver se unieron, entre otros, Mihály Dés (director de *Lateral*), Fernando Valls (editor de *Quimera*) y Enrique Vila-Matas. Y obtuvo el primer galardón en su esquivo país natal: el Premio Municipal de Literatura en 1988, en Santiago de Chile. Y empezaron ya las traducciones de sus libros.

1998

Fue el año de la publicación de su primera gran obra maestra, *Los*

detectives salvajes, es decir, una obra maestra de gran formato ya que, a mi juicio, *Estrella distante* es otra obra maestra. Obtuvo nuestro premio de novela por unanimidad y después lo presentamos, en 1999, al Premio Rómulo Gallegos, el más prestigioso de América Latina, como es sabido, y que le fue otorgado pese a tener como finalistas a muy valiosos oponentes, entre ellos Juan José Saer y Antonio Muñoz Molina. *Los detectives salvajes* supuso un salto cualitativo en su prestigio como grandísimo escritor, y también las ventas de sus libros y las traducciones aumentaron espectacularmente, con lo que se sosegaron de forma considerable sus anteriores apuros económicos.

2004

La publicación póstuma de *2666*, tan esperada (tan esperada como inesperadas fueron sus temáticas), desató un auténtico vendaval de entusiasmo. Bien es cierto que, a raíz de la muerte de Roberto en 2003, el alud de artículos, homenajes, dossiers, etc., fue estrepitoso y muchos nuevos lectores se incorporaron a sus fans anteriores. Los reconocimientos se sucedieron: así, en Barcelona, el Premio Salambó, que se otorgaba en el Café Salambó, capitaneado por el escritor Pedro Zarraluki (y que tenía la particularidad de que todos los miembros del jurado, creo que quince, eran escritores), y el Premio Ciudad de Barcelona, el Municipal de Literatura, de Santiago de Chile, uno de los premios de la Fundación José Manuel Lara Hernández: el de mejor recepción crítica (e inexplicablemente no se le otorgó el premio a la mejor novela, una *gaffe* estrepitosa) y el Premio Altazor. Y aumentó también el número de sus lectores y su prestigio siguió creciendo y creciendo.

Cabe destacar la positiva unanimidad con que la crítica literaria acogió la decisión de editar en un solo volumen *2666*, que consensuamos sin vacilar Carolina López, Ignacio Echevarría (a quien encargó Carolina, por sugerencia de Roberto, llevar a cabo la edición de *2666*), y yo mismo.

La idea original de Bolaño fue, naturalmente, publicarla en un volumen, pero en los últimos tiempos, obsesionado como siempre por el bienestar económico de sus amadísimos hijos, decidió que se publicara en cinco volúmenes en varios años. Nos pareció, y creo que con razón, que con esos cinco libros de características tan variadas, y además con ediciones tan separadas en el tiempo, la visión de conjunto de la importancia del libro se vería muy mermada, con graves perjuicios no solo literarios,

indiscutiblemente, sino incluso económicos. (Y esto me recuerda el caso de *Antagonía*, de Luis Goytisolo, una obra compuesta, como es sabido, por cuatro libros de características bien distintas: solo a raíz de la publicación en 2012 de la obra en un solo volumen, muchos años después de las ediciones parciales, ha sido cumplidamente valorada por la crítica como una gran obra maestra de la literatura universal.)

2009

Ese año se publicó la edición norteamericana de *2666* por Farrar, Straus and Giroux, posiblemente la editorial estadounidense con mayor prestigio literario, que gozaba además de una gran potencia empresarial y un magnífico *savoir faire* editorial. Así lo reconoce cumplidamente Barbara Epler, la editora en New Directions de la obra de Bolaño anterior a *Los detectives salvajes* y *2666*. En el catálogo de la exposición *Archivo Bolaño*, escribe Barbara Epler:

«Las dos editoriales norteamericanas de Bolaño colaboraron en una promoción conjunta de todos sus libros, y como dijo el editor de Farrar, Jonathan Galassi, “si la marea sube todos los barcos flotan”. Sin embargo, aquí en Estados Unidos fue más un tsunami que una marea ascendente. Todo el mundo que lee literatura habla de Bolaño.» Y esta opinión de Barbara no puede ser más acertada: es difícil encontrar un escritor estadounidense (no demasiado anciano) que no sea fan de Bolaño. Es un fenómeno que tiene escasísimos precedentes. Y por limitarnos a ejemplos de autores en lengua española traducidos en Estados Unidos se ha afirmado aquí y allá que solo *Cien años de soledad*, cuarenta años antes, tuvo un impacto de comparable importancia. Y en el Reino Unido la unanimidad se repite. Por citar un ejemplo, un escritor maravilloso pero muy distinto a Bolaño como Kazuo Ishiguro respondió a la encuesta del *Times Literary Supplement* que los mejores libros que había leído en aquel año fueron *Los detectives salvajes* y *2666*.

Este éxito descomunal en Estados Unidos, con las secuelas mediáticas correspondientes, provocó un efecto rebote, multiplicador, en Europa y América Latina. Se sucedieron numerosos reportajes dando cuenta del insólito fenómeno y, al igual que ocurrió en España, los editores de Bolaño en otros países encontraron una creciente demanda de los lectores. Atrás quedaba el

Bolaño apreciadísimo por la crítica en todos los países, sin excepción, pero con relativamente escasos lectores, ahora se había convertido en un autor cada vez más leído.

Como resumen de nuestra gestión de traducciones, hasta el 15 julio de 2003, fecha de la muerte de Bolaño, Anagrama había conseguido 37 traducciones en 10 países. El 21 de octubre de 2004, algo más de un año después, en el texto que leí en el homenaje a Bolaño organizado por la revista *Lateral* y la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona comuniqué que ya contaba con 49 traducciones en 12 países. Uno de ellos, Estados Unidos, con *Nocturno de Chile* y *Estrella distante* y en vías de traducción una selección de cuentos de *Llamadas telefónicas* y *Putas asesinas*.

El tema de las traducciones es bien significativo. Desde *Estrella distante* hasta su muerte Anagrama se ocupó, como agente literario, de la gestión de derechos de traducción. Ya de entrada, se logró suscitar el interés de los editores amigos en catálogos muy literarios. Así, en Francia, el gran editor Christian Bourgois, buen amigo y cómplice, que ya albergaba en su catálogo a Álvaro Pombo, Enrique Vila-Matas, Javier Tomeo, Alan Pauls, Alberto Méndez o Andrés Barba, por citar a algunos de los autores de Anagrama, publicó *Estrella distante*, y luego la poderosa y no menos literaria Hanser siguió su ejemplo. En Holanda fue Meulenhoff. En Italia, país donde tengo tantos colegas amigos, todos se amedrentaron de inicio y al final se decidió la exquisita editorial siciliana Sellerio. En el Reino Unido se unió un viejo amigo y cómplice, Christopher MacLehose, que en la independiente Harvill había publicado a Carmen Martín Gaité, Javier Marías o Enrique Vila-Matas y, por citar también a autores comunes, Tabucchi, Perec o Sebald, configurando posiblemente la mejor selección de una editorial británica de obras traducidas al inglés. Y, claro está, Harvill incorporó a Bolaño, de quien adquirió los derechos mundiales en lengua inglesa, empezando por *Nocturno de Chile*, del cual vendió los derechos norteamericanos a Barbara Epler, de New Directions, que publicó todos los libros de Bolaño de menos tonelaje, que no menores.

Algo más de un año después de la muerte de Bolaño, el 4 de noviembre de 2004, Carolina López nos envió un email notificándonos que había decidido que la agencia literaria Carmen Balcells se ocupara de todo lo relativo a los derechos de autor de Bolaño. Me pareció lógico, ya que Anagrama no se

ocupaba de los derechos cinematográficos o teatrales, que cada vez eran más requeridos, ni de sus poesías ni de los escasos títulos que estaban en otras editoriales, y no es difícil imaginar el agobio que esta dispersión podía suponer para Carolina. Nos reunimos con Gloria Gutiérrez, directora de la agencia, y negociamos un pacto, con espíritu de concordia. De los contratos ya efectuados por Anagrama los derechos de traducción corrían y corrieron a nuestro cargo. Para resumir, Anagrama negociaría los derechos en aquellos países con los que había establecido contratos, mientras que la agencia se ocuparía de nuevos países y, naturalmente, del resto de derechos. Dicho pacto se cumplió fluidamente y, además, vía la agencia obtuvimos los derechos de los primeros libros póstumos después de 2666, es decir, *Entre paréntesis*, *El secreto del mal* y *La Universidad Desconocida*.

El 11 de junio de 2008, la agencia Balcells y Anagrama recibimos e-mails de Carolina con la inesperada noticia de que había decidido que, en adelante, se haría cargo de los derechos de Bolaño el archifamoso agente norteamericano Andrew Wylie, y en el e-mail que recibí de Carolina aludió a la buena relación que teníamos con Wylie. Y, en efecto, así era: durante décadas he tenido con Wylie un trato cordial, incluso amistoso, y unas relaciones profesionales a menudo exigentes pero sin derrapajes imposibles. En nuestro catálogo figuran muchos autores de Wylie, algunos adquiridos directamente de su agencia y otros, como Bolaño (o Burroughs, Amis, Calasso, Tabucchi, Magris, etc.), que provenían de otros agentes y ya figuraban y han seguido figurando a través de Wylie, sin excepción (por el momento, en la edición todo es provisional), en nuestro catálogo.

Me satisface constatar que cinco de las mejores editoriales literarias del mundo, Adelphi en Italia, Farrar, Straus and Giroux en Estados Unidos, Hanser en Alemania, Christian Bourgois en Francia, y Companhia das Letras en Brasil, que adquirieron los derechos de 2666 vía Anagrama, siguieron publicando sus libros póstumos posteriores vía Andrew Wylie. Anagrama se ha ocupado como activísimo agente de las traducciones de buena parte de sus autores, lo que me ha deparado incontables satisfacciones. Pocas cosas provocan un subidón mayor que convencer a un buen editor de la excelencia de la obra de un autor español o latinoamericano a menudo minoritario.

Los anticipos de la mayoría de los contratos que se consiguen no son precisamente miríficos, como bien saben mis colegas y también los agentes

literarios. Las excepciones pueden ser algunos autores del *boom* y del *posboom* o también ciertos autores españoles que, con sus deliberados bestsellers, en las últimas décadas se han encaramado en las listas de libros más vendidos tanto en España como en los países en que se han traducido. Un fenómeno inédito.

En el caso de Anagrama nos sentimos muy orgullosos de la gran cantidad de traducciones conseguidas de autores que a menudo son minoritarios incluso en España. Una de las claves reside en el conocimiento de aquellos editores que conforman una suerte de club informal que intentan difundir, mientras les es posible, contra viento y marea, la buena literatura. Las satisfacciones económicas son en general, claro, de orden menor, pero las obras traducidas existen en otros países para deleite de los aficionados. Si bien recuerdo, las excepciones han sido tres en nuestra larga historia: Rafael Chirbes y Javier Marías vendieron centenares de miles de ejemplares de dos libros suyos auspiciados por un célebre programa de televisión, *Das Literarische Quartett*, conducido por el gran pope de la crítica alemana Marcel Reich-Ranicki, quien, en ambos casos, en dos ocasiones, alabó sus libros como obras maestras. Y el disciplinado lector alemán se precipitó hacia las librerías. Y el tercero sería Roberto Bolaño, no tan fulminante, pero en un ámbito que abarca a más países.

En general, hemos respetado la «política de autor» de las editoriales, contratando con ellas los libros posteriores de los escritores por los que han apostado, pero, como excepción y precisamente en el caso de Bolaño, me sentí obligado, para favorecer los intereses del autor, como era mi obligación primordial, a efectuar un cambio de editorial, lamentándolo mucho.

Primero fue en el caso de Italia. En un inicio, después de haberlo intentado con editoriales más poderosas, Sellerio se interesó por el autor y empezó a publicarlo en sus bellísimas ediciones. Aunque fueron publicando todos sus libros (incluido *Los detectives salvajes*), los resultados fueron decepcionantes, tanto en ventas como en repercusión crítica. Así que, llegado el momento de *2666*, decidí sondear con editoriales de mayor tonelaje, que respondieron de forma entusiasta. Se lo adjudicó finalmente Adelphi, que capitanea Roberto Calasso, gran amigo y autor de Anagrama. Y me supo muy mal por la admirable editora Elvira Sellerio, que se disgustó muchísimo. Y lo comprendo, pero creo que fue una decisión acertada para la difusión de la

obra de Bolaño en Italia.

Y el segundo caso sucedió en Estados Unidos. Pese al extraordinario trabajo de Barbara Epler en New Directions, pensé que, para lanzar dos obras como *Los detectives salvajes* y *2666* en un mercado tan hostil a la *literary fiction* traducida, sería preferible una editorial muy potente y que, desde luego, tuviera un gran prestigio literario. Y la primera en la que lógicamente pensé fue la legendaria Farrar, Straus and Giroux, con veintitantos premios Nobel en su catálogo y la flor y nata de la literatura norteamericana e internacional. Había tenido buena relación con Roger Straus, su presidente, entonces recién fallecido, y con su delfín y ahora sucesor Jonathan Galassi, excelente editor y también poeta y lector de italiano. Se lo comenté en una cena en la Feria de Frankfurt y le dije que le enviaría la edición italiana de Sellerio. Cuando la leyó, me envió, el 3 de febrero de 2004, un e-mail entusiasmado (lo había leído con «*great pleasure*»). El único y delicado problema era su amistad con Barbara Epler, pero finalmente, el 19 de octubre, Galassi me envía otro e-mail y me comunica que se ha solventado el problema.

Farrar, Straus and Giroux publicó con el extraordinario éxito de todos conocidos *Los detectives salvajes* y *2666*. Barbara, muy discreta y civilizadamente, nunca me ha reprochado nada, pero ha escrito en el catálogo *Archivo Bolaño. 1977-2003* que se quedó «destrozada». Lo que, naturalmente, entiendo y deploro, también me habría destrozado a mí. El conflicto de los dos sombreros. Uno el del editor y colega, el otro de el agente.

Y voy a terminar con unas palabras de Bolaño: «El mundo está vivo y nada vivo tiene remedio y esa es nuestra suerte.» Una sentencia que es una muestra perfecta de su alegre y feroz y lapidario humor negro. Y lástima que no podamos contemplar aquí, en la Feria del Libro de Chile, en octubre de 2003, el «Artefacto» que le dedicó su admirado Nicanor Parra con la leyenda «Le debemos un hígado a Bolaño», e imaginar las risotadas de Nicanor uniéndose a las de Roberto, este enorme escritor cuya literatura nos sobrevivirá a todos.

ANEXO: LA CONQUISTA DE USA

Para la carrera de Roberto Bolaño resultó fundamental su gran triunfo en Estados Unidos, donde se le equiparó a los más grandes del *boom* y se le

consideró un escritor absolutamente imprescindible.

Aquí se recogen fragmentos de correspondencia con Susan Sontag, su gran valedora desde que lo leyó traducido, con Barbara Epler, primera editora estadounidense del autor en la exquisita *New Directions*, con su cómplice en Gran Bretaña Christopher MacLehose, al frente de Harvill Press, y con Julie Tate, directora de la excelente revista *Grand Street*. Y desde luego con Jonathan Galassi, presidente de la tan potente como prestigiosa Farrar, Straus and Giroux: a Galassi, poeta y traductor del italiano, le envié la edición de Sellerio y lanzó con extraordinario éxito *Los detectives salvajes* y *2666*. Gracias a todos ellos.

CORRESPONDENCIA DE JORGE HERRALDE CON SUSAN SONTAG, JONATHAN GALASSI, JULIE TATE Y BARBARA EPLER

From: Susan Sontag
To: Jorge Herralde
Sent: Friday, August 08, 2003
Subject: Roberto Bolaño

Dear Jorge (may I?),

I was very glad to hear from you - very touched that you thought to write me about Roberto Bolaño.

It means a great deal to me that Bolaño knew my enthusiasm for his book.

I was sure that I would meet him soon. Indeed, I was thinking of accepting yet another invitation to Toronto for the Harbourfront Literary Festival, in late September (though I knew I shouldn't - I've already been five times), just because I learned from the director, Greg Gatenby, that Bolaño had agreed to come.

Of course, I knew he was ill, and had occasional news of his condition from my new Spanish translator, Aurelio Major, from my French publisher,

Dominique Bourgois, and from Barbara Epler, of New Directions.

I had been thinking a lot about him in recent months, and mentioning that there was a major new Spanish-language writer everywhere I could. When I heard that he'd died, I felt terribly sad, I still do.

You might remind Dominique to send me a copy of *La littérature nazi en Amérique*, which she promised to mail me. Undoubtedly, she forgot, which is perfectly understandable. I know she felt terrible at the news - as did Barbara Epler.

Jorge, you said you were sending me under separate cover information about Bolaño and the text that you read at his non-religious funeral. I never received anything.

I would be very glad to receive what you wanted to send me...

Again, thank you for writing me and for you kind words about my work.

Warm regards,

Susan

Do you go to the Frankfurt Book Fair? If you do, perhaps we will meet again after all these years. I have to go this year (for the first time) and am being put up the Frankfurter Hof.

De Jorge Herralde

Para: Jonathan Galassi

Enviado: miércoles, 04 de febrero de 2004

Re: Los detectives salvajes

Dear Jonathan,

I am very glad you enjoyed *Los detectives salvajes*, an extraordinary novel by an extraordinary writer.

The situation of Bolaño in English language is as follows: Harvill and New Directions have signed up for *Nocturno de Chile* and *Estrella distante* (not yet published). Moreover, Harvill has made a selection of short stories from two

books: *Llamadas telefónicas* y *Putas asesinas*. Apart from

some older titles, *Amuleto* (a short novel) and *El gaucho insufrible* (short stories) are still free. And finally *Los detectives salvajes* and *2666*, an enormous novel, that we will publish at the end of the year. There is also, among other unpublished books, a book of short stories.

As you see, there is plenty of material, and though the situation is a bit complicated, it would be sensibly manageable (I hope).

All the best,

Jorge

From: Jonathan Galassi

To: Jorge Herralde

Sent: Tuesday, February 03, 2004

Subject: Los detectives salvajes

Dear Jorge,

I have been reading the Sellerio edition of Bolaño's big novel that you sent me this fall-and with great pleasure. If the English language rights remain available we would very much like to talk to you about the book. However, I know that New Direction has just done one book so perhaps the picture is complicated...

This will be a big translation project but I think we should consider it very seriously. If the rights are available, will you send me two copies of the Spanish edition? And also tell me which other novels of his are free in the U.S. Muchas gracias.

Very best regards,

Jonathan

From: Julie Tate

To: Jorge Herralde

Sent: December 08, 1998

Subject: Llamadas Telefónicas

Dear Jorge de Herralde,

Thank you for sending us *Llamadas Telefónicas* by Roberto Bolaño. Grand Street is very interested in publishing the story *Llamadas Telefónicas* in our next issue. We are willing to offer a honorarium of \$350,00. I have enclosed our contract. Please return the contract with your signature.

Thank you for consideration. I look forward to hearing from you.

All the best,

Julie Tate

Managing Editor

From: Barbara Epler
Sent: Wednesday, July 21, 2004
To: Jorge Herralde
Subject: Re:

Dear Jorge,

Thank you for your letter. Our publisher Peggy Fox just returned from Europe and I has a chance to talk with her today over the phone about matters Bolaño.

Please give our very best to Carolina López.

We understand that as her husband's publisher you would like to be the best possible help to her in terms of guidance and also in terms of advances. We do appreciate that.

If I may, I'd just like to say a few words on our behalf. We do feel we have done a remarkable job of putting Roberto Bolaño on the map here: I asked Susan Sontag for her opinion and help, which is always a great boon in attracting reviewers, and I also wrote to individual reviewers like Richard Eder and Steve Wasserman, asking that they pay attention, and I think in these ways New Directions - the last real independent literary publisher in the USA - has a pull for great translated world literature which other houses do not have.

And as his American publisher, the one who saw his genius and took the chance, and put him across here, I hope you will understand how we feel.

We would improve the offer for THE WILD DETECTIVES to \$10,000,

and would also request that in the event you receive an offer you prefer that you give us a chance to match that.

We'd also tie this offer to a multi-book program, if that's appealing, and would want your best ideas about that, if this all works out.

In any case, as you know we love Bolaño's work.

As to British publishers, perhaps Simon Prosser of Hamish Hamilton or Jamie Byng of Canongate would be good.

I'll try to think of others but our favorite has always been

Christopher.

I'll have my fingers crossed and send our best wishes,

Barbara

De: Jorge Herralde

Para: Barbara Epler

Enviado: viernes, 23 de julio de 2004

Asunto: Re:

Dear Barbara,

I know very well your interest in Bolaño's work. However, we have not made any decision yet because our meeting with Carolina López has been finally scheduled for Wednesday, July 28. Maybe it would be a good idea to have your increased offer before this date.

In the meantime there has been interest from other American publishers.

However, we were surprised to find out that Random has decided not to make an offer, not having world rights. We were thinking of looking for some British publishing house to acquire the rights, except the American ones for «The Wild Detectives». Do you have any suggestions?

We are working on his last great (in any sense) novel «2666» which we will be publishing in October. All the best,

Jorge

PD. Under a separate cover we will send you the book «Entre paréntesis», which gathers reviews and nonfiction texts by Bolaño.

«EL GRAN INGENIERO EDITORIAL». HOMENAJE A JORGE HERRALDE EN LA UNIVERSIDAD POMPEU FABRA⁴⁶

MÁSTER EN EDICIÓN DE LA UNIVERSIDAD POMPEU FABRA

Mi relación con el máster de la Pompeu Fabra viene de lejos, de 1997, año en el que di la charla de clausura del primer Curso de Edición, como entonces, modestamente, se llamaba. A partir de ahí, se ha convertido en un referente internacional bajo la batuta de Javier Aparicio Maydeu, que había sido un lector secreto de Carmen Balcells y estuvo trabajando en su agencia varios años: es bien sabido que ello pone a prueba y curte el carácter más templado.

Luego he participado cada año en algún evento del máster, en general mesas redondas, y he comprobado la atención, la curiosidad e incluso la pasión de los alumnos cuando se abría el diálogo a ellos. Varios de dichos alumnos han colaborado como becarios en Anagrama. Y puedo decir con satisfacción que la argentina Cecilia Sarthe se ocupa ahora de la prensa de nuestra distribuidora en Buenos Aires y que, con toda probabilidad, Ana María Rodado se incorporará a la plantilla de Anagrama el próximo septiembre, después de su valiosa aportación durante este curso.

Pues bien, Javier me telefoneó hace un tiempo y me dijo que reservara esta fecha para el cierre del curso, que sería una sorpresa. Y el mes pasado le llamé yo para preguntarle si tenía que preparar una conferencia o sería formato tertulia o qué iba a ser. Es una sorpresa pero te gustará, me dijo misteriosamente, es un secreto. Punto y aparte.

Debo decir que me dejó algo inquieto. Javier es buen conocedor de la obra de Nabokov, gran experto en tramas retorcidas. Intenté indagar en la editorial pero me topé con un silencio casi absoluto, aunque, atando los escasos cabos, sospeché que quizá Javier estaba iniciando otro máster al servicio del *show business*, utilizando un formato algo temible, como un cruce de dos concursos televisivos que, hace décadas, tuvieron un notorio éxito como recordarán algunos veteranos: *Esta es su vida* y otro que oficiaba Mario Cabré, *Reina por un día*, en el que la elegida era colmada de parabienes y agasajos y se pasaba el programa sollozando de felicidad. Preocupante, claro.

Pero debo decir que me siento muy honrado, demasiado honrado, por este homenaje, a cargo de cómplices de la edición, de la lectura, del saber. Me emociona el afecto de mis colegas, con los que siempre he tenido, creo, una relación de amistad, colaboración, respeto, *fair play*.

También he tenido una relación muy cordial con jefazos de los grandes grupos como José Manuel Lara Bosch, Nuria Cabutí, José Creuheras, Pancho Pérez González o Isabel de Polanco. No así con sus felices corsarios, quienes, inagotable chequera en ristre, incursionan muy predispuestos en puertos editoriales ajenos. Omitamos piadosamente sus nombres en esta fiesta. Y recuerdo una película americana en la que, tras la regañina de un severo senador por alguna tropelía, el jefe de policía se disculpa así: «En nuestro oficio a menudo hacemos cosas que se oponen a la cortesía.»

Como bien sabemos, atravesamos unos tiempos en los que todo conspira contra la lectura, contra la edición, contra las librerías (esos oasis ciudadanos). Unos tiempos de enormes complejidades e incertidumbres en tantos ámbitos, sociales, políticos, culturales. Concentración editorial cada vez más concentrada, drásticos cambios tecnológicos, etc., etc., en esta inesperada sociedad del algoritmo. En opinión de Roberto Calasso, en un siglo hemos pasado del Dadá al Big Data. De la subversión total al deseo del control total.

Sin embargo, hay más vocaciones editoriales que nunca, y esto también es un fenómeno global, mientras que los editores independientes veteranos siguen al pie del cañón. Editores todos ellos que practican la edición *sí*, según la famosa fórmula de Giulio Einaudi, que publican en busca de la excelencia, esta es su única brújula, sin olvidar, claro está, la supervivencia. No desaparecerán, la pulsión editorial persistirá y los encontraremos diseminados

aquí y allá en tantas naciones, una secta orgullosa e irreductible. Sísifos felices, quizá.

Otra profecía aboga por otra realidad: así como en el siglo XX hubo la llamada «generación perdida» americana, Faulkner, Scott Fitzgerald, Hemingway y compañía, ahora se habla de otra «generación perdida» bien distinta. En muchos países los libreros constatan que aquellos lectores entre veinte y cuarenta años han desertado de la lectura. Mientras tanto, como dijo recientemente el amigo Gustavo Guerrero, responsable de la literatura en lengua española en Gallimard, «el campo cultural es como un inmenso estadio lleno de gente gritando, los editores, los escritores, la prensa».

Bien, pese a estas visibles amenazas, en la famosa disyuntiva que planteó Gramsci, «pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad», yo he militado durante décadas en el optimismo de forma estentórea. Ahora sigo militando pero, digamos, de forma algo más afónica.

Como es sabido, Barcelona es la capital de la edición en lengua española y también es la capital de la edición literaria. Quiero destacar los nombres de Janés y de Barral, también de Destino, desde la posguerra. Luego el trío de editoriales de los años sesenta, Lumen, Tusquets y Anagrama, entonces diminutas, pero que nos colamos en los ochenta en la Champions junto a los grandes grupos con total desenvoltura y bastante éxito. Y ya al final de los noventa y principios del siglo XXI Salamandra, Acontilado, Minúscula, Asteroide, Blackie Books y tantas otras. Y en esta ciudad que tiene la suerte de ser bilingüe y así poder disfrutar de ambos idiomas, en el ámbito de la edición en catalán la Selecta, Edicions 62, con Castellet al frente, y luego Quaderns Crema, Edicions de 1984, La Campana, la resurrección de Club Editor, y así hasta L'Altra Editorial y también tantas otras, a modo de necesaria carrera de relevos.

Gracias por este homenaje, un homenaje que corresponde en gran parte a los autores reunidos en el catálogo, a los colaboradores editoriales y también a la longevidad propia, peleando por encima de mi peso, utilizando la metáfora del boxeo, con los consiguientes topetazos, empezando por la censura franquista: casi cincuenta años *on the road* y relativamente ileso, no era previsible.

Pero, regresando a los autores de la editorial, no puedo dejar de mencionar, entre tantísimos, a cinco de ellos, extraordinarios escritores y

también muy buenos amigos. Por orden no de aparición sino de tristísima desaparición: la española Carmen Martín Gaité, el chileno Roberto Bolaño, el argentino Ricardo Piglia, el español Rafael Chirbes y el mexicano Sergio Pitlor. Sin ellos, ni Anagrama ni mi vida hubieran sido las mismas. Gracias de nuevo a todos.

«CUATRO DÉCADAS DE EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA (1978-2018)»⁴⁷

Condensar en este espacio cuarenta años de edición en castellano en nuestro país es obligarme a un relato-bonsái (incluir es excluir, disculpen los ausentes), más aún cuando parece indispensable añadir como prólogo los años sesenta y los setenta hasta la Constitución.

En los sesenta, gracias a la editorial Seix Barral, con Carlos Barral al frente de un equipo prodigioso, y la invención del Premio Formentor, pilotado por Jaime Salinas, nuestro país se incorporaba brillantemente a la modernidad editorial. Y a finales de la década, gracias a la Ley de Prensa, pudieron publicarse muchísimos títulos, en especial textos políticos, antes impensables (a costa de secuestros y procesos en el Tribunal de Orden Público, que no frenaron la combatividad de los editores). Fueron los años de la creación de Distribuciones de Enlace, una iniciativa singular y estimulante que reunió a ocho editoriales progresistas y vanguardistas: Barral, Lumen, Edicions 62, Tusquets, Anagrama, Laia, Fontanella y Cuadernos para el Diálogo. O de la colección Ariel Quincenal, cuyo equipo fundó luego Crítica (Grijalbo). También hay que destacar la creación de Alianza, con el omnipresente Javier Pradera, con tentáculos en Siglo XXI, Fondo de Cultura Económica, la propia Alianza y *El País*, de la Taurus de Jesús Aguirre o las muy «rojas» Comunicación o Akal (Ciencia Nueva había sido ya decapitada por Fraga), y de tantas otras.

Con la Reforma, y no la Ruptura, y el nombramiento de Suárez como jefe de Gobierno, se produjo el fin de tantas ilusiones o fantasías, con un declive brutal de la lectura de textos políticos (paradójicamente ya había desaparecido la censura), lo que provocó el cierre de revistas (*Triunfo* como símbolo) y de

editoriales, y también graves problemas para las que lograron sobrevivir.

A inicios de años ochenta, la buena literatura tomó la delantera con la irrupción de la Alfaguara de Jaime Salinas y de tres jóvenes editoriales independientes, Lumen, Anagrama y Tusquets, nacidas en los sesenta, guiadas por la excelencia, que empezaron a jugar también, junto a «los mayores», en la Champions.

Durante más de dos décadas hubo un gran auge de la *literary fiction* y también del ensayo exigente, como resultaba evidente en las sucesivas ferias de Frankfurt y en las listas de bestsellers de tantos países (nada que ver con la deprimente situación actual). Así, tras los grandes del *boom*, se produjo el despegue internacional de la nueva narrativa española, la británica, la estadounidense o la angloindia, por citar los ejemplos más conocidos.

Simultáneamente, se aceleró la concentración editorial. La foto actual es la siguiente: los grandes grupos se han concentrado en un formidable Duopolio. Planeta absorbió Destino, Seix Barral, Crítica, Ariel, Paidós, Espasa, Emecé o Tusquets, mientras que Penguin-Random incorporó a Grijalbo, Plaza y Janés, Lumen, Alfaguara, Taurus, Debate, Aguilar, Suma o Ediciones B. En estos listados encontramos solo sus sellos adquiridos más significativos (aunque no los propios). Tampoco figuran los sellos en catalán, tan relevantes en Planeta después de la absorción de Edicions 62. Queda patente la deriva quizás inevitable, también en la edición, provocada por el darwinismo y la globalización.

Y a infinita distancia empresarial del Duopolio se sitúan las independientes veteranas Pre-Textos, Siruela, Salamandra, Acantilado o Anagrama (independiente que ha cambiado de propietario). Y después una miríada de pequeñas editoriales, también con vocación de excelencia, que, gracias a las nuevas tecnologías, el entusiasmo y la autoexplotación, contribuyen a vivificar el panorama editorial.

Entretanto se produjo el desembarco editorial español en América Latina, donde avatares económicos y políticos propiciaron la absorción de editoriales indispensables como Sudamericana y Emecé, mientras que persistía el Fondo de Cultura Económica con su blindaje estatal. Las editoriales independientes fueron incorporando progresivamente a autores latinoamericanos (la vocación de Anagrama empezó en 1971, primer título latinoamericano publicado: *Los tupamaros*, convenientemente secuestrado), comprobando lo difícil que les

resulta encontrar lectores fuera de cada uno de sus respectivos países, al igual que les sucede a los autores españoles.

En 2008, se produce la gran crisis financiera, la revolución tecnológica, los cambios de hábitos de los lectores, la venta de libros online, Netflix y las series televisivas (busca y captura del tiempo libre), en España la piratería sin freno (con los gobiernos mirando al tendido), etc. etc. Un panorama inquietante, por decirlo suavemente, que debe afrontarse de la manera más creativa y rigurosa posible.

«CUATRO LIBROS SINGULARES»⁴⁸

(C. MARTÍN GAITE, A. POMBO, A. ZAMBRA Y J. P. VILLALOBOS)

En la fiesta ritual de la Feria del Libro de Madrid, en 1986, en casa de Miguel y Mari Paz (es decir, Antonio Machado Libros), estábamos sentados Carmen Martín Gaité, Lali y yo con Adelaida García Morales y, si bien recuerdo, Víctor Erice, cuando Carmiña, ya autora de excelentes novelas y magníficas obras de indagación histórica, empezó a hablar con gran entusiasmo de su futuro libro, *Usos amorosos de la postguerra española*, que me había ofrecido para que lo publicara. Yo acogí la noticia con entusiasmo algo impostado: pensé que el tema quedaba ya muy remoto para los más jóvenes y poco interesante para los de la época. Y, claro está, me equivoqué rotundamente: el libro, además de ser excelente, resultó un bestseller extraordinario que se convirtió en longseller (número uno durante meses entre los más vendidos de no ficción), y ganó el Premio Anagrama de Ensayo y también el Premio de la Crítica. Fue su primer libro después de años de silencio (dolorosísimas circunstancias familiares) y también el primero de ella que publicamos, y le siguieron *Nubosidad variable* y otras novelas muy celebradas que la convirtieron, entre otras muchas cosas, en la Reina de la Feria de Madrid y en una de las escritoras más prestigiosas y leídas de España. Y entre las editoriales que la traducían su favorita era Harvill Press, dirigida por nuestro buen amigo Christopher MacLehose, quien creó un estimulante y cosmopolita catálogo en el que figuraban muy escogidos autores españoles. Cuando Carmiña lo conoció en Londres quedó encantada y, coqueta como siempre, nos escribió: «¡Y además qué guapo!»

Pasemos a Álvaro Pombo. Acabábamos de convocar el primer Premio

Herralde de Novela, en cuyo jurado estaba Esther Tusquets. Álvaro llamó a su amiga y editora de poesía: estaba desesperado, todos los editores rechazaban sus novelas, pensaba en suicidarse. Esther le dijo que lo aplazara y que nos enviara sus novelas. Recibimos *El hijo adoptivo*, muy válida pero con reparos. Por casualidad leí una entrevista con Víctor Márquez Reviriego, entusiasmado con otra novela inédita suya, *El héroe de las mansardas de Mansard*, que me sedujo desde el título. Llamé a Álvaro, a quien no conocía, y le convencí de que nos la enviara, pese a que había sido su libro más rechazado, según me dijo. Quedamos deslumbrados: un escritor fabuloso con un universo y un lenguaje (el reinado del hipérbaton) que no se parecían a ningún otro: «Un genio anda suelto», así lo describí en un artículo. Y ganó el premio, claro. Con esa novela se inició «Narrativas hispánicas», en 1983, y tantos años y títulos después sigue siendo una de mis preferidas. Anécdota editorial: dos años después Álvaro Pombo fue el primer y único autor español en haber escrito el «libro de la Feria de Frankfurt», *El héroe de las mansardas de Mansard*, voceado por los pasillos, comentado en los cócteles, codiciado por todos los editores. En los stands de dos editoriales prestigiosas, la sueca Bonnier y la francesa Belfond, ya estaban las respectivas traducciones, y en la misma Feria se firmaron los contratos con la italiana Garzanti y la alemana Piper, a las que siguieron otras.

Y ahora, en contraste con estas figuras tan consagradas, dos casos bien distintos, dos novelistas inéditos y desconocidos, quienes nos enviaron cada uno su primera novela sin que los conociéramos de nada, sin ningún «padrino», ningún gran escritor o crítico importante que los respaldara.

Así, recibimos por e-mail desde Chile un texto breve de un tal Alejandro Zambra. [Así lo escribí en el artículo, pero en la reciente Feria de Guadalajara el amigo Zambra me rectificó: «No te lo envié por e-mail, lo envié por correo a escondidas de mi esposa de entonces. No estaba en el presupuesto gastarme un DHL de cincuenta “lucas”, unos setenta o sesenta dólares en ese tiempo.» En especial, si las esperanzas de publicar no parecían obvias.] El título era, muy apropiadamente, *Bonsái*, una novela decididamente singular cuyas lecturas y relecturas son bien placenteras y no ocupan demasiado tiempo: resultó un libro de 94 páginas nada apretadas. Nos enteramos de que era un joven poeta (Santiago, 1975) y un severo y temido

crítico literario. En su libro *No leer* escribe: «No quería escribir una novela, sino un resumen de novela. Un bonsái de novela. Borges aconsejaba escribir como si se redactara el resumen de un texto ya escrito. Eso hice, eso intenté hacer: resumir las escenas de un libro inexistente. En lugar de sumar, restaba: completaba diez líneas y borraba ocho; escribía diez páginas y borraba nueve. Operando por sustracción, sumando poco o nada, di con la forma de *Bonsái*.» Acertó.

La otra novela, *Fiesta en la madriguera*, era también breve, de un autor mexicano residente en Barcelona, Juan Pablo Villalobos (Guadalajara, 1973). En su currículum figuraban estudios de marketing y de literatura hispánica, investigaciones sobre la ergonomía de los retretes, la influencia de las vanguardias en César Aira, los efectos secundarios de los fármacos contra la disfunción eréctil o la excentricidad de la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX, etc. En Barcelona combinaba la escritura con sus trabajos mercantiles. Pero este currículum casi inverosímil palidecía al lado de la singularidad de la novela. El protagonista es un niño cuyo padre era un muy opulento narcotraficante dispuesto a satisfacer todos los caprichos de su hijo, entre ellos ir a buscar un hipopótamo enano a Liberia para su zoológico privado. La novela es un viaje entre cabezas cortadas, ríos de sangre y montañas de cadáveres, tan delirante como impasiblemente divertida: el humor, a menudo negrísimo, como elemento fundamental y recurrente de la obra del autor.

Tanto Zambra como Villalobos son ya mucho más que dos jóvenes promesas: han seguido publicando obras muy valiosas y están reconocidos entre los mejores autores de su generación, con prestigiosos premios, numerosas traducciones y una singularidad común: ambos han empezado su carrera en Anagrama. Y, finalmente, confío en que me disculpen tantos autores de magníficos libros singulares que también hemos publicado.

OPERACIÓN FELTRINELLI⁴⁹

Mi decisión de vender Anagrama, que funcionaba espléndidamente pero había que pensar en el futuro de la editorial, a Feltrinelli se entiende en pocas palabras: «mitomanía», amistad, complicidad y confianza. No llegué a conocer personalmente a Giangiacomo Feltrinelli por un año: mi primer Frankfurt fue el 1969 (cuando ya había conocido a Inge en Cadaqués), mientras que el último de Giangiacomo fue en 1968, creo, cuando decidió dedicarse íntegramente a la política, organizando, en 1970, el Gruppi di Azione Partigiana (GAP), una posible Cuba en Cerdeña.

Murió en 1972 al explotar en sus manos un artefacto con el que se pretendía causar un apagón total en Milán, un hecho confuso sobre el que aún persisten dudas: un accidente debido a su falta de pericia o un asesinato. «El caso quedó archivado como “accidente”», tal como escribió Carlo Feltrinelli en *Senior Service*, añadiendo que todavía hoy el magistrado que entonces archivó las diligencias sostiene: «para mí la muerte de Feltrinelli sigue siendo un misterio». En aquel momento, su muerte convenía a todo el mundo: obviamente a la derecha, a la CIA (la red Gladio), que lo consideraba el mayor peligro, un Fidel en Europa, y también al PCI, el partido comunista italiano, que abogaba por el «compromiso histórico» con la democracia cristiana.

La mitomanía personal empieza con la Feltrinelli de los años sesenta. La editorial fue fundada en 1954, pero era muy poco conocida hasta que publicó, en 1957 y 1958, respectivamente, dos bombazos internacionales. El primero fue *El doctor Zhivago*, de Borís Pasternak, pese a la oposición tenaz de la Unión Soviética y también del propio partido comunista italiano, al que Giangiacomo pertenecía desde muy joven y del que, gracias a la fortuna familiar, había sido un importante mecenas. El otro gran éxito fue *El*

Gatopardo, de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, cuya historia editorial también es complicada: en Feltrinelli colaboraban algunos de los miembros más relevantes del Gruppo 63, de la muy radical neovanguardia italiana, que rechazaba la obra por pertenecer al tipo de novelas que, pese a su innegable calidad, representaba la literatura «conservadora» y «clásica» que ellos execraban: el mismo Gruppo 63 había publicado en 1965, naturalmente en Feltrinelli, el libro colectivo *La novela experimental*. Pero *El Gatopardo* tuvo una firme defensa por parte del prestigioso escritor Giorgio Bassani, y finalmente el propio Giangiacomo inclinó la balanza (mostrando de nuevo, al igual que en el caso de *El doctor Zhivago*, su independencia de criterio). Se publicó con un éxito rotundo: una novela que tantos años después se sigue leyendo y disfrutando en tantos países.

En cualquier caso, el espíritu del Gruppo 63, que fundaron los jóvenes Valerio Riva, Nani Filippini y Nanni Balestrini, estrechos colaboradores de Feltrinelli, y Alberto Arbasino, Giorgio Manganelli, Umberto Eco y Edoardo Sanguineti, entre otros, estuvo muy presente en los sesenta y setenta. Durante estos años, la vida política y cultural de Italia era extraordinariamente viva y osada. El viejo lema: «Cambiar la sociedad según Marx y cambiar la vida según Rimbaud» quedó sintetizado en un espléndido título de Nanni Balestrini, *Vogliamo tutto*. Lo queremos todo, aquí y ahora. Y aquel incesante torbellino emocional y político estaba estimulado por revistas y grupos como *Lotta Continua*, *Potere Operaio* y, finalmente, *Autonomia Operaia*, con Antonio Negri, director, y Nanni Balestrini, subdirector.

Naturalmente, tanta libertad y tantos «excesos» parecieron pronto intolerables y empezó una fuerte represión, con atentados falsamente atribuidos a anarquistas y agitadores cuando, en realidad, fueron perpetrados, como se supo más tarde, por las fuerzas del orden. Muchos de los presuntos autores o inductores fueron encarcelados, otros exiliados (visité varias veces a Nanni Balestrini en Francia, donde tuvo que refugiarse varios años, perseguido por la justicia italiana con falsas acusaciones de terrorismo).

Feltrinelli también fue la editorial de Fidel Castro, buen amigo de Giangiacomo, quien estuvo a menudo en Cuba junto a su colaborador Valerio Riva. Se empezaron una serie de entrevistas a Fidel durante dos años para unas memorias, pero se mostró muy esquivo respecto a incómodas preguntas a propósito de su ideología y del futuro de Cuba, mientras que sí hablaba

torrencialmente sobre el pasado de su país y la opresión sufrida, la postura intimidante de los Estados Unidos, etc. Finalmente, resultó inviable, pese a que su publicación ya se había anunciado en Frankfurt a bombo y platillo.

También Feltrinelli, muy atento a la literatura latinoamericana, publicó la primera traducción mundial de *Cien años de soledad*, así como títulos de Juan Rulfo o Miguel Ángel Asturias, entre muchos otros. Y, ya más adelante, fue la editorial de *La verdad sobre el caso Savolta*, la primera novela de Eduardo Mendoza.

En resumen, Feltrinelli representaba la perfecta fusión de radicalidad política y vanguardia cultural que alentó en especial la primera época de Anagrama.

En verano de 1968, creo, conocí a Inge Feltrinelli en una cena en un piso que había alquilado en Cadaqués. Allí estaban Esther Tusquets, que pocos años antes había empezado Lumen, Beatriz de Moura y Oscar Tusquets, quienes preparaban su nueva editorial Tusquets, que salió casi a la vez que Anagrama. Después, en cada Feria de Frankfurt, con generosidad excesiva, Inge nos presentaba a Beatriz y a mí, unos recién llegados, como «los mejores editores españoles» ante los más consagrados editores internacionales.

La amistad con Inge se acentuó al organizarse un premio para textos inéditos que debían publicar los editores que lo convocaban. La idea inicial partía del escocés John Calder, todo un personaje, junto con Christian Bourgois y Klaus Wagenbach, a los que se unieron el editor holandés Van Gennepe y Snu Abecassis, directora de la prestigiosa editorial portuguesa Dom Quixote, y me convocaron como editor español.

Se organizó una rueda de prensa en París en el apartamento de Christian Bourgois, donde conocí al gran Maurice Nadeau, un mito de la edición y de la crítica literaria francesas. El premio debía llamarse «Prix des Sept», los siete conjurados, sin ninguna retórica; pero a última hora Christian se enteró de que ya existía un minúsculo premio francés llamado así, por lo que, apresuradamente, se optó por una alternativa grandilocuente que, creo, no nos convenció a ninguno: «Premio Internacional de los Editores». Se otorgó a *Cien poemas apátridas*, de Erich Fried, un poeta austriaco maoísta que también se había ocupado de traducir de nuevo al alemán, con gran acogida crítica, toda la obra de Shakespeare. Es decir, una combinación bien adecuada

a los deseos y sueños del grupo: radicalidad política y gran literatura.

Después, para el segundo año, hubo problemas insolubles con el agente de William Burroughs, cuya novela, *Ciudades de la noche roja*, habíamos elegido, por lo que se declaró desierto, y en un tercer acto se abandonó el proyecto. Creo que ninguno de los otros premios internacionales a manuscritos (recuerdo uno de la editorial Hanser y otro, bien inesperado, del agente Wylie) llegaron a estrenarse. El único que lo había conseguido, años antes, fue el famoso Premio Formentor, que tenía dos modalidades: una a obras inéditas (que nunca funcionó de forma muy gratificante) y otra a la carrera de un autor, que se erigió como una alternativa al Nobel, empezando por sus primeros ganadores: Beckett y Borges *ex aequo*.

Pero gracias a nuestras muchas reuniones en torno al premio fallido se afianzó mi amistad con Inge, Christian y Klaus, y durante décadas nos vimos muy a menudo en Milán, Berlín, París y Barcelona (en especial en nuestras fiestas de aniversarios señalados: las más gloriosas fueron, naturalmente, las de Inge en Villadeati). Así, vinieron a nuestra fiesta de los 10 años de Anagrama, en 1979, Inge y Klaus, mientras que Christian nos telefoneó diciendo que estaba varado en París por una huelga en el aeropuerto. También eran un *must* las cenas informales de los viernes, en casa de Christian y Dominique Bourgois, durante el Salón del Libro de París, donde se reunían críticos literarios y autores de la casa que asistían a ellas y los escritores traducidos, como Bolaño y Vila-Matas, entre muchos otros, y, claro está, los editores amigos.

En el Salón del Libro, otra cita importante tenía lugar en casa de Jean-Claude Fasquelle, el editor francés de Umberto Eco, que asistía cada año con la plana mayor de Bompiani, su editorial italiana, y muchos otros del gremio. Con Inge teníamos una cita especial, Lali y yo, el último día: una cena en la famosa *brasserie* Lipp, a ser posible en una mesa cerca de la puerta para controlar las entradas y salidas de los muchos conocidos, una cena en la que hacíamos el imprescindible repaso de todos los acontecimientos y chismes de la semana.

También los cuatro editores teníamos no pocos autores en común, de modo que los viajes para festejarlos abundaban. Así con Tabucchi en sus años de París o en Lisboa, donde Zé, su esposa, tenía una casa.

En resumen, décadas y décadas de gran amistad con Inge, que en los

últimos años debía llevar una vida reposada (algo impensable en ella) por motivos de salud, hasta su fallecimiento en Milán, en 2018.

Inge y Carlo tenían una relación especial, algo complicada: ella era infatigablemente expansiva y explosiva, mientras que él, quizá por inteligente defensa propia, era introvertido y algo esquivo. Pero la relación funcionaba bien, el amor mutuo resultaba más que evidente y los ocasionales gritos también. *Tutto bene anche molto bene, ma non sempre facile.*

Aunque había conocido a Carlo en alguna de las fiestas de Inge, empecé a tratarlo asiduamente en cuanto empezó a asistir a la Feria de Frankfurt. Históricamente, hasta hace muy pocos años, los stands de los italianos y los españoles estaban en el mismo espacio, en la misma *Halle*, lo que propiciaba los encuentros. Carlo y yo nos veíamos a menudo en nuestros respectivos stands. Él conocía muy bien mi interés de tantos años por la editorial Feltrinelli, mi larga amistad con Inge, y se mostró de entrada muy fan de Anagrama. Sintonizamos muy bien desde el principio, y el afecto mutuo fue *in crescendo*. Nos veíamos también en Milán o en Turín, cuyo Salón del Libro es muy interesante y «practicable», sin grandes armatostes ni aglomeraciones, lo que invitaba a largas conversaciones. Y, asimismo, coincidíamos en París, en algún Salón del Libro, en la Feria de Londres y, desde luego, en Barcelona. Por cierto, el Gremio de Editores de Cataluña le concedió el Premio Atlántida. Antoine Gallimard y Carlo Feltrinelli han sido los únicos editores extranjeros que han obtenido ese galardón.

Y así se fue consolidando nuestra amistad y confianza. Él me decía, de cuando en cuando: «Si quieres vender alguna acción de Anagrama alguna vez, aunque solo sea una, la quiero yo.» Hasta que llegó un día en el que, después de un largo proceso de cavilación y sensatez (teniendo en cuenta el paso de los años), tomé una decisión importante.

En Frankfurt, aparte de los cócteles y las cenas de rigor, establecimos con Carlo una costumbre: en cada Feria teníamos un frugal almuerzo (salchichas, pan y cerveza) en uno de los bares próximos a nuestros stands en el que hacíamos un amplio repaso a temas importantes y chismes varios. Y un año le dije, sin previo aviso: «Carlo, si te interesa Anagrama, he pensado en venderla a Feltrinelli.» Le conté que había pensado en una especie de

«autovoladura a plazos» a lo largo de cinco años, cuando yo ya habría cumplido los ochenta. Me parecía lo más sensato para la continuidad de la editorial, ya que Lali y yo no teníamos hijos, posibles futuros editores. Se quedó estupefacto, en un aparte oí cómo le decía a Lali. «Pero ¿Jorge está hablando en serio?» Y Lali se lo confirmó. Entonces nos contestó que se sentía muy orgulloso de la decisión y que pondría todo su empeño en no defraudarme, nos dimos solemnemente la mano y el pacto quedó sellado. Carlo le dijo a Lali, en otro aparte, que iría con *piedi di piombo*, expresión italiana fácilmente traducible, y así fue y así sigue siendo, puesto que, en palabras del propio Carlo: «La época es distinta pero la impronta que dejó mi padre es todavía muy fuerte: se trata de dar un futuro a las librerías Feltrinelli, a la Editorial, a la Fundación, a Anagrama y a La Central.»

Más adelante, vino la tramitación entre Dario Giambelli, su mano derecha, al frente de su gente, y nuestros abogados, Ramón Girbau e Ignasi Calvet, del bufete Garrigues. Pese a las lógicas discrepancias que surgen en un proceso laborioso y complejo, todas fueron solventadas por el sentido común (y por la fuerza de convicción de nuestro inicial apretón de manos). Y cuando todo se firmó, lo celebramos bebiendo champán en el bar del Hotel Majestic, muy próximo a la notaría donde se ofició la transacción.

Debo decir que en todos estos años la transición ha sido anormalmente fluida, con muy escasas fricciones y dejando total libertad a Anagrama. Nosotros, como es lógico, pasábamos mensualmente toda la información contable, y tanto Carlo como dos o tres de sus colaboradores visitaban regularmente la editorial y cada año tenía lugar el consabido consejo de administración. Durante todos estos años los resultados de Anagrama, pese a la famosa crisis que se inició en el 2008, fueron positivos, y también amenizados por los premios Nobel a Modiano y a Ishiguro, que en Feltrinelli celebraron con gran entusiasmo.

Cuando le pedí a mi viejo amigo Oriol Castanys que ocupara el cargo de gerente general, antes del nombramiento «pasó el examen» en las oficinas de Feltrinelli de Milán, al igual que, después, Silvia Sesé, quien me pareció la mejor candidata a futura directora editorial. Ambos pasaron dicho «examen» con muy buena nota, como era de esperar.

Carlo está en plena actividad en varios frentes, además de la editorial y las más de cien librerías Feltrinelli. Ha entrado en el accionariado de varias

editoriales italianas independientes, a las que también distribuye, se creó el canal F de televisión cultural, también es socias mayoritaria de la Scuola Holden de Alessandro Baricco, así como de las librerías La Central. Y quizá lo más importante: esa Fondazione Feltrinelli que reúne una inmensa documentación sobre los avatares del movimiento obrero: no se puede prescindir de la memoria. Allí se encuentran documentos y periódicos de la Comuna de París, de la 1.^a Internacional, una primera edición de la *Encyclopédie*, y de ahí en adelante. «Más de trescientos mil volúmenes y treinta mil periódicos», escribe Carlo Feltrinelli en *Senior Service* (1998), la biografía de su padre Giangiacomo, que empezó la Fundación simbólicamente en el edificio del banco que fundó su padre, convertido ahora en una instalación monumental, erigida por los grandes arquitectos Herzog & de Meuron, que alberga la editorial, los archivos y tantas otras cosas y donde las actividades se suceden sin parar. Se ha convertido en un auténtico motor cultural milanés. Todo como respuesta al convencimiento de Carlo Feltrinelli de que «en un momento en que todo el mundo está enganchado veinticuatro horas al día a la pantalla, leer es revolucionario. El libro es el instrumento más sofisticado para la profundidad intelectual».

Y, pese a tantas actividades, la intención, que viene de lejos, de empezar la expansión en América Latina, muy especialmente en librerías y también en el mundo editorial, se ha visto aplazada pero en absoluto olvidada. Está siempre presente en el ánimo de Carlo.

ANEXOS

DISCURSO DE CARLO FELTRINELLI EN EL FUNERAL DE INGE

Gracias, señor alcalde; gracias, querido Beppe. Estoy seguro de que no podría haber un lugar más apropiado que este para despedirme por última vez de mi madre: el Palazzo Marino, en la Piazza della Scala, a pocas docenas de metros de la casa donde ella vivió durante casi cincuenta años. He escuchado y leído en estas horas palabras muy emotivas en recuerdo de Inge: su contribución a hacer que la vida cultural de nuestra ciudad fuera más cosmopolita, dinámica, libertaria, e incluso más alegre; su papel en la cultura de este país al dar impulso y autoridad internacional a la edición de nuestro

tiempo; su fundamental contribución a la creación de una red de librerías que hoy sigue siendo uno de los centros principales del mercado del libro italiano.

Siento el deseo de resaltar aquí una característica peculiar que une a Inge con los dos grandes hombres de su vida: mi padre, Giangiaco, y Tomás Maldonado, quien se encuentra aquí con nosotros y que para mí ha sido, y es, como un padre. Me refiero a saber vivir varias vidas en una sola. En efecto, existe una Inge que, con catorce años, escapa por un pelo a la persecución racial en la Gotinga de 1944; existe otra Inge, que aún no tiene ni veinte años, que hace autostop hacia Hamburgo para emprender una carrera como fotoperiodista; existe una Inge que en 1953 cruza el Atlántico en un barco mercante para fotografiar a Greta Garbo o entrevistar a Ernest Hemingway; existe una Inge que conoce a un joven editor que regresa de un viaje por el norte de Europa con un manuscrito en su mochila: se trataba de *El Gatopardo*; existe una Inge dinamizadora de la comunidad internacional de editores; existe una Inge que contribuye a promover el Gruppo 63; existe una Inge que defiende con uñas y dientes -como nadie nuestra aventura editorial en años muy oscuros; existe una Inge madre que decía que la educación de un hijo es una lotería (con su hijo le salió mal, pero con sus nietos le fue mucho mejor); existe la Inge de sus amigas, cercanas y lejanas: pienso en Isabel Allende, Nadine Gordimer o Doris Lessing, pero también en las que están hoy aquí: Natalia, Anna, Bianca, Gaia; existe la Inge que ha compartido cuarenta y cinco años con Tomás en una unión que era también, y sobre todo, de complicidad intelectual; existe la Inge que nunca ha dejado, hasta el final, de mirar la política y cómo se está transformando el mundo que nos rodea: no puedo olvidar su horror ante algunas recientes regurgitaciones neonazis en Alemania, pero también su disgusto por determinadas derivas de la política italiana. A pesar de todo, tenía esperanza, era optimista, porque creía en el valor casi prometeico de las batallas culturales.

Este catálogo de fases de una vida tan larga y tan intensa podría insinuar una secuencia temporal, compuesta de antes y después, pero no es solo eso. En Inge las estaciones convivían en función de las diferentes facetas de su personalidad. El verano nunca era solo verano. Como el invierno tampoco era solo invierno.

La elegante señora mundana que no se perdía las fiestas más exclusivas, a la que le gustaba bailar y que no evitaba los *flashes*, era también la que

buscaba la soledad casi todas las noches mientras examinaba las novedades de la narrativa inglesa, americana, francesa y alemana, apasionada por las biografías de las grandes figuras de la literatura; que leía regularmente, con toda naturalidad, todos los lunes, *Der Spiegel*, y luego la *New York Review of Books* y el *New Yorker* o el *TLS*... Que pasaba cuentas así implícitamente, día tras día, consigo misma. Sin ostentación, casi protegiéndose detrás de una máscara que podía parecer en ocasiones incluso insolente.

Todo esto hoy merece el recuerdo y la mención por un motivo. Estamos en una época en la que las personas que están bajo el poderoso influjo de las redes sociales dedican cada vez menos tiempo a sí mismas y viven en unas condiciones, como diría Salvatore Veca, de soledad involuntaria. Por eso, leer libros es hoy, más que nunca, un acto revolucionario. Esta es una de las muchas cosas que me enseñó.

A menudo se ha definido la Feltrinelli como un animal extraño, constituido por artistas, escritores, poetas, investigadores, librerías, empleados editoriales, lingüistas, filósofos, sociólogos... Si este animal extraño está cerca de la meta de los 65 años, se debe ciertamente al fuego sagrado de un hombre, su fundador, que durante quince años dejó su huella y su reverberación, pero se debe también a la capacidad de cohesión, a la tenacidad, a la instintiva curiosidad de una mujer cuyo entusiasmo nos hará continuar al menos durante otros cien años más.

En broma, Inge decía que era una pésima madre: yo tendría muchos argumentos en este sentido para llevarle la contraria. Pero este no es el lugar ni el momento para recuerdos demasiado personales.

Gracias.

Carlo Feltrinelli,
21 de septiembre de 2018

PANTONE INGE FELTRINELLI
(50 años de editorial Feltrinelli)

La imprescindible editorial Feltrinelli acaba de cumplir, en plena forma, sus primeros 50 años. Con tal motivo, ha publicado un catálogo histórico sobriamente informativo que permite analizar los casi 7.000 títulos de la

editorial. «Es un placer de la inteligencia sincrónica recorrer una lista tan extensa de autores y sentir cómo viven juntos», escribe en el prólogo Carlo Feltrinelli, responsable desde hace unos años de la editorial que fundó su padre, Giangiacomo, y que persiste en su vocación a favor del «pensamiento crítico». Una presencia cultural flanqueada por la extensa red de las también imprescindibles librerías Feltrinelli. Pero además de la mucha letra, también la música, o sea la Fiesta, en cuya organización brilla Inge Feltrinelli, la infatigable viajera y presencia pública de la editorial durante décadas, en las que «ha defendido como una tigresa la institución», afirma su hijo Carlo. Y la fiesta (pasada por agua, pero *la nave va*) se celebra, naturalmente, en Villadeati, en la elegante mansión familiar que corona una suave colina piamontesa. Escritores, de Erri de Luca a Umberto Eco, librerías, editores, amigas históricas, como la arquitecta Gae Aulenti, la diseñadora Krizia o las editoras Rosellina Archinto y Beatriz de Moura, y otros queridos colegas extranjeros. Inge recuerda de pronto la foto histórica (que campea a gran formato y todo color en uno de los salones) de la soleada fiesta de los 30 años, también en Villadeati, que convocó a un nutrido grupo de editores amigos, presididos por Giulio Einaudi, y nos reúne a varios reincidentes, veinte años después, para otra sesión: Peter Mayer, Christian Bourgois, Matthew Evans, el superagente Ed Victor y yo mismo, a los que se ha unido el (comparativamente) más *junior* Gary Fisketjon. Y así como en los atuendos de Inge brillan los toques y las chaquetas de un naranja inconfundible, en los amigos editores refulgen también bufandas, fulars, pañuelos, corbatas (la mía, por ejemplo), a menudo regalos de Inge, propagandista del color. Si existe o debiera existir el pantone Azul Yves Klein, no menos obligado sería instituir el pantone Naranja Inge Feltrinelli como expresión personalísima de vivacidad desatada, *joie de vivre* e intensa sociabilidad.

Jorge Herralde

HOMENAJE A JÉRÔME LINDON⁵⁰

UN EDITOR QUE ERA ANTE TODO EL ARMADOR DE UN CATÁLOGO

Jérôme Lindon (1925-2001) es un ejemplo perfecto de un tipo de editor que persigue, por encima de todo, la calidad de los libros que publica, auscultando las nuevas voces y acompaña a sus autores sin desfallecer, pese a que, a menudo, tardan en imponerse. Así lo hizo durante tantos años en sus Éditions de Minuit, donde se ocupaba, obsesivamente, del modo de presentar sus inconfundibles libros: con un mínimo vistazo uno se percata de que son libros de Minuit. También intervino, casi siempre de forma poco aparatosa, en los textos de los autores; sin embargo discrepaba, a veces con cierta pasión, de los títulos que los autores habían escogido. Esos y otros pormenores, como por ejemplo el trato con su hija, Irène Lindon, que trabajó durante décadas en Minuit con gran discreción hasta la muerte de Jérôme (y desde entonces sigue al frente de la editorial), los contaron dos de ellos, Jean Echenoz y JeanPhilippe Toussaint, en sendos libritos que le dedicaron a Lindon cuando falleció. Y asumió riesgos desde muy joven, en la Ocupación, y también, como editor, en sus durísimos textos de combate, por ejemplo, en la guerra de Argelia. Nunca quiso que la editorial creciera para así controlar y asegurar la calidad de sus textos y la coherencia de su catálogo.

Cuando intentó implantarse en Francia el funesto «precio libre» de los libros, tan negativo para la edición de calidad, para las librerías y, en suma, para todo el ecosistema del mercado del libro, Lindon fue el primero que se puso en pie de guerra, y, con el apoyo incondicional de Jack Lang, el gran ministro de Cultura, se impidió la barrabasada gracias a la Ley Lang. Se escribió en su día que hubiera podido llamarse Ley Lindon como homenaje a

la actividad incansable de tan respetado y admirado editor. En resumen, creo que Jérôme Lindon es quizá el más ejemplar de aquellos editores que son, ante todo, *armadores de catálogos*.

Antes de empezar Anagrama, entre mis editoriales míticas figuraba la austera Éditions de Minuit,⁵¹ fundada hacia 1941 durante de Ocupación alemana en Francia. Minuit publicó clandestinamente, entre otros títulos, *Le silence de la mer*, de Vercors, el cofundador de la editorial, que se convirtió en una contraseña ineludible para los patriotas franceses. Pocos años después, el joven Lindon, unos de los pocos de su generación que había participado en el maquis, a los quince años, ingresó como responsable de producción, y luego, gracias a la ayuda financiera familiar, pasó a ser director en 1949 e inició su propio camino editorial. Libros más bien delgados, tipografía sobre blanco, rarísimamente con ilustraciones, escuetas contraportadas: el grado cero de promoción, un resuelto y deliberado ascetismo.

Visité su editorial, en la rue Bernard-Palissy número 7, a pocos metros de la rue de Rennes y al lado del boulevard St. Germain, en cuyos alrededores estaban situadas tantas excelentes editoriales. Era un largo y estrecho caserón de varios pisos que había sido un burdel (*une maison de tolérance*): en el primero estaba la recepción y el escaparate de Minuit, con la exhibición de libros, mientras que en el último rellano de la alta escalera Jérôme Lindon trabajaba y recibía. Educadamente distante y sin el atisbo de una sonrisa, me recibió: yo, quizá durante demasiado rato, estuve contándole todas las iniciativas e inquietudes de un muy incipiente editor antifranquista que también tenía proyectos literarios y era fiel lector de los escritores que, debido a ciertas características de su escritura, se inscribían en la etiqueta de *Nouveau Roman*. Una oportuna y mítica fotografía de todos ellos, reunidos en la calle frente a Minuit, fue ya para siempre la imagen de marca definitiva.

Además de la literatura, los «genes» políticos y resistenciales de Minuit brotaron de nuevo con los libros más críticos respecto a la infame actuación francesa en la guerra de Argelia, y por ello lo procesaron y varios títulos fueron secuestrados. Y también publicó *Los fedayín. En defensa de los guerrilleros palestinos*, el primer libro de Minuit editado en Anagrama, en 1970, nada menos, a favor de esos luchadores contra Israel. Una publicación singular en Minuit que demostraba la insobornable independencia de Jérôme

Lindon, de familia judía, con gran pedigrí. «Un abuelo mío», escribe el editor, «era Gran Rabino de París, mi bisabuelo era el Gran Rabino de Francia», pero el propio Lindon evolucionó en un ambiente laico.

Porque Lindon no solo editó *Los fedayín*, sino que incluso lo prologó. Refiriéndose al Estado de Israel escribe: «Y, en este momento, se ha convertido en un Estado judío, con un ejército judío, una diplomacia judía y un gobierno judío. Los árabes que han permanecido allí se han convertido en ciudadanos de segunda categoría. Desde su infancia saben que no ocuparán jamás los puestos de honor ni podrán tener responsabilidades: estas han sido reservadas a los recién llegados por el solo hecho de ser judíos. (...) Aunque han sido los supervivientes de Auschwitz los que han fundado el Estado de Israel, este, sin darse cuenta, ha cambiado de campo desde entonces. Del campo de los esclavos se ha pasado al de los herederos, el nuestro. (...) Los palestinos se sienten expoliados de su soberanía nacional y la reivindican con toda su fuerza puesto que, con excepción de su propia vida, no tienen nada que perder.»

Después contraté uno de mis títulos favoritos de aquellos tiempos: *Estrategia judicial de los procesos políticos*, del abogado Jacques M. Vergès, incansable luchador comunista y antiimperialista. En ese libro Vergès hacía una apología de lo que denominó «defensa de ruptura», en la que los acusados no reconocían la autoridad del tribunal para juzgarlos y se enfrentaban a él duramente, negándole toda legitimidad: exactamente lo que hicieron después los militantes de ETA en el proceso de Burgos.

La publicación de *Estrategia judicial de los procesos políticos* había sido denegada, en la llamada «consulta voluntaria» a la censura, a los editores de Península y Cuadernos para el Diálogo, según me contaron ellos mismos. Elegí, pues, la otra vía: la presentación del libro ya traducido e impreso, enviando los ejemplares correspondientes al Ministerio y esperando los días reglamentarios para su distribución en librerías (un día por cada cincuenta páginas). Paradójicamente, después de que nos hubieran secuestrado libros que yo pensaba más o menos inofensivos, este recibió el silencio administrativo, lo que significaba que se podía publicar sin problemas. Vergès, que fue muy amigo del luego tristemente famoso Pol Pot, cuando eran jóvenes estudiantes en París, como abogado defendió, entre muchos otros, al terrorista Carlos, al nazi Barbie y a la familia de Marlon Brando,

concretamente a su hija Cheyenne, cuando su pareja, Dag Drollet, fue abatido por un disparo de Christian Brando, su hermanastro. Un caso enrevesado.

Existe un extraordinario documental sobre Vergès fácil de encontrar en DVD, *El abogado del terror*, del gran director y también productor de películas de la *Nouvelle Vague* Barbet Schroeder. Vergès estuvo en Barcelona años después, en 2009, cuando reeditamos su libro: lo presentó Francesc de Carreras en el Col·legi d'Advocats, y luego tuvimos una larga cena en el restaurante Windsor, donde nos tuvo encandilados con sus excitantes relatos y con la administración de su sabiduría narrativa.

En 1951, contó Lindon, recibieron en Éditions de Minuit tres manuscritos de un autor desconocido llamado Samuel Beckett. Lindon empezó a leer el primero en la propia editorial e inmediatamente tuvo un shock: «Vi a Suzanne, su mujer, al día siguiente y le dije que me gustaría publicar los tres libros, pero que yo no era muy rico.» Al día siguiente recibía los tres contratos firmados por Beckett, y la editorial publicó paulatina y rápidamente los libros. Las ventas fueron escasas, pero la recepción cultural resultó extraordinaria: Beckett fue considerado inmediatamente «un gran escritor», y cambió para siempre el estatus literario de Minuit. Beckett había sido rechazado por todos los editores literarios de París, entre ellos Gallimard. Frase recurrente: su segunda gran *gaffe* después de la de Proust, aunque a este lo pudieron recuperar, mientras que Beckett fue siempre fiel a su amigo y editor Jérôme Lindon. Y así como quien rechazó a Proust fue André Gide, en el caso de Beckett el responsable fue Albert Camus. En el mundillo de la edición casi todo se acaba sabiendo.

Las ventas de los libros de Beckett fueron bajas, al cabo de un año no se acercaban ni a mil ejemplares, por lo que los problemas económicos de Minuit persistieron. Más adelante, en 1952, Lindon publicó la extraordinaria obra teatral *Esperando a Godot*. Aunque las ventas iniciales no fueron brillantes, empezó un crescendo progresivo e interminable: según los archivos de Minuit, a mediados de los años ochenta se habían vendido 794.979 ejemplares. Beckett fue, pues, un caso muy muy singular en la historia de Minuit, con Nobel incluido en 1960. Lindon afirmó a menudo: «Si Éditions de Minuit existe, se lo debemos a Beckett.»

Antes del *Nouveau Roman*, Lindon había publicado a autores de

primerísima línea como Pierre Klossowski, Georges Bataille, Maurice Blanchot, Edgar Morin, Paul Éluard, Jean Paulhan, Michel Butor, o traducciones de William Faulkner, Arthur Miller, Dylan Thomas, Gottfried Benn, sin poder aliviar los endémicos problemas financieros de Minuit. Luego empezó a dar a conocer una nueva camada de jóvenes escritores: Jean-Philippe Toussaint, en 1987, y Jean Echenoz, en 1989, las dos estrellas que luego traduciría Anagrama. Sin embargo, pese a mis varios intentos, Toussaint no conectó con los lectores españoles y lo tuve que abandonar, mientras que a mi preferidísimo Echenoz también le costó asentarse pero seguí con él. En realidad, no lo logró hasta la publicación de sus tres novelas basadas en personajes reales (*Ravel*, el músico, *Correr*, el corredor Zátpek, y *Relámpagos*, el inventor Tesla), que tuvieron una gran acogida, entre 2007 y 2011. Por fin lo tenemos, aquí en España, muy bien instalado, mientras que en Francia, desde hace muchos años, era un autor consagradísimo, cargado de galardones y con muchos lectores. Me contó Ana Jornet, entonces nuestra jefa de prensa, que Echenoz le preguntó: «¿Y cómo es que Jorge me sigue publicando?» (al igual que a Modiano, a Banville y a otros grandísimos escritores cuyas traducciones iban de capa caída, de modo que la mayoría de los editores no persistían con ellos). Y Ana le contestó: «Porque le gustan muchísimo tus libros.» También publicamos a Jean Rouaud, cuyo primer y único éxito fue *Los campos del honor*, Premio Goncourt.

Un caso muy especial fue el del mítico Alain Robbe-Grillet (teórico y *chef de file* del *Nouveau Roman* y asesor privilegiado de Lindon durante décadas), y *Les gommés*, la primera novela de ese autor desconocido, que fue saludada como un texto extraordinario e inesperado en la escena literaria francesa. Entre los muchísimos críticos que se extasiaron con la novela, debe subrayarse a Roland Barthes, que dijo: «Robbe-Grillet trabajó en introducir en el relato un nuevo espacio mixto de espacio y tiempo, lo que podría llamarse una visión einsteiniana del objeto. Esto es más que importante literariamente, ya que vivimos años en una versión puramente newtoniana del universo: Camus o Breton describen un paisaje como Chateaubriand o Lamartine.» Más tarde Robbe-Grillet escribió el ensayo *Por un nouveau roman*, con lo que se convirtió en el teórico y el agitador cultural del movimiento.

Robbe-Grillet fue introducido en España por la Biblioteca Breve de Carlos Barral con su primera novela, cuyo título en castellano fue *La doble*

muerte del profesor Dupont, un intrigante título como de novela negra, presuntamente más comercial, a menos que las razones fueran otras: el título original, con el que luego Anagrama lo recuperó, era *Las gomas* (quizá para una mente censora excitada, cosa nada inhabitual, se trataba de los preservativos, los condones, vamos). Publiqué cinco títulos suyos sin mucho éxito, vino a Barcelona varias veces y era un personaje extraordinario: lleno de vida, gran narrador de anécdotas, risas estentóreas, energía a prueba de bomba. Todo un contraste con su muy excelente escritura, que quizá resultaba algo hostil para el lector.

También publiqué, con tanto entusiasmo como poco éxito, *La acacia*, del que fue premio Nobel en 1985 Claude Simon, el maestro confeso de Esther Tusquets, con sus frases interminables, sus múltiples incisivos y el punto y aparte como anomalía infrecuente. Y así casi terminé el repaso de los autores de Minuit (aunque después hubo otros como, por ejemplo, Laurent Mauvignier, que escribió una novela extraordinaria, *Hombres*, sobre las atrocidades de la guerra de Argelia).

Una anécdota: en una presentación, en el año 2003, de un libro de Robbe-Grillet en Barcelona, estuvo en casa con Lali, Ignacio Echevarría, Mercedes Monmany, Juan Villoro, Vila-Matas y yo, según me recuerda una foto. Almorzamos en El Trapío, restaurante vecino, y comimos y bebimos mucho, naturalmente. A las seis de la tarde, Ana Jornet lo fue a buscar al Hotel Condes de Barcelona: no contestaba al teléfono, golpearon a la puerta de forma reiterada sin éxito, lograron entrar con la llave maestra del hotel: Robbe-Grillet dormía como un bendito, se despejó rápidamente y fueron volando al Instituto Francés, donde tuvo una actuación tan brillante como siempre, fresco como una rosa.

Segunda anécdota: la Fundación Luis Goytisolo organizó durante varios años, en el Puerto de Santa María, unos encuentros con grandes escritores y un nutrido grupo de fieles académicas estadounidenses o canadienses que adoraban la obra de Luis (y no solo su obra). Un año conseguimos que acudiera Robbe-Grillet, y cuando llegué al restaurante donde me habían citado, sentado en la barra del bar estaba el muy sonriente Robbe-Grillet, quien exclamó: «¡Jorge, mira cómo estoy!» Se abrió aparatosamente la camisa y mostró una muy vistosa cicatriz, secuela de una operación de corazón. Soltó una gran carcajada y siguió el jolgorio durante todo el simposio.

Ya casi termino: en una de mis primeras visitas a Minuit, acababa de contratar *Nuestros placeres*, una novela de una ferocidad atroz de un autor desconocido con nombre y apellidos complicados: Pierre-Sébastien Heudaux. Se lo comenté a Lindon, quien exhibió una de sus escasas sonrisas y me ayudó: «Se pronuncia pseudo», y, en efecto, en francés funcionaba. Luego me dijo, otra sonrisa: «Precisamente el autor está en la editorial. Quizá le gustaría conocerle.» «Naturalmente que sí», le dije, y exhibió su tercera sonrisa: «Bueno, quizá no haga falta decir quién es porque se trata de mi hijo y nos parecemos mucho.» Subió el hijo, un jovencísimo Mathieu Lindon, muy tímido, notoriamente más bajo que su padre y además no se le parecía gran cosa, pensé. Ambos eran bípedos y varones, pero en fin. Le pregunté a Lindon el porqué del seudónimo y, esta vez sin sonrisa, me contestó que no se trataba de una autocensura, pero que al *grand-père*, el abuelo de Mathieu, el gran abogado Raymond Lindon, posiblemente no le agradaría en absoluto que su apellido se viera vinculado a un libro tan «extremo», por decirlo suavemente. Allí empezó mi amistad con Mathieu, que fue un gran amigo de Foucault y de tantos otros grandes intelectuales, activista del movimiento gay, novelista, colaborador fundamental durante décadas de *Libération* y a quien veo de vez en cuando en mis viajes a París o en alguno de los suyos a nuestro país, con amigos comunes españoles como Vicente Molina Foix.

Y ahora, ya sí para terminar, otra anécdota. Javier Tomeo (glorioso autor de teatro internacional sin haber escrito jamás una pieza teatral, todas fueron adaptaciones de sus novelas) estrenaba una obra, creo que *Amado monstruo*, en el muy relevante Théâtre National de la Colline de París. Antes, a modo de prólogo, sentados en el escenario, el gran crítico Rafael Conte y yo rivalizábamos en nuestro entusiasmo por la obra de Tomeo, que fue muy aplaudida. Y, como fin de fiesta, al día siguiente Jérôme Lindon nos invitó a almorzar en su sencillo restaurante de cabecera, muy próximo a Minuit, a Conte, a Lali y a mí (Tomeo debía de estar persiguiendo a una chica o algo similar). Para el muy francófilo Rafa, creo que ese día fue uno de los más memorables de su vida.

Jérôme Lindon tenía fama de ser parco en su correspondencia, en especial con los editores extranjeros. Debido a ello, me hizo una ilusión especial recibir sus dos correos inesperados, en 1996 y 1999.

En uno, a raíz de una ruptura con un autor (que la había publicitado

mucho), Lindon, que al igual que tantos editores internacionales estaba bien enterado de la promoción infatigable realizada por Anagrama para conseguir traducciones de las obras de sus autores, me dio su más inequívoco respaldo. En el otro, me felicitaba calurosamente por el Premio al Mejor Editor Europeo, otorgado en Italia por la Stampa Tuttolibri y la Associazione Biblioteca Europea. Me escribió que también él mismo, Lindon, me hubiera votado y se despedía con una palabra que no he olvidado: «*Fidèlement.*»

Carta de Jérôme Lindon (23/12/1996): «*Votre réputation d'éditeur courageux et intègre est tellement établie partout qu'un auteur qui vous quitte dans ces conditions ne peut que s'attirer l'opprobe général.*»

Carta de Jérôme Lindon (17/05/1999): «*Cher Jorge: Toutes mes félicitations pour la Targa d'Argento de la Stampa Tuttolibri. J'en suis d'autant plus content que, si j'aurais été membre du jury, j'aurais bien évidemment voté pour que le Prix européen vous soit attribué. Fidèlement.*»

HOMENAJE A JOSÉ MANUEL LARA BOSCH⁵²

UN EDITOR QUE ERA ANTE TODO EL CONSTRUCTOR DE UN IMPERIO

José Manuel Lara Hernández fundó en Barcelona su primera y pequeña editorial, llamada Lara, pero fue mal y tuvo que venderla a su futuro rival Janés. Más tarde empezó otra pequeña editorial, Planeta, que, cuando murió, se había convertido en la más potente de España. Le sucedió, dejando atrás convulsos y dolorosos episodios familiares, José Manuel Lara Bosch, su hijo mayor, que la convirtió en un auténtico imperio editorial y mediático, considerado uno de los más importantes del mundo. También adquirió un importante grupo francés, Editis, que Planeta ha vendido hace poco, y recientemente han comenzado sus actividades editoriales en Italia junto a Planeta DeAgostini, su tradicional socio en España en colecciones y libros de quiosco. El libro y las editoriales, con sus filiales latinoamericanas, siguieron siendo su pasión principal, pero el grupo Planeta adquirió también importantes participaciones en televisión (A3 Media: las cadenas Antena3 y La Sexta), un amplio etcétera de inversiones en muchos ámbitos, con contactos políticos al más alto nivel, etc. Aunque las acciones de Planeta estaban divididas entre los dos hermanos, José Manuel y Fernando, y las dos hermanas, María Isabel e Inés, José Manuel se comportaba y estaba considerado por todos como el líder indiscutible del todopoderoso grupo Planeta. José Manuel Lara Bosch, con quien tuve durante muchísimos años una afectuosa y cómplice relación personal, se reveló, pues, una gran figura de editor, la de un *constructor de imperios*.

Mi relación con la familia Lara arranca de lejos. Ya he contado en repetidos textos que uno de mis mejores amigos de la adolescencia fue Carlos Durán, quien vivía en una casa de pisos del Paseo de San Juan cuyos habitantes pertenecían en su mayoría a la extensa familia de los Durán. Los bajos del edificio los ocupaba una planta de encuadernación que yo visitaba en ocasiones, una fuente de sorpresas. Estaba al mando el padre de Carlos acompañado por sus hermanos, tíos de Carlos, así como por su hijo mayor, José Manuel, y durante unos años por el propio Carlos, quien se llevó siempre muy mal con su hermano. Carlos no cursó estudios universitarios, cosa que, en silencio, le acomplexaba, ya que le pusieron a trabajar desde la adolescencia en el negocio familiar, un esquema típico de la pequeña empresa familiar catalana.

En cuanto pudo, que no fue pronto, se marchó a París para estudiar cine en el IDHEC (Institut des hautes études cinématographiques), lo que le cambió la vida para siempre. Cuando acabó los estudios regresó a Barcelona, pero aún tuvo un año de «peaje» en Marruecos, ocupándose de un negocio de perfumería de la familia, algo inverosímil pero al parecer rentable. Allí reencontró a cineastas y a gente de teatro que había conocido en el IDHEC. Lo visité en Casablanca, donde residía, una Semana Santa y estuvimos viajando en coche con uno de sus amigos nativos y, entre otros lugares, paseamos durante horas por Fez y Marrakech, tan inolvidables para cualquiera que los visite. Luego, de regreso en Barcelona, preparó su cortometraje para el examen del IDHEC y rodó los exteriores en Sitges y los interiores en mi estudio, en la casa de mis padres. Un rodaje que seguí día a día.

Tiempo después se reunió con Oriol Regàs, Xavier Miserachs y Teresa Gimpera, que tenían la idea de crear un local nocturno diferente: fue el cuarto mosquetero, e incorporó a varios amigos con inquietudes intelectuales, como yo mismo, que nos juntamos con los moteros amigos de Regàs y otros compinches variopintos. Así, fuimos socios fundadores de aquel invento que finalmente se llamó Bocaccio. Faltaba una «c», para escándalo de los puristas: no recuerdo si fue deliberado o una pequeña provocación adicional que despertó en la «ciudadanía» cierto asombro. Cabe destacar que, pese a la leyenda pertinaz en sentido contrario, solo había en la junta directiva dos representantes del pijerío propiamente dicho: Alberto Puig Palau y Antonio de

Senillosa, ambos con bien conocidas inquietudes intelectuales y también antifranquistas.

Luego Carlos dirigió, con la productora Films Contacto, de la llamada Escuela de Barcelona, una película titulada *Cada vez que*, y también intervino prácticamente en todos los otros rodajes de dicha Escuela como ayudante de dirección, jefe de producción, secretario de rodaje, etc. Es decir, una figura un tanto en la sombra pero absolutamente imprescindible.

Su segunda, última y accidentada película, *Liberxina 90*, la produjo Films de Formentera, una productora fundada por Carlos Durán, Joaquín Jordá, Román Gubern, Juan Amorós, Ricardo Bofill y yo mismo que tenía su sede en las oficinas de Anagrama. *Liberxina* chocó frontalmente con la censura franquista, la clasificaron de una forma que hacía imposible su distribución y quedó para siempre inédita (aunque una copia puede encontrarse en la Filmoteca de Catalunya que dirige Esteve Riambau). Eso significó prácticamente el final, después de un documental de Jordá y un cortometraje de Carlos, de esa productora un tanto fantasmal.

La aventura de la Escuela de Barcelona, muy estimulante, resultó efímera e inviable comercialmente, por lo que luego Carlos montó una productora de cine, Lola Films, digamos profesional, con Vicente Aranda y Oriol Regàs como socios, a la que luego se incorporó con brío José Manuel Lara Bosch.

Yo, en la adolescencia, iba con frecuencia por las tardes a casa de Carlos. Allí atravesaba el salón, con su chimenea, donde a menudo estaban sentados, frente a frente, el padre de Carlos y el editor Josep Janés o bien José Manuel Lara Hernández, ¡jamás juntos! Yo los saludaba con la cabeza y un «Buenas tardes» y me dirigía al cubil de Carlos.

La amistad del padre de Carlos con Lara fue muy profunda y duradera, ambos efectuaban con frecuencia viajes juntos con sus esposas: una amistad que duró toda la vida, mientras que Janés falleció prematuramente, el año 1959, en un fortuito accidente de coche. El editor y el encuadernador tuvieron un despegue empresarial simultáneo (con las debidas y muy distintas proporciones) debido al éxito descomunal del *Diccionario Larousse*, si bien recuerdo: la pujanza de Planeta fue enseguida bien visible, mientras que aquella encuadernadora manual de los Durán (yo la llamaba «la casa de los siete enanitos» (ni el padre Durán ni los tíos eran altísimos) se trasladó a un

edificio de varios pisos, con maquinaria modernísima.

Un recuerdo de juventud: cuando Carlos estaba en París, en la época del IDHEC, los matrimonios Lara y Durán hicieron uno de sus viajes conjuntos, acompañados por sus hijos: el joven José Manuel Lara Bosch, su hermano Fernando y su hermana María Isabel, y le pidieron a Carlos que los paseara una tarde. Me telefoneó, yo acababa de llegar a París, y los llevamos al Bois de Boulogne; estuvimos paseando, hablando y bromeando de cine, de literatura, de política, de chicas y de editoriales (yo había tenido un proyecto imposible con Carlos, que ya he contado en otra parte, y estaba metido en otro que, engañosamente, parecía menos imposible). Y los hijos Lara, pantalón corto y muslos potentes de José Manuel, nos miraban, me comentó Carlos luego, como a personajes legendarios de algún western, proyecciones fantasiosas de infancia o adolescencia.

A Carlos, ya incipientemente dedicado al cine, le rediseñó totalmente el piso (siempre en el edificio de los Durán, claro) un jovencísimo Ricardo Bofill, también cineasta de la Escuela de Barcelona y, en especial, arquitecto muy ambicioso y rompedor. Carlos fue siempre, sobre todo, un artista de la amistad, y su nuevo piso, tan celebrado como algo desconcertante, fue un imprescindible lugar de encuentro para sus muchos y muy variados amigos.

Enfermo de cáncer, recibió durante un año a sus amigos reposando, tendido en el amplio, elegante y muy elevado colchón que presidía aquella habitación sin muebles, mucho puf y otras geometrías, que había ideado Bofill. Muchos íbamos casi a diario; Carlos no se quejaba jamás, y finalmente se extinguió. Un año antes le había pedido a un médico amigo común, Lluís Serrat, que le tuviera preparada una inyección para liquidar el tema si las cosas se ponían feas, como se pusieron, pero nunca se la reclamó.

Carlos, muy sabiamente, había nombrado albacea de su hijo y su hija a su amigo José Manuel Lara Bosch, quien siempre se ocupó muy cuidadosamente de ellos. Con el hijo fue muy fácil, ahora le he perdido la pista, pero había empezado una carrera, digamos, de ejecutivo competente. Con la divertida y simpatiquísima hija de tendencias okupas, por así decir, no creo que el tema fuera tan fluido, pero he perdido el contacto con ambos.

Con José Manuel, como he dicho, siempre tuve una relación personal intermitente pero muy cordial. A finales de los setenta, con Anagrama casi en quiebra después del «desencanto» y la abrupta caída de la venta de libros

políticos y de los gravísimos problemas de Enlace, nuestra distribuidora, en buena parte debido a una de las editoriales distribuidas (no manchemos con su nombre este texto de cariño), el futuro era incierto y el presente más aún, el peor momento, con diferencia, desde la puesta en marcha de Anagrama. Le dije a Carlos que pensaba vender mi participación de Bocaccio (del que era uno de los mayores accionistas). Lo comentó con José Manuel, nos vimos en Planeta y aceptó encantado, le hacía mucha ilusión ser socio (importante) de Bocaccio. Nos hicimos un favor mutuo.

Luego nos seguimos viendo esporádicamente, pero ya con más intensidad cuando se le ocurrió poner en marcha el Premio Fundación José Manuel Lara Hernández, otorgado a la mejor novela publicada en el año por un jurado compuesto por Planeta y una serie de editores independientes: Beatriz de Moura (Tusquets), Joaquín Palau (Destino), Manuel Borrás (Pre-Textos), Pote Huerta (Lengua de Trapo), Claudio López de Lamadrid (Mondadori), Ángel Lucía (Plaza y Janés), Carlos Pujol (Planeta), Pere Gimferrer (Seix Barral), Pilar Cortés (Espasa), Ofelia Grandes (Siruela) y yo mismo.

José Manuel me invitó a comer en el Windsor, su restaurante habitual, muy cercano a la entonces antigua sede de Planeta, estuvimos hablando durante largo rato y le dije que me parecía muy complicado poner de acuerdo a editores con criterios y gustos tan distintos, pero insistió en que mi presencia en el jurado le parecía imprescindible, por lo que le dije que sí, que allí estaría, *noblesse oblige*. El premio empezó bien, por lo menos para Anagrama: el primer año lo ganó *El cielo raso*, de Álvaro Pombo, con gran rabieta pública de los editores de Tusquets, que daban por sentado, como casi todo el mundo, que una de las finalistas, *Soldados de Salamina* de Javier Cercas, que tan magnífica acogida había tenido, simplemente arrasaría.

Luego, año tras año, los resultados fueron poco satisfactorios, se cambiaron varias veces las bases y las normas, se dio algún galardón adicional, se añadieron nuevos jurados, mis recuerdos son algo vagos, pero se fue trampeando hasta un momento en el que la digamos «tolerancia» de Planeta pareció desvanecerse: en la última convocatoria, una estupenda novela de Ana María Matute, tan querida y admirada por todos, estaba entre las finalistas, pero el premio lo ganó el muy excelente, muy minoritario y muy izquierdoso Isaac Rosa con *El país del miedo*. Y ahí acabó el premio.

El recuerdo más agradable de los tiempos del Premio Fundación son las

cenar de deliberación informal previas a la del día de las votaciones del jurado. En esas cenas, muy animadas, sugeríamos y recomendábamos títulos, y era una ocasión para vernos todos los editores independientes, que, en general, también coincidíamos en la Feria de Madrid y en algunos actos aquí y allá. Yo en ocasiones me sentaba junto a uno de los editores de sellos de Planeta: el gran sabio y siempre sorprendente e imbatiblemente memorioso Pere Gimferrer, o junto a Carlos Pujol, también muy culto y excelente lector y novelista pero con un perfil deliberadamente bajo que creo que no le benefició como escritor en este país tan competitivo.

Agradables cenas, también, entre algunos de los editores barceloneses, José Manuel y José Creuheras y quizá algún otro jefe de Planeta. Recuerdo una de todas nosotros en casa de Creuheras y de pronto pienso en el muy interesante «Caso Creuheras». Este era muy amigo y colaborador de Fernando Lara, entonces presidente de Planeta; tanto es así que, cuando falleció, Creuheras representó en el consejo de Planeta las acciones de Fernando, de un valor idéntico a las de José Manuel, el nuevo presidente. No sería ilógico pensar que entre José Manuel y Creuheras pudiera existir una cierta prevención, una justificable reticencia, habida cuenta de la estrechísima relación de Creuheras con Fernando y su familia. Sin embargo, sucedió todo lo contrario: Creuheras se convirtió también en gran amigo y colaborador de José Manuel y gozó de toda su confianza. Y cuando este falleció, el nuevo presidente de Planeta fue precisamente Creuheras, el primero que no se apellidaba Lara. Fuera por lo que fuera, desde luego habría que tener en cuenta los conceptos de profesionalidad, talento, honestidad y «cintura», solo cabe felicitar al amigo Creuheras.

Y lo último, y seguramente lo más importante, el tema Planeta-Anagrama. Ya en su día al «viejo Lara», que inventó lo de «la peste amarilla» para designar nuestra colección «Panorama de narrativas», cuya visible presencia en las librerías parecía desasosegarle un poco, se le ocurrió comprar una editorial que no estaba precisamente en venta, Anagrama, insistiendo incluso en un programa televisivo con otros editores, entre ellos Beatriz de Moura, con una frase que luego reiteró: «Quiero comprar Anagrama con Heralde dentro.» Me telefoneó en varias ocasiones intentando convencerme de que Anagrama ingresara en Planeta. Yo le respondía siempre, por teléfono, que se

lo agradecía, que me sentía muy halagado, pero también que estaba muy a gusto en mi editorial y no me planteaba en absoluto ningún cambio. Y eso fue todo. Curiosamente, o no tanto, nunca nos vimos personalmente, excepto, antaño, en el salón del encuadernador Durán.

Con José Manuel Lara Bosch, muy elegantemente discreto, jamás hablamos del tema de la compra de Anagrama, pero naturalmente era obvio que no le disgustaba. Se produjeron, después del Premio de la Fundación, dos aproximaciones empresariales.

Toni López, de Tusquets, en un almuerzo en La Balsa con varios editores, nos propuso una iniciativa: la creación de una colección de bolsillo conjunta, con la propia Tusquets, claro, y también Salamandra, Anagrama, Edhasa y los sellos en castellano de Edicions 62: Península y El Aleph. La idea, para variar, me pareció muy discutible y así lo manifesté ya desde el primer día (aunque al final, ante su insistencia, me uní a mis colegas y amigos). Había intereses distintos: Salamandra y los sellos de 62 no tenían colección de bolsillo, Edhasa creo que sí, pero esporádica, y Tusquets había fundado, unos años antes, la colección Fábulas, con escasa presencia en las librerías. Por el contrario, en Anagrama teníamos la colección Compactos en pleno esplendor, que no quería debilitar, y así lo dije en aquella primera reunión y en bastantes otras ocasiones, aunque, eso sí, apoyamos decididamente a Quinteto. Así, entre 2002 y 2012, cuando se cerró, publicamos ochenta y dos títulos de autores tan excelentes como Martín Gaité, Bukowski, Martin Amis, Baricco, Blom, Pombo o *La conjura de los necios*, de Kennedy Toole.

Como curiosidad, en el ranking de ventas de Quinteto, el primero era Salamandra, el segundo Tusquets, el tercero Anagrama, y a cierta distancia Edhasa y los sellos de Edicions 62. Tiempo después, de un día para otro, muy inesperadamente, Toni López decidió abandonar Quinteto y distribuir sus bestsellers en Random con un nuevo diseño y el título de MaxiTusquets. Naturalmente, Quinteto no tardó en extinguirse. Durante todo el periodo, la difusión comercial estuvo a cargo de Comercial Planeta, y tuvimos un trato grato y frecuente con un staff, encabezado por Jesús Badenes, formado por el director comercial Pere Matesanz, Santos Palazzi, Paz Gaspar y Esther Escorisa.

Planeta y Enlaces Editoriales

Cuando Planeta compró Edicions 62 decidió fundar una distribuidora para los libros en catalán y refundar la veterana Ediciones de Enlace (que ocho editores creamos en 1970 y cuyo último propietario fue Edicions 62), con el rótulo de Enlaces Editoriales, una sociedad anónima con Planeta con el cincuenta por ciento de las acciones y Anagrama y Edicions 62 como socios minoritarios, para distribuir los excelentes sellos de no ficción de Planeta: Crítica, Ariel y Paidós, además de Salamandra, Anagrama, Edhasa y los sellos en castellano de Edicions 62, Península y El Aleph; luego convocamos a algunas otras editoriales. Los asistentes a estas reuniones periódicas eran, además de los editores, Celia Fernández, la directora, Miguel García (de Antonio Machado y que también había sido el histórico responsable de Anagrama) y, por parte de Planeta, Eva Güell y los mencionados Santos Palazzi y Jesús Badenes.

La iniciativa de Enlaces, capitaneada durante un tiempo por Gonzalo Pontón, no carecía de problemas, pero parecía funcionar aceptablemente hasta que Badenes, el hombre clave de Planeta en el invento, nos comunicó que cerraban la empresa de un día para otro, de forma tan abrupta que nos dejó muy mal sabor de boca. Mucha gente valiosa vinculada históricamente a Distribuciones de Enlace, como Celia Fernández, la directora, y bastantes otros se quedaron en la calle, al parecer con indemnizaciones muy correctas.

Es posible que la venta, a medio plazo, de Anagrama a Feltrinelli, operación llevada a cabo con gran sigilo y ninguna filtración, algo casi milagroso en un mundo tan poroso como el editorial, tuviera algo o mucho que ver con tan drástica decisión (aunque se llevó a cabo un año y medio más tarde). Una hipótesis que nadie me comentó pero que no parece totalmente inverosímil.

José Manuel, un caballero, nunca me reprochó la decisión de haber escogido a Feltrinelli, ni me habló del tema, aunque sí le dijo, apenado, a un amigo común, para que me lo transmitiera, claro: «Creo que Jorge se ha equivocado, conmigo estaría mejor.» Cuando murió, me pidieron un artículo para *El Periódico* en el que queda patente mi afecto por él y mi recuerdo de nuestra «última comida», unos meses antes, efectuada en el restaurante del último piso de Planeta, en la que empecé diciendo: «Hoy, José Manuel, es el momento de “Infancia y confesiones”, según el famoso poema de Gil de

Biedma.»

«HOMENOT» DE UNA PIEZA: ENTREVISTA CON JORGE HERRALDE⁵³

A lo largo de los años, he mantenido con José Manuel Lara Bosch una relación intermitente pero muy cordial. Siempre le he considerado un editor vocacional y un gran empresario. A menudo, los grandes empresarios dedican muy poco interés a los libros cuyo margen de beneficio acostumbra a ser escaso, pero él no era así. En lo personal se mostraba como un hombre extremadamente franco, sin pelos en la lengua, que te transmitía una gran sensación de confianza. Está claro que podías estar o no de acuerdo con sus opiniones, pero él era de una pieza.

Le conocí cuando éramos jóvenes y le traté bastante a través del padre de mi amigo Carlos Durán, director de cine de la Escuela de Barcelona, que tenía una encuadernadora y el padre de José Manuel Lara Bosch, José Manuel Lara Hernández, era su cliente principal.

Hay una anécdota que define muy bien su talante. A principios de los noventa, cuando en la colección «Narrativas hispánicas» de Anagrama descollaban muchos escritores en Planeta empezaron a tentarlos. Su colaborador Rafael Borrás, llamado «el hombre del maletín» (de dinero, claro), estuvo tanteando a Javier Marías y a Carmen Martín Gaité, que lo rechazó de plano. A fin de hablar de la situación quedé con el hijo para comer en el Windsor. Escuchó mis quejas y me dijo que ordenaría a Borrás no seguir pujando. «Somos tan grandes que a veces no nos damos cuenta del daño que hacemos», concluyó.

Cuando el cierre de la distribuidora Enlace nos causó graves quebrantos dejé de verle. Y no fue hasta el pasado mes de octubre, coincidiendo con su premio en el Liber, que retomamos el contacto a través de un común amigo. Comimos en la última planta del edificio Planeta y hablamos durante horas del oficio y de la situación del libro. «Mi ambición», me dijo entonces, «es poder montar cuando me retire una pequeña editorial y ocuparme de ella artesanalmente. Si creáramos el sello Herralde-Lara dejaríamos a todo el mundo patidifuso.» En la cena de homenaje de esa noche mencionó ese deseo.

Su padre creó un emporio editorial pero él lo amplió con pasión y

vocación internacionales. Si tuviera que definirle diría que se merecería uno de esos retratos de personajes imprescindibles que tan bien supo hacer Josep Pla. José Manuel Lara era un *homenot*.

CARTA ABIERTA A JUAN CRUZ⁵⁴

SORPRESAS DE NUESTRO OFICIO

Como te escribí, en el larguísimo trayecto de Guadalajara-México-Madrid-Barcelona leí tu libro, con ciertos perfiles escogidos, al principio, según mis preferencias, pero acabé leyéndolos todos. Entre los primeros, y muy preferidos, están los de Verdú, Cueto y Conte, amigos tan queridos. Vi por primera vez a Vicente Verdú en 1970 o 1971: me había escrito a propósito de un libro suyo muy especial y habíamos quedado un día a las once en la editorial, pero por lo visto me dormí (épocas de acostarse a las tantas, levantarse tarde, ir a la editorial y trabajar sin parar, al mediodía un bocadillo, hasta la hora de la cena y de las copas, así día tras día). En resumen, sonó el timbre de un sobreático en la calle Angli, donde entonces vivía solo, abrí la puerta posiblemente en pijama y Vicente me enseñó una carpeta con las ilustraciones de *Si Ud. no hace regalos le asesinarán*, cuyo humor sutil e inesperado me encantó, con viñetas desconcertantes como una que decía: LA POLICÍA y al lado unos labios rojos entreabiertos.

Y tomé la decisión insensata (comercialmente) de publicarlo en nuestra recién nacida «Serie Informal» (un rótulo perfecto para el invento). Y protagonizó el secuestro más surrealista de la historia: el hecho de que fuera prologado por Vázquez Montalbán y publicado por Anagrama (que ya tenía una nutrida colección de decenas de libros prohibidos por la censura) provocó su secuestro, como si pensarán: «Aquí hay un artefacto indescifrable que no nos van a colar», secuestro que tardó años en levantarse.

Desde el principio, Vicente y yo tuvimos un buen *feeling* y una gran complicidad. Recuerdo que, en su época de responsable cultural de la efímera conversión de *Cuadernos para el Diálogo* de mensual en semanal, Verdú

escribió, quizá instigado por mí, un estupendo reportaje sobre la Internacional Situacionista, los cerebros instigadores, con Guy Debord y Raoul Vaneigem al frente, en calculada sordina, del Mayo del 68. El primer título en el que aparecían estos autores (que luego Anagrama incorporó a su catálogo) que se publicó en España, si no contamos los folletos más o menos clandestinos.

Muchos y excelentes libros de Verdú aparecieron en Anagrama, entre ellos dos clásicos: *El planeta americano* (Premio Anagrama de Ensayo) y *El capitalismo de ficción*. Más adelante, fue miembro durante muchos años del jurado del Premio Anagrama de Ensayo. Venía a Barcelona y en las deliberaciones siempre nos sorprendía su sutileza y sus inesperados y a veces desconcertantes enfoques.

Ya seriamente enfermo, haciendo un esfuerzo, en las Ferias del Libro de Madrid de 2017 y 2018 nos encontramos para comer Lali y yo con él y con Rosa, su pareja: horas hablando y riendo con toques ocasionales de deliberado humor negro, como si nada. Tuve la satisfacción de publicar, antes de su despido de este mundo, su libro *Enseres domésticos*, del que tan orgulloso se sentía.

Y qué decir de Juan Cueto y de su gran inteligencia, del nutrido stock de sus muy diversos saberes, de su relampagueante pirotecnia verbal, a veces de difícil deconstrucción. También fue jurado del Premio, desde el principio y durante veinticinco convocatorias. Como en su día, según Hemingway, *París era una fiesta*, así Cueto. Una fiesta siempre acelerada. Cuando, ya con problemas de salud, causó elegantemente baja en el Premio, se recluyó en Gijón. El muy persistente Juan Cruz, tras muchos viajes y llamadas, consiguió algo que yo había intentado varias veces sin éxito: una antología de sus columnas preferidas con el título, escogido por él, *Yo nací con la infamia* (que resultó ser la televisión). Juan vino a Barcelona a presentarlo con su esposa: Cueto seguía siendo Cueto, pero el fulgor y la velocidad habían amainado, secuelas de sus percances. Intentamos presentarlo en Madrid, pero nos dijo de forma muy concluyente algo que significaba que «él ya había cumplido con su parte del trato».

Y el emocionante rescate de Rafael Conte, crítico imprescindible durante décadas y buen amigo. Recuerdo las muchas comidas de los viernes en Belarmino oficiadas por él, con Chus Visor y otros amigachos. Como el editor de Cátedra, Gustavo Domínguez, Pepe Esteban y otros más o menos

esporádicos, y también otra fija, más tardía, como la excelente y exaltada periodista Lola Díaz. Durante un tiempo también se apuntó a esos almuerzos de Cueto Carmen Romero, la esposa de Felipe González, y asidua cliente de la librería Visor y amiga de Chus, quien ofició de exigente cancerbero para evitar que se «colaran» comensales poco deseables que querían conocer a Carmen. Cuando yo estaba en Madrid jamás me las perdía, risas y chismes non stop y, durante una época, con demasiado trasiego del temible pacharán, súbitamente de moda. Por fortuna, el Hotel Wellington, donde me hospedaba, estaba a cuatro pasos, y quizá algo a gatas me derrumbaba en una siesta reparadora.

Entre sus muchas hazañas, Conte, francófilo muy militante, dio el do de pecho con *Bella del Señor*, genial y muy voluminosa novela de Albert Cohen, ya fallecido e inédito en España (no eran precisamente condiciones muy entusiasmantes respecto a los posibles compradores del libro). Pero Rafa lo convirtió en un bestseller (y después en un longseller) con una gran reseña que decía, entre otros parabienes, que era la mejor novela de amor del siglo: la gente venía a la caseta de Anagrama, con la reseña entre los dientes, pidiendo ese libro indispensable según nuestro crítico. Y también dio el do de pecho con *El héroe de las mansardas de Mansard*, de Álvaro Pombo. Irrepetible Rafael Conte, cuánto te añoramos.

Bueno, después de estos tres grandes amigos, continuaré con comentarios más breves sobre algunos de los perfiles de tu libro.

- Carlos Fuentes y Octavio Paz, «su antiguo cuate» que tramó una campaña, se decía, para que solo uno de los dos tuviera el Nobel. Y tendría que ser él, Octavio, naturalmente. Una riña de gallos que duró más de lo que se suele decir: «La disciplina de enfadarse que cumplieron a rajatabla.»

- Manuel Padorno (también escritor canario): «Un día se enfadó conmigo porque acaso no di con la palabra justa en una discusión y se fue de allí como si el mundo se hubiera roto, aquel hombre tan sintáctico, vehemente y tan sintáctico.»

- García Márquez: «Lo representaba mejor, digo ahora, *El coronel no tiene quien le escriba* que *Cien años de soledad*.» Estoy de acuerdo. Por cierto que, durante unos años, Carmen Balcells (genial o genialoide o atrabiliaria, y dejémoslo así) decidió que los mismos títulos pudieran

publicarse por varios editores. Así tuve la oportunidad de incorporar al catálogo a Juan Rulfo, con *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*, y también a García Márquez: elegí, precisamente, *El coronel no tiene quien le escriba*. Dichos títulos estuvieron bastantes años en el catálogo vendiéndose bien, claro, como todas sus otras ediciones. El siguiente título a incorporar, que comenté con la muy dispuesta Carmen, fue *La colmena*, de Cela, pero su reacción en la prensa respecto a los excelentes nuevos narradores españoles que estaban consagrados, que me pareció infecta, provocó que descartara la idea.

- Juan Cruz: «Este oficio de publicar a otros requiere de generosidad y secreto: al autor solo se le pueden dar buenas noticias.» Totalmente de acuerdo, y, en lo posible, *muy buenas noticias* (aparcando la menor reticencia).

- Ángel González: «Era el último soldado de la noche a la que fue fiel hasta el último suspiro». (...) En la comida era mínimo, mimoso, un niño, y en la escritura era lento y escueto, como un soldado de la tachadura. Y era músico, profundamente músico, hasta en el silencio.»

- Manuel Vicent y su edad inmóvil: «Hoy es domingo y allí está esta columna que es como una medalla a la contraportada en la edición dominical [de *El País*] y lo es desde hace tanto tiempo. (...) Tiene mucho humor, acaso por eso es invariable su carácter y su físico parece haberse detenido en el tiempo que a él le da la gana. (...) A veces escribo sobre él y él cuenta las palabras que le dedico: siempre piensa que voy a escribir de él menos que de Arturo Pérez-Reverte o que de Mario Vargas Llosa.» Recuerdo que Juan Cruz en otro libro, *Egos revueltos*, comenta, escribo de memoria, que después de un viaje de promoción con Manuel Vicent, agasajándolo y mimándolo, como tan bien sabe hacerlo, de pronto, al final, Vicent lo mira fijamente y le dice que todo muy bien, pero que sus *preferidos*, palabra letal, son Vargas Llosa y Reverte. Sutilísimas antenas de los autores para atormentarse. Vicent parece pensar: aunque Juan haya estado cariñosísimo e impecable, no me la da con queso.

- Onetti: «Me contó de todo, también hizo risas y dijo maldades sobre los dientes de Vargas Llosa. (“¿Sabes?”, le dijo a una periodista francesa. “Tengo una dentadura perfecta, pero se la he prestado a Vargas Llosa”).»

- El joven Lledó: «A Barcelona le siguieron alumnos que no podían

acostumbrarse a su ausencia.» Esta diáspora le ganó el título de «flautista de Hamelín».

«Y la vida nos sorprende porque no es como la esperábamos», escribió famosamente Gil de Biedma, y una de las más inesperadas sorpresas que me ha deparado es escribir esta cariñosa carta a Juan Cruz. Durante décadas, creo que desde los ochenta, estuvimos notoriamente enfadados. Juan mandaba mucho en *El País* y yo sentía a menudo que estaban ninguneando a Anagrama. En aquella época había empezado una dura competencia literaria, objetiva, entre la todopoderosa Alfaguara (Grupo Prisa, *El País*, la cadena Ser, etc., etc.) y Anagrama, ocho o diez gatos mal contados en un piso de Sarrià.

Dato quizá significativo: en una década, Alfaguara cambió varias veces de director editorial: por ejemplo, Salinas, Naval, Guelbenzu, Suñén (en tándem con Rodríguez Rivero), el breve Schavelzon y después, durante seis años, Juan Cruz, con quien la editorial retomó su antiguo esplendor, a costa, se dijo *all'interno* de la propia casa, de quebrantos económicos (los clásicos anticipos altísimos). Pero el objetivo de visibilidad y potencia se consiguió.

Mi relación con Juan atravesó momentos pésimos. Como ejemplo más significativo: en una de las clásicas recepciones en el Palacio Real del Día del Libro, se me acercó sonriente (tras algún agravio que yo había juzgado intolerable) con la mano extendida. Me lo quedé mirando impertérrito y le pregunté: «¿Qué te pasa en la mano?» Largo silencio de spaguetti western y dio media vuelta. Lo cuento porque él ya lo relató en *Egos revueltos*.

Tras esa, digamos, «enmienda a la totalidad» pasaron los años, las relaciones fueron dulcificándose e incluso se adivinaba que podía comenzar a brotar cierta amistad. Así, gracias a su generosa insistencia, Juan Cueto aceptó finalmente reunir una *serie de brillantes* columnas suyas que pasaron a ser *Yo nací con la infamia*, un volumen que publicó felizmente Anagrama. Me hizo una estupenda y cariñosa entrevista para *Un oficio de locos* en una excelente compilación con editores internacionales que fue publicada, primorosamente, por Ivorypress. El afecto y la cordialidad, sin prisas ni pausas, fueron en aumento. Así, hace poco me pidió un artículo para *El País* sobre «Cuatro libros singulares», y, pese a estar agobiado de trabajo, se lo envié rápidamente. La apoteosis final se produjo ahora, en la Feria de Guadalajara: me había quedado absolutamente afónico tras el viaje en avión desde

Barcelona, debía hacer un discurso en un acto significativo para el que me había comprometido con mi buena amiga Marisol Schulz, que había sido, durante décadas, directora de Alfaguara México y ahora es directora de la Feria, y me sentía angustiadísimo ante la posibilidad, que parecía muy cierta, de dejarla plantada. Me encontré el sábado por la tarde a Juan en el lobby del hotel y se lo comenté. Estaba con una amiga mexicana muy agradable, amiga de Carlos Marín, el otorrinolaringólogo más prestigioso de Guadalajara. Lo llamaron, me visitó en su hospital el domingo, me recetó, entre otras cosas, dos inyecciones absolutamente milagrosas y a última hora *in extremis*, el lunes a las diez de la mañana, recuperé la voz. *Happy end*.

Comentándoselo, después, agradecidísimo, a Juan le dije, rememorando viejos agravios: «Es que en aquellos tiempos sudabas la camiseta (ambos somos muy aficionados al fútbol y sus metáforas) de Prisa, *El País* y Alfaguara como nadie. Una máquina incansable e insomne muy eficaz. Y podías escribir tú solo medio periódico. ¡Pero si a tu lado, con tu frenesí, los jefazos parecían unos flojos, unos pasotas! ¡Cómo no íbamos a pelearnos!» Y terminé: «Y mira, ahora somos como novios.»

CÁTEDRA ANAGRAMA

EN EL SENO DE LA UANL, UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN (MONTERREY)

En la Feria de Guadalajara de 2006 tenía cita con José *Pepe* Garza, ensayista y periodista que era el responsable de publicaciones de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en Monterrey, a quien no conocía pero del que tenía las mejores referencias por amigos comunes, empezando por Juan Villoro.

En nuestro encuentro me hizo una entusiasta propuesta que me pilló por sorpresa: quería crear una Cátedra Anagrama en el seno de la Universidad de Nuevo León, con el fin de que los más destacados escritores de Anagrama, y desde luego todos los mexicanos a los que estábamos publicando, desfilaran por La Universidad para participar en homenajes, presentaciones de libros, seminarios, talleres, coloquios, con la colaboración, en muchos de ellos, de escritores e intelectuales de Monterrey.

De esta forma, argumentó, se profundizaría en el conocimiento de la obra de autores muy valorados en México y se subrayaría la vocación latinoamericana y mexicana de Anagrama. Y todo ello aderezado, en la charla, con la afirmación de que él y muchos de sus amigos se consideraban «una generación Anagrama», que nuestros títulos habían sido fundamentales para su formación cultural. Ante tal afirmación, tan exagerada y emocionalmente chantajista, solo cabía apoyar su proyecto, su «invento».

El 20 de junio de 2007, en una rueda de prensa en Monterrey, se presentó la Cátedra Anagrama en el seno de la Universidad Autónoma de Nuevo León, la UANL, presidida por el rector de la institución, José Antonio González Treviño, y por mí mismo, que recibí de sus manos la medalla de plata de la

Universidad. Acordamos que la Universidad se responsabilizaría de los viajes y estancias de los autores invitados, así como de la adquisición de varios ejemplares del fondo Anagrama, con destino a sus Facultades más importantes. Asimismo, se estudiaría la posibilidad de coediciones de ciertos títulos entre la UANL y Anagrama, realizadas a través de Colofón, nuestra distribuidora en México. La Cátedra estaría coordinada por José Garza, con la incansable colaboración de Paola Tinoco, responsable de prensa y otras funciones de Anagrama en Colofón, apoyada desde España por nuestra colaboradora Paula Canal.

A lo largo de estos años, además de presentación de libros y mesas redondas a cargo de muy destacados escritores mexicanos, se han realizado emocionantes homenajes póstumos a Daniel Sada y a Sergio González Rodríguez, también tuvo lugar otro homenaje póstumo a Kapuściński, el gran maestro de periodistas, aderezado con películas y conciertos y que contó con la presencia de Agata Orzeszek, gran amiga de Kapuściński y traductora de toda su obra en castellano. Y se dedicó un cálido homenaje a Sergio Pitol, que estuvo acompañado de Álvaro Enrigue, Minerva Margarita Villarreal y Hugo Valdés. En la sesión inaugural de la Cátedra, el 21 de junio de 2007, se presentó mi libro *Por orden alfabético*. El 10 de septiembre de 2009 tuvo lugar un acto de Reconocimiento del 40 Aniversario de Editorial Anagrama.

En la Cátedra han presentado sus libros escritores mexicanos tan prestigiosos como Daniel Sada (en dos ocasiones y una tercera póstuma), Sergio González Rodríguez (en dos ocasiones y una tercera póstuma), Juan Villoro (en dos ocasiones), Álvaro Enrigue (en dos ocasiones), Guadalupe Nettel, Mario Bellatin, Pablo Raphael, Antonio Ortuño y Paola Tinoco. También presentaron sus libros los autores españoles Vicente Verdú, Jorge Carrión y Marta Sanz, el argentino Martín Caparrós, la cubana Wendy Guerra y el italiano Roberto Saviano, una estrella internacional.

En marzo de 2019, con ocasión de los 50 años de Anagrama, se realizarán una serie de actos con la participación de Juan Villoro y otros escritores y a los que espero asistir. Y lo más importante, la creación, para el 2020, del Premio Iberoamericano de Crónica «Sergio González Rodríguez» en honor del gran periodista, escritor, valiente activista y autor de un libro tan inolvidable como *Huesos en el desierto*.

José Garza, en nombre de la Universidad Autónoma de Nuevo León, informa de los cuarenta y cinco actos efectuados en la Cátedra, así como de las coediciones realizadas por la UANL y la Cátedra Anagrama.

PREMIO IBEROAMERICANO DE CRÓNICAS «SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ»

El 26 de noviembre de 2018, en el marco de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, Silvia Sesé, directora editorial de Anagrama, y el escritor Antonio Ramos Revillas, director de la Editorial Universitaria de la UANL, anunciaron que la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través de su Secretaría de Extensión y Cultura, y la Editorial Universitaria, y la editorial española Anagrama acordaron la creación del Premio Iberoamericano de Crónica, que llevará el nombre de un gran periodista y escritor mexicano: Sergio González Rodríguez.

Además, para la Feria Universitaria del libro UANLeer 2019, del 13 al 17 marzo, la Editorial Invitada de Honor será Anagrama, con motivo de su quincuagésimo aniversario; en dicha Feria se le conferirá, de manos del rector Rogelio Garza Rivera, el Reconocimiento al Mérito Editorial a don Jorge Herralde, fundador de Anagrama. Luego de que el jurado, integrado por Juan Villoro, Leila Guerriero y Martín Caparrós, así como Silvia Sesé por parte de Anagrama y Celso José Garza por parte de la UANL, den su fallo, que será dado a conocer durante la FIL de Guadalajara 2019, el Premio Iberoamericano de Crónica «Sergio González Rodríguez» será entregado, con la publicación de la obra ganadora, en la Feria Universitaria del libro UANLeer 2020.

ACTIVIDADES DE LA CÁTEDRA EN ORDEN CRONOLÓGICO

Cátedra «UANL-Anagrama». Conferencia «Por orden alfabético», a cargo del editor Jorge Herralde. En el Patio Ala Sur del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. El 21 de junio de 2007. A las 20.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Mesa redonda «Cultura y sociedad en el siglo XXI», en la que participaron Carlos Monsiváis, Margo Glantz y José María Infante. Moderador: José Roberto Mendirichaga. En el Patio Ala Sur

del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. El 24 de julio de 2007. A las 20.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro *El gran vidrio*, de Mario Bellatin. Presentadores: Dulce María González y Héctor Alvarado. En el Patio Ala Sur del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. El 12 de septiembre de 2007. A las 20.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Homenaje a Sergio Pitol. Con la participación de los escritores Álvaro Enrigue, Minerva Margarita Villarreal y Hugo Valdés. Se contó con la presencia del maestro Sergio Pitol. En el Patio Ala Sur del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. El 21 de noviembre de 2007. A las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Homenaje a Ryszard Kapuściński. Seminario «La obra de Ryszard Kapuściński», a cargo de Agata Orzeszek. En el Aula 210 del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Del 21 al 25 de enero de 2008. De las 17.00 a las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Homenaje a Ryszard Kapuściński. Inauguración de la exposición fotográfica «La mirada del Otro», fotografías sobre África y América Latina, de Ryszard Kapuściński. En el Patio Ala Sur del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. El 21 de enero de 2008. A las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Homenaje a Ryszard Kapuściński. Concierto «La música de un *lapidarium*», a cargo del Cuarteto Da Capo, que interpretaron obras del gusto del periodista polaco: barroco italiano, Mozart y Chopin. En el Patio Ala Sur del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. El 21 de enero de 2008. A las 19.30 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Homenaje a Ryszard Kapuściński. Mesa redonda «Miradas al observador. In memoriam Ryszard Kapuściński». Ponentes: Agata Orzeszek, Sergio González Rodríguez, Antonio Saborit y Sanjuana Martínez. En el Patio Ala Sur del Colegio Civil Centro Cultural

Universitario. El 23 de enero de 2008. A las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Homenaje a Ryszard Kapuściński. Seminario «La obra de Ryszard Kapuściński», a cargo de Agata Orzeszek. En el Aula 210 del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Del 21 al 25 de enero de 2008. De las 17.00 a las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Homenaje a Ryszard Kapuściński. Proyección de la película Sin anestesia, de Andrzej Wajda. En la Sala de Proyecciones «Cinema Fósforo» del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Del 25 al 27 de enero, y del 1 al 3 de febrero de 2008. A las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro Recursos humanos, de Antonio Ortuño, finalista del Premio Herralde de Novela 2007. Presentadores: José Eugenio Sánchez y Óscar David López. En el Patio Ala Sur del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. El 6 de febrero de 2008. A las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Conferencia magistral de Vicente Verdú, en el marco de la publicación de su nuevo libro *No ficción*. En el Patio Ala Sur del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Miércoles 16 de abril del 2008. A las 20.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro *De eso se trata*. Ensayos literarios, de Juan Villoro. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Jueves 28 de agosto del 2008. A las 20.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación de la novela *Casi nunca*, de Daniel Sada, obra ganadora del «Premio Herralde» 2008. Presentador: Mario Anteo. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Miércoles 21 de enero del 2009. A las 20.00 horas.

Escuela de Verano 2009. Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro *El hombre sin cabeza*, de Sergio González Rodríguez. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Jueves 30 de julio del 2009. A las 20.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Reconocimiento a Jorge Herralde, con motivo del 40 aniversario de la Editorial Anagrama. Con los comentarios de Juan Villoro y Miguel Covarrubias. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Jueves 10 de septiembre del 2009. A las 20.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro *Cuentos desde el Cerro de la Silla. Antología de narradores regiomontanos, de varios autores*, coedición de la UANL y la Editorial Anagrama. Presentadores: Guadalupe Nettel, Alberto Barrera y Eduardo Antonio Parra. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Jueves 11 de marzo del 2010. A las 19.30 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro *Ese modo que colma*, de Daniel Sada. Presentadora: Dulce María González. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Miércoles 16 de febrero del 2011. A las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro *Decencia*, de Álvaro Enrigue. Presentador: Héctor Alvarado. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Martes 15 de marzo del 2011. A las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro *La fábrica del lenguaje, S. A.*, de Pablo Raphael. Presentador: Gerson Gómez. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Martes 22 de noviembre del 2011. A las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*. Antología preparada por Jorge Carrión. Con los

comentarios de Sanjuana Martínez. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Miércoles 25 de abril del 2012, 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Homenaje a Daniel Sada, con la presentación de su novela póstuma *El lenguaje del juego*. Presentadores: Adriana Jiménez, Nicolás Alvarado y Dulce María González. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Miércoles 22 de agosto del 2012. A las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama», en colaboración con la editorial Almadía. Presentación del escritor argentino Martín Caparrós, con su libro *Los Living*, Premio Herralde de Novela 2011. Presentadores: Antonio Ramos y Abraham Nuncio. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Miércoles 12 de septiembre del 2012. A las 19.00 horas.

Presentación del escritor mexicano Juan Villoro, con su novela *Arrecife*, publicada en coedición Anagrama/ UANL 2012. Presentador: Felipe Montes. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Miércoles 26 de septiembre del 2012. 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro de ensayos *Valiente clase media. Dinero, letras y cursilería*, de Álvaro Enrígue. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Miércoles 11 de septiembre del 2013. A las 19.00 horas.

Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro *Campo de guerra*, de Sergio González Rodríguez, Premio Anagrama de Ensayo 2013. Con los comentarios de Sanjuana Martínez y José Jaime Ruiz, y el autor. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Miércoles 11 de junio del 2014. A las 19.00 horas.

Feria Universitaria del Libro UANLeer 2014. Presentación del libro *Cero, cero, cero*, de Roberto Saviano. Comentarios a cargo de Diego Osorno y José Garza Acuña. Edita: Anagrama. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Domingo 16 de marzo del 2014. A las 15.00 horas.

Feria Universitaria del Libro UANLeer 2014. Presentación del libro *La Negra*, de Wendy Guerra. Comentarios a cargo de Lizbeth García. Edita: Anagrama. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Domingo 16 de marzo del 2014. A las 19.00 horas.

Feria Universitaria del Libro UANLeer 2015. Cátedra «UANL-Anagrama». Charla literaria entre Wendy Guerra y Elia Martínez-Rodarte. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Domingo 15 de marzo del 2015. A las 15.00 horas.

Feria Universitaria del Libro UANLeer 2016. Cátedra «UANL-Anagrama». Todos se van. Conversatorio entre Wendy Guerra y Sergio Cabrera. En el Café Literario, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Miércoles 9 de marzo del 2016. A las 12.30 horas.

Feria Universitaria del Libro UANLeer 2016. Cátedra «UANL-Anagrama». En la voz de Wendy Guerra. Participan: José Eugenio Sánchez y Wendy Guerra. En la Sala «Francisco Zertuche», del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Jueves 10 de marzo del 2016. A las 15.30 horas.

Feria Universitaria del Libro UANLeer 2016. Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro *Farándula*, de Marta Sanz. Participan: Elia Martínez-Rodarte y Marta Sanz. Edita: Anagrama. En el Café Literario, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Viernes 11 de marzo del 2016. A las 17.00 horas.

Feria Universitaria del Libro UANLeer 2018. Cátedra «UANL-Anagrama». Homenaje a Sergio González Rodríguez, escritor y periodista. Participan: Eloy Garza, Paola Tinoco y José Jaime Ruiz. Evento en coordinación Posdata - Cátedra Anagrama - UANL. En el Patio Ala Sur, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Sábado 17 de marzo del 2018. A las 16.00 horas.

Feria Universitaria del Libro UANLeer 2018. Cátedra «UANL-Anagrama». Presentación del libro *Tríos*. Antología de cuentos, de Paola Tinoco (edición y prólogo). Participan: Eduardo Antonio Parra, Paola Tinoco y Mariana H. Edita: Anagrama. En la Sala Fósforo, del Colegio Civil Centro Cultural Universitario. Sábado 17 de marzo del 2018. A las 17.00 horas.

«EL PRIMER LIBRO AMARILLO»⁵⁵

En mayo de 1981, Anagrama inauguró la colección «Panorama de narrativas», dedicada a la literatura extranjera, con su característico color amarillo en la cubierta. La escritora elegida para el primer número fue Jane Bowles (1917-1973), autora de *Dos damas muy serias*, en una traducción de Lali Gubern. El libro incluyó un prólogo de su amigo Truman Capote, con quien compartió hotel en París durante el invierno de 1951. Por una casualidad, como ocurre tantas veces, hace dos semanas acabó en mis manos un ejemplar original del libro que abría la colección amarilla. Lo compré por un euro en un Todo a Cien. Me sentí el tipo más afortunado del mundo. Incluso me consideré, por un momento, un as de las finanzas.

Abrí la novela al azar y caí, como se cae por unas escaleras, en un párrafo en el que la señorita Goering, una de las protagonistas, abandonaba una fiesta con un tal Arnold, al que acababa de conocer. El joven le proponía pasar la noche en su casa. «Probablemente así lo haré, por mucho que vaya en contra de mi código personal, pero, después de todo, jamás he tenido ocasión de seguirlo, aunque lo juzgue todo a través de él», replicó ella. Me resultó simpática al instante.

Días después, cuando empecé a leer el libro desde el principio, no dejé de encontrarme diálogos así. Capote, en el prólogo, ya advierte sobre ellos, y Francine du Plessix Gray, en la introducción, destacaba que el diálogo ágil y febril de Bowles posee una mezcla de «integridad infantil, candor surrealista y ágil precisión». Años atrás, Jorge Herralde manifestó, a preguntas de Paula Corroto, que también él se quedó «deslumbrado por la riqueza de los diálogos» cuando leyó a Bowles por primera vez. «Me gustó mucho el humor extravagante y chiflado que tiene», y no dudó en abrir la nueva colección con ella. «Creo que es un clásico perenne que casa muy bien con las chicas malas

del catálogo.»

Jane Bowles tenía solo veintiún años cuando empezó a escribir *Dos damas muy serias*. En su vida todo ocurrió pronto. A los catorce años se rompió una pierna al caerse de un caballo. Para acabar con los fuertes dolores, le cortaron un tendón, lo que la obligó a andar con una pierna rígida toda su vida. No mucho después, en un viaje en barco de Europa a América, mientras leía *Viaje al fin de la noche*, se le acercó un desconocido. «Veo que lee a Céline», le dijo. «Es uno de los mejores escritores del mundo», dijo ella. «Céline soy yo», le confesó el desconocido. Cuando desembarcó en Nueva York, ya había decidido ser escritora. En los años treinta conoció a Paul Bowles en un club de marihuana. Por entonces a él solo le interesaba la música. Se casaron en 1938. En 1940 discutieron agriamente y él la golpeó. A partir de entonces se acabaron las relaciones sexuales entre ellos. No importó demasiado, porque a ella le atraían las mujeres y a Paul los hombres. A partir de 1947 residieron en el extranjero, sobre todo en Tánger.

En 1957, Jane sufrió un derrame cerebral que le impidió leer y escribir más. *Dos damas muy serias* fue su única novela. Intentó escribir otras. Su obra, adelantada a su tiempo, ahondaba en la libertad de la mujer y se completó con una obra de teatro y unos cuantos relatos. En 1964, el editor Peter Owen, que al año siguiente publicaría la novela en Inglaterra, le pidió un comentario crítico a Truman Capote sobre el libro. «Mi única queja contra la señora Bowles es que publique con tan poca frecuencia. Preferiría muchas más cantidades de su extraño ingenio, de su espinosa perspicacia», le hizo saber por carta Capote. Paul Bowles, cuando hacía ya algunos años que Jane había muerto, lamentaba también que escribiese muy lentamente. «A veces le tomaba una semana escribir una página. Esta exagerada lentitud me pareció una terrible pérdida de tiempo, pero mencionárselo podía hacer que dejara de escribir por completo durante semanas.» La vida se toma siempre extraños plazos, aunque lo importante es que aquella única novela, amarilla por fuera y por dentro, es mía para siempre.

Apostilla, de Jorge Herralde

Acabé de leer el excelente artículo de Juan Tallón y me hizo recordar el placer que tuve al leer *Two Serious Ladies*, de Jane Bowles, que me pareció muy adecuada para empezar «Panorama de narrativas», los «libros amarillos», en 1981. Después siguieron, el mismo año, *Parodia*, de Ruggero Guarini,

Batallas de amor, de Grace Paley, *Medianoche en Serampor*, de Mircea Eliade, *A pleno sol*, de Patricia Highsmith, *La leyenda del Santo Bebedor*, de Joseph Roth, *La máscara de Ripley*, de Patricia Highsmith, y *Sí*, de Thomas Bernhard.

Una colección que de entrada tuvo ya su club de fans, que se incrementó notablemente con el fenómeno Highsmith y su Tom Ripley. Al año siguiente apareció *La conjura de los necios*, de John Kennedy Toole, otro título fundamental de la colección. Y así hasta hoy. Ahora celebramos los primeros mil títulos de la colección con *La única historia*, de Julian Barnes, un autor que nos deslumbró en 1980 con *El loro de Flaubert*, y desde entonces hemos publicado con gran placer toda su obra.

AMOR Y DOLOR, LECTURAS Y RELECTURAS⁵⁶

CARMEN MARTÍN GAITE, ROBERTO BOLAÑO, RAFAEL CHIRBES,
RICARDO PIGLIA Y SERGIO PITOL

Fragmentos de correspondencia

Con la ayuda de Susana Castaño y Lali Gubern, se han recuperado de los archivos de la editorial algunos ejemplos de correspondencia significativa con cinco grandes autores de Anagrama con quienes Jorge Herralde mantuvo una cordialísima relación amistosa hasta su muerte.

CARMEN MARTÍN GAITE

Carta de Martín Gaité a Herralde (Madrid, 12 de marzo de 2000). Sobre la edición de *La búsqueda de interlocutor*.

Carta de Herralde a Martín Gaité (Barcelona, 5 de mayo de 2000).

Madrid, 12 de marzo de 2000

Querido Jorge: te envío doce [a mano, la autora añade «¿tal vez once?»] nuevos textos para enriquecer la edición actual de La búsqueda de Interlocutor. Si la última conferencia: «Charlar y dialogar» (aunque a mí me parece que viene como anillo al dedo para cerrar el asunto), te resulta demasiado extensa y quieres suprimirla o simplemente abreviar alguna cita, lo dejo a tu criterio.

En cuanto al cuadro de Hamilton «Interior II», 1964, me parece

adecuadísimo. Lo encontrarás en la p. 72 del libro Pop Art, que perteneció a mi hija. Ya me lo guardarás.

Por primera vez, después de varios meses, tu recuerdo del interlocutor ha sacudido mi pereza y me ha inyectado un raro estímulo. Me he pasado el día trabajando a tope.

Mañana completaré el nuevo prólogo y te avisaré para que mandéis a recogerlo todo enseguida.

Gracias. Ojalá sigamos sin fallarnos nunca uno a otro.

Con un gran abrazo

Carmiña

Barcelona, 5 de mayo de 2000

Querida Carmiña:

Como te dije, ayer cogí las pruebas de «La búsqueda», lo empecé a leer por el texto sobre Aldecoa, que ya conocía, por el placer de releerlo, fui leyendo otros y al final los había leído todos.

Es el arcón de las maravillas, con Macanaz al frente, «La búsqueda», los «Tres siglos de quejas», el palo a Manolo por lo mal que descifra las coplas, Marilyn Monroe y el «peculiar tintineo» de su nombre, los emocionados y emocionantes retratos de tus compañeros de generación -Fraile, Quiñones, Mayra- y también a Gustavo Fabra y Antonio Robles etc., etc.

Chapeau, Carmiña.

Jorge

ROBERTO BOLAÑO

Carta de Bolaño a Herralde (Blanes, noviembre de 1998). Palabras antes de ir a Chile.

Bolaño escribió una carta muy afectuosa a Jorge Herralde, justo antes de regresar a Chile por primera vez, muchos años después de su encarcelamiento en tiempos de Pinochet. Nuestro asesor legal, Mariano Capella, le pidió, en nuestro nombre, el oportuno permiso a Carolina López para reproducir la carta de Bolaño. Lo denegó.

Mensaje de Herralde a Bolaño (Barcelona, 11 de noviembre de 1998).

To: Hotel Manquehue
Att: Roberto Bolaño
From: Jorge Herralde
Date: 11-11-98

Querido Roberto:

He leído tu carta douglas-sirk con las obligadas (snif) lagrimitas, aunque compruebo que el (¿merecido?) afecto personal y profesional no ha impedido que defendieras numantamente mis objeciones a los capítulos de marras: «Latinajos» & «Acertijos».

Confío en que todo vaya bien en Chile. Si necesitas cualquier apoyo logístico, no dudes en telefonar o faxear.

Haz, sin empacho, el pressing que consideres necesario con la distribuidora.

*Un abrazo,
Jorge*

RAFAEL CHIRBES

E-mail de Chirbes a Herralde el 31 de julio de 2015.

From: Rafael Chirbes
To: «Jorge Herralde» <slopez@anagrama-ed.es>
Sent: Friday, July 31, 2015

Querido Jorge:

Cuando ya no te sostienes por los libros, es difícil flotar y hay que buscar algo -una polémica- que te devuelva a primer plano, dar palmas para que se vuelvan a mirarte los distraídos lectores. Ni caso, querido Jorge.

Un abrazo muy grande para ti y un beso para Lali. Ya os contaré algo a la vuelta de vacaciones.

Rafael

1. TEXTO de JH:

(15 de agosto de 2015)

Estábamos Lali y yo en una islita caribeña y, de pronto, recibimos la llamada de un periodista comunicándonos la muy inesperada muerte de Chirbes, un mazazo, y pidiéndome unas palabras.

2. TEXTO de JH sobre Chirbes:

Súbita, sorprendentemente, nos ha dejado Rafael Chirbes, mi muy querido amigo Rafa, amigo de tantos años, con quien estuve hablando hace tan solo una semana. Una noticia que ha golpeado, como un látigo, a sus familiares, amigos y lectores, al equipo de Anagrama, un equipo de fans acérrimos.

Pero sabemos que su obra persistirá; por su sabiduría literaria, enorme pero nada ostentosa (claro está), por su certero análisis de la evolución, desde la guerra civil, de este país de todos los demonios, como dijo el poeta, por su profética visión de los males profundos de nuestra sociedad, ahora mismo tan rematadamente visibles. Y también por su rigor ético, insobornable, no solo en su obra sino también en su vida.

Un adiós muy entristecido, pues, a un extraordinario escritor y a una gran persona. Ejemplar.

Sabida, sorprendentemente nos he
dejado Rafael Chirbes, mi muy querido Rafa,
amigo de todos años, un joven estu-
pellante hace dos años como hermano.

Pero sabemos que su obra
persistirá: por su valentía literaria,
enorme pero nada ostentosa (claro está),
por su certero análisis de la
evolución, desde la guerra civil, de este
país de todos los decenios, una tipo de
poeta, por su profunda visión de los
medios profundos de nuestra sociedad,
obra siempre tan rematadamente
vivida. Y también por su rigor
ético, insabordable, no sólo en su obra
~~obra~~ sino también en su vida.

Una noticia que ha golpeado, como
un látigo, a mis familiares, amigos
y lectores y al equipo de programadores,
un equipo de hous. ~~del mundo~~
de la literatura. accidental

Un adiós muy entristecido, pues,
a un ^{querido} querido escritor y
a una gran persona. Ejemplar.

RICARDO PIGLIA

Breve miscelánea de cartas con Ricardo Piglia desde el 18 de enero de 1993. Responde a una carta mía (que no hemos localizado) donde me habla de sus libros, me da su dirección y espera noticias. En mi carta del 15 de febrero reitero mi interés por Respiración artificial y le comento mi posible viaje a la próxima Feria del libro de Buenos Aires. En un e-mail de 16 de octubre de 2000 Ricardo regresa encantado de su placentero viaje a Barcelona. En la siguiente, del 21 de septiembre de 2000, le envío un texto que escribí sobre él con ocasión del Premio Formentor (al que ya no pudo asistir por lo avanzado de su enfermedad) y en la última, del 20 de septiembre, Ricardo acusa recibo y muy generosamente alaba mi texto.

Carta de Piglia a Herralde, Buenos Aires, 9 de enero de 1993.

Carta de Herralde a Piglia, Barcelona, 15 de marzo de 1993.

E-mail de Piglia a Herralde el 16 de octubre de 2000.

E-mail de Herralde a Piglia el 29 septiembre de 2015.

E-mail de Herralde a Piglia el 30 de septiembre 2015.

Buenos Aires, 9 de enero de 1993

Estimado Jorge Herralde,

admiro sus colecciones de narrativa y su editorial y me gustaría que mis libros se conocieran en España. Como usted sabe tengo dos novelas y un libro de cuentos; recibiría con interés una propuesta para publicarlos en Anagrama. Le anoto mi dirección y espero sus noticias.

Un saludo muy cordial,

Ricardo Piglia

Ya está en prensa una nueva edición de mi libro de ensayos y entrevistas «Crítica y ficción»; se lo enviaré con mucho gusto.

15-3-93

Estimado Ricardo Piglia:

Me encantaría publicar Respiración artificial si fuera posible

hacer también una edición argentina, ya que me temo que una edición solo para España tendría una vida algo complicada.

Pienso ir a Buenos Aires para la Feria, podríamos comentarlo.

Muy cordialmente,

Jorge Herralde

De: Ricardo E. Piglia

Para: Jorge Herralde

Enviado: lunes, 16 de octubre de 2000

Asunto: Por la vuelta (tango)

Querido Jorge, volvimos encantados de Barcelona, de haber estado con vos y con los amigos y todas tus muestras de gentileza y de gran estilo.

Estoy muy contento y haremos grandes cosas en el futuro (y también en el presente). Cariños a Lali.

Un gran abrazo,

Ricardo

De: Jorge Herralde

Enviado: martes, 29 de septiembre de 2015

Para: Ricardo E. Piglia

Asunto: Ricardo Piglia

Querido Ricardo:

Te adjunto el texto que escribí (o, mejor, en gran parte transcribí) para los coloquios de Formentor.

Un gran abrazo,

Jorge

From: Ricardo E. Piglia

To: Jorge Herralde

Sent: Wednesday, September 30, 2015

Subject: Re: Ricardo Piglia

Querido Jorge, lindísimo el texto, la historia de una amistad. Te agradezco, una vez más, tu generosidad y tu entusiasmo. El entusiasmo por descubrir, en el mar de los libros, a los autores con los que entablar un diálogo. Ese ojo personal y clínico define el tono de tu prosa autobiográfica y tu trabajo de editor único. Un gran abrazo,

Ricardo

SERGIO PITOL

Sergio Pitol, en especial, y también Juan Villoro fueron quienes más insistieron en que hiciera una selección de mis textos aparecidos en periódicos y revistas, y los reuniera en un libro que se llamó Opiniones mohicanas (2000) y cuya primera publicación la llevó a cabo una pequeña y muy literaria editorial mexicana llamada Aldus.

Carta de Pitol a Herralde (Xalapa, 14 de abril de 2000), animándole a escribir un libro.

Carta de Herralde a Pitol (Barcelona, 19 de abril de 2000).

Xalapa, 14- 4-2000

Querido Jorge:

Acabo de leer tu sabrosísimo Du coté de Sartre, y cada vez me gusta tu estilo, y, claro, lo que dices, apoyado en ese estilo. Sería formidable que escribieras un libro en absoluto secreto, lo enviaras con seudónimo a Anagrama, te ausentaras con algún pretexto para no estar en el jurado, y luego regresarás para dar las gracias, porque seguro te llevarías el premio. Me ha gustado mucho. Si te lo pide Braulio Peralta, ¿permitirías su publicación en su revista? Hoy mismo he tratado de comunicarme con él, pero me han dicho que se fue al dentista. Lo volveré a llamar en un par de horas.

Parece que sí nos vamos a ver en Buenos Aires. En principio salgo el 24 y regreso el día primero de mayo. Dependo de la cabecita de pájaros de Margarita Sierra [durante unos años directora de la FIL de Guadalajara], que es como depender de una gelatina, en fin, lo

más seguro es que nos veamos.

Me llamó la agradabilísima Marisa [Avigliano], Anagrama en Buenos Aires fue muy cálida, y me dejó una magnífica impresión.

Abrazos para ambos,

Sergio Pitol

Barcelona, 19-4-2000

Querido Sergio:

Me alegra que te gustaran mis artículos porque estoy con un cierto frenesí grafómano y así no te infligiré castigos demasiado severos: esta Semana Santa, que pasamos en Barcelona, (la madre de Lali está ya muriéndose) he escrito dos artículos más: «Busca y captura de Carlos Monsiváis» y «Pedro Lemebel, Yegua del Apocalipsis». Hace un par de semanas también redacté un diario Tres días en París (El Salón del Libro como pretexto), que me salió bastante largo.

Me parece muy bien que quieras canalizar estos excesos en México, con Braulio Peralta, quizá algo en «La Jornada» (para no agobiarlo).

Abrazos, hasta pronto,

Jorge

PD. ¿Leíste el artículo (otro más) sobre Bukowski en «Generación»? También salía uno, muy bueno, de Vila-Matas.



Celebración del día de Sant Jordi: los autores y la plantilla de Anagrama.
Hotel H10 Art Gallery, Barcelona, 23 de abril de 2018.



Conferencia de prensa después del atentado en el almacén de Distribuciones de Enlace. De pie de izq. a dcha., Rafael Soriano, Carlos Barral, Jorge Herralde, Beatriz de Moura, Alfonso Carlos Comín, Josep M. Castellet y Esther Tusquets (Barcelona, 1974).

UNA COLECCION DE MAS DE 500 TITULOS, REPRESENTATIVOS
DE LAS INQUIETUDES CONTEMPORANEAS



DISTRIBUCIONES DE ENLACE AVISAS MARCH 48. BARCELONA - JOSE CELESTINO METIS 4. MADRID

Colección de bolsillo conjunta de los editores de Enlace.



Convención de Distribuciones de Enlace. De izq. a dcha., Carlos Barral, Pedro Altares, Paco Fortuny, Alfonso Carlos Comín, la representante de Enlace en Galicia, Romà Cuyás, Jorge Herralde, Rafael Martínez Alés, Beatriz de Moura y Esther Tusquets (Barcelona, 1973).



JH. Manifestación en Barcelona, febrero de 1976.



Christian Bourgois y JH durante la presentación de *Cien poemas apátridas*, de Erich Fried, Premio Internacional de los Editores (Frankfurt, 1977).



Reunión del Primer Premio Internacional de los Editores en Frankfurt, después de la concesión del galardón otorgado a *Cien poemas apátridas*, de Erich Fried. De izq. a dcha., Christian Bourgois, Klaus Wagenbach, Snu Abecassis, Inge Feltrinelli, Rob Van Gennepe, John Calder y Jorge Herralde (1977).



25 años de Anagrama. Rueda de prensa y cóctel en el Hotel Condes de Barcelona (1994). © *Inma Sánchez de Baranda*.



1. Vicente Verdú. 2. Olga Guirao. 3. Josefina Aldecoa. 4. Álvaro Pombo. 5. Carmen Martín Gaité. 6. Hans Magnus Enzensberger. 7. Salvador Pániker. 8. Pedro Azara. 9. Marcos Ordóñez. 10. Miguel Morey. 11. Félix de Azúa. 12. Jorge Herralde. 13. Enrique Lynch. 14. Lluís Maria Todó. 15. Miquel de Palol. 16. Llàtzer Moix. 17. José Antonio Marina. 18. Quim Monzó. 19. Ignacio Martínez de Pisón. 20. Javier Tomeo. 21. Enrique Vila-Matas. 22. Sergi Pàmies. 23. Jesús Moncada. 24. Manuel Pereira. 25. Jordi Llovet. 26. Pedro Zarraluki. 27. J. M. Riera de Leyva. 28. Josep Maria Huertas Claveria.



Celebración de los 25 años del Premio Anagrama de Ensayo, con los ganadores y miembros del jurado, en la desaparecida librería Happy Books (Barcelona, 16 de junio de 1997). © *J. Martín*.



1. Vicente Verdú. 2. José Antonio Marina. 3. Soledad Puértolas. 4. Ángel López García. 5. Carmen Martín Gaité. 6. Miguel Morey. 7. Sebastià Serrano. 8. Javier Echeverría. 9. Luis Racionero. 10. Carme Riera. 11. Jorge Herralde. 12. Xavier Rubert de Ventós. 13. Norbert Bilbeny. 14. Enrique Gil Calvo. 15. Antonio Escohotado. 16. Román Gubern. 17. Josep M. Colomer. 18. Víctor Gómez Pin. 19. Pere Gimferrer. 20. Joaquim Lleixà. 21. Jordi Llovet. 22. Antonio Elorza. 23. Salvador Clotas.



Carmen Martín Gaité, JH, Christian Bourgois. Fiesta 30.º aniversario de Anagrama (Barcelona, 1999). © *Álex García*.



Lali Gubern y Jorge Herralde en la fiesta de celebración del 40.º aniversario de Anagrama (Barcelona, septiembre de 2009).



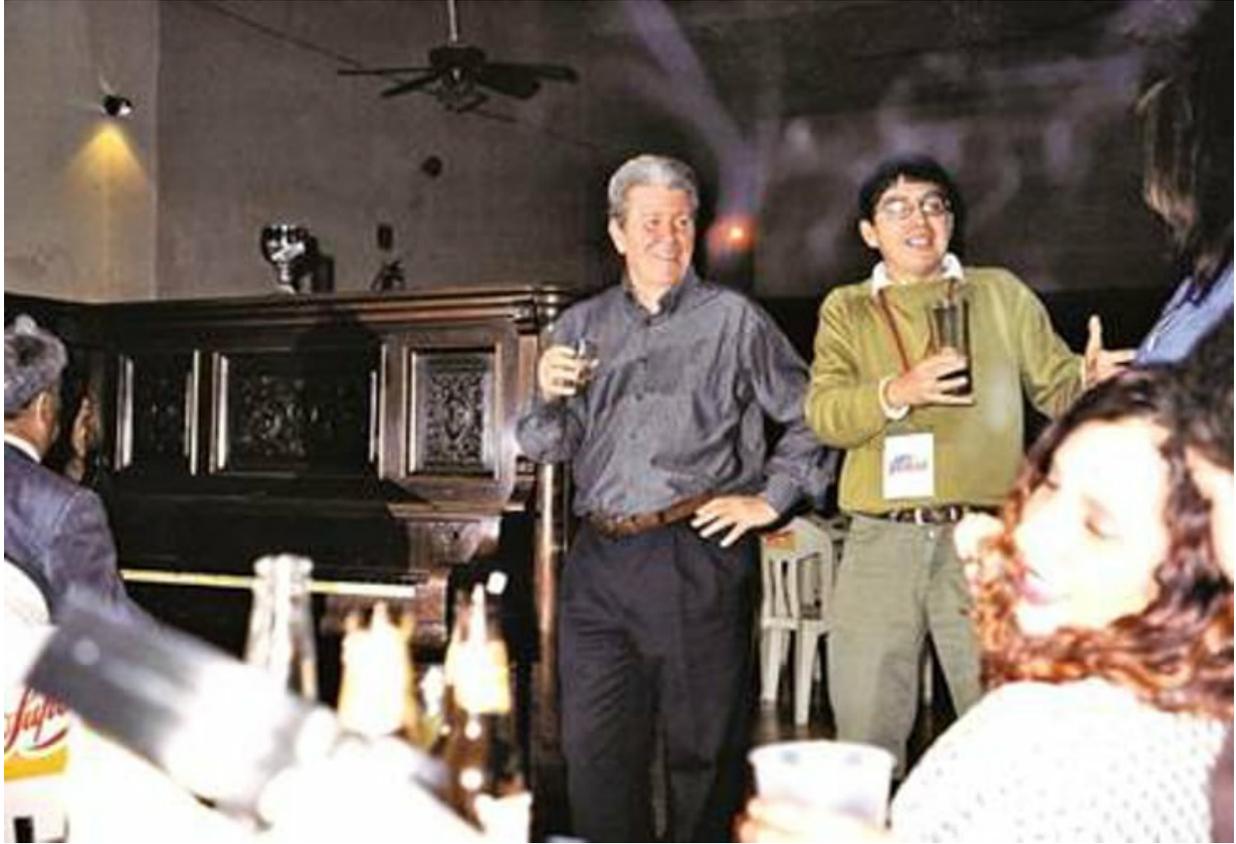
Jorge Herralde con Luis Goytisolo (La Salle, 1948).



Ceremonia de entrega del Premio Carlos Fuentes. El presidente mexicano Enrique Peña Nieto entrega el premio a Luis Goytisolo bajo la mirada de María Cristina García Cepeda y Silvia Lemus, viuda de Carlos Fuentes (México, 2018). © *Twitter / María Cristina García Cepeda*.



Reconocimiento de la FIL a la Mejor Labor Editorial en el auditorio Juan Rulfo. JH acompañado de Enrique Folch, Sergio Pitol, Raúl Padilla López, Trinidad Padilla López, Daniel Divinsky y María Luisa Armendáriz (Guadalajara, 2002). © *Daniel Mordzinski*.



Homenaje alternativo en La Mutualista; JH con Carlos Martínez Rentería (FIL Guadalajara, 2002).



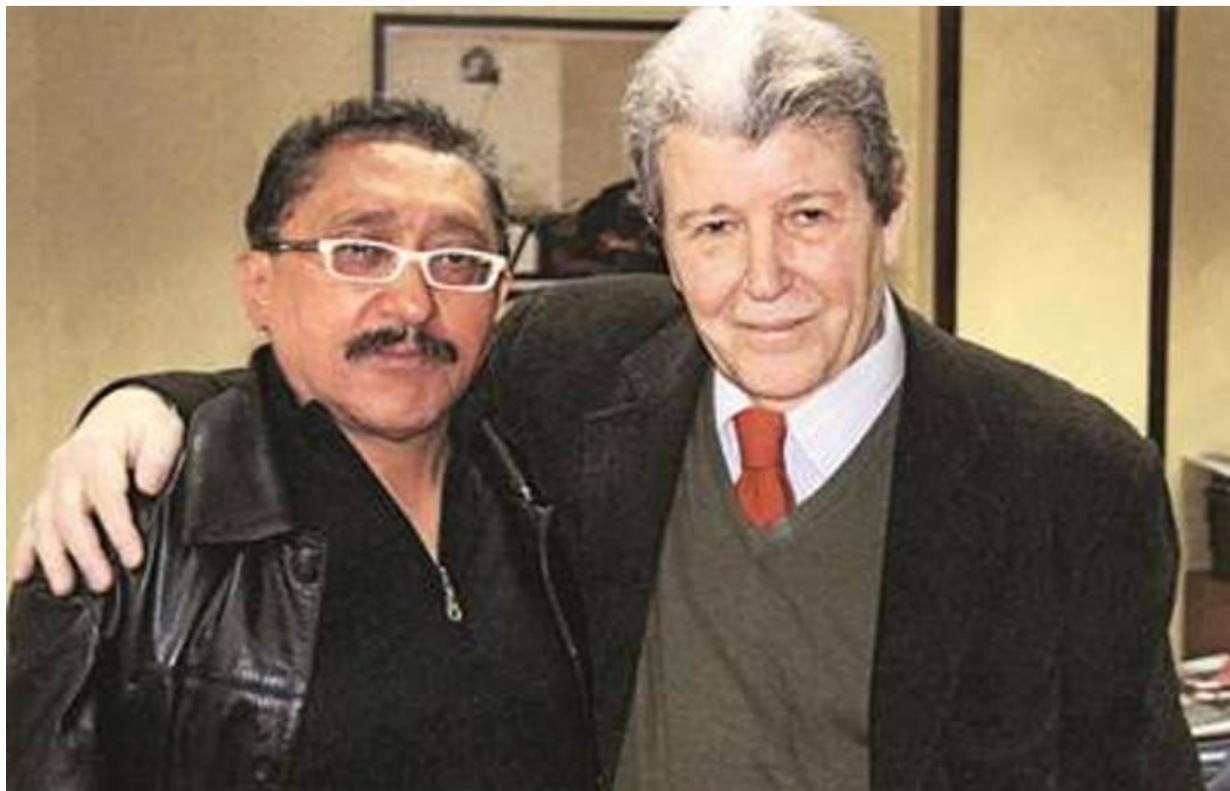
Sergio González Rodríguez, Laura Emilia Pacheco, JH, Guadalupe Nettel y Álvaro Enrigue en la librería Rosario Castellanos, del Fondo de Cultura Económica (México, 2008).



JH, Sergio Pitol, Lali Gubern (Feria de Guadalajara, 2000). © *Daniel Mordzinski*.



JH y José Garza, impulsor de la Cátedra Anagrama en Monterrey (2007).



Sergio González Rodríguez y JH (2009).



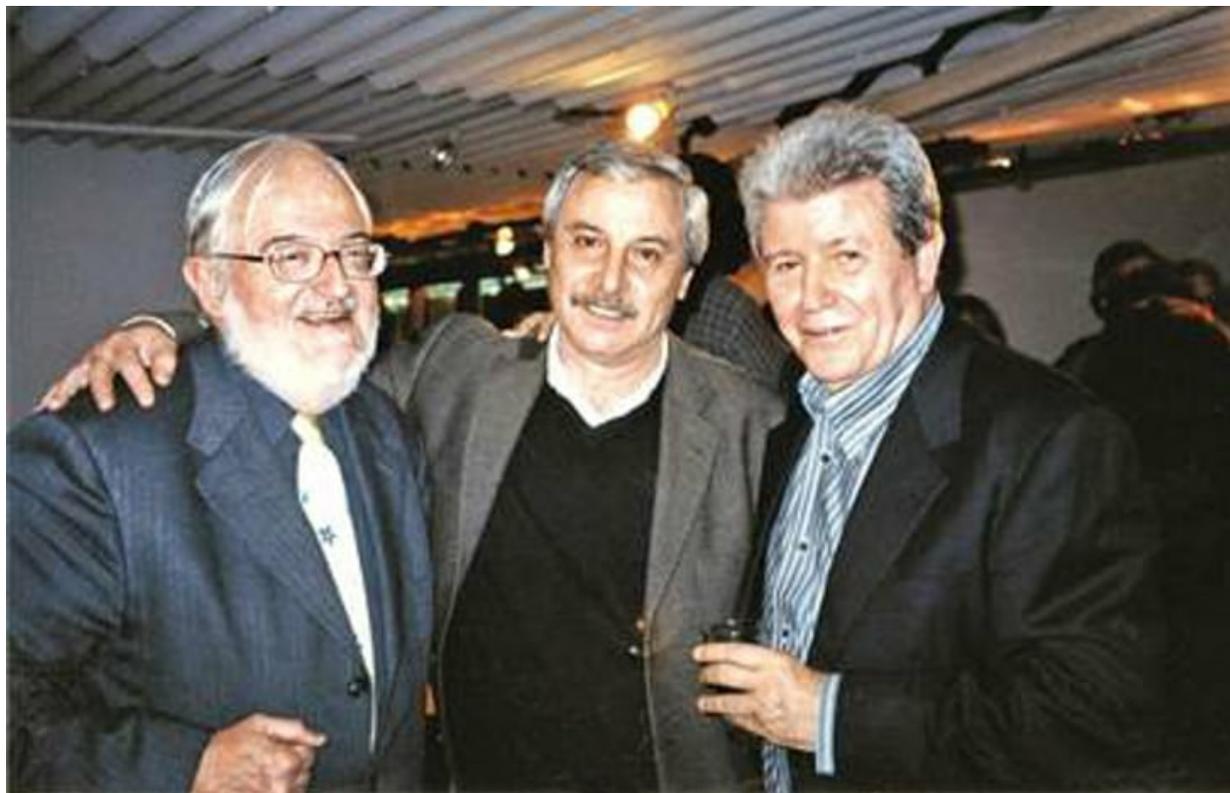
JH y Carlos Monsiváis en la terraza del Museo del Estanquillo (México D. F., 2007).



Alessandro Baricco y JH en el stand de Anagrama-Colofón en la Feria de Guadalajara de 2008.



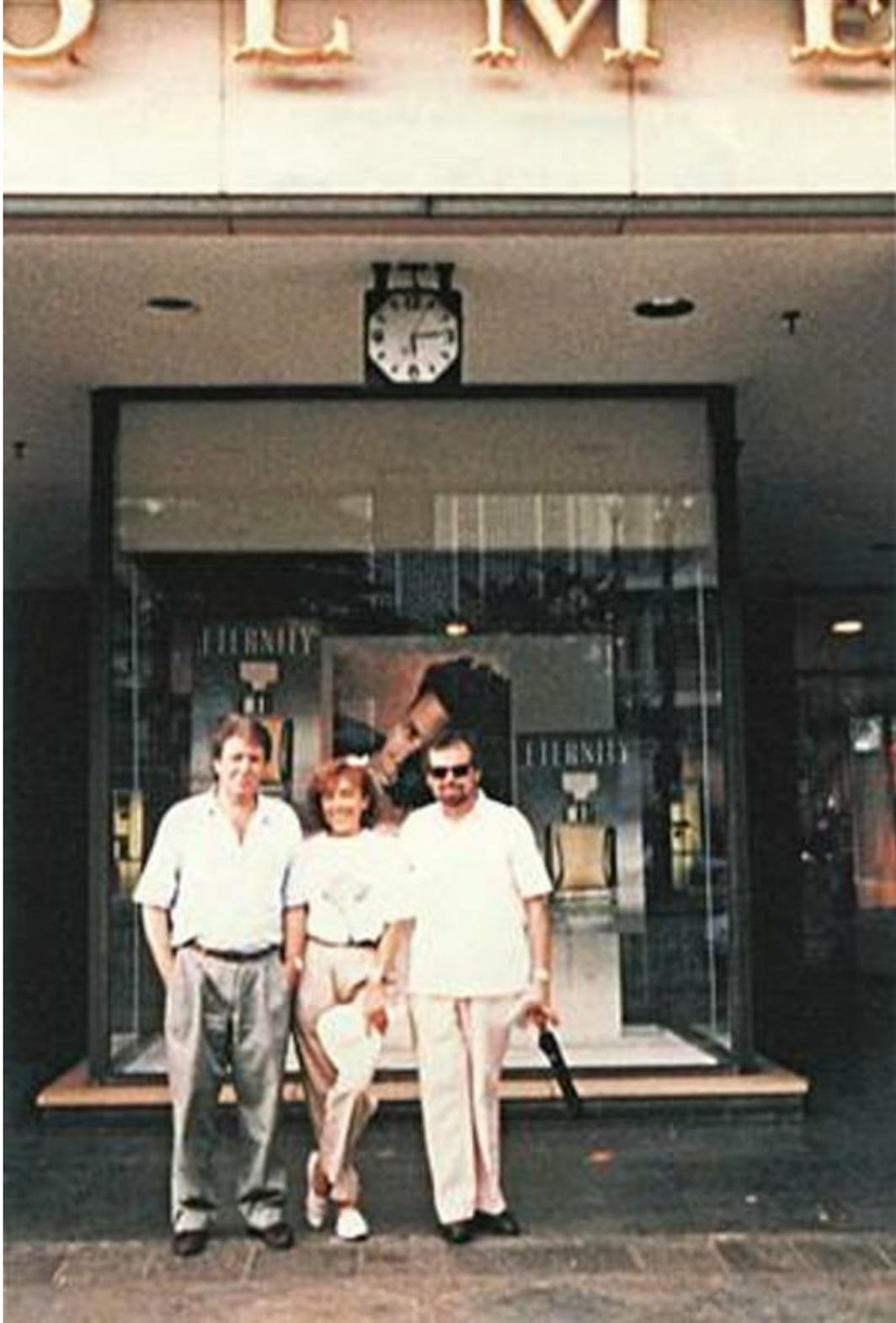
Ricardo Piglia, JH y Alan Pauls después del acto de presentación de *El observatorio editorial* (Adriana Hidalgo Editora), en el Centro Cultural de España (Buenos Aires, 2004).



JH con Daniel Divinsky y Alberto Díaz en la presentación de *El observatorio editorial* (Buenos Aires, 2004).



Jay McInerney, Bret Easton Ellis y JH (Nueva York, 1988).



JH, Lali Gubern y W. Kenneth Holditch bajo el reloj de los grandes almacenes

D. H. Holmes, citados en la primera página de *La conjura de los necios*, de John Kennedy Toole (Nueva Orleans, agosto de 1988).



JH y Lali Gubern en casa de Tom Wolfe (Nueva York, 1988).



Lali Gubern tomando un helado (Nueva Orleans, 1988).



Lali Gubern, Eudora Welty y JH en los Estados Unidos (1988).



Grace Paley y JH en casa de la autora (1988).



Con el British Dream Team. Fiesta 30.º aniversario de Anagrama (Londres, 1999).

El mejor humor inglés

EDICIÓN DE JORGE HERRALDE



P. G. WODEHOUSE, SAKI,
EVELYN WAUGH, TOM SHARPE,
ROALD DAHL, ALAN BENNETT,
JULIAN BARNES, MARTIN AMIS,
IAN McEWAN, DOUGLAS ADAMS,
NICK HORNBY



ANAGRAMA
40 AÑOS 1969-2009



JH y Tom Sharpe. Fiesta 30.º aniversario de Anagrama (1999).

Cultura y Espectáculos

CHARLOTTE RAMPLING PRESENTA EN SAN SEBASTIÁN SU ÚLTIMA PELÍCULA, "BAJO LA ARENA" • PÁGINA 44

Autores, editores, distribuidores y libreros rechazan la liberalización del precio del libro

BINA MARJA PIÑOL

Barcelona

Con unanimidad mensual, todos los profesionales del sector del libro en Cataluña (autores, editores, distribuidores y libreros) han decidido mostrar su rechazo a la liberalización del precio del libro impulsada por el gobierno Aznar. En un "Manifiesto a la opinión pública", los principales asociaciones y grupos del sector —conocidos en su mayoría en Barcelona, capital editorial española— expresan su "afirmación" ante lo que consideran una "injerencia al precio fijo", incluso con los libros de texto, y por la "amenaza" de que la liberalización se extienda al resto de libros.

Este manifiesto —que han suscrito los grupos de autores, distribuidores y libreros de Cataluña, la Asociación d'Editors en Llengua Catalana, la Asociación Colegial de Escritores y la Associació d'Escriptors en Llengua Ca-

Mientras que el Gobierno cree que la liberalización supondrá un abaratamiento del libro, los profesionales catalanes del sector sostienen lo contrario

talana, y que tendrá continuidad a nivel estatal— significa un consentimiento rechazo a las medidas liberalizadoras que el Gobierno aprobó en junio, argumentando que pueden contribuir en un abaratamiento del precio del libro. Los firmantes del texto exigen, en cambio, que abolir el precio fijo supondría a la larga la desaparición de librerías pequeñas o medianas —ya propugnando por la aplicación de descuentos en libros de texto—, una subida de precios y un "empobrecimiento cultural", ya que favorecerá los best-sellers en detrimento de libros minoritarios.

El editor Jorge Herralde, que presentó ayer el manifiesto acompañado de Gerardo de los Esteban, firmante de la versión de la revista de Bofill, la medida es un "suavizante para un crimen", ya que es previsible que el libro de texto se extienda a los otros libros. "Durante el franquismo se secuestraban y quemaban libros. Los actuales medidas nos llevarán un más allá que el franquismo", dijo Herralde hoy al presentar en el Convivio del Ángel (19.30 horas, en un acto público en el que participarán los escritores Nando Conradín, Eduardo Merino, Sergi Pàmies, Eugenio Trias, Manuel Viquez Montalbán, Enrique Vila-Matas y Víctor Vilatorrada.

TEXTO DEL MANIFIESTO



El librero Sebastián Borrás y los editores Jorge Herralde y Jordi Cheda, ayer, durante la presentación del documento

► Los autores, editores, distribuidores y libreros de Cataluña queremos reiterar nuestra firmeza respecto a la agresión al precio fijo, que se ha iniciado con los libros de texto y que amenaza con extenderse al resto de los libros.

► Expresamos también nuestra sorpresa ante la incoherencia con que se desfilan las posturas en perjuicio de medidas semejantes en otros países, como en el caso reciente del Reino Unido, donde, tras cinco años de abolición del precio fijo, los libros se han encontrado por encima del nivel de vida, al nivel que en

nuestro país. Resulta paradójico que, en la llamada sociedad de la información, el Gobierno adopte medidas tan descalzonadas.

► El tema de los libros de texto se presta a una faja de desahogada, que exige un taller en cuanto los resultados, negativos, a medio plazo. Todos estamos interesados en saber en qué se van las cosas, pero a todos los ciudadanos, al igual que en otros países de nuestro entorno, y en que el Gobierno tome las medidas necesarias para ello.

► Las consecuencias de la aboli-

ción del precio fijo pueden ser muy negativas. En primer lugar, para muchas librerías, que tanta importancia tienen en el tejido cultural de nuestro país y que no podrían resistir la presión de descuentos de las grandes superficies. Inmediatamente después, para aquellos editores que no quieren en publicar libros minoritarios, pero culturalmente valiosos. Y también los autores primerarios tendrían mayores dificultades para ser publicados. El resultado sería el empobrecimiento de los libros a medio plazo y el empobrecimiento cultural en perjuicio de los lectores y de la sociedad. A la larga, tan

sólo unos pocos decidirán los precios de los libros, y así autores y que libros se publican, y por lo que sectores sociales, en perjuicio de las libertades.

► No sólo los editores, distribuidores y libreros se han manifestado al respecto, también muchos de los más significativos escritores de nuestro país.

► Queremos exhortar al Gobierno a que reconsidere tales decisiones, unas decisiones que representan una amenaza para todos los ciudadanos por ello, este manifiesto se dirige a la opinión pública.

El descuento en los libros

La entrada en vigor del decreto que liberaliza los descuentos en el precio de los libros de texto, aprobado por el Gobierno el pasado 23 de junio, y la proximidad del comienzo de las clases

han acentuado una polémica que afecta al conjunto del mundo del libro. El abandono del precio fijo —las grandes superficies ofrecen estos días hasta un 25% de descuento en los libros de

texto— y sus consecuencias a corto y mediano plazo para liberos, editores, distribuidores, autores y consumidores son analizadas en esta página desde puntos de vista opuestos.

Per lo visto, hay que luchar de nuevo por las verdades evidentes, contra la desinformación militante, contra una demagogia tan hilada como esdófa.

Vamos las ventajas de abandonar el precio fijo en los libros destinados a los libros, no a las doctrinas. Tenemos la gran ventaja de poder estudiar cómo ha evolucionado el llamado "laboratorio inglés", la experiencia de más de cinco años de abolición del precio fijo en el Reino Unido, en 1995. Diagnóstico: la evolución de los precios de los libros ha superado al índice general de precios (fuente: *Office for National Statistics*), y el comprador de libros (excepto el adicto al mero de *best sellers* comprados con descuento) ha sido, paradójicamente, la primera víctima de la desaparición del precio fijo, según el estudio, este año, de Fabrice Poulit en *Livros Hoy*, número 367, 24 de febrero de 2000.

Dejando aparte las nefastas consecuencias para librerías y para editoriales y autores minoritarios (tema que, al parecer, no preocupa a los estratagemas del mercado "libre"), resulta que la medida ha estado por completo al blanco: la oligarquía rectora del precio libro, la beneficiosa y "libre" competencia, ha provocado que el consumidor comprar más caro. Como el hombre de su grupo social. Pero imposible.

En cuanto al descuento de los libros de texto, el tema se presta a una demagogia inme-

diata: ¿cómo no desear que resulte lo más barato posible? Pero no nos precipitemos. Sin salarios del sector del libro, resulta meritorio que muchas librerías no pueden permitirse los descuentos de las grandes superficies, por lo que a corto o medio plazo desaparecerán. (Filosofía de las grandes superficies: "Podemos permitirnos que nuestras ventas de libros sean un índice de pérdidas en un mar de beneficios. Cuando sólo quedemos los megagrupos, ya gastaremos los precios entre nosotros y nos ajustaremos").

Pero si el Gobierno del Partido Popular quiere atender a la demanda legítima de los padres de familia respecto a la gratuidad de los libros de texto, ¿por qué, en lugar de los peligrosos descuentos, no se arbitran las medidas que la han hecho posible en tantos países de nuestro entorno? Así, el *chocor* escolar en Alemania, el *poissimus* durante el curso escolar por parte de las escuelas en Holanda o la gratuidad en las escue-

las públicas de Italia. Por cierto que, en diciembre de 1994, la Confederación Española de Padres de Alumnos promovió una activa campaña en pro de la gratuidad, en la que se recogieron 600.000 firmas, y que fue apoyada tanto por el PSOE como por IU, pero que no pro-

Unanimidad de autores, liberos, distribuidores y editores: rechazo frontal a unas medidas decididas de espaldas al sector, un "orden y mando" propio de otros tiempos

peró debido, precisamente, a la oposición del PP... ahora tan solista.

Una mirada al Ministerio de Cultura. Así como las ministras y los directores generales del libro han adoptado un confortable perfil bajo (comoja implícito: el mal de la película, quien manda, es Rodrigo Rato), los de en medio de la jerarquía, los secretarios de Es-

tado —antes Cortés, ahora De Cuenca—, se sienten impelidos ("situación estructural", ¿quién garantiza?) a una sobreactuación más o menos desafortunada.

Así, De Cuenca afirmaba recientemente en *La Vanguardia* que el Ministerio estudia "adoptar a medio plazo la firma jurídica del precio libre del libro". Y añadió estar deseando que llegara diciembre "y seamos los primeros que se han producido en esta década asociada por el sector y ver si realmente se produce o si pueden paliarse los resultados catastróficos". Uno podría imaginarse al secretario de Estado en un circo romano, después de la función, haciendo el recuento, intrigado, de los estrabones de los gladiadores y ordenando el tráfico de primeros auxilios a los malheridos...

Los autores han reaccionado de inmediato ante las posibles consecuencias de la decisión gubernamental. Y no sólo aquellos escritores minoritarios, que serían los más direc-

tares afectados, sino que, por poner dos ejemplos, han tomado partido novelistas de tanto éxito (pero que no han olvidado sus comienzos difíciles, cuando sus libros fueron apoyados precisamente por esas librerías que pueden desaparecer) como Millán, con su artículo pionero, *Libros*, y De Pineda, en un texto con título bien explícito: *La vergüenza del PP*. Naturalmente, ha habido la previsible excepción de Vargas Llosa, que ha sostenido su rapodia neoliberal (virtuosamente apodado, no sé si en *Endecha por una pequeña librería*).

Y aparte de los reivindicaciones gremiales, ¿cómo han reaccionado individualmente editores y liberos? Obviamente también a los más directamente afectados, los pequeños y medianos, a quienes la visible amenaza podría haber alterado la capacidad de razonar, y editores dos casos muy significativos: Lata Bosch, desde la cúpula de Planeta, alarido de la "crisis y peligrosa medida adoptada", mientras que para Chano Albarán, directora general de la Casa del Libro, "el Gobierno no ha hecho lo que tenía que hacer: dar el libro gratuito en la enseñanza obligatoria".

Unanimidad, pues, de autores, liberos, distribuidores y editores. Rechazo frontal de unas medidas decididas de espaldas al sector, un "orden y mando" propio de otros tiempos, error de fondo y perpetuación de formas. De nuevo: Pero imposible.

Jorge Herralde es editor.

Como se ironiza en mi Argentina natal: "Todos son herederos, pero el pecuero no aparece". Aplicando el dicho a la cuestión de los libros, de cualquier clase, cabría añadir: los argumentos contra la libertad de precios y descuentos son superficialmente robustos, pero en realidad son falsos y en ocasiones, además, sospechosos. Seleccionaré hoy sólo cinco de los más utilizados (para artículos más detallados véase: P. Schwarcz, *La liberación del libro*, IDELCO e Instituto Universitario de Economía de Mercado, 2000; F. Méndez Ibañez y C. Rodríguez Braun, *El libro Marshall y el precio fijo de los libros*, Información Comercial Española, julio-agosto 1999).

1. El libro no es una mercancía. Esta objeción revela el atavismo y errado rechazo al mercado, y está vinculada con otras falacias paternalistas (económico, materialismo, etcétera) que sirven de excusa al intervencionismo. La idea de que los participantes en el mundo editorial son monjes desinteresados no resiste el menor análisis. Quienes proclamamos desde alturas etéreas que algo no debe ser una mercancía, cuestionamos deducir de ella que debe ser una mercancía cara.

2. El precio no cuenta. Se afirma que la reducción del precio no aumenta la demanda de los libros, y que la competencia, en realidad, estriba en los servicios al cliente. Pero la gente parece reaccionar cuando hay rebajas, como cuando se venden libros muy baratos por Internet. Además, la atención no es mejor en nuestra país que en EE.UU. o Gran Bretaña, con mercados más libres. Eso de que con nuestro sistema de precios fijos uno encuentra mejor los libros que quiere y los vendedores son eruditos bibliófilos es más que discutible. No es obvio que la competencia exige estímulos al género más que la pericia.

3. Hay que proteger a los pequeños editoriales y librerías. En este argumento se mezclan dos errores. Uno de ellos es el odio a la gran empresa, identificada desde Marx como paradigma profano, sólo válido cuando el Estado cierra los mercados. Los ventos comerciales, en cambio, suprimen más productos más baratos, y por eso la gente acude a ellos en masa. A pesar de todo, la discusión intervencionista los ve como vapores que sólo crecen devorando al débil en vez de asistiendo al consumidor.

Gato por libro

CARLOS RODRIGUEZ BRAUN

Los argumentos contra la libertad de precios y descuentos son superficialmente robustos, pero en realidad son falsos y en ocasiones, además, sospechosos

Otro error es creer que la prohibición de los descuentos premia especialmente a los pequeños. En realidad, los principales beneficiados son los grandes, al absorber cada vez más cuota de un mercado creativo, y

obstruir la entrada de nuevos empresarios, a los que nadie ve. La legión de intelectuales y periodistas y sindicalistas que algunas comisiones por la industria literaria, jamás se pregunta cuán copioso es el fondo de los grupos ya instalados, cuyo poder ha ido creciendo con la limitación de los descuentos.

4. El precio fijo favorece a sectores minoritarios: autores, libros, lenguas, regiones, etcétera. No los analiza especialmente, y en cualquier caso lo que no es evidente es que la solución sea un precio alto para todos, que castiga a las familias de menos recursos, con objeto de subsidiar a unos pocos, máxime cuando la tecnología está abaratando considerablemente las ediciones.

Sería preferible salvorecortar de modo abierto que de modo oculto o "crutado" a través de un precio elevado generaliza-

do. Esto vale igualmente para la protección de los lugares remotos —tradicional excusa también para otros monopolios— que el sistema actual de asignación, como sabe cualquiera que haya intentado comprar un libro fuera de una ciudad importante.

5. La democracia debe controlar al "neoliberalismo salvaje". Esta falacia ya entra en los dominios de la entradilla. Resulta tan absurda como quienes creen que es misión del Estado promover la lectura, y acto seguido pretenden que la promueva impidiendo que sus precios bajen. O quienes defienden la gratuidad de los libros de texto, es decir, obligar a todos los ciudadanos a pagar un sistema oneroso, ineficaz, venoso y corrupto, que inasistente a los empresarios del sector al margen de la competencia.

Democracia, de esta vergüenza recordarla, significa elegir, no imponer. Pero aquí muchos programan en pro de la democracia y a la hora de la verdad al combatir la libertad de precios revelan ser genuinos sostenedores de la política económica de la dictadura franquista.

Carlos Rodríguez Braun es catedrático de Historia del Pensamiento Económico en la Universidad Complutense.



JH y Pierre Bourdieu, en la presentación de *La dominación masculina* (Instituto Francés de Barcelona, 2000).



En casa, con Agata Orzeszek (traductora y amiga del autor) y Ryszard Kapuściński (Barcelona, 2002).

Jorge Herralde



JH recibiendo en la Feria del Libro de Londres el Premio Lifetime Achievement 2012, que rinde homenaje a la carrera de un editor internacional. Junto al editor, el autor Adam Thirlwell, que pronunció el discurso de

homenaje, y David Roche, presidente de la Feria de Londres (2012).



Inge Feltrinelli y JH, Premio Targa d'Argento (Turín, 1999).



Gerardo Pisarello, JH y Patrici Tixis durante la entrega del Premi Atlàntida 2017 en el Saló de Cent del Ayuntamiento de Barcelona. © *Gremi d'Editors de Catalunya*.



Lali Gubern y JH durante el homenaje recibido en la sesión de clausura del 23.º Máster de Edición de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona (2018).

© *Consuelo Bautista.*



JH y Carmen Martín Gaité en la caseta de Anagrama, Feria del Libro de Madrid. © *Mario Muchnik*.



Álvaro Pombo, Carmen Martín Gaité y Esther Tusquets, en una fiesta en casa de Miguel García Sánchez y Mari Paz Arias. Feria del Libro de Madrid.

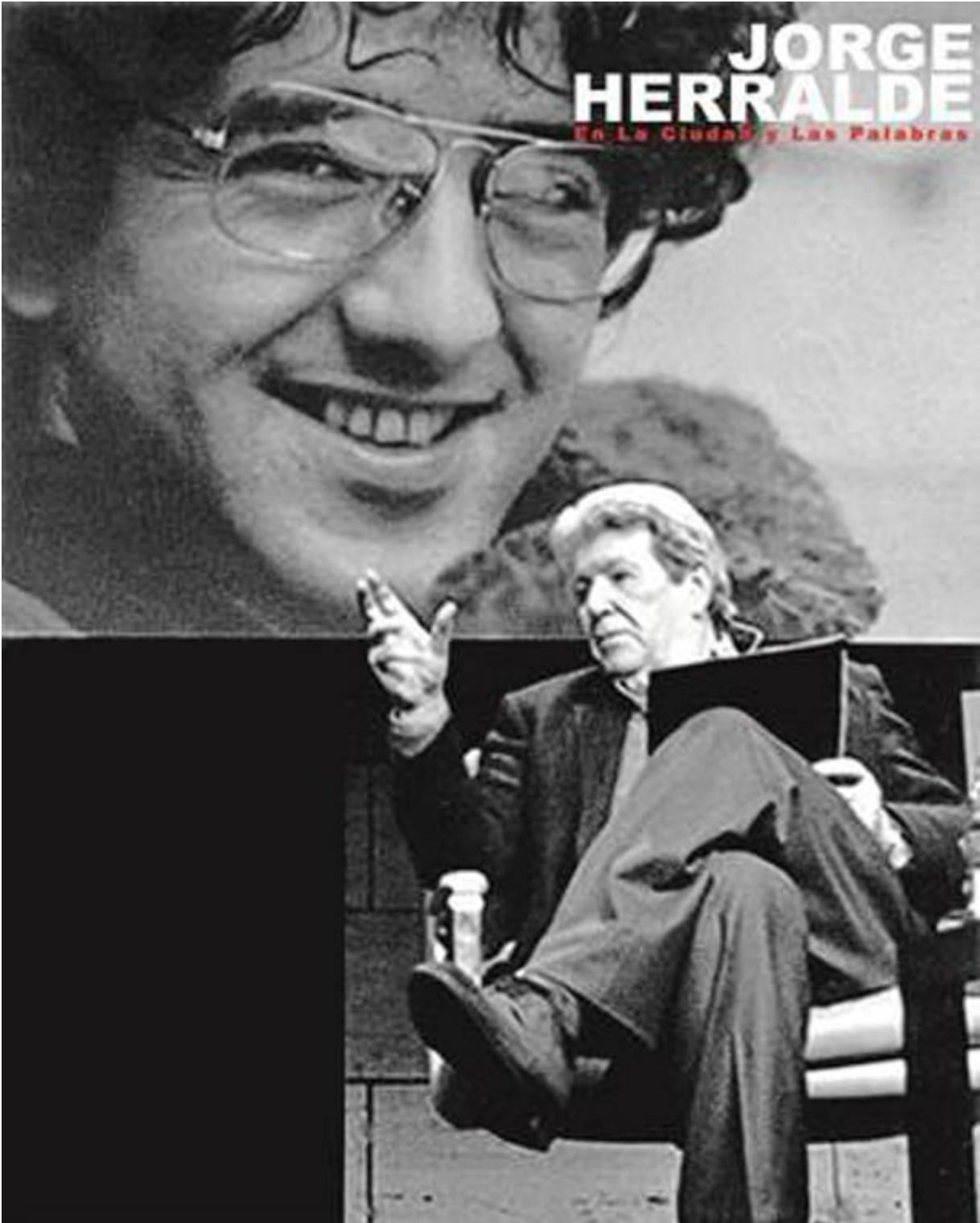


Premio Herralde para *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño. El autor y JH minutos antes de la conferencia de prensa (Barcelona, noviembre de 1998).

© Julián Martín/EFE.



JH con Christopher MacLehose, editor británico de Roberto Bolaño, Bolaño y Enrique Vila-Matas (Barcelona, abril de 2003).



Conferencia de JH en la Universidad Católica de Chile, con Roberto Bolaño al fondo. Acto en el ciclo «La Ciudad y Las Palabras», en homenaje al autor

chileno el día que se cumplían diez años de su muerte (Santiago de Chile, 15 de julio de 2013).



Salvador Clotas, Esther Tusquets, Adelaida García Morales y Álvaro Pombo leyendo el acta del jurado del Premio Herralde otorgado a Adelaida (Barcelona, 1985). © *Colita*.



En el 2002 la Fundación José Manuel Lara Hernández reunía a once editoriales para fallar conjuntamente un galardón a obra publicada, que se mantuvo hasta el 2009. De izquierda a derecha, en primera fila, Claudio López de Lamadrid (Mondadori); Beatriz de Moura (Tusquets); José Manuel Lara Bosch (Planeta); Jorge Herralde (Anagrama); José Creuheras y Pere Gimferrer; arriba, Manuel Borràs (Pre-Textos); Constantino Bértolo (grupo Random House); Joaquim Palau (Destino); Pote Huerta (Lengua de Trapo); Andrés Ibañez (Siruela); Carlos Pujol. © Ana Jiménez.



Foto histórica de los autores más representativos del *Nouveau Roman* con su editor Jérôme Lindon, delante de las Éditions de Minuit.



Lali Gubern, Ignacio Echevarría, Alain Robbe-Grillet, Juan Villoro, Mercedes Monmany, JH y Enrique Vila-Matas, en casa, antes de la presentación de *Reanudación* de Robbe-Grillet (Barcelona, 2003).



Foto de la fiesta de los 25 años de Feltrinelli: Ignacio Cardenal, Tom Maschler, Ed Victor, Ivan Nabokov, Jorge Herralde, Rob van Gennepe, Peter Mayer, Giulio Einaudi, Antonio López Lamadrid, Christian Bourgois. Sentados: Cristoph Schlotterer, Antoine Gallimard, Inge Feltrinelli, Matthew Evans, Klaus Wagenbach (Villadeati, 1985).



JH e Inge Feltrinelli en la feria de Turín. A la izquierda, una foto de Inge cuando era reportera.



JH, Kristina y Richard Ford y Carlo Feltrinelli en el Premio Princesa de Asturias (Oviedo, 2016).



Lali Gubern, JH y Carlo Feltrinelli en la Fondazione Feltrinelli, en construcción.



Marisol Schulz, JH, Lali Gubern y Silvia Sesé, en la Feria de Guadalajara de 2018.



JH y Claudio López de Lamadrid en la fiesta de los 100 años de Mondadori (Milán, 2007).



JH y Kazuo Ishiguro en la entrega del Premio Nobel de Literatura (Estocolmo, 2017).



Kenzaburo Oé, en el almuerzo en casa de su editor sueco Albert Bonnier, antes de recibir el Premio Nobel y junto a su traductor inglés, sus agentes literarios Lennart Sane y su esposa y sus editores españoles Jorge Herralde y Lali Gubern (Estocolmo, 1994).



JH, Marianne Liggendorfer, Patricia Higshmith (Festival de Cine de San Sebastián, 1983).

JANE
BOWLES

*Dos damas
muy serias*

PROLOGO DE TRUMAN CAPOTE



Panorama de narrativas

Editorial Anagrama

El número 1 de la colección Panorama de narrativas: *Dos damas muy serias*, de Jane Bowles.

JULIAN BARNES

La única historia

PANORAMA DE NARRATIVAS NÚMERO 1.000



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

El número 1.000 de la colección Panorama de narrativas: *La única historia*,
de Julian Barnes

NOTAS

¹ Publicado en *El Ciervo*, y recogido en *El observatorio editorial*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2004, pp. 135-140. Con la excepción de unos cuantos nombres, la organización no se alteró visiblemente durante décadas.

² Instituto de Cultura de la Fundación Mapfre (5 de abril de 2011). Una semana de coloquios sobre el tema, coordinados por Luis Goytisolo. Inédito.

³ Entretanto, han aparecido algunos, entre los que destaca *El discreto encanto de la subversión. Una crítica cultural de la «gauche divine»*, Alberto Villamandos, Laetoli, Pamplona, 2011.

⁴ Texto leído en la Biblioteca Nacional, el 22 de mayo de 2015. Inédito.

⁵ Jornadas sobre «La literatura de la Transición», Universidad del País Vasco, Vitoria, 15 de noviembre de 2002. Publicado en *Archipiélago*, n.º 51, junio-julio, 2002.

⁶ Recogido en los catálogos históricos de 25 años, 40 años y 45 años.

⁷ Información recogida en *Diez años de represión cultural*, antes mencionado. Algunos de estos títulos fueron recuperados años después.

⁸ Publicado en *El observatorio editorial*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2004, pp. 14-56.

⁹ Publicado en *La Vanguardia*, 17 de noviembre de 2004, y en *El optimismo de la voluntad*, FCE, México, 2009, pp. 27-32.

¹⁰ Texto leído en la Feria de Guadalajara el 1 de diciembre de 2002. Publicado en *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Ediciones del Ermitaño, México, 2003, pp. 79-89.

¹¹ Una iniciativa excelente, que dirige Alejandro Zenker y coordina Ivonne

Gutiérrez, publicada en Ediciones del Ermitaño, que fue precedida, un año antes, por el volumen colectivo *El libro y las nuevas tecnologías*.

¹² Texto leído en La Mutualista, Guadalajara, el 2 de diciembre de 2002. Publicado en *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Ediciones del Ermitaño, México, 2003, pp. 91-96.

¹³ Presentación de *El observatorio editorial*, el 10 de agosto de 2004. Texto publicado en *El optimismo de la voluntad*, FCE, México, 2009, pp. 109-113.

¹⁴ Texto inédito.

¹⁵ Junio de 1999. Texto inédito.

¹⁶ *El Cultural* de *El Mundo*, 8 de junio de 2001.

¹⁷ *El País*, *Babelia*, 6 de enero de 2001.

¹⁸ Ponencia en el simposio sobre la ironía, Fundación Luis Goytisolo, Puerto de Santa María, noviembre de 2002. Recogido en *El mejor humor inglés* (edición no venal).

¹⁹ 2000. Texto inédito.

²⁰ *El País*, 10 de septiembre de 2000.

²¹ 7 de marzo de 2000.

²² 1999. Texto inédito.

²³ 2000. Texto inédito.

²⁴ Por José A. Muñoz, *Revista de Letras*, 31 de diciembre de 2009.

²⁵ Actualmente Casa del Libro, en la Rambla de Catalunya.

²⁶ Por Adam Thirlwell. 17 de abril de 2012. Texto inédito.

²⁷ Esta última frase, en castellano en el original.

²⁸ Por Juan Cruz, en *Un oficio de locos*, Ivorypress, Madrid, 2012, pp. 79-101.

²⁹ Por Ramón Lobo, *Jot Down*, 28 de noviembre de 2013.

³⁰ *Vanity Fair*, 12 de agosto de 2017.

³¹ Texto leído en el Saló de Cent del Ayuntamiento de Barcelona el 18 de diciembre de 2017. Inédito.

³² Por Xavi Ayén, *La Vanguardia*, 19 de diciembre de 2017.

³³ Texto leído el 25 de octubre de 2018 en CaixaForum de Madrid. Inédito.

³⁴ Publicado en *El observatorio editorial*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires,

2004, pp. 105-123.

³⁵ Si este texto lo hubiese escrito ahora, también pondría los diarios de Iñaki Uriarte, empezados a publicar en 2010.

³⁶ A fecha de hoy, se han publicado los tres tomos de diarios de Piglia, que han conseguido superar las más altas expectativas.

³⁷ Texto recogido en *Opiniones mohicanas*, Acantilado, Barcelona, 2001.

³⁸ Publicado en la revista *Turia*, n.º 68-69, 2004.

³⁹ 2008. Texto inédito.

⁴⁰ Conferencia de inauguración de la Feria del Libro de Madrid, 2 de junio de 2008. Texto inédito.

⁴¹ Discurso de agradecimiento leído en el Ayuntamiento de Barcelona el 9 de octubre de 2008. Publicado en *El optimismo de la voluntad*, FCE, México, 2009, pp. 297-300.

⁴² Revista *DonJuan*, Colombia, 15 de septiembre de 2009.

⁴³ Entre 1953 y 1956, gané numerosos premios de salto de obstáculos a caballo y luego tuve una tuberculosis que duró un año, que pasé dedicado solamente a leer (a Sartre, entre otros autores), lo que dio un giro a mi vida y donde creo que está la raíz de la creación de la editorial.

⁴⁴ *El País*, 27 de junio de 2001.

⁴⁵ 2013. Texto inédito.

⁴⁶ Texto leído el 28 de junio de 2018. Inédito.

⁴⁷ *La Vanguardia*, 1 de diciembre de 2018.

⁴⁸ *El País*, «Babelia», 28 de septiembre de 2018.

⁴⁹ Noviembre-diciembre de 2018. Texto inédito.

⁵⁰ Noviembre-diciembre de 2018. Texto inédito.

⁵¹ Los lectores interesados en esta editorial, escasos me temo, pueden recurrir al voluminoso e informativo estudio *Les Éditions de Minuit (1942-1955). Le devoir d'insoumission*, de Anne Simonin, publicado por IMEC Éditions.

⁵² Noviembre-diciembre de 2018. Texto inédito.

⁵³ *El Periódico*, 2 de febrero de 2015.

⁵⁴ 2018. Texto inédito.

⁵⁵ Por Juan Tallón, *El Progreso*, 8 de enero de 2019.

⁵⁶ Noviembre-diciembre de 2018. Inédito.